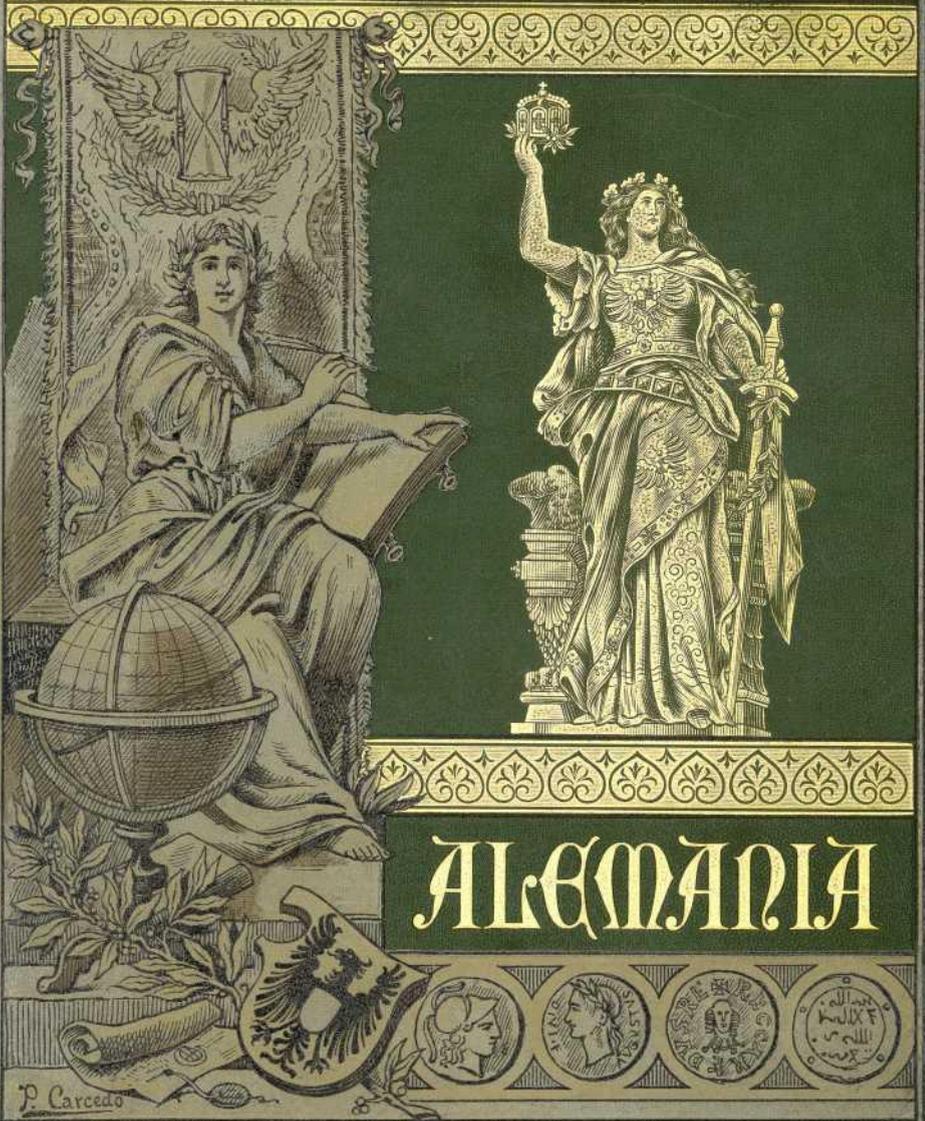


# HISTORIA DE LAS NACIONES



## ALEMANIA

P. Carcedo

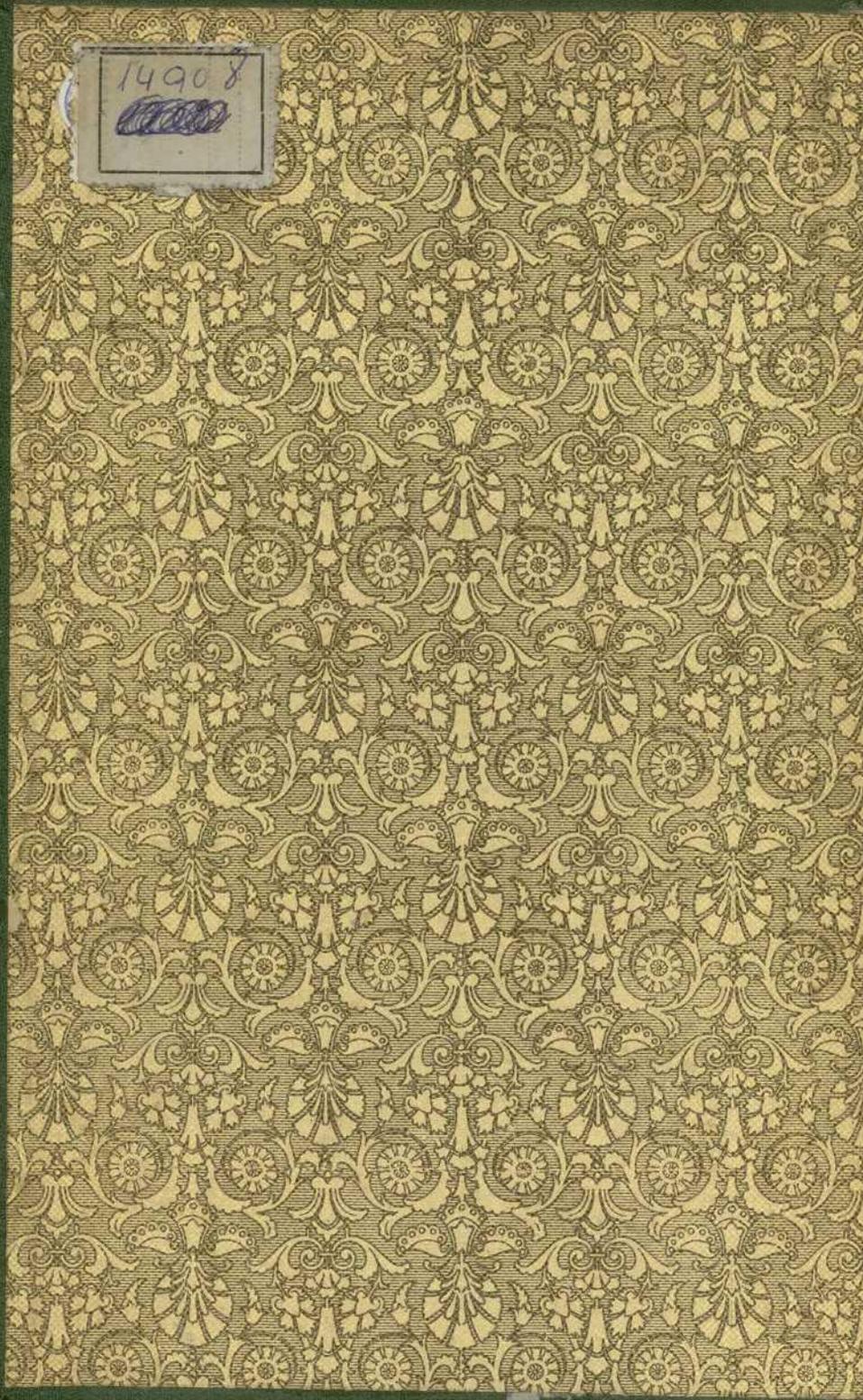
ARZ  
LAS  
NACIONES

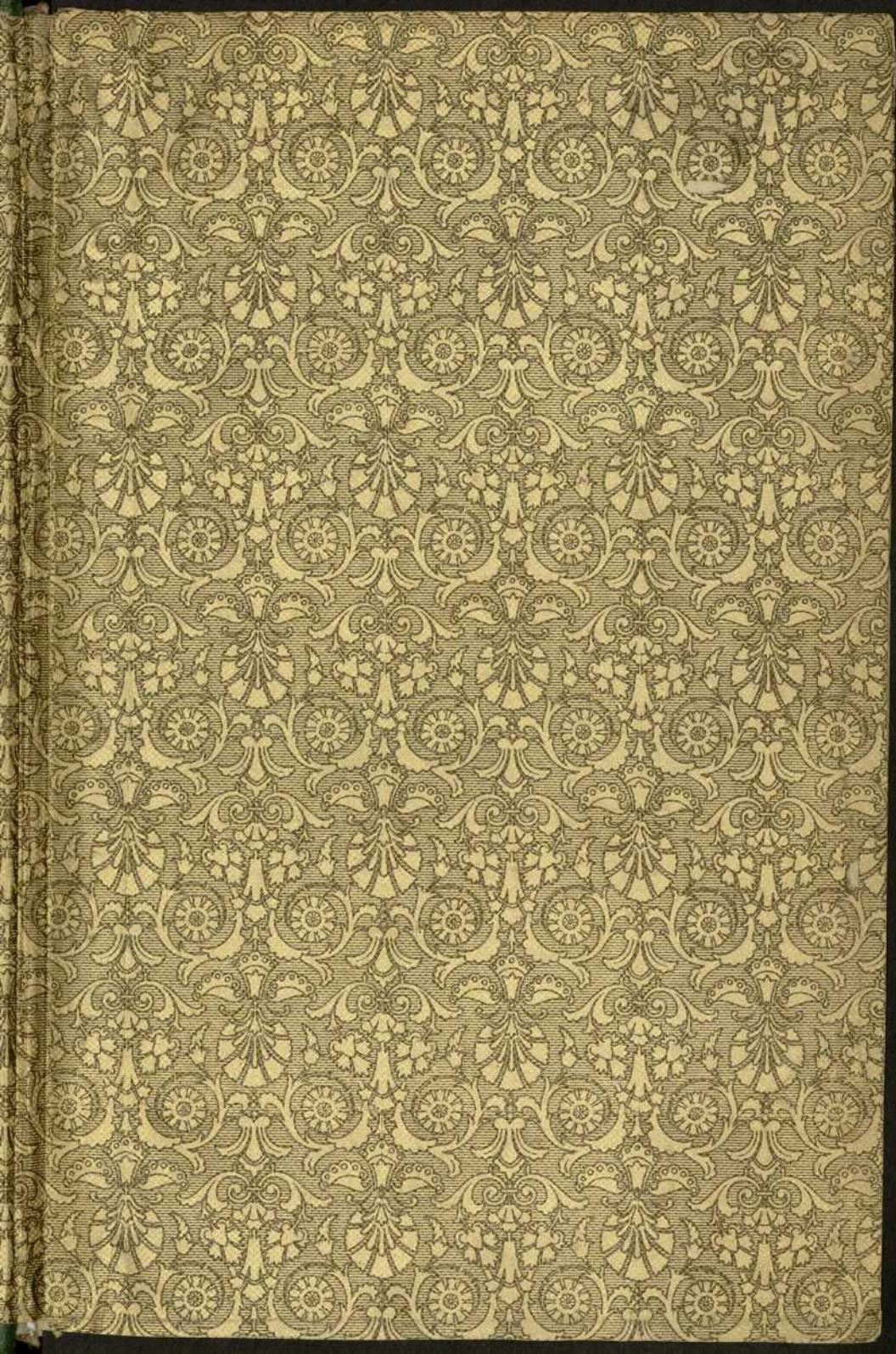
QUINTA

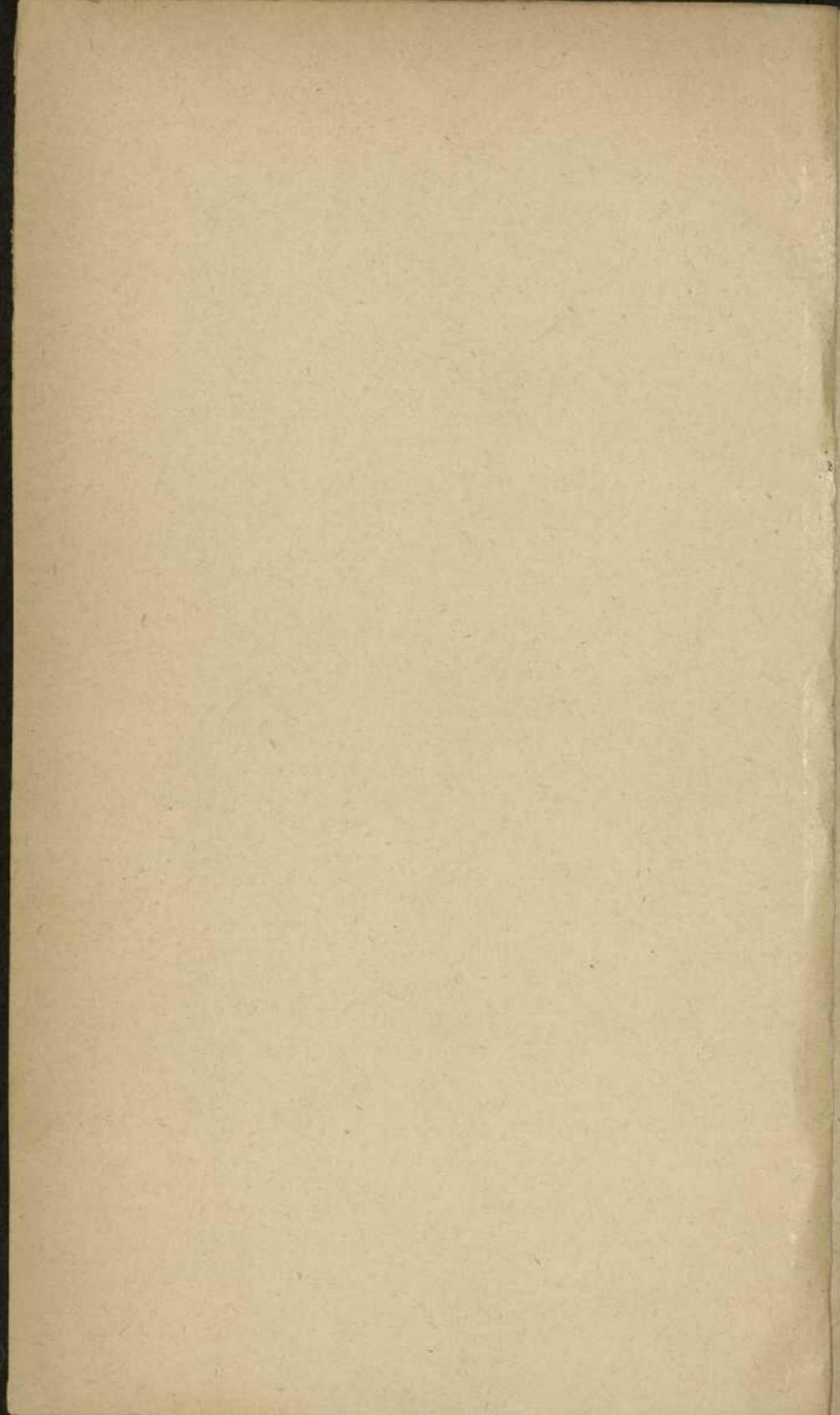
908

14908

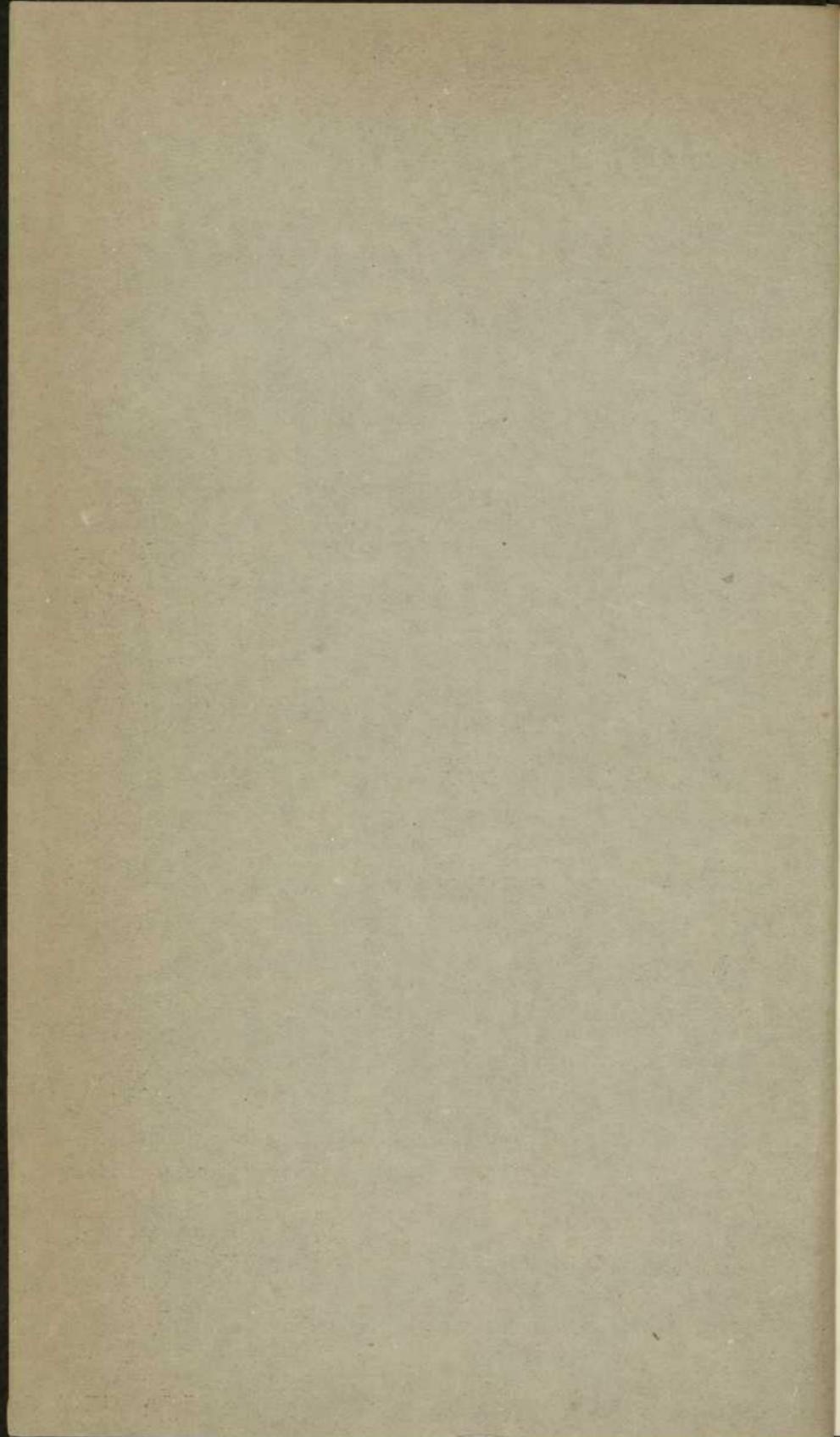
~~14908~~







26  
229

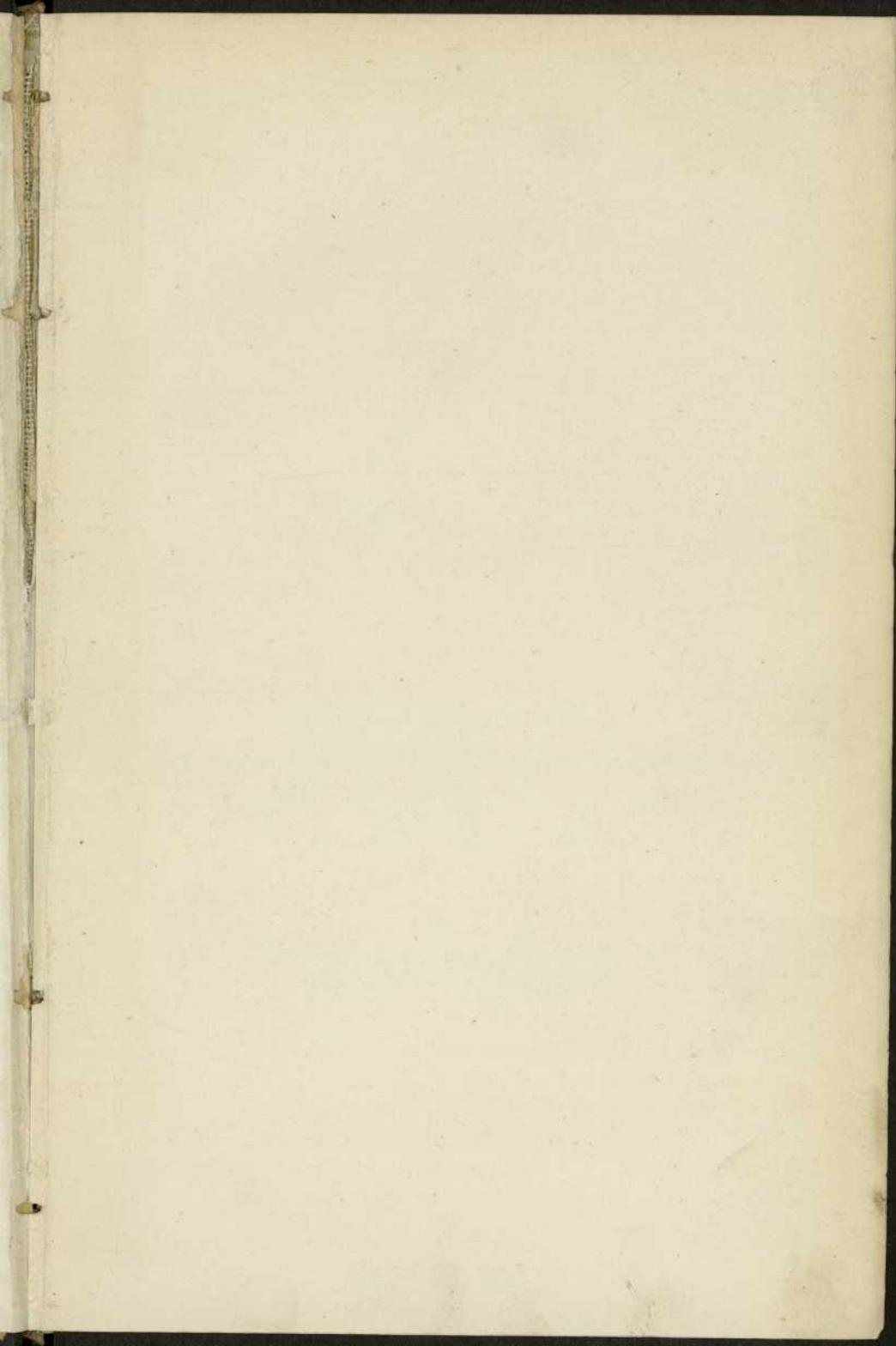


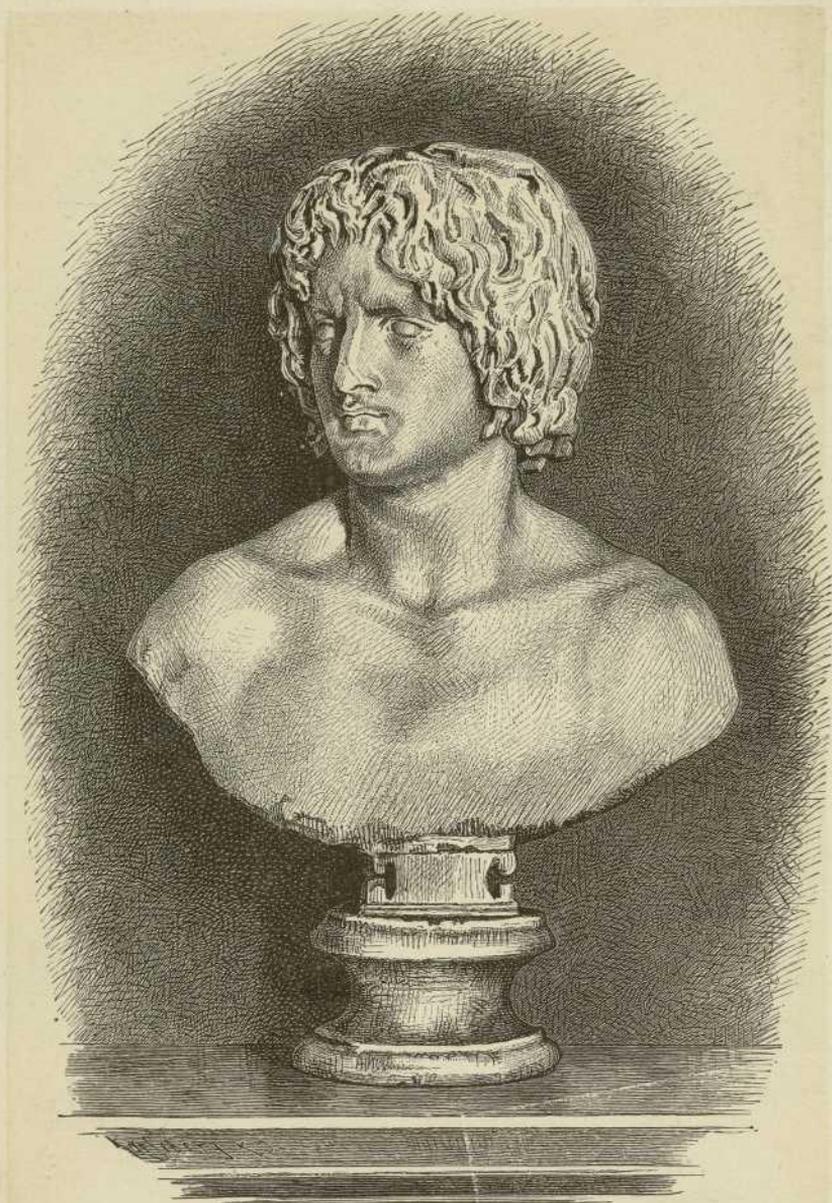
Historia de las Naciones

# ALEMANIA









BUSTO DE UN GERMANO QUE LA TRADICIÓN SUPONE SER ARMINIO.  
(Conservado en el museo Capitolino en Roma).

HISTORIA  
DE  
ALEMANIA

POR

S. BARING-GOULD M. A.

AUTOR DE LA ALEMANIA PRESENTE Y PASADA, CURIOSOS MITOS DE LA EDAD MEDIA, ETC.

con la colaboración de

ARTURO GILMAN M. A.

AUTOR DE LA HISTORIA DE ROMA, ETC.

TERCERA EDICIÓN

vertida al castellano con un prólogo, notas y observaciones

POR

SIRO GARCÍA DEL MAZO



MADRID  
EL PROGRESO EDITORIAL  
1892

ES PROPIEDAD

# CONTENIDO

## I

	Páginas.
LOS PRIMEROS GERMANOS. ....	1-7
Invasiones de los pueblos septentrionales, 1.— Los Romanos derrotados, 2.— Mario en Aix, 5.— Triunfo de Roma, 7.	

## II

LO QUE ERA PROBABLEMENTE LA ANTIGUA ALEMANIA..	8-16
Tierras altas y llanuras, 8.— Huellas de los primeros habitantes, 9.— Los lanceros alemanes, 10.— Los Suevos, 13.— Hombres libres y esclavos, 13.— Donar y los demás dioses, 15.— Nothburga, 16.	

## III

HERMANN. ....	17-26
César en las Galias, 17.— Propósitos de Hermann, 18.— Varo y sus legiones, 20.— «Devuélveme mis legiones», 21.— Thusnelda cautiva, 22.— Hermann, prototipo de los Alemanes, 25.	

## IV

LOS HUNNOS. ....	27-32
Movimiento general de pueblos, 27.— Tribus del Norte de Asia, 28.— El poema de los Niebelungen, 30.— Muerte de Atila, 32.	

## V

- LAS EMIGRACIONES DE LAS TRIBUS..... 33-36  
 Avispas en una colmena, 33.—Godos, Godos occidentales y Eslavos, 34.—Los Borgoñones y los Francos, 36.

## VI

- CLODOVEO, REY DE LOS FRANCOs..... 37-47  
 Confusión, 37.—Saqueo de la catedral de Rheims, 38.—Clodoveo pide en matrimonio á Clotilde, 41.—Clodoveo deja que bauticen á un hijo suyo, 42.—Clodoveo ora, 44.—Los Alemanes derrotados, 44.—Tres mil francos bautizados, 46.—Muerte de Clodoveo, 47.

## VII

- LOS MAYORDOMOS DE PALACIO..... 48-50  
 Los merovingios, 48.—Pipino el Breve, 49.—Muerte de Pipino, 50.

## VIII

- PREDICACIÓN DEL EVANGELIO Á LOS GERMANOS..... 51-54  
 Manuscritos irlandeses en Alemania, 51.—Fridolin, 52.—Bonifacio, 53.—Los paganos asesinan á Bonifacio, 54.

## IX

- UN HOMBRE DE GENIO..... 55-66  
 Carlomagno, 55.—Su reino, 56.—Wittikind huye á Dinamarca, 57.—Wittikind y los Sajones vencidos, 58.—Carlomagno divide sus estados, 59.—La Iglesia en tiempos de Carlomagno, 60.—Buen gobierno de Carlomagno, 62.—Carlomagno coronado en Roma, 64.—Su muerte, 65.

## X

- EL SACRO IMPERIO ROMANO..... 67-70  
 El antiguo imperio, 67.—Conversión de los Romanos, 68.—Italia dominada por los Lombardos, 68.—¿Quién era emperador? 69.—Importancia de la idea del imperio, 69.

## XI

- UN REY PIADOSO, PERO INCAPAZ..... 71-74  
Luis; su escaso entendimiento, 71.—Judith acusada de hechicería, 72.—Guerra fratricida, 73.—Tratado de Verdun, 74.

## XII

- UN NUEVO SISTEMA DE GOBIERNO..... 75-77  
Cómo los Alemanes tenían sus tierras, 75.—Cómo proporcionaban soldados, 76.—El sistema feudal, 77.

## XIII

- NUEVOS INVASORES..... 78-80  
Sucesores de Ludovico Pio, 78.—Las invasiones de los Madgyares ó Húngaros, 79.—Extinción de la raza de Carlomagno, 80.

## XIV

- CÓMO GOBERNÓ ENRIQUE EL PAJARERO..... 81-86  
Los grandes vasallos eligen rey, 81.—Elección de Conrado, 82.—Elección de Enrique el Pajarero, 83.—Tributo pagado á los Húngaros, 84.—Protégense las fronteras, 84.—Los Húngaros burlados, 85.—Institución de la caballería, 85.—Reglas de la Orden, 86.

## XV

- OTRA VEZ LOS HÚNGAROS..... 87-93  
El obispo Ulrico de Augsburg. 88.—El conde Kyburg detiene á los Húngaros, 88.—Otton los ataca por retaguardia, 90.—Otton el Grande coronado, 93.

## XVI

- TRIBULACIONES DE UN REY..... 94-107  
Complot contra el rey, 94.—Los guardianes del rey, 97.—Apelación al Papa, 100.—La pérdida de una mano, 105.—Un corazón desgarrado, 106.

## XVII

BUEN REY, AUNQUE MAL HIJO.....	108-110
--------------------------------	---------

## XVIII

LOS SARRACENOS.....	111-114
Un gran despertar, 113.	

## XIX

LOS ORÍGENES DE UNA NUEVA DINASTÍA.....	115-119
El águila de dos cabezas, 119.	

## XX

FEDERICO BARBARROJA.....	120-123
Federico Barbarroja, 120.—Su ejército casi destrozado, 122.—Proscripción de Enrique el León, 122.—Cruzada contra Saladino, 123.	

## XXI

UN REY CRUEL.....	124-138
Guerra terrible en Sicilia, 124.—El rey niño, 125.—El poder de los nobles, 126.—Dificultades que suscita la idea imperial, 128.—El emperador excomulgado, 129.—Un príncipe en un tonel, 135.	

## XXII

LOS CABALLEROS MERODEADORES.....	139-143
Castillos arruinados en Alemania, 139.—Contiendas entre los nobles y caballeros, 140.—En qué se ocupaban los caballeros, 142.—Los nobles posaderos, 143.	

## XXIII

CÓMO APARECE LA LITERATURA NACIONAL.....	144-148
Los Minnesänger, 144.—Las antiguas leyendas heroicas, 145.—Gunderico y Kriemhild, 146.—Brunequilla se enoja con Kriemhild, 147.—Atila, rey de los Hunnos se casa con Kriemhild, 148.	

## XXIV

- ENGRANDECIMIENTO DE LAS CIUDADES. . . . . 149-150  
Municipios y burgos hereditarios, 149.—La liga hanseática, 150.

## XXV

- SE ENCUENTRA UN BUEN REY EN UN CASTILLO SUIZO. 151-154  
El castillo de Hapsburgo, 151.—Rodulfo funda una dinastía, 154.

## XXVI

- GUILLERMO TELL. . . . . 155-157  
Alberto de Hapsburgo, 155.—Guillermo Tell, 156.—La batalla de Morgarten, 157.

## XXVII

- LA BULA DE ORO. . . . . 158-166  
Enrique de Luxemburgo es elegido emperador, 158.—Guerra civil, 159.—La bula de oro reglamenta la elección de emperador, 160.—Wenceslao ocupa el trono, 161.—Sus perros salvajes, 162.—Juan Huss, 162.—El jefe tuerto de los hussitas, 164.—Sajonia assolada, 165.—La paz se restablece, 166.

## XXVIII

- UN REY INDOLENTE. . . . . 167-173  
La casa austriaca de Hapsburgo en el trono, 167.—Los Graubünden, 169.—Campesinos armados, 169.—Los campos devastados, 169.—Maximiliano el Hermoso, 171.—Revolución de los flamencos, 172.—Maximiliano prisionero, 172.

## XXIX

- ENTRE LO ANTIGUO Y LO NUEVO. . . . . 174-182  
Los dibujos en madera de Hans Burgmair, 174.—El reinado de Maximiliano considerado como un límite, 178.—Dieta de Worms, 178.—Correo imperial, 179.—Los Turcos, 179.—Dinero mandado al Papa, 181.—Ambición excesiva, 182.

## XXX

- LA IMPRENTA..... 183-186  
 Marcas de fábrica del papel, 183.—Invencción de la imprenta, 185.—La Biblia impresa, 186.

## XXXI

- ESTALLA LA GRAN DISCORDIA EN LA IGLESIA..... 187-194  
 Los comienzos del protestantismo, 187.—El Papa necesita dinero, 189.—Indulgencias, 189.—Martín Lutero, 191.—Justificación por la fe, 191.—Los arzobispos guerreros, 192.

## XXXII

- CIUDADES FORTIFICADAS Y SU IMPORTANCIA..... 195-201  
 Las ciudades adquieren importancia, 195.—Casas de madera, 195.—Ventanas con cristales, 196.—Los establos en los sótanos de las casas, 198.—Hermosura de las ciudades, 199.—Peleas en las calles, 200.—Música y canto, 201.

## XXXIII

- ALTO Y BAJO ALEMÁN..... 202-204  
 Cómo está dividida Alemania, 202.—Las tierras altas y las bajas, 203.—Cómo Lutero fija el dialecto alemán, 204.—Comparación con Inglaterra, 204.

## XXXIV

- UN EMPERADOR PODEROSO..... 205-209  
 Carlos V, 205.—Su ambición, 206.—Otra Dicta en Worms, 207.—Los príncipes se apoderan de las propiedades de la Iglesia, 209.

## XXXV

- LOS CAMPESINOS EN ARMAS..... 210-215  
 Las nuevas ideas penetran en la sociedad, 210.—Reco-gida de fresas y caracoles, 211.—El pequeño Jack y la negra Hoffman, 213.—Espíritu de destrucción, 213.—Sucesos terribles, 214.—¿Se remacharán las cadenas? 215.

## XXXVI

- LA TRISTE SUERTE DE BERNARDO KNIPPERDOLING..... 216-223  
 La ópera de Meyerbeer, 216.—Liga contra los católicos, 217.—Münster convertida al Evangelio, 218.—Los anabaptistas, 219.—Extravagancias, 219.—Muerte de Knipperdoling, 223.—Concesión de títulos. 222.—Münster vuelve á ingresar en el catolicismo, 223.

## XXXVII

- LOS PROTESTANTES..... 224-234  
 La reforma en Zúrich, 224.—La Dieta de Spira, 225.—Los protestantes se niegan á adquirir compromisos, 226.—El concilio de Trento, 228.—Victoria de Carlos V en Mühlberg, 228.—Mauricio recompensado por Carlos, 230.—Mauricio arroja la máscara, 231.—La pacificación de Passau, 232.—El Papa celoso de Carlos V, 232.—Muerte de Carlos V, 234.

## XXXVIII

- LA GUERRA RELIGIOSA DE LOS TREINTA AÑOS..... 235-242  
 Persecuciones por una y otra parte, 235.—Rodolfo II el Melancólico, 236.—La unión protestante y la liga católica, 237.—Una caída peligrosa, 238.—Viena sitiada, 240.—Batalla de Praga, 240.—El rey de invierno, 241.

## XXXIX

- UN CABALLERO BOHEMIO..... 243-248  
 El conde Tilly al frente de los imperiales, 243.—Alberto de Wallenstein se presenta, 244.—Bethlen Gabor dispersa su ejército, 245.—Wallenstein en desgracia, 248.—Se retira á Bohemia, 248.

## XL

- UN REY SUECO EN ALEMANIA..... 249-259  
 Se llama á Gustavo Adolfo, 249.—Terribles escenas en Magdeburgo, 250.—Atropellos cometidos por los Suecos, 250.—El emperador recurre otra vez á Wallenstein, 252.—Magnificencia de Wallenstein, 253.—Gustavo ataca á Wallenstein, 255.—Retirada difícil, 256.—Batalla de Lützen, 256.—Qué hacen los escoceses é irlandeses, 258.

## XLI

- LA PAZ DESPUÉS DE LA LARGA GUERRA. . . . . 260-262  
 La paz de Westphalia, 260.—El Reichstag ó Dieta imperial, 261.—Decrecimiento de la población, 261.

## XLII

- TRES GOLPES DADOS POR UN HOMBRE VESTIDO DE AMARILLO. . . . . 263-266  
 El largo reinado de Leopoldo, 263.—Las provincias del Rhin invadidas por los Franceses, 264.—El hombre de los calzones amarillos, 265.—Hostilidad de los Turcos, 266.—Dos grandes hombres, 266.

## XLIII

- UN PRÍNCIPE ILUSTRE. . . . . 267-270  
 El gran elector, 267.—Su genealogía, 269.—Salvado por su escudero, 270.—Los Suecos huyen, 270.

## XLIV

- EUGENIO DE SABOYA. . . . . 271-272  
 El príncipe Eugenio, 271.—Luis XIV trata de seducir á Eugenio, 272.—El príncipe se gana las simpatías de sus soldados, 272.

## XLV

- GUERRA EUROPEA. . . . . 273-278  
 Guerra promovida con motivo de la corona de España, 273.—La guerra comienza en Italia, 275.—La batalla de Blenheim, 275.—Marlborough en los Países Bajos, 277.—Ramilies y Ouderarde, 277.—Rastadt, 278.

## XLVI

- PELUCAS EMPOLVADAS Y PARCHES. . . . . 279-281  
 El estilo rococo, 279.—Una «extraña deformidad», 281.—Estatuas en actitud teatral, 281.—Venta de títulos de nobleza, 281.

## XLVII

- LAS TRIBULACIONES DE UNA NOBLE REINA. . . . . 282-286  
 Guerra con María Teresa, 282.—No se quiere respetar la pragmática, 284.—Difícil reinado, 284.—Insolencia del rey Federico, 286.

## XLVIII

- EL PRÍNCIPE NIÑO. . . . . 287-290  
 «Moriatur pro rege nostro Maria Teresa», 287.—Un reinado breve, 287.—Federico el Grande inquieto, 289.—Un príncipe enojado, 290.

## XLIX

- LAS PENALIDADES DE UN JOVEN PRÍNCIPE. . . . . 291-296  
 Visitas recibidas en el salón de fumar, 291.—Caprichos reales, 292.—Tentativa de fuga, 294.—Federico preso, 294.—La reconciliación, 296.

## L

- EL EJÉRCITO DE «SALTA Y CORRE» . . . . . 297-299  
 Confederación contra Prusia, 297.—La batalla de Rossbach, 298.—La carga de Seidlitz, 299.

## LI

- EL VIEJO FRITZ REPARA LOS MALES DE LA GUERRA... 300-303  
 Espantosas consecuencias de la guerra, 300.—Carácter del rey, 301.—Anécdotas, 302.—Federico el Grande, 303.

## LII

- EN QUÉ SE OCUPABAN DOSCIENTOS PRÍNCIPES. . . . . 304-308  
 El cultivo casi extinguido, 305.—Ciudades manufactureras, 306.—Descripción de Mannheim, 306.—Palacio de Wurzburg, 308.

## LIII

- EL BUEN REY JOSÉ. . . . . 309-314  
 Carácter de José II, 309.—Reformas arbitrarias, 310.

—Se mejora la condición de los campesinos, 311.—Se manda trabajar á las órdenes religiosas, 312.—Visita del papa Pío VI, 313.—Un trono vacilante, 314.

## LIV

## PRESENTASE EL GENIO EN ESCENA..... 315-323

Lessing señala un nuevo camino, 315.—Goethe y Schiller, 317.—Weimar, la Atenas alemana, 319.—*Los bandidos de Schiller*, 321.—Otros escritores, 322.—Se perfecciona la música, 323.

## LV

## LA REVOLUCIÓN FRANCESA..... 324-330

La moda de ser vicioso, 324.—Influencia de América, 325.—El tercer estado, 325.—Asalto de la Bastilla, 327.—Los aldeanos se levantan, 328.—Los jacobinos y Robespierre, 329.—Ejecución de Luis XVI, 330.—Ejecución de María Antonieta, 330.

## LVI

## EL HOMBRE DE CÓRCEGA..... 331-341

La primera coalición, 331.—Los girondinos guillotina- dos, 332.—Fin del reinado del Terror, 333.—Napoleón avanza en Italia, 334.—Amenazado por retaguardia, 335.—Tratado de Campo-Formio, 336.—Las naciones trata- das como niños, 337.—Francia se prepara para continuar la guerra, 339.—Los Franceses en Egipto, 339.—La segunda coalición, 339.—Batalla de Hohenlinden, 340.—Paz de Luneville, 341.

## LVII

## NAPOLEÓN EMPERADOR..... 342-349

Napoleón se gana el favor popular, 342.—Establecimiento del imperio, 343.—La tercera coalición, 343.—Batalla de de Austerlitz, 344.—Paz de Pressburgo, 345.—Prusia castigada, 346.—Austria contra Napoleón, 348.—Paz de Viena, 349.

## LVIII

- LOS HÉROES DEL TIROL. . . . . 350-360  
 Hofer, el posadero de las «Arenas», 350.—Su traje pinto-  
 resco, 351.—¡Es hora!, 352.—Un secreto guardado,  
 353.—Berg Isel, 355.—La cantinera, 356.—Austria aban-  
 dona el Tirol, 359.

## LIX

- LA EXPEDICIÓN Á MOSCOW. . . . . 361-365  
 Napoleón contra Inglaterra, 361.—Contra Rusia, 362.—  
 La retirada de Moscow, 363.—Napoleón abandona á su  
 ejército, 365.

## LX

- CAE NAPOLEÓN Y LEVÁNTASE ALEMANIA. . . . . 366-370  
 Renace la esperanza, 366.—Se levanta Alemania, 368.—  
 Blücher vencedor, 370.—Última victoria de Napoleón en  
 Alemania, 370.

## LXI

- LA BATALLA DE LAS NACIONES. . . . . 371-376  
 Un presentimiento, 371.—La posición de Leipzig, 372.  
 —Cómo empezó la batalla, 373.—Napoleón cree haber ga-  
 nado la victoria, 373.—Todo está perdido, 376.—Triun-  
 fo glorioso, 376.

## LXII

- NAPOLEÓN REPRIMIDO. . . . . 377-382  
 Napoleón rehusa la paz, 377.—Tiene que renunciar la  
 corona, 378.—La primera paz de París, 378.—Regreso  
 repentino de Napoleón, 379.—Segunda abdicación des-  
 pués de Waterloo, 380.—La segunda paz de París, 381.  
 —Nuevo reparto de Europa, 381.

## LXIII

- ALEMANIA PELEA POR LA LIBERTAD. . . . . 383-388  
 Aspiraciones á la libertad, 383.—La Santa Alianza, 384.  
 —Las sociedades políticas, 385.—Memorias del barón de  
 Trenck, 386.—El Zollverein, 388.

## LXIV

- OTRA REVOLUCIÓN..... 389-393  
 Luis Felipe huye á Inglaterra y Luis Napoleón se presenta, 389.—Alemania entera se conmueve, 390.—Asamblea nacional de Frankfort, 391.—Federico Guillermo IV no acepta la corona imperial, 391.—Los campesinos se levantan, pero los gobiernos recobran su superioridad, 392.

## LXV

- UNA GUERRA POR CAUSA DE DOS DUCADOS..... 394-401  
 Los ducados de Schlesswig-Holstein, 394.—Heroísmo de Dinamarca, 395.—Torpeza del general Benedeck, 398.—La batalla de Königgrätz, 400.—La paz de Praga, 400.

## LXVI

- LUCHA TERRIBLE CON FRANCIA..... 402-423  
 Alarma de Francia, 402.—Napoleón III declara la guerra, 404.—Los ejércitos contendientes, 406.—Los Franceses derrotados en Wörth, 408.—Gran agitación en París, 410.—La posición de Metz-Planes y movimientos militares, 411.—Batalla de Gravelotte, 413.—Mac-Mahón arrinconado, 415.—Napoleón se entrega prisionero, 416.—Rapidez de los movimientos, 416.—El sitio de París, 417.—Gambetta huye en un globo, 418.—Paz, 422.—La Commune, 422.

## LXVII

- EL NUEVO IMPERIO..... 424-431  
 Guillermo, Rey de Prusia, coronado emperador en Versalles, 425.—Primera Dieta del nuevo imperio, 426.—Composición del imperio, 426.—¿Cuál es la patria alemana? 427.—La unidad, 429.—Alemania convertida en un campamento, 429.—Ventajas del estudio de la historia, 431.

# HISTORIA DE ALEMANIA

## CAPÍTULO PRIMERO

### LOS PRIMEROS GERMANOS

(113-102 a. de J. C.)



En el año 113 antes de J. C. los habitantes de la Italia septentrional quedaron espantados al ver la multitud de bárbaros que, fieros y amenazadores, se deslizaban sobre sus grandes escudos por las nevadas faldas de los Alpes. Tenían el cabello hermoso, largo y espeso, siendo en algunos enmarañado y de color rojo. Eran fuertes y vigorosos, de estatura elevada y ojos azules. Llevaban cabezas de lobos, osos y carneros—estas últimas con cuernos—sobre sus yelmos, y algunos alas de águilas extendidas y sujetas á los cascos de hierro. ¿Qué gentes eran estas? Perteneían á dos razas distintas y hablaban diferentes lenguas y aunque todos usaban larga cabellera, los unos eran más altos y más resueltos que los otros.

Estos invasores se llamaban á sí mismos Cimbrós<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Los Cimbrós habitaron primeramente en Europa la península Cimbérica (Dinamarca) y eran vecinos de los Teutones y los Ambrones.

Según vagas noticias adquiridas por Strabon, los Cimbrós habían abandonado dicho territorio á consecuencia de una horrorosa inunda-

y Teutones. Habian vivido juntos en los valles suizos hasta que, multiplicándose extraordinariamente, aquella tierra fué incapaz de sustentarlos; entonces emprendieron su camino á través de los helados desfiladeros con ánimo de conquistar y colonizar las templadas llanuras de Italia.

Las montañas de Suiza tampoco pueden sostener hoy á todos sus pobladores, pero en lo antiguo no tenían éstos más que un recurso, el de pelear y establecerse por la fuerza en nuevos territorios, mientras ahora emigran y son albañiles, criados, pasteleros, relojeros, etc., los hombres, y nodrizas y cocineras las mujeres.

Si recorréis Suiza, observaréis que en un cantón se habla el francés y en el inmediato el alemán, que en la ciudad de Friburgo úsase el primer idioma en la parte baja y el segundo en la alta. Débese esto á que hoy viven juntas allí dos razas distintas, lo mismo que ocurría 103 años antes de J. C. El pueblo que habla francés representa á los Cimbrós; el que habla alemán á los Teutones. Los Galos se llaman á si mismos *cimrios*, que equivale á Cimbrós; los Alemanes se apropian el nombre de *deutch*, es decir, Teutones.

Los Romanos enviaron sus legiones contra aquellos guerreros que se habian precipitado sobre Italia desde las alturas de los Alpes, mas fueron arrolladas

ción. Strabon no dió crédito á estas noticias, fundándose en que en el mismo país seguían viviendo Cimbrós. Sin embargo, consérvanse en Dinamarca huellas de análogas catástrofes ocurridas en épocas prehistóricas. De cualquier manera, fuese la expuesta la causa de la emigración, fuese sencillamente el aumento excesivo de pobladores y el hambre consiguiente, como es más probable, el caso es que los Cimbrós, unidos á los Teutones y Ambrones, huyeron de su antigua morada por los años 125 á 120 antes de J. C., dirigiéndose desde las playas septentrionales de Alemania hacia el Mediodía, donde se les unieron otros pueblos.—(N. dei T.)

por los Cimbros y Teutones. Estos bárbaros peleaban con desesperación; dejaban el hambre á su espalda; debían conquistar ó morir. Destruían las aldeas, tomaban y quemaban las ciudades, asolaban las llanuras. Mataban los caballos que cogían y colgaban á los cautivos de los árboles como ofrenda á Wuotan, el dios de la guerra, de cuyo nombre se deriva la palabra Woutans-tag (viernes). Italia estaba aterrada. Si los Cimbros y Teutones hubiesen sabido aprovecharse de sus victorias y del pánico que inspiraban á los Romanos no habrían tardado en apoderarse de Roma; mas lejos de ello, se corrieron al Occidente, á lo largo del hermoso camino de Riviera, derramándose por el Sur de la Francia actual. Esto dió á los Romanos un pequeño respiro. Reunieron un gran ejército y pusieron á su frente á Mario, su mejor general. Dirigióse Mario á la Galia, donde estaban los bárbaros, y levantó un ancho campo fortificado en el Ródano. Desde aquí observó á sus enemigos. Causaban á sus legiones demasiado espanto aquellos hombres gigantescos, que se adornaban con cabezas de animales salvajes y cuyos rostros aparecían por entre las quijadas de lobos y osos, para que Mario los condujese á la pelea antes de familiarizarles con tan extraña vista. Los bárbaros despreciaron á los soldados romanos y como aborrecían la vida sedentaria, se dividieron, yéndose los Cimbros á entrar otra vez en Italia por Suiza y el Tirol, y los Teutones



MARIO.

(Busto de mármol conservado en el Vaticano.)



LA BATALLA DE LOS CIMBRIOS.

(Sarcófago romano conservado en el museo Capitolino en Roma.)

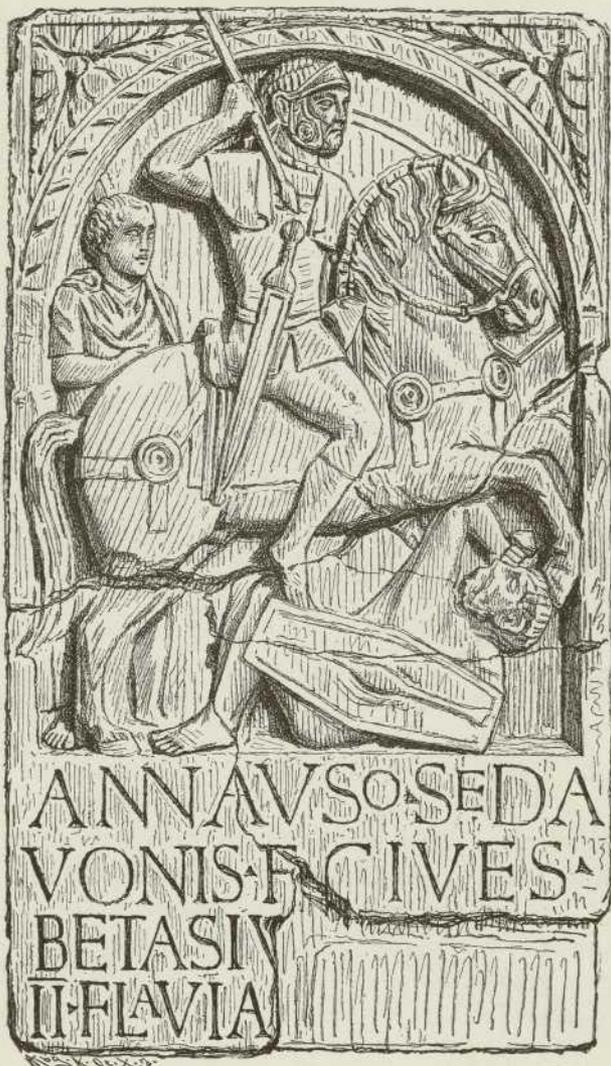
se pusieron también en marcha, resueltos como sus compañeros á invadir de nuevo la península. Mario siguió á los Teutones, y atacándolos cerca de Aix los desbarató por completo en una batalla formidable <sup>1</sup>. Mario persiguió á los Teutones hasta en su propio campamento. «Entonces, dice el historiador, las mujeres teutonas se abalanzaron á los varones, dando alaridos horribles, rechazaron á sus compatriotas, llamándolos cobardes, atacaron á los enemigos, y arrebatándoles las espadas con sus manos desnudas, prefirieron ser exterminadas á entregarse.»

En el entretanto, los Cimbros atravesaron á Botzen y Trento, deteniéndose en el valle del Adige, y como el río les molestaba, echaron en él enormes rocas y cortaron pinos y los colocaron de través, construyendo una gran presa, como para asegurarse la retirada.

Mario abandonó el campo de batalla de Aix y cruzó con su ejército las llanuras septentrionales de Italia, alcanzando á los Cimbros en Verceil. Colocó á su gente de modo que los rayos del sol de Agosto diesen de frente á los Cimbros y el viento arrojase á sus ojos el polvo y la arena. Los Cimbros de las primeras filas se habian atado entre sí con cuerdas á fin de presentar una masa compacta á los Romanos; pero esta disposición fué un mal, porque los muertos al caer arrastraban consigo á los vivos. Los Romanos obtuvieron una victoria completa, y las pobres mujeres cimbras, al ver muertos á sus padres y esposos, se arrojaban de pechos sobre las espadas desnudas ó se ahorcaban de las lanzas de los carros para escapar á la esclavitud y la deshonra <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Véase *Story of Rome*, págs. 131, 142.

<sup>2</sup> Frente á frente ya Cimbros y Romanos enviaron los primeros



REPRESENTACIÓN DE UN JINETE GERMÁNICO AL SERVICIO ROMANO.  
(De una lápida sepulcral encontrada en Maguncia.)

Tal fué el término de aquella gran invasión que nos interesa, porque es la primera vez que oímos hablar de los Teutones ó Germanos. Verificóse la aparición de estos pueblos en Italia el año 113 antes de J. C. y las dos grandes derrotas de Aix y Verceil ocurrieron en 102.

diputados á Mario, pidiéndole las tierras que ocupaban para establecerse ellos y sus hermanos los Teutones, de cuya derrota habían oído hablar, pero á la que no habían dado crédito. «Vuestros hermanos tienen ya las tierras que necesitan» les contestó Mario irónicamente.—  
(N. del T.)

## CAPÍTULO II

### LO QUE ERA PROBABLEMENTE LA ANTIGUA ALEMANIA



LA Alemania, como sabemos, se divide en Alemania Superior y Alemania Inferior. La Alemania Superior es una comarca elevada; la Inferior, es una llanura estéril y arenosa. En los tiempos primitivos, cuando los Alemanes colonizaron el país, hallábase éste cubierto de espesos bosques de robles, pinos y abedules, donde había mucha piedra rodada. Por encima de los bosques, sobresalían las cordilleras del Sur ó Alemania Superior, á manera de islas. En la Alemania Inferior abundaban los terrenos incultos y los brezales. Los caudalosos ríos corrían á través de los valles, cambiando de curso con frecuencia y depositando piedras en gran cantidad.

Los colonizadores <sup>1</sup> se establecieron al principio

<sup>1</sup> La venida de los Germanos á Europa desde el asiento común de la raza arya en Asia debió coincidir con la llegada de los Pelasgos á Grecia. Fué, sin duda, esta una de esas grandes épocas históricas en que los pueblos, dominados por ideas nuevas, cambian de constitución política y ocupan otras partes del mundo. La historia nos presenta dos ejemplos: la época de la emigración de los pueblos propiamente dicha y la de la colonización de América é islas descubiertas, que, lejos de haberse cerrado, parece hallarse ahora en un período de gran actividad.

En esos grandes movimientos emigratorios, los países de origen se despueblan á veces en demasía.—(N. del T.)

en los anchos valles, donde el suelo era más rico en pastos y sólo más adelante fueron abriendo claros en las selvas y trepando por las faldas de las montañas.

¿Había una gran familia de razas—la familia germánica—que ocupase las vastas llanuras septentrionales y los valles limitados por la cordillera? No debemos creerlo. En las llanuras septentrionales se han encontrado grandes montículos que encierran cámaras sepulcrales, formadas de piedras colocadas de pie, y de otras enormes encima. Los campesinos las llaman «tumbas de los Hunnos». Esta denominación es impropia. Dichas sepulturas, en efecto, pertenecen á una raza desconocida que habitaba en las costas del Báltico y el mar del Norte, antes que los Germanos se establecieran en el país. En el Sur no se ven estas tumbas, pero existen también huellas de otro pueblo diferente del germano, y son los nombres de algunos ríos y montañas, tales como Pegnir—el río que baña á Nuremberg-Karwendel—un monte de Baviera—y Scharniter—un desfiladero. Estos nombres sugieren la idea de una población eslava, del mismo origen que los modernos rusos, polacos y bohemios. No son todavía las referidas las únicas trazas que se conservan de la existencia de un pueblo primitivo en Alemania. Podemos descubrir otras muchas en las antiguas leyes de las tribus germanas. Por estas leyes sabemos que había allí una raza de siervos—pueblo conquistado—que labraba la tierra, y otra de dominadores, estando prohibido el matrimonio entre los individuos de una y otra. Cuando un alemán se casaba con una indígena, perdía su condición de hombre libre y sus hijos eran esclavos. Todavía subsiste en parte esta ley en Alemania, aunque ha perdido su significación originaria.

Hoy, en efecto, un príncipe no puede elegir esposa sino entre las familias de sangre real, y si así no lo hace, sus hijos no tienen la categoría del padre y si sólo la de la madre. Aquella antigua prohibición, conocida en todos los pueblos de origen alemán, obedecía al pensamiento de conservar pura y sin mezcla la ilustre sangre teutónica.



UNA ALDEA GERMÁNICA.

Sin embargo, si viajáis por Baviera ó Baden, veréis que la mayor parte de los campesinos tienen los ojos castaños y el pelo negro. Esto nos prueba que no son de pura sangre alemana, sino que corre también por sus venas la sangre de la raza conquistada.

Los Germanos se distinguían á sí mismos con este nombre á causa de las lanzas que usaban, pues germano significa literalmente «hombre de lanza», pero también se llamaban Deutschen ó, como los Romanos tradujeron, Teutones, palabra derivada del anti-

guo alemán que quiere decir sencillamente «el pueblo»<sup>1</sup>.

Dividíanse en muchas grandes tribus, de las cuales mencionaremos las más importantes.

1 Parece que el nombre de «Germanos» debe su origen al respeto que inspiraron á los Romanos, y antes que á ellos á sus vecinos los Galos, dotados de tan eminentes cualidades físicas y morales, y cuyo valor y espíritu de independencia eran proverbiales. Puede, en efecto, afirmarse con grandes visos de certeza que los Galos fueron los primeros en llamar Germanos á los Alemanes, sea que formasen la voz expresada, sea que con ella se designara algún arma que usasen las poblaciones guerreras alemanas. Tal es, por lo menos, la conclusión que indican las analogías. Una reunión numerosa de poblaciones suevas llevaba el nombre de «Marcomanos» (Markmänner, equivalente á «mark-genossen» ú hombres asociados por la propiedad de las marcas ó fronteras): pues bien, del mismo modo el de «Germanos» puede provenir de la palabra «wehrmänner».

Los Alemanes no adquirieron el hábito de llamarse «Germanos» hasta después de oír, á los Galos primero y á los Romanos después, darles este nombre. Entre ellos, tenía poca importancia el nombre de familia; el verdadero era el general de la tribu ó el de los pequeños grupos reunidos en asociaciones. Sería difícil remontarse al origen de cada uno de estos nombres; sábese que los pequeños grupos acostumbraban unir al suyo el de los ríos ó valles inmediatos á sus cantones, y que las asociaciones de tribus se complacían en agregar á su denominación otra alusiva á su manera de vivir ó á sus condiciones sociales y militares. Así lo hicieron los Suevos, los Marcomanos, los Alemanes y también, acaso, los Francos y los Sajones.

El eminente historiador alemán Max Wirth, á quien hemos seguido en las indicaciones anteriores, agrega en una nota:

« Los filólogos se niegan á admitir que «man» provenga de «mann» (hombre), pero si los Ingleses aceptan esta etimología en su idioma no sabemos por qué ha de negarse el mismo derecho á los Alemanes. De la palabra alemana «wehr» se deriva la voz «guerra»; «ger» significa jabalina, lanza. Es lícito afirmar que los Galos dieron á los Alemanes el nombre de «Germanos», ya por razón del arma principal que éstos manejaban, ya porque se les hubiesen aparecido bajo su formidable aspecto guerrero, como hombres que esgrimen armas. La opinión emitida por Strabon, según la cual los Galos dieron á los Alemanes el nombre de «hermanos» (Germanos) nos parece inadmisibles, pues no tuvieron estos dos pueblos entre sí relación amistosa ninguna, por lo menos con anterioridad á la llegada de los Romanos, habiéndoles sido desconocida hasta entonces la lengua latina. Si los Romanos hu-

Los Cattsos vivían en Hesse y casi nunca se han movido de allí. Los habitantes del Hesse actual descienden en línea recta de los antiguos Cattsos.



COLONIZACIÓN POR  
LAS ÓRDENES RELIGIOSAS  
DE LA PARTE DEL ESTE  
DEL IMPERIO, OCUPADO  
POR LOS SLAVOS.

(Representa un colono  
sajón con un prisionero  
slavo.)

Los Sajones y los Anglos; los primeros vivían en el Holstein y los segundos en el Schleswig y se desparramaron por diferentes comarcas tan pronto como los vemos aparecer en el campo de la historia. Invadieron las Islas Británicas y los Ingleses ó Anglosajones son sus modernos descendientes.

Los Suevos ó Suabios: vivían al Sur y Este de los Sajones; corrieronse más al Sur y estos últimos ocupan hoy sus tierras. Eran ramas suyas los Marcomanos ú «hombres de la marca», establecidos al principio á las orillas del Rhin, en la frontera del Kelt, y los Longobardos que ocupan la región central del Elba. Los Longobardos abandonaron su morada primitiva y conquistaron el Norte de Italia, llama-

do por esta causa Lombardia.

Los Godos vivieron primeramente en las fuentes del Vistula y eran afines suyos los Vándalos y Borgoñones.

biesen traducido en la primera época á su lengua la voz celta «bruder» (hermanos), sus autores, y Tácito especialmente, habrían mencionado el hecho. Además, es muy improbable que tal traducción hubiese podido ser recibida tan pronto y simultáneamente entre los Galos y los Alemanes. Resulta, con evidencia, de algunos pasajes de Tácito, aunque están incompletos, que los Alemanes que primeramente ocuparon la baja vega de la izquierda del Rhin, rechazando á los Galos, fueron

Es notable que las razas del Sur tuviesen distinta organización social que las del Norte. Los Suevos eran una raza guerrera, no tenían morada fija y carecían de patria. Se dividían anualmente la tierra por lotes, de modo que la propiedad cambiaba continuamente de dueño. Había constantemente una parte de la población ocupada en la guerra y el resto labraba el suelo. En el Norte, por el contrario, la tierra estaba repartida entre algunos grandes propietarios que vivían en sus granjas; el cultivo estaba confiado á los siervos y la propiedad territorial era hereditaria. Todavía hoy están patentes los resultados de estos dos sistemas. En Westfalia, por ejemplo, y lo mismo en el Holstein, hay hermosas granjas y casas de labor y las propiedades están cercadas; pero en el Sur no sucede lo propio; los labradores viven apiñados en pequeñas aldeas y no se ve una cerca por ninguna parte.

Los antiguos pobladores de Alemania se dividían en dos grandes clases, libres y esclavos, distinguiéndose los primeros entre sí por su mayor ó menor nobleza y siendo los únicos que podían usar armas.

La primitiva religión de los Germanos era, con corta diferencia, la misma que la de los Noruegos. Miraban á Wuotan como su dios principal. Suponían que tenía éste un ojo en la frente que era el sol. Era el dios del cielo y el aire y le sacrificaban hombres y caballos, colgándolos de los árboles. Los cam-

designados con el nombre de Germanos, y que los Galos espantados denominaron así á aquellos hombres de lanza, á aquellos temibles guerreros (*speer* ó *wehrmanner*). La explicación más sencilla nos parece siempre la más probable.»

No terminaremos esta nota sin advertir que algunos han pensado que «Germanos» significa «voceadores en el combate», y que en opinión de otros etimologistas quiere decir «vecinos».—(N. del T.)

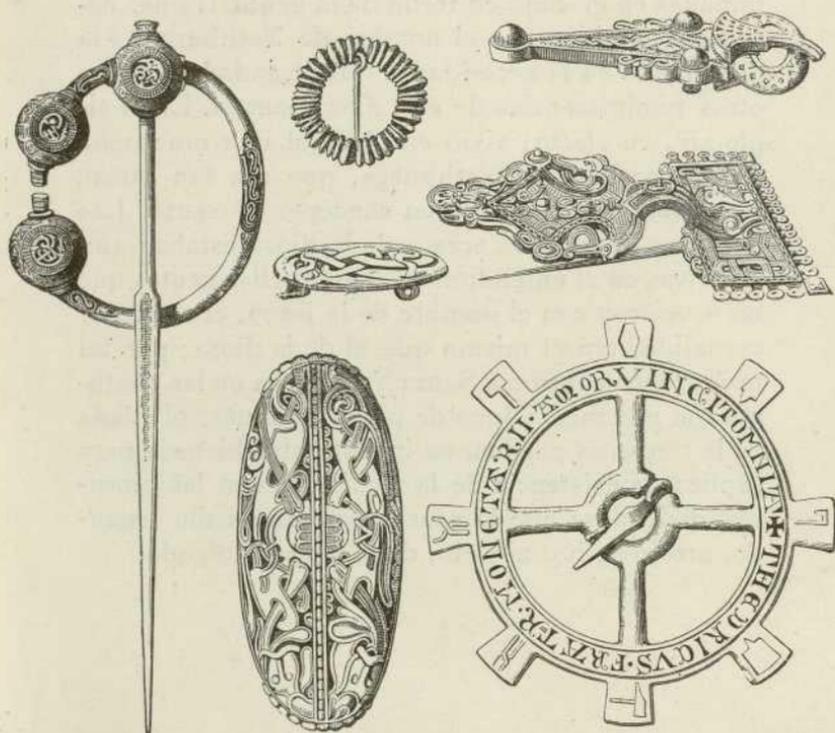
pesinos alemanes conservan aún un recuerdo de él. pero ya no le atribuyen un carácter divino, sino que se lo representan como un cazador salvaje, á quien



CONSEJO DE GUERRA GERMANICO.  
(Representado en la columna Antonina de Roma.)

se oye galopar por la noche en los altos bosques. y toca el cuerno y va precedido de perros que respiran fuego, y de una blanca lechuza, con ojos como lunas, que huye con las alas extendidas.

Otro de sus dioses era Donan, á quien los Normandos llamaban Thor. No significa otra cosa que el Trueno y va armado con un martillo que lanza á sus enemigos, pero que siempre vuelve á sus manos. De



ALFILERES Y PULSERAS GERMÁNICAS.

su nombre se derivan las voces Thursday-Thors-day y Donners-tag (jueves).

Entre las diosas figuraban Freija, que dió su nombre á otro día de la semana, el viernes, Friday en inglés, Freitag en alemán; y Herta, la diosa de la

tierra. Otra diosa era llamada indistintamente Hulda, Bertha ú Hörsel. Tierna, cariñosa y amante de los niños, no era más que la Luna. Se la imaginaban atrayendo hacia sí para nutrir las almas de los niños que morían. Estas almas eran las estrellas diseminadas en el cielo en torno de la gentil Hulda, designada también con el nombre de Nothburga, «la que auxilia en la necesidad». Han llegado hasta nosotros reminiscencias de esta diosa pagana. En el siglo XIV, en efecto, vivió en el Tirol una muchacha campesina llamada Nothburga, que era tan buena que hubieron de tenerla en concepto de santa. Las antiguas tradiciones acerca de la diosa estaban aún tan vivas en el entendimiento de aquellas gentes que las asociaron con el nombre de la joven, el cual, por casualidad era el mismo que el de la diosa; por tal razón representaron á Santa Nothburga en las pinturas con una media luna de plata. Después, olvidada ya la tradición pagana, se inventó otra historia para explicar la existencia de la media luna en las pinturas, diciéndose que la santa, estando un día segando, arrojó su hoz al cielo, donde quedó colgada.

---

XIV en photo dans en 1911



ESTATUA TRIUNFAL DE UNA MUJER GERMANA QUE LA TRADICIÓN SUTO.E SER THUSNELDA.

## CAPÍTULO III

HERMANN

(Año 9 d. de J. C.)

 Como cincuenta años después de la derrota de los Cimbrós y Teutones, los Romanos volvieron á estar segunda vez en contacto con los Germanos. Julio César, el más grande y famoso de los generales romanos, era gobernador de la Galia. Los Marcomanos habian cruzado el Rhin al mando de su principe Ariovisto ó, como le llamaba su propio pueblo, Arbogasto, estableciéndose en Borgoña. Julio César los derrotó y echó más allá de dicho río, que él también pasó repetidas veces. Sin embargo, sus sucesores, Druso y Tiberio, fueron los primeros que subyugaron una parte de la Alemania comprendida entre el Rhin y el Wesser.

Hermann, jefe de la tribu germánica de los Cheruscos, habia sido llamado á Roma en tiempo de Druso, probablemente en concepto de rehén. Allí estudió con esmero el latín, pero sin olvidar nunca la lengua que aprendiera en las rodillas de su madre y recordando siempre con orgullo que era germano. Leyendo la historia se enteró de cómo los Romanos habian alcanzado un poder tan extraordinario, y parece que

concibió la esperanza de que también sus compatriotas podían acometer grandes empresas si lograban unirse y presentarse al mundo como una sola nación.



JULIO CÉSAR.

(Busto de mármol conservado en el museo de Nápoles.)

Hermann vió que los Romanos eran ricos y tenían colonias en todas partes, pero observó asimismo su afición al placer y el lujo y que vivían en ricas y extensas ciudades, donde la disipación y el vicio tenían ancho campo en que espaciarse. Miró después hacia sus bosques germanos y reflexionó profundamente acerca de la diferencia que había entre los enemigos de su patria y aquellos hombres activos y libres que moraban en humildes aldeas donde el amor ataba los lazos del esposo y la

esposa y de los padres con los hijos y donde (como dijo después un gran escritor romano para avergonzar á sus compatriotas con el contraste) no era de buen tono el obrar mal y nadie sonreía al vicio. Á medida que pasaban los años, estos sentimientos de Hermann se fortalecían.



MONEDA  
CON EL REFRATO  
DE CÉSAR.

Al cabo de algún tiempo Hermann regresó á Germania y halló al pueblo pronto á escuchar sus consejos y á alistarse bajo sus banderas. Siguiendo su curso los acontecimientos,

Augusto envió á Germania á Varo con la misión de velar por los intereses de Roma y consolidar su poder en el país. Conociendo Varo la educación que habia recibido Hermann é ignorante de los ardientes sentimientos que bullian en su patriótico corazón, aventuróse á tomarlo por consejero y guia. El príncipe cherusco comprendió que habia llegado la hora

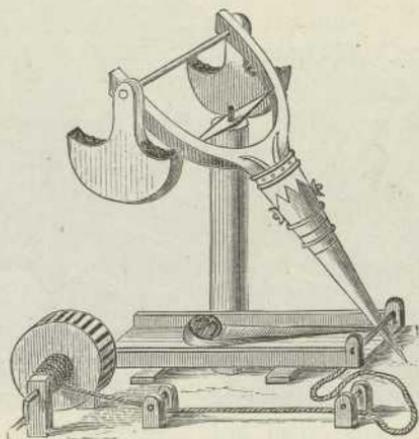


RECONSTRUCCIÓN DE UN PUENTE SOBRE EL RHIN.  
FIGURANDO EL PASO DE LAS TROPAS DE CÉSAR.

esperada y sacó partido de las circunstancias, extraviando á Varo y á su gran ejército en la región montañosa del bosque de Teutoburg, donde pensó, no sin razón, que las numerosas y fuertes huestes de sus compatriotas podrian luchar con más ventaja contra las mejor disciplinadas y más pesadamente armadas huestes de los invasores.

Corría el otoño del año 9 de nuestra era. No habia caminos y Varo se vió obligado á abrirse paso con el hacha por en medio de la enmarañada selva. Las

légiones avanzaban lentamente y el general romano se convenció al fin de que habia caído en un lazo. Como si hasta la naturaleza quisiese aumentar su desmayo y confusión, estalló una gran tormenta. Los torrentes de las montañas, hinchados con la lluvia, se desbordaron y en aquel momento, cuando los Romanos embarazados con sus bagajes y el ejército de



BALISTA DE SITIO DEL TIEMPO DE CÉSAR.

gente inútil que les seguía y llenos de fatiga por las molestias del camino, atravesaban en columnas irregulares los fangosos pantanos y los estrechos desfiladeros, resonó en las cumbres circunvecinas el formidable grito de guerra de los Germanos y cayó sobre los legionarios una granizada de flechas que parecían venir de las nubes. Sobrecogidos de espanto y no sabiendo dónde se encontraban, hicieron alto los invasores y bien pronto fueron cercados por sus ene-

migos, que estaban como en su casa en los sitios más agrestes.

Peleóse durante todo el día y al llegar la noche los Romanos, protegidos por la oscuridad, trataron de construir trincheras que les protegiesen, pero se hallaban muy cansados para poder realizar su propósito. Cientos de ellos se perdieron en los pantanos; sus águilas caían en poder del enemigo, no tenían viveres y era obvio que su única salvación estaba en la retirada. La sola cuestión que había que resolver era la dirección que debería tomarse. Retrocedieron, al fin, defendiendo el terreno palmo á palmo, mas fueron muy pocos los que escaparon y pudieron contar la historia de aquel terrible combate, librado en las espesuras de las selvas germánicas.

Varo, que se había echado confiadamente en brazos de la traición y metidose en los bosques como quien va á una fiesta, se atravesó con su propia espada, y cuando el gran emperador Augusto supo la destrucción de su ejército—del ejército del pueblo más orgulloso del mundo, de aquel que estaba á la cabeza de las naciones—se mesó los cabellos y la barba, exclamando una vez y otra vez con amargura: «¡Varo! ¡Varo! ¡Devuélveme mis legiones...!» Conmovióse el Capitolio como se había conmovido cuando después de la triste rota de Allia <sup>1</sup> los Galos se dirigieron á su ciudad, pues no dudaban que los Germanos se habían puesto ya en camino para caer sobre Roma. Hermann, sin embargo, no abrigaba semejantes planes; no peleaba para conquistar, sino por la libertad, y fué el primero que tuvo la visión de una Alemania grande y unida. Había recabado la indepen-

<sup>1</sup> Acerca de la terrible victoria alcanzada por los Galos sobre los Romanos en el río Allia, véase... «*Story of Rome*»... págs. 104, 136.

dencia de su patria y puesto límites á la extensión del Imperio romano en una región del globo. El ejemplo dado por Hermann á los pueblos de sangre germánica debía producir sus frutos, andando los siglos, en el patriótico campo de Runnymedes, donde los barones arrancaron la Carta Magna al rey Juan; porque de aquella tierra libertada por Hermann vinieron nuestros abuelos y podemos recordar el nombre del héroe con patriótico orgullo y considerar como monumento nacional la estatua que muchos centenares de años después le han erigido los principes alemanes en la cumbre más elevada de los Alpes Teutoburg.

Thusnelda, la esposa de Hermann, era hija de un jefe llamado Siegart, muy adicto á los Romanos; mas ella fué celebrada tanto por su belleza como por su ardiente patriotismo. Su espíritu tenia más afinidades con el de su esposo que con el de su padre, quien indujo traidoramente á Varo á ponerse en guardia contra Hermann, y que, no contento con esto, entregó su propia hija á los enemigos de su patria tan pronto como presentósele ocasión. Era muy vivo el resentimiento de los Germanos contra semejante hombre, tan vivo que sólo pudo salvar su vida huyendo al campo de los Romanos. Pocos años después Thusnelda y su hijo figuraban en Roma en una procesión triunfal <sup>1</sup>.

1 El rapto de su mujer, la esclavitud reservada á su hijo desde su nacimiento, hiriendo los sentimientos más íntimos de Hermann, irritaron hasta el paroxismo su natural impetuoso. Exasperado justamente recorrió los cantones de los Cheruscos y electrizó con su palabra á sus compatriotas, llamándoles á las armas contra Siegart y Roma. «¡El padre excelente! ¡El gran emperador! (decía con amargura). Han tenido el valor de robar á una débil mujer por medio de la violencia. Yo he destruido tres legiones y matado tres generales; pero nunca me he



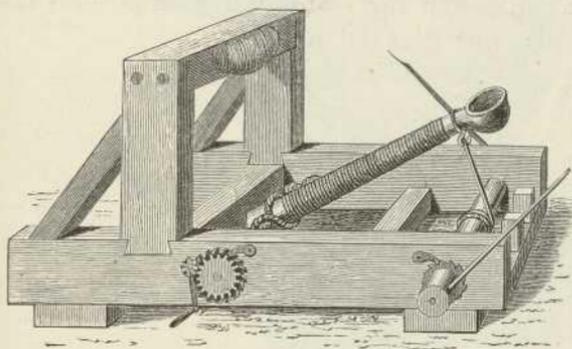
DESTRUCCIÓN DE UNA ALDEA GERMÁNICA POR LOS ROMANOS.  
(Relieve de la columna Antonina en Roma.)

No hay para qué decir cuánto había crecido el odio de Hermann á Roma desde la pérdida de su esposa y de su hijo; así que cuando cinco años después de la derrota de Varo fué otro ejército en contra de los Germanos, no perdonó medio de rechazarlo, saliendo á su encuentro con una hueste numerosa y obligándole á retroceder. Otras tentativas que se hicieron por parte de Roma para domeñar al altivo Hermann fueron igualmente infructuosas; al fin se abandonó esta empresa, y entonces, libre ya Alemania del temor, la suerte del héroe fué la misma que la de tantos otros que consagraron su vida á la independencia ó engrandecimiento de su patria. Como Camilo, Manlio y los Gracos en Roma, Hermann no fué comprendido en Alemania. Su propio pueblo se levantó contra él y á la temprana edad de 37 años, cayó á los golpes de sus más próximos parientes <sup>1</sup>. Estaba

servido de la traición. He hecho la guerra, no contra las mujeres en cinta, sino contra enemigos armados. Nuestros bosques sagrados ostentan aún los despojos romanos que consagré á los dioses... Antes de la dominación de Roma, el pueblo no conocía ni la pena de muerte ni el impuesto. Y ahora que hemos sacudido el yugo del extranjero, que Augusto el Divinizado no existe y que gobierna el insolente Tiberio ¿temeríais á un joven inexperto y á un ejército amotinado? ¿Que aquellos que prefieran la patria, los antepasados, el antiguo renombre nacional, que aquellos que se prefieran á sí mismos á los nuevos hogares, á la esclavitud y á Siegart, nos sigan en el camino de la gloria y la independencia.—(N. del T.)

<sup>1</sup> Vencidos en una sangrienta batalla los Longobardos, al mando de Morobodo, que envidiaba la gloria de Hermann, á quien se había negado á auxiliar contra los Romanos, el valiente caudillo tuvo que combatir la oposición de los príncipes que creían peligraban su poder é intereses personales con la restauración de la independencia nacional y el establecimiento de un poder central que se extendía sobre todas las tribus alemanas del Noroeste, reconocido generalmente y confiado á Hermann. En su consecuencia, acusaron á éste de querer asumir un poder absoluto. Sin duda consiguieron crearse en el pueblo un partido favorable á sus miras, porque estalló una guerra civil cuyos resultados

reservado á un historiador romano el hacer su elogio y á las edades futuras el elevarle un monumento. Tácito dice de él que le cupo la honra de haber resistido las armas de Roma en el momento mismo que el orgullo del poder imperial era mayor, y haber sido celebrado en los cantos de triunfo de sus compa-



BALISTA DE CAMPAÑA CARGADA.

triotas. Hermann se convirtió en el tipo del «guerre-ro» por excelencia, del «hombre de las batallas», fué el libertador de Alemania y le recordaban nuestros abuelos anglo-sajones, aun después de establecidos en las Islas Británicas. Hermann y Thusnelda repre-

quedaron inciertos. Sin embargo, demasiado débiles para atacarle de frente, los enemigos de Hermann trataron de recurrir al asesinato. Un miembro del partido de los príncipes, Gandester, príncipe de los Catos, escribió al Senado romano, prometiendo matar á Hermann si se le enviaba el veneno necesario. La antigua virtud romana prevaleció en esta ocasión, y el Senado contestó á Gandester que el pueblo romano se vengaba de sus enemigos cara á cara, no en secreto y á traición.

Al fin, como en el texto se dice, Hermann murió asesinado á manos de un príncipe, pariente suyo, á los 37 años de edad y 12 de mando.

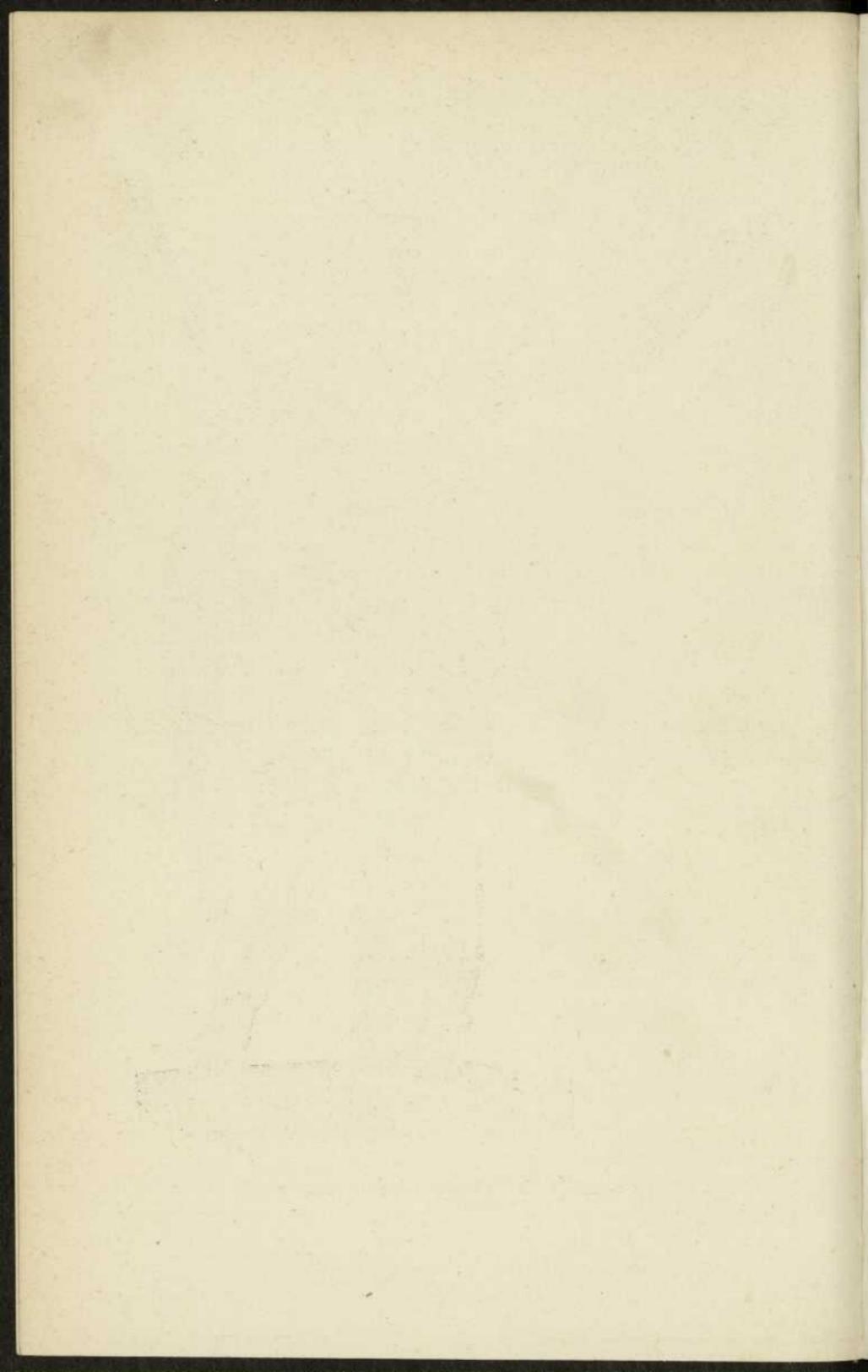
El asesinato del héroe no quedó impune, y hay motivo para creer que el pueblo vengó terriblemente su muerte.—(N. del T.)

sentan el amor conyugal, por el que tantos elogios han merecido los Germanos primitivos. Más adelante los Romanos se apoderaron de una pequeña parte de Alemania, que denominaron Zenthland. Extendíase entre el Danubio, el Meine y el Rhin y la protegían un foso y muros con torreones á intervalos. Las murallas eran terraplenes con empalizadas en lo alto; aun se ven sus restos y los campesinos las llaman «las murallas del diablo».



AUGUSTO

(Estatua triunfal conservada en el museo Vaticano.)



## CAPÍTULO IV

### LOS HUNNOS

(375-452)



EN el año 375 verificóse un gran movimiento entre los pueblos que habitaban la Alemania. Sonó el grito de ¡«sálvese el que pueda»! y las lágrimas y la sangre corrieron en abundancia.

La causa de todo fué la aparición de los Hunnos (1).

Los Hunnos ó Calmukos, tribus de pastores errantes, procedían del Norte de Asia, donde ocupaban las vastas llanuras que hay entre Rusia y China. Care-

1 Los Hunnos eran de origen turani. Residieron primeramente en las orillas del Amour, entre la Siberia y el Imperio chino, la Tartaria oriental y el Océano Pacífico. Sus continuos ataques obligaron á los Chinos á levantar la célebre y larga fortificación llamada muralla de la China, que no impidió que los Hunnos siguieran molestando tanto al Celeste Imperio, que éste se comprometiese á pagarles un tributo anual, consistente en gran número de lindas jóvenes chinas, destinadas á mejorar la horrible raza tártara, razón que impulsó también á muchos príncipes de esta comarca á casarse con princesas chinas.

De Guines refiere en su *Historia de los Hunnos* un episodio conmovedor. Trátase de una princesa china que en sus cantos deplora su destino. Alejada de sus padres y amigos, vive al lado de un esposo bárbaro; la leche agria es su sola bebida; la carne cruda, su único alimento; una tienda, su palacio. En la explosión de su duelo, expresa el deseo muy natural de ser trocada en pájaro para poder volar á su querida patria, objeto de sus más tiernos sentimientos.

cian de casas, viviendo en tiendas donde alojaban también á sus caballos. Tenian encorvados los muslos á causa de estar constantemente montados. Eran cortos de estatura y anchos de hombros, de labios abultados, pelo negro, lacio y caido, ojos pequeños, redondos y del color de la endrina, nariz roma y tez amarilla. Su desaseo en el traje, su horrible fealdad, su olor repugnante, la rapidez con que se movian y el no conocer ningún sentimiento delicado, hizo que los Godos con quienes estuvieron primeramente en contacto, los creyesen semidemonios. Comian, bebían y dormían á caballo. Sus mujeres, no menos feas que ellos, y sus hijos los seguían en carros. Se alimentaban de raices y de carne cruda y parecían insensibles al hambre, á la sed y al frio.

En el año 375 cruzaron el Volga en hordas innúmeras y se derramaron por Alemania. Los Godos orientales y occidentales, incapaces de resistir á su número y salvajismo, abandonaron sus tierras de ambos lados del Dnieper y cruzando el Danubio, pidieron al Imperio romano territorios donde establecerse.

En el siglo I antes de J. C. los Chinos lograron al'arse con otras tribus tártaras penetrando en el país de los Hunnos, en una extensión de muchos centenares de leguas, precipitándose de improviso en sus campamentos y venciendoles por completo, gracias á la superioridad de su táctica militar. Á consecuencia de esta derrota abandonaron á los Hunnos sus aliados; estalló la guerra civil entre ellos, separáronse en dos fracciones y fueron al fin reducidos á esclavitud ó expulsados por otros pueblos. Parte se hicieron tributarios de los Chinos y otra parte se sometió á otras tribus tártaras vecinas. Los más aguerridos, en número de 200.000 hombres próximamente con sus familias, se dirigieron hacia el Occidente al comenzar el siglo II después de J. C. Aumentando su número en el transcurso de los dos siglos siguientes, los Hunnos se dividieron en dos grupos: el primero, ó el de los Hunnos llamados blancos, se encaminó á la región del Oxo; el segundo, hacia el Volga. Estos últimos fueron los que invadieron á Europa.—(Nota del Traductor).



GERMANO PRESO.

(Bajo relieve del museo del Vaticano.)

Los Hunnos se detuvieron en la Dacia, que á causa de ellos se denominó Hungría, muy contentos de poder vagar por aquellas fértiles llanuras que les recordaban sus estepas asiáticas. Mas á mediados del siglo v apareció entre ellos un hombre de carácter extraordinario, que los Romanos llamaron Attila y los Germanos Etzel, y que á si mismo se daba el nombre de «Azote de Dios.» Attila asesinó á su propio hermano con objeto de quedar como único jefe de los Hunnos. Este terrible personaje figura en los cantos de los Niebelungen, el gran poema épico nacional de los Germanos. Kriemhild, viuda de Sigifredo y hermana del rey de los Borgoñones, se casó con Attila. Su esposo anterior, á quien amaba con ternura, habia sido asesinado traidoramente por orden del hermano de ella, el rey borgoñón Gunderico, que tenia celos de él. Cuando Kriemhild se vió reina de los Hunnos persuadió á Attila á que invitara á un banquete en Buda á su hermano y á todos los nobles, y éstos, que nada recelaban, aceptaron el convite; mas la reina se habia propuesto vengar el asesinato de su amado esposo; ordenó, pues, á sus guardias que cayesen sobre su hermano y los demás nobles en el momento de estarse celebrando el festin. Hubo un combate furioso. Prendióse fuego al palacio y Kriemhild pudo contemplar cómo morian al filo de la espada ó entre las llamas Gunderico y sus consejeros y auxiliares en la muerte de Sigifredo. Después muere ella también. Hasta aqui la leyenda: sin embargo, la historia debe estar fundada en hechos positivos y nada nos dice de este acto de venganza.

En el año 451 Attila levantó su campamento de Buda y marchó hacia el Occidente, á la cabeza de un ejército numerosísimo. Asoló el Sur de Alemania,

cruzó el Rhin y determinó conquistar hasta el Atlántico. Pero los Francos, los Visigodos, los Borgoñones y los Romanos, reunieron sus fuerzas al mando del general Aecio é hicieron frente á los Hunnos en Chalons-sur Marne. <sup>1</sup> Libróse una batalla terrible que concluyó con la derrota de Attila, el cual perdió la mitad de su gente y tuvo que retirarse. Por el pron-



RECONSTRUCCIÓN DE LA MURALLA DEL RHIN  
CONFORME Á LOS RESTOS Y DESCRIPCIONES QUE SE HAN CONSERVADO.

to se habia salvado el Imperio de Occidente. Al otro año bajó de nuevo á Italia el rey de los Hunnos y no

<sup>1</sup> En esta gran batalla estuvieron frente á frente el mundo asiático, el romano y el germánico. Combatían al lado de Roma los Visigodos, Letos, Armóricos, Galos, Breunos, Sajones, Borgoñones, Sármatas, Alanos y Francos; y con Attila, otros Francos y Borgoñones, Bocos, Hérulos, Thuringios, Gépidos y Ostrogodos.

Todos los testimonios están contestes en que la victoria obtenida por los Romanos, fué debida especialmente al heroísmo de los Visigodos y de su rey Teodorico, que murió en el combate.

Los Visigodos, adiestrados en el arte militar por los Romanos, eran muy superiores á los Hunnos y á sus hermanos los Ostrogodos, tanto por su táctica como por su armamento. Únase á esto que su arrojo igualaba al de los demás pueblos bárbaros y se comprenderá que su empuje fuese irresistible.

habría sido esta su última expedición si al regreso no hubiese muerto en el camino de resultas de una apoplejía. <sup>1</sup>

Attila, encerrado en su campamento, esperaba ser atacado nuevamente y ya se había apercibido á quemarse vivo, formando un gran montón con las sillas y gualdrapas de sus caballos para que ninguno pudiese jactarse de haber hecho prisionero ó muerto al vencedor en tantas batallas, cuando Aec'io, temeroso de que los Visigodos adquirieran excesiva preponderancia, sembró la desconfianza en el ánimo de Turismundo contra sus hermanos y le indujo á regresar á su reino. Turismundo, hijo de Teodorico, había sido aclamado rey por sus guerreros en el mismo campo de batalla, donde había dado pruebas de indomable valor.

Por esta causa pudo ret'arse Attila sin ser molestado.

La victoria de Chalons-sur-Marne representa no sólo el triunfo de los pueblos civilizados y semicivilizados sobre los pueblos bárbaros, sino también el del cristianismo sobre el paganismo, porque á excepción de los Francos y Sajones, todo el ejército de Aecio se componía de cristianos.—( *N. del T.* )

1 Los historiadores representan á Attila como de figura deforme, de color aceitunado, gruesa cabeza, nariz roma, pequeños ojos hundidos, poca barba, cabellos blanquecinos, cuerpo tosco aunque nervudo, y fiero además é imponente mirada, como hombre que se siente superior á los que le rodean. No confiando sólo en la fuerza, sabía sacar partido de la propensión del vulgo á lo maravilloso. Cuéntase que estando paciendo hirióse una oveja en un pie. El pastor inquirió la causa y vió salir por entre la hierba la punta de una espada que sacó y presentó á Attila. Éste declaró que la aceptaba como un don del dios de la guerra y simbolo de la dominación universal. En otra ocasión, estando sitiando á Aquilea, después de tres meses de inútiles ataques, Attila desesperado levantaba ya el cerco, cuando, volviéndose vió una cigüeña que se preparaba á huir con sus hijuelos de una torre en que tenía su nido. Hace entonces correr la voz de que Aquilea estaba para rendirse, pues la abandonaban animales tan fieles, y reanimando el abatido arrojo de los suyos, los conduce con fogosa superstición al asalto, logrando así tomar la ciudad que redujo á escombros.

- El secreto de los triunfos de los Hunnos debemos buscarlos en la homogeneidad de su gobierno y en la unidad de mando. Attila, aunque soberano absoluto de medio millón de hombres, y hombre bárbaro y desprovisto del freno de la civilización, no era inaccesible á las emociones de la piedad.—( *N. del T.* )

## CAPÍTULO V

### LAS EMIGRACIONES DE LAS TRIBUS

**E**s fácil comprender que la irrupción de los Hunnos fué como la entrada de una avispa en una colmena. Prodújose una gran conmoción en Alemania, y muchos que allí habitaban se vieron obligados á cambiar de asiento.

Desde mediados del siglo III las numerosas tribus germánicas habian formado una vasta confederación. Las principales eran: 1.º los Alemanes; 2.º los Francos; 3.º los Sajones; 4.º los Godos.

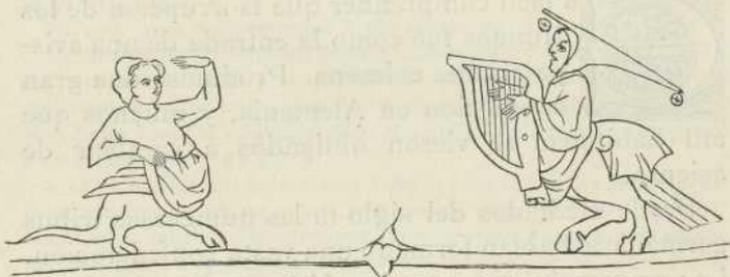
1.º Los Alemanes debian su nombre á la costumbre, establecida en el Sur, de poseer la tierra en común. Todavía hoy en Suiza y Baden hay mucha propiedad procomunal. De aquí, repetimos, el nombre de Alemanes (Allmenda). Vivian éstos en el Sur de Alemania, en la Selva Negra, en la Suiza alemana y en Würtemberg, al rededor del lago de Constanza.

2.º Los Francos ocupaban las orillas del Rin y el Meine, hasta Nuremberg. Los Francos ripuarios vivian en el Rin; los Francos salios en el Saale.

3.º Los Sajones se desparramaron por gran parte del Norte de Alemania, viniendo á reemplazar á los Lombardos y los Borgoñones.

4.º Los Godos se dividían en Godos orientales ú Ostrogodos y Godos occidentales ó Visigodos, según habitaban á la derecha ó izquierda del Dnieper, y eran el pueblo más culto entre los Germanos. Habían sido convertidos al cristianismo por Ulfilas, que tradujo la Biblia al idioma gótico y su versión de los Evangelios, escrita en letras de plata sobre fondo de púrpura, consérvase aún y es una de las preciosidades de la biblioteca de Upsal, en Suecia.

La aparición de los Hunnos en Alemania fué se-



ORNAMENTOS DE UNA BIBLIA QUE ESTÁ ACTUALMENTE EN STUITGART.

guida de la mayor confusión. Como ya hemos dicho, los Ostrogodos cruzaron el Danubio y se establecieron en el Imperio romano. Más adelante se erigieron en dueños de Italia al mando de su famoso rey Teodorico.

Los Visigodos ó Godos occidentales se corrieron al Sur de la Galia y eligieron por capital á Tolosa. Los Vándalos abandonaron su antigua morada, entre el Elba y el Oder; invadieron á España, pasaron á África y fundaron un reino en la costa septentrional, cuya capital fué Cartago. Los Anglos y parte de los Sajones se embarcaron el año 449, arribaron á las

Islas Británicas y las conquistaron. Los Longobar-



INSCRIPCIÓN CONMEMORATIVA DE MARIO CELIO, MUERTO EN LA BATALLA DE VARO.  
 (Grabada sobre una lápida descubierta en 1633 en Xanten y conservada  
 en el museo de antigüedades en Bonn.)

dos ó Lombardos dejaron su antigua patria, es decir,

la región húmeda y turbosa del Elba central, y acamparon en el Norte de Italia. Los Borgoñones salieron de la comarca situada entre el Oder y el Vístula, formando el reino borgoñón entre el Ródano, el Saona y la cordillera del Jura.

À medida que los Germanos desertaban de sus frías y arenosas llanuras del Norte de Alemania, acudían à reemplazarlos los Eslavos, que se extendieron por toda la Pomerania, Mecklemburgo y Oldemburgo.

Aquellos Germanos, que abandonaron los bosques nativos para establecerse en extranjera tierra, entre pueblos más civilizados que ellos, fueron asimilándose gradualmente las nuevas costumbres que veían y perdiendo su lengua é instituciones peculiares, y hasta su apariencia y caracteres de Germanos. De este modo iban siendo absorbidos por los pueblos que conquistaron, y los Borgoñones, los Godos, los Vándalos y los Lombardos desaparecieron por completo. Los Francos, que se habían asentado en la Galia septentrional, dieron à este país su nombre actual de Francia; pero, hablando propiamente, puede decirse que en su nueva patria cesaron también de ser Germanos.

*Agnes de Turin que  
después de la batalla  
de Tolosa*

## CAPÍTULO VI

CLODOVEO, REY DE LOS FRANCO

(481-511.)

**L**os Francos se extendieron por el Norte de la Galia. Adoptaron por capital á Turnay, no tardando en someter el territorio que ahora llamamos Normandia. No había nadie capaz de resistirles. El gobierno de la Galia era presa del mayor desorden desde la caída del Imperio romano. Los Francos salios procedían del país que hoy se denomina Franconia Inferior y debían su nombre al río Saale, que afluye al Meine. La Franconia Inferior es un país pobre y poco productivo y, por esta causa, los Francos se dirigieron á Flandes, Bélgica y Normandia. Claro es que estamos empleando nombres actuales. Treinta años después de la batalla de Chalons, los Francos carecían aún de unidad nacional; estaban divididos en varias tribus que eran independientes entre sí. En el año 481 ascendió al trono Clodoveo, como rey de los Francos salios, en Bélgica. Los Franceses le llaman Clovis, los antiguos Germanos Clodwig, que equivale al nombre actual de Ludwidg entre los Alemanes ó al de Luis entre los Franceses y Españoles. Tenía 15 años de edad al ceñirse la corona y era altanero, as-

tuto y ambicioso, aunque estaba dotado de buenas cualidades naturales. Resuelto á extender su poder, condujo á sus soldados contra el gobernador romano de Soissons, batió al enemigo, ocupó esta plaza y trasladó á ella su corte. Clodoveo y su pueblo eran paganos, así es que cuando entraban en una ciudad, saqueaban las iglesias. Ocurrió, pues, que en una de sus expediciones tomaron á Rheims y después que el despojo de la catedral hubo concluido y el botín había sido llevado ante el rey y los nobles, el obispo de la ciudad, Remigio, presentóse á Clodoveo rogándole que le devolviesen un hermoso cáliz que necesitaba para no interrumpir el servicio divino. Clodoveo le contestó que, según costumbre de su pueblo, todo el botín debía repartirse en lotes para ser distribuido por secciones: agregó, sin embargo, que si el cáliz le tocaba á él, se lo entregaría, pues conservaba gratitud á Remigio con motivo de haberle escrito ésto una carta cariñosa llena de sanos consejos <sup>1</sup> cuando

1 San Remigio, en la carta á que se alude en el texto, decía á Clodoveo: «Cumple los designios de la Providencia; muéstrate moderado en el poder, justo en los beneficios, condescendiente con los pontífices, docil á sus consejos; que si te dignas obrar de acuerdo con ellos, los pueblos vivirán felices. Conserva la disciplina militar, eleva á tus compañeros de armas y no oprimas á ninguno; consueta á los infortunados, alimenta á los huérfanos hasta que lleguen á la edad de servirte; así sustituirás el afecto al temor. La rectitud de tus juicios liberte al débil y al extranjero de la rapacidad. No se niegue á ninguno la entrada en tu palacio y que nadie se vaya de él descontento. Posees los bienes paternos; si te sirves de ellos para redimir prisioneros, haz que se les restituya toda entera la libertad. Los extranjeros establecidos en tus dominios no noten que pertenecen á diversa nación. Intervengan en tus fiestas los jóvenes y en los consejos solamente los ancianos.»

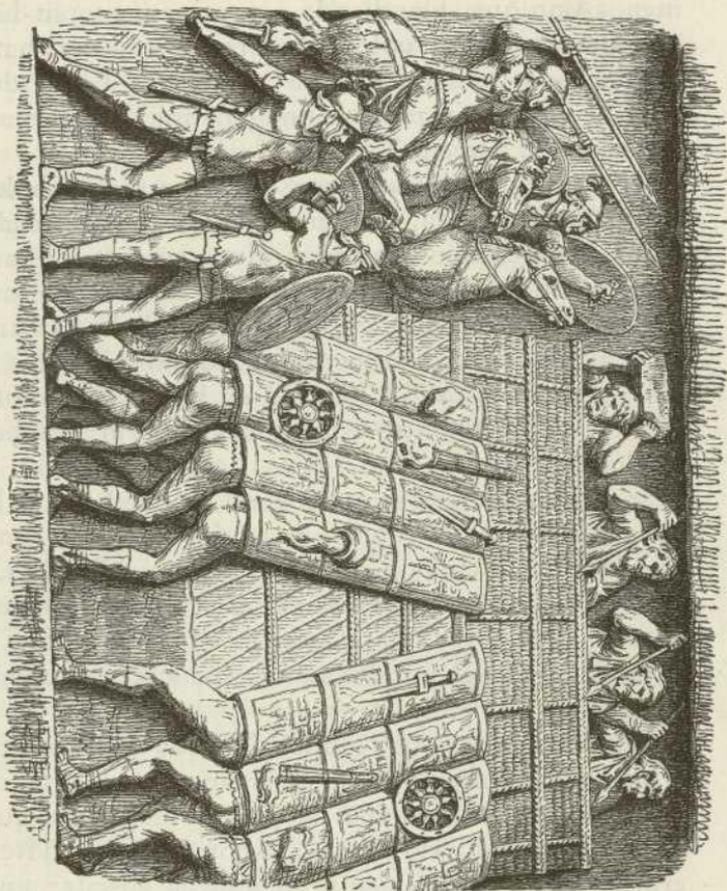
En los oídos de aquellos toscos guerreros debían sonar extrañamente frases como las transcritas. Fieros, ignorantes, acostumbrados á no obedecer más ley que la fuerza, el cristianismo se les aparecía como un gran poder moral, que iba derecho á su corazón, rudo mas no depravado, y esparcía un rayo de luz en su inteligencia.—(N. del T.)

subió al trono. Mas como San Remigio persistiese en sus instancias, Clodoveo se volvió á sus nobles y les pidió que le cediesen el cáliz por cuenta de la parte que á él le correspondiese. Todos consintieron menos uno que, blandiendo repentinamente su hacha, dió un terrible golpe á la copa diciendo: «Yo no consiento; todo debe partirse como esto.» El rey devoró la afrenta sin proferir una palabra. El guerrero estaba en su derecho.

Al año siguiente pasó revista el rey á sus nobles en una gran parada, y después de haber examinado las armas y equipos de todos, detúvose ante el guerrero que había rehusado cederle en Rheims su parte de derecho al cáliz. Era el tal un soldado bárbaro y sucio, no había tenido cuidado de limpiar las armas, y al presentar á Clodoveo su hacha de combate, vió el monarca que estaba llena de orin; arrebatándosela entonces con fuerza, la tiró al suelo, y cuando el noble bajóse á recogerla, el rey levantó la suya y le hendió la cabeza, diciendo: «Es lo mismo que hiciste tú cuando el caso del cáliz en Rheims.» Fué, sin duda, un acto de venganza, pero hay que confesar que el rey estaba también en su derecho. En lo sucesivo obligó á todos á presentar sus prendas en perfecto estado en las revistas.

Supo Clodoveo que Gundebaldo, rey de Borgoña, tenía en Ginebra una sobrina llamada Clotilde. Gundebaldo había asesinado á su padre y hermanos que le estorbaban el paso al trono. Ahora bien, Clodoveo era un hombre muy astuto y deseaba suscitar una contienda á Gundebaldo para poder apoderarse de Borgoña. Así es que determinó pedir por esposa á Clotilde, y si se la negaban, ya tenía la ocasión que apetecía; sin embargo, no era su ánimo desposar á

Clotilde si su hermosura no correspondia á lo que de ella se decia. Dió, pues, su anillo á un amigo, á un tal Aureliano, de nacionalidad romana, encargándole



TRINCHERA GERMÁNICA ATACADA POR SOLDADOS ROMANOS.  
(Representada en la columna triunfal de Marco Aurelio en Roma.)

que se disfrazase y fuese á Ginebra y viera á Clotilde, y si ésta era tan bella como la fama pregonaba, le entregase el anillo, trayéndose en cambio el de

ella. Aureliano se vistió de harapos, fué á Ginebra y llamó á la puerta de Clotilde, pidiendo de comer. Clotilde en persona le invitó á pasar, trajo agua y quiso lavarle ella misma los pies, sucios con el polvo del camino, y mientras se ocupaba en esta operaci3n, Aureliano se bajó y le dijo al oído: «Señora, tengo que hablaros en secreto.» Después le enseñó el anillo de Clodoveo, añadiendo: «Clodoveo, rey de los Francos, solicita vuestra mano.» Quedóse ella pensativa un instante, y luego, sacándose del dedo su propio anillo, se lo entregó á Aureliano, diciendo. «Ten para tu señor, y dile que si quiere casarse conmigo, debe llevarme muy lejos, porque mi tio tiene un amigo que se llama Aridio, que ahora está ausente, el cual le aconsejará que no condescienda á este matrimonio.»

Volvióse Aureliano á Soissons y Clodoveo le comisionó de nuevo para que se presentase á Gundebaldo y le pidiera la mano de su sobrina. Gundebaldo, contento de verse libre de ella, accedió á que partiese. Clotilde hizo parte del viaje en una litera suntuosamente decorada que Clodoveo habia enviado, pero sintiendo alguna inquietud, dijo á los señores francos que la acompañaban: «Os ruego que me deis un caballo y abandonemos la litera en el camino. Debemos galopar día y noche hasta salir de Borgoña.»

Hizose como queria, y más tarde se supo que sus temores no habian sido infundados, pues después de dado el consentimiento por Gundebaldo, Aridio regresó á Metz, donde el rey se hallaba, y al saber la partida de Clotilde, exclamó: «No es esto prenda de amistad, sino comienzo de la lucha. Envia tropas en persecuci3n de tu sobrina y encárgales que no se

vuelvan sin ella.» El rey siguió el consejo, mas era ya tarde; los perseguidores no encontraron más que la litera vacía; Clotilde se había salvado.

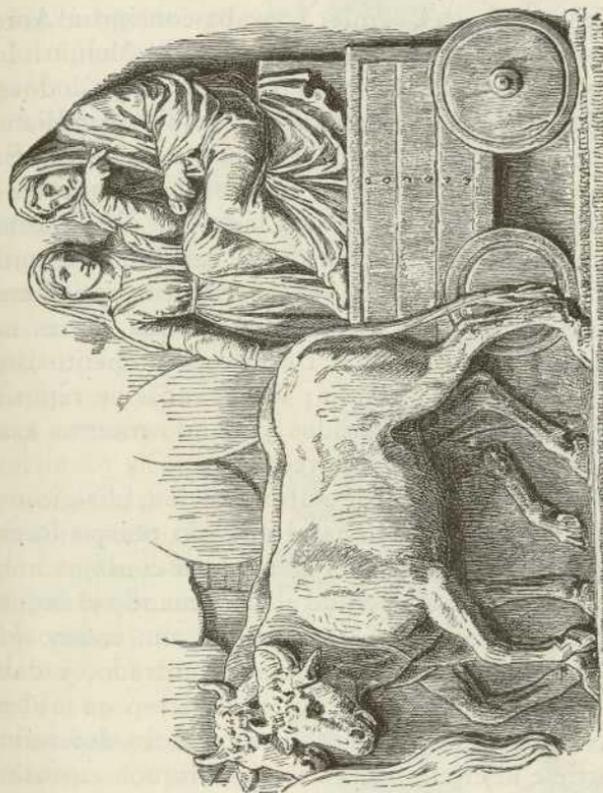
Los acontecimientos justificaron la previsión de Aridio. Clodoveo declaró la guerra á Gundebaldo, y



SOLDADO SUEVO Á LOS PIES DEL CABALLO DE UN SOLDADO ROMANO.  
(Representado sobre la lápida sepulcral del Dalmacio Andes perteneciente á la ala ó división claudiana.)

le redujo á la condición de tributario. Clotilde dió á luz un niño, y como era católica, pidió á su marido que le consintiese bautizarlo; accedió Clodoveo, pero poco después el niño enfermó y se murió: «lo hemos perdido, dijo Clodoveo con ira, por haberlo bautiza-

do.» Sin embargo, no se opuso á que se bautizara un segundo hijo que le nació al poco tiempo. También éste cayó enfermo, y Clodoveo estaba sumamente irritado; no obstante, viéndole sanar, empezó á



SACERDOTISAS GERMANICAS SIGUIENDO AL EJERCITO.  
(Relieve de la columna Antonina en Roma.)

creer que el bautismo cristiano no era tan peligroso como había supuesto. Clotilde era una mujer muy piadosa, y con frecuencia hablaba á su esposo de Cristo, mas él parecia no dar importancia ninguna á sus palabras.

Al fin, en el año 496, los Alemanes, es decir, los Germanos de la Selva Negra, de Suiza y de los Vosgos, invadieron el territorio de los Francos, y Clodoveo salió á su encuentro, presentándoles la batalla en la llanura de Tolbiac que ahora se denomina Zülpich, cerca de Colonia. Llevaba consigo á Aureliano, á quien había hecho duque de Melum. La batalla iba mal; los Francos retrocedían, y Clodoveo era presa de la mayor agitación. Entonces Aureliano, que cabalgaba junto al rey, exclamó de súbito: «Señor, no hay esperanza para nosotros más que en el Dios de la reina Clotilde». Clodoveo, al oír estas palabras, soltó las riendas de su caballo, y alzando sus manos al cielo, gritó: «Jesucristo, en quien cree Clotilde, he llamado á mis dioses y mis dioses me abandonan, ayúdame tú». Desde este momento cambió el aspecto de la batalla; los Francos se repusieron, y los Alemanes, batidos y viendo muerto á su rey, se entregaron á Clodoveo.

De vuelta Clodoveo de su expedición, dirigióse á Rheims, donde se hallaba el antiguo obispo Remigio, que le había dado tan saludables consejos años atrás, y que le había pedido el cáliz cuando el saqueo de aquella catedral. El rey estaba aún conmovido por el peligro en que se había encontrado, y daba las gracias al cielo por su victoria. Su esposa le alentó en sus buenas disposiciones, y al fin determinó convertirse al cristianismo. Poseemos una curiosa é interesante relación del bautismo del rey Clodoveo debida á Hincmar, que era obispo de Rheims algunos años después de la muerte de Remigio, y que probablemente fué testigo presencial de la ceremonia. «El obispo, dice Hincmar, fué en busca del rey á su dormitorio por la mañana temprano, para enseñarle

las verdades del Evangelio antes que su inteligencia se preocupase de las cosas terrenas. Los chambelanes le recibieron con gran respeto, introduciéndole en la capilla de San Pedro, cerca del palacio. Cuando el obispo, el rey y la reina hubieron ocupado los asientos que tenían dispuestos, el primero instruyó al monarca en el camino de la salvación. En el entretanto se habían hecho grandes preparativos desde el palacio hasta el baptisterio. Por todas partes se veían cortinas y ricas colgaduras: las casas de uno y otro lado de la calle estaban cubiertas de costosos paños; el baptisterio se había regado con sustancias balsámicas y olorosas. La procesión salió de palacio; abría camino



GERMANOS DE LA GUARDIA IMPERIAL.

el clero, llevando los Evangelios, la cruz y las banderas, y cantando himnos. Detrás iba el obispo, cogiendo al rey de la mano; luego la reina, y el último el pueblo. Dicese que el rey al ver tanta magni-

ficencia le preguntó al obispo si era aquel el reino de los cielos que le había prometido: «no, no es más que el comienzo del camino que conduce á él», replicó el obispo. Al bautizarle dijo el obispo: «Humilla tu cabeza, fiero Sicambro <sup>1</sup>; quema lo que has



LÁPIDA SEPULCRAL DE UN SOLDADO DE CABALLERÍA DE LA NACIÓN URIA.

adorado; adora lo que has quemado». Tres mil hombres y gran número de mujeres y niños se bautizaron aquel mismo día.»

Aunque Clodoveo había ingresado en el gremio de

<sup>1</sup> Clodoveo pertenecía á la tribu de los Sicambros, una de las que formaban la confederación de los Francos.

la Iglesia, conservó el fondo de rudeza é hipocresía propio del bárbaro. No dejó nunca de guerrear, y la única influencia cristiana que soportaba era la de su esposa Clotilde, siendo de lamentar que creyese humillante para su dignidad de hombre el no dar oídos á sus mejores consejos.

Los Francos ripuarios tenían su corte en Colonia, y por rey á Sigeberto. Clodoveo envió un mensaje al hijode Sigeberto, diciéndole: «Tu padre es viejo y cojo de una pierna. Cuando haya muerto seré tu amigo, y tú te ceñirás su corona.» Por tal medio insinuó pérfidamente al joven la idea de cometer un parricidio, y, en efecto, Sigeberto fué asesinado una tarde que habia ido á pasear á un bosque de hayas, por gente que pagó su hijo. Éste entonces comunicó á Clodoveo que su padre habia muerto, y que queria mandarle parte de sus tesoros; mas cuando el malvado hijo enseñaba á los emisarios de Clodoveo las preciosidades que habia en el tesoro real, al mostrarles una gran hacha de combate, dijo: «he aqui el arma de mi padre»... «que va á vengar á su dueño» replicó uno de los mensajeros, y cogiendo el hacha de pronto, partióle el cráneo al parricida.

Después de estos sucesos, Clodoveo se hizo dueño del territorio de los Francos ripuarios, como ya lo era del de los Salios, de Borgoña y de la mayor parte de las Galias.

Murió en 511 en Paris, donde habia establecido su corte, y dejó un gran reino franco que dividió entre sus cuatro hijos.

## CAPÍTULO VII

### LOS MAYORDOMOS DE PALACIO

(751-768.)

**L**os sucesores de Clodoveo, llamados merovingios á causa del nombre del primer rey de los Francos, fueron hombres débiles é incapaces. Abandonaron el gobierno de la monarquía á los mayordomos de palacio y ellos sólo se mostraban al pueblo una vez al año en el campo de Marzo, montados en carros tirados por bueyes, con su largo cabello que les llegaba hasta la cintura y ceñida á sus sienes la corona. Como no hacían otra cosa que comer, beber y divertirse, la historia los conoce con el epíteto de holgazanes, siendo en su tiempo reyes de hecho, como hemos dicho, los mayordomos.

Distinguióse entre estos Pipino de Heristal; procedía de Spa, pintoresca comarca montañosa cerca de Lieja, é hizo el cargo hereditario en su familia. Su heroico hijo Carlos Martel ó el Martillo <sup>1</sup> fué aún más

<sup>1</sup> Dúdase si Carlos Martel era hijo legítimo ó natural. Suponen algunos que su padre Pipino tuvo dos mujeres, Plectruda y Alpaída, aunque no consta que repudiasse á la primera. Otros creen que Alpaída no fué más que la dama de Pipino. De cualquier modo, este poderoso magnate tuvo dos hijos de Plectruda, Drogón y Grimoaldo, y de Alpaída á Carlos. Drogón falleció de muerte natural en 708 y Grimoal-

famoso con motivo de la gran victoria que ganó en Tours, en 732, á los Árabes que habian conquistado á España y el Sur de Francia y aspiraban á enseñorearse de todo este país <sup>1</sup>.

Sus hijos, Pipino el Breve y Carlomán le sucedieron en la mayordomía, pero el último resignó su autoridad en su hermano y, harto de pelear, entró en un monasterio. Pipino no paraba un momento; los Sajones, los Bávaros, los Árabes amenazaban ó se sublevaban; tenía, pues, que volar de un extremo al otro del reino para defender sus fronteras, sin poder contar en lo más mínimo con el auxilio del rey holgazán de Paris. Cansado al fin de sostener esta farsa, preguntó al Papa: ¿Quién es el rey, el que gobierna ó el que lleva la corona? «El que gobierna, sin duda, respondió el Papa.» «Pues ese soy yo, repuso el hombrecillo con gran energía, y de ahora en adelante los holgazanes se irán á dormir.» En su consecuencia, encerró al último de los merovingios, Childerico III, en un monasterio. Entonces los nobles juntaron sus escudos y poniendo encima á Pipino, sentado en una silla, le aclamaron y dieron con él tres vueltas al redor del campo de Marzo, levantándole cuanto po-

do murió asesinado en 714. Pipino había desheredado á Carlos, ya por su cualidad de hijo bastardo, ya por creer que habia tomado parte en el asesinato de Grimoaldo.—(N. del T.)

1 El ejército de Carlos Martel se componía de Aquitanios, Austrasianos y, según noticias no dignas de entera fe, de un cuerpo de Longobardos. Los Francos orientales y los demás Germanos decidieron la suerte de la batalla. Se habla de su alta estatura, de su vigor, de su arrojo, en los documentos históricos de la época, que, por regla general, son escasos en detalles y muy sobrios en palabras. «Los Germanos y Francos orientales, de mirada brillante, presentaron al enemigo pechos de héroes y lo anonadaron bajo el peso de su puño de hierro.» Carlos fué llamado Martel (Martillo) á causa de la violencia de los golpes que dió durante la batalla: hay, sin embargo, quien supone que se habia ya ganado anteriormente este sobrenombre.—(N. del T.)

dian. Pipino fué después ungido por San Bonifacio, arzobispo de Maguncia (año 752). El nuevo soberano no olvidó que tenía una deuda de gratitud con el Papa por la respuesta que habia dado á la pregunta que le hiciera, asi es que cuando éste se quejó á Pipino de la conducta que con él observaban los Lombardos, el rey de los Francos cruzó los Alpes, ocupó



LA INVESTIDURA DE UN OBISPO POR EL REY.

el territorio inmediato á Roma y lo cedió en perpetuidad al Papa y sus sucesores. Tal fué el origen de la soberania temporal de los Papas, que ha durado hasta 1871.

Pipino murió en 768, dejando dos hijos, Carlos y Carlomán. Este último, murió á los pocos años y entonces Carlomagno quedó como rey único, con consentimiento de los nobles.

## CAPÍTULO VIII

### PREDICACIÓN DEL EVANGELIO Á LOS GERMANOS

**D**ÓNDE supondrán nuestros lectores que se han encontrado los primitivos manuscritos irlandeses? No ha sido en Irlanda, sino en Suiza y Alemania. Este hecho se explica fácilmente. Los Irlandeses fueron los primeros que predicaron el Evangelio á los Germanos. En los siglos VI y VII se apoderó de los monjes de Irlanda una ardiente pasión por las misiones. Creyeron ver en sus ensueños y éxtasis que los bárbaros germanos les gritaban que abandonaran sus sombríos pinares y fuesen á enseñarles la luz de la verdad. Se embarcaron, pues, en toscos botes cubiertos de cuero curtido y se dirigieron á fuerza de remos, y no en línea recta sino oblicuamente, á la Gran Bretaña. Atravesaron esta isla y embarcándose de nuevo penetraron en Alemania por el Rhin, siguiendo aguas arriba el curso de este río, el del Schelde y otros, hasta encontrar comarcas cuyos moradores eran paganos: detuvieronse en ellas y comenzaron sus predicaciones. En 590 se presentó San Columbano en la corte de Gontram, rey de Borgoña. Venía de Irlanda y se estableció en Luxeuil, al pie del Jura, y más adelante, como se le arrojará de este punto, en Bobbio, al Norte de Ita-

lia. Su discípulo San Gall se construyó con sus propias manos una vivienda en Suiza, en medio de un bosque, donde su vida corría á cada momento inminente peligro por el gran número de osos que allí habia. Predicó en Breguenz en la parte superior del lago de Constanza y arrojó al lago los idolos que encontró. Otro irlandés, Fridolin, escogió por morada á Seckingen, isla situada en el Rhin, enfrente de la falda de la Selva Negra. Un tercero, Beato, se fué á vivir á una cueva que habia en lo alto de un precipicio encima del lago de Thun. Otro, Fintan, que habia caído en poder de los piratas y sido llevado por ellos á Bélgica, pudo escaparse, remontó el Rhin y eligió á Rheinau, cerca de Schaffhausen, como centro de su propaganda católica entre los paganos. Foilan y Ultan, dos hermanos irlandeses, fijaron su residencia en el Meuse, y Kilian, Colman y Totnan en Wurzburg, donde el primero sufrió el martirio. Frigidian fué más lejos y murió en Lucca. En fin, Fursey predicó á los Francos en Lagni, algo al Norte de Paris.

Por esta manera se introdujo el cristianismo entre los Alemanes y los Francos. Los Sajones eran aún paganos y lo mismo los Frisones que ocupaban á Holanda. Mas aunque el cristianismo hubiera penetrado en el corazón del pais y hubiese aqui y allí alguna que otra diócesis episcopal, todo era desorden en aquellos turbulentos días; en varios puntos se extinguía la nueva fe por no haber proseguido las misiones y en otros, si bien los habitantes continuaban apellidándose cristianos y hasta habia obispos y sacerdotes, no se respetaba la disciplina, notábase la falta de instrucción y vivian casi como en pleno paganismo.

Fué entonces cuando San Bonifacio, ó como le lla-

maban en su patria, el Devonshire, Winifredo, se embarcó en Portsmouth para Alemania con un grupo de fieles.

Bonifacio vió que el poco espíritu cristiano que había entre los Germanos era de pobrisimo valor. Por esta causa dirigióse á Roma, pidiendo al Papa que le autorizase para poner algún orden en la Iglesia germana. Provisto de la autorización solicitada, consagrado y ungido arzobispo de Maguncia y habiendo recibido del Papa el nombre de Bonifacio («el que hace bien») se volvió á Alemania y envió á buscar auxiliares á Inglaterra, que acudieron en gran número, tanto hombres como mujeres, esparciéndose y estableciéndose en los lugares más convenientes. En Geismar, en Hessen, había una añosa y enorme encina, consagrada al dios Donnar. Era este sitio lugar de peregrinación para los paganos y hasta los mismos católicos miraban la encina con temor religioso y contaban historias maravillosas acerca de ella y aun la visitaban para oír el oráculo que cuchicheaba en sus negras ramas.

Ahora bien, un día que se celebraba el festival de Donnar y los Germanos se agrupaban en torno de la encina en número considerable, Bonifacio se adelantó atrevidamente, solo, sin séquito de gente armada, con un hacha en las manos y delante de todo el concurso comenzó á cortar la encina. Los presentes se quedaron atónitos y espantados, creyendo que bajaría fuego del cielo y mataría al sacrilego, mas Bonifacio no paró hasta que la encina se vino al suelo con estrépito. Entonces los idólatras reconocieron la miseria de sus dioses y su fe derrumbóse con la encina.

Bonifacio no se limitó á predicar. Diciendo que el cristianismo sólo arraigaría entre los Germanos civi-

lizándolos, fundó escuelas y monasterios. Los monjes enseñaban, y no contentos con esto, desecaban los pantanos, roturaban los bosques, araban la tierra, sembraban trigo, plantaban árboles frutales y se dedicaban al comercio. Los convertidos por ellos construían sus viviendas al rededor de los monasterios y estos pequeños grupos de chozas se transformaron en ciudades con el tiempo.

Ya de edad avanzada fué Bonifacio á predicar el Evangelio á los Frisones, pero éstos le acometieron y asesinaron (año 755).

## CAPÍTULO IX

### UN HOMBRE DE GENIO

(;68-814)

**C**ÓCANOS hablar ahora de una de las figuras más salientes que la historia nos presenta; nos referimos al hijo de Pipino el Breve, Carlos el Grande, monarca que señaló con huellas indelebles su paso por el mundo. Carlos, que los Franceses llaman Carlomagno, era grande por muchos conceptos, mientras que la mayor parte de los grandes hombres sólo lo son en uno ó dos. Era grande como guerrero, como genio político, como enérgico legislador; éralo también por su afición al saber y su amor á la poesía y lenguas populares en una época en que era moda despreciarlas. Reunió y desplegó todas estas brillantes cualidades en un tiempo de general y monótona barbarie, cuando, excluyendo á algunos hombres de la Iglesia, la sociedad en masa era presa de la más crasa ignorancia.

Desde 769 á 813 Carlomagno dirigió 32 expediciones contra los Sajones, Frisones, Bávaros, Avaros, Eslavos y Daneses en Alemania y el Occidente y Norte de Europa; 5 en Italia contra los Lombardos; 12 con-

tra los Árabes de España, Córcega y Cerdeña; 2 contra los Griegos y 3 en la misma Galia contra los Aquitanios y Bretones; en suma, 53 campañas en 45 años, entre las cuales, las emprendidas contra los Sajones, los Lombardos y los Árabes, fueron largas y porfiadas guerras.

La monarquía de Carlomagno era muy extensa: abrazaba casi toda Alemania, Bélgica, Francia, Suiza y el Norte de Italia y España. Para regir este vasto Imperio necesitaba estudiar las costumbres de pueblos diferentes, que carecían de lazos de cohesión entre sí, y armonizar sus diversas instituciones para reducirlas á sistema.

La primera gran empresa de Carlos tuvo por objetivo á los Sajones. Paganos todavía, molestaban éstos de continuo á los Francos, en cuyo territorio hacían frecuentes irrupciones, destruyendo y saqueando campos y ciudades.

En la línea de montañas que forma el paso de la Alemania superior á la inferior, encima de las llanuras de Westphalia hay un sitio donde el Weser se abre paso y se precipita en las tierras bajas, á unas tres millas más arriba de Minden. Esta brecha abierta en la cordillera se llama la Puerta Westphaliana. Á uno y otro lado elévanse dos eminencias como rojas jambas de puerta, de piedra arenosa, y una de ellas está coronada por los restos derruidos de una fortaleza, siendo conocida con el nombre de Wittikindsberg á causa de haber tenido allí su castillo Wittikind, un rey sajón. Wittikind era pagano testarudo y hombre muy resuelto. En 772, Carlos convocó una gran asamblea en Worms, donde acordóse unánimemente marchar contra los Sajones y castigarlos por sus actos de rapiña. Carlos avanzó á lo largo del

Weser, atravesó la Puerta Westphaliana, destruyó el castillo de Wittikind y avanzó hasta Paderborn, de donde tuvo que retroceder para ir á Italia á contrarrestar á los Lombardos que se habian rebelado. Al año siguiente invadió otra vez la Sajonia. Se hizo construir un palacio en Paderborn y obligó á los jefes sajones á que viniesen á él y le rindieran homenaje. Wittikind fué el único que huyó á Dinamarca, y tan pronto como Carlomagno abandonara aquellos lugares para ir á combatir á los moros de España, presentóse entre sus compatriotas, moviólos con sus excitaciones á levantarse y se entró por la Franconia, devastándolo todo hasta los mismos muros de Colonia. Carlos regresó de España y derrotó á Wittikind en dos sangrientas batallas, erigió fortalezas en medio del territorio sajón y llevóse rehenes. Los asuntos parecían revestir el aspecto más halagüeño posible y Carlomagno se creía ya dueño de Sajonia, cayendo en la misma engañosa confianza que fué causa de la pérdida de Varo en aquellos mismos lugares y próximamente en análogas circunstancias. Carlos dejó, pues, el país, dando órdenes para que un cuerpo de Sajones se uniese con sus Francos y fuesen todos juntos contra los Eslavos. Obedecieron los Sajones con gran alegría y pronto su número fué superior al de los Francos. Así las cosas, cierto día, cuando el ejército cruzaba las montañas que baña el Weser, los Sajones cayeron sobre los Francos á una señal convenida y los acuchillaron.

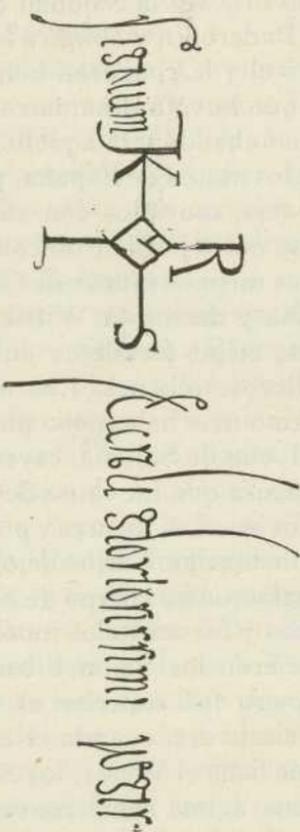
Las noticias de este desastre produjeron honda irritación en Carlos, que determinó escarmentar terriblemente á los Sajones. Atravesó, en efecto, el Rhin, llevándolo todo á sangre y fuego, obligó á los Sajones á bautizarse y les impuso maestros católicos. Á los

que rehusaron someterse á estas condiciones los mató sin piedad. Sólo en Verdun decapitó á más de 4.000 rebeldes. Wittikind condujo á los Sajones á Detmold, donde riñó con Carlomagno una furiosa

batalla, cuyo resultado quedó indeciso; pero en otro combate que se libró en el Haase, fué derrotado por completo. Entonces Wittikind se sometió; fué al campo de Carlos y pidió el bautismo. Hay en Wittikindsberg una pequeña capilla arruinada y, según la tradición, en ella, cerca de los muros derrumbados de su propio castillo, el obstinado pagano inclinó su cuello al yugo de Cristo.

Los dos sobrinos de Carlos, hijos de Carloman, estaban con Desiderio, rey de los Lombardos. Desiderio quiso obligar al

Papa á que los ungiese como reyes de los Francos, á fin de promover una revolución contra Carlos. Cuando el gran rey se informó de la conducta de Desiderio, atravesó los Alpes, entró en Italia, destronó á Desiderio y lo encerró en un monasterio, después de



FIRMA DE CARLOMAGNO

PUESTA EN UN DOCUMENTO QUE FUE ENTENDIDO EN KUPSTEIN EL 31 DE AGOSTO DE 790.

DICE: SIGNUM ✠ CAROLI GLORIOSISSIMI REGIS.

lo cual ciñóse la corona de hierro de los reyes lombardos que se decía había sido forjada con uno de los clavos que sujetaron á Cristo en la cruz.

El duque Thassilo de Baviera estaba casado con una hija de Desiderio y no quiso reconocer la autoridad de Carlos; además excitó á los Avaros que habitaban en Hungría, á que invadiesen las provincias francas. Carlos se dirigió contra Thassilo; expulsóle de Baviera, subyugó á los Avaros y convirtió la comarca que hay entre el Ems y el Raab, esto es, el Austria propia, en una provincia que llamó la Marca oriental, echando los cimientos del Imperio oriental (Oesterreich) ó Austria.

Carlos batió también á los Daneses y ocupó su territorio hasta el Eider.

Cuando se considera el gran número de guerras que sostuvo Carlomagno, maravilla el que aún le quedase tiempo para gobernar y legislar; pero es lo cierto que no consagró menor cuidado á ordenar sus vastos dominios y á establecer en ellos un buen régimen que á extender sus fronteras.

Carlos dividió su Imperio en reinos, ducados y condados. Él era el soberano supremo, mas confió el gobierno inmediato de las distintas partes de la monarquía á condes y vizcondes. Los distritos fronterizos se denominaban marcas y estaban al cargo de los condes de la marca ó margraves. La palabra conde no es germana; la equivalente en alemán es *graf* y en inglés *earl*. Los condados se subdividían en centurias ó reunión de cien aldeas; al frente de cada centuria había un vizconde. Había también los condes del palacio que desempeñaban la administración general y los *missi dominici* ó condes enviados que recorrían todos los años las provincias para ver si los otros condes

administraban rectamente justicia y no oprimían á sus administrados. Los pueblos podían apelar á estos condes de las decisiones de aquellos que inmediatamente les gobernaban, así como también á los condes palatinos de las sentencias dadas por los enviados.

Carlos acostumbraba á reunirse en consejo con los condes cuatro veces al año, cuando podía, ó una por lo menos en el mes de Mayo, para discutir las quejas de sus pueblos. Como los grandes duques eran á causa de su extraordinario poder un elemento de perturbación, Carlos procuró prescindir de ellos y tenerlos constantemente en jaque. Á este efecto dió todos los principados á los obispos, esperando que fuesen un baluarte de la corona contra la turbulencia y demasías de los duques.

No dejó de cuidarse del buen gobierno de la Iglesia. Dotó cierto número de monasterios para que sirviesen de escuelas á los niños de ambos sexos. Mandó formar una colección de excelentes sermones, redactados en alemán y la envió á todas partes, disponiendo que se leyesen al pueblo en las iglesias. Invitó á cantores y músicos italianos á que fuesen á su corte y mejorasen la celebración del culto divino, y estableció dos escuelas de canto, una en Gall y otra en Metz. Se quejaba de que sus Francos tuviesen mal oído para la música; su canto era semejante al aullar de las bestias feroces ó al ruido chillón y quejumbroso, producido por las carretas al rodar sobre las piedras. Carlos mostraba singular interés hacia las escuelas, deleitándose en visitarlas y ver cómo los muchachos daban sus lecciones. En una de estas visitas le dijeron que los más desaplicados eran los hijos de los nobles. Carlos enrojé de cólera, frunció el ceño

y sus ojos llamearon. Mandó venir á su presencia á los jóvenes nobles y con voz tonante les dijo: «Vosotros, ¡grandes caballeros! Vosotros sois pequeños titeres. Os hincha la idea de vuestro rango y riquezas y creéis que no os hace falta el saber. Pues bien, yo os digo que vuestros bonitos rostros y vuestra alta alcurnia no significan nada para mí. ¡Cuidado, cuidado! Sin diligencia y rectitud, ninguno conseguirá nada de mí.»<sup>1</sup> Gustaba Carlos con pasión de

<sup>1</sup> He aquí cómo el monje de San Galo refiere el interesante episodio que se refiere en el texto:

«En las riberas de la Galia desembarcaron dos hijos de Hibernia, hombres muy versados en las escrituras sagradas y profanas, y aunque llegaron como mercaderes bretones no presentaban objeto alguno de venta, pero gritaban sin cesar á la multitud: Si alguno desea sabiduría, que se presente á nosotros, que se la venderemos. En fin gritaron tan fuerte y tanto tiempo que los tomaron por locos. Esta ocurrencia llegó al momento á oídos del rey Carlos, aficionado con pasión á las ciencias. Mandólos llamar, y les preguntó si realmente llevaban consigo la sabiduría. Contestáronle: la tenemos, y en el nombre del Señor la comunicamos á los que la buscan dignamente. Y como les preguntase qué exigían en pago, respondieron: Un lugar cómodo, criaturas inteligentes, y aquello sin lo cual no podemos pasar en la peregrinación de esta vida, es decir, alimento y vestido. El monarca muy alegre los alojó en su palacio algún tiempo, pero obligado á salir á una expedición militar, mandó á uno de ellos, llamado Clemente, que se quedase en la Galia para educar un crecido número de niños de alta, mediana y baja condición, y les hizo distribuir los alimentos según sus necesidades, señalándoles además una habitación cómoda. Al otro escocés (Juan Maitros), discípulo de Beda, le mandó embarcarse para Italia, confiándole el monasterio de San Agustín, para que fundase en él una escuela. Cuando después de una larga ausencia, el victorioso Carlos volvió á la Galia, se le presentaron los niños confiados al cuidado de Clemente, y les pidió que le enseñasen sus letras y sus versos. Los que eran de nacimiento mediano, ó bajo, presentaron obras que excedieron á toda esperanza, condimentadas con todas las salsas de la ciencia; los niños de las familias distinguidas no presentaron sino insípidas tonterías. Entonces el prudente rey, imitador de la sabiduría divina, puso á su derecha á los que habían trabajado tan bien, y les habló así: «Os agradezco, hijos míos, lo que os habéis aplicado siguiendo mis órdenes para la utilidad vuestra; esforzaos para llegar á la perfección

los antiguos poemas germanos y los había coleccionado y mandado copiar. ¡Lástima que se perdieran! Los quemó su ignorante hijo creyendo que eran antiguallas sin ningún valor. El gran rey hizo también venir de Italia arquitectos que ocupó en construir palacios é iglesias. Sus palacios favoritos fueron los de Aix y de Ingelheim, donde había construido un puente sobre el Rhin. En Aix edificó la catedral con materiales extraídos de las ruinas romanas; era un templo casi circular, á cuyo alrededor corría una columnata; la parte interior puede decirse que está intacta todavía.

y tendréis buenos obispados y buenas abadías, y procuraré honraros siempre.» Luego volviéndose á los de su izquierda, presentándoles un rostro airado y turbado su corazón, con una mirada llena de fuego les dirigió este terrible apóstrofe: « Vosotros, muchachos nobles y mimados, habéis despreciado mis órdenes, vuestra gloria y el estudio de las letras; os habéis abandonado á la molición, á los juegos y á la pereza ó á frívolos ejercicios. » Levantando en seguida al cielo su cabeza augusta y su invencible brazo, profirió su juramento de costumbre: *Por el rey de los cielos*, y continuó: « Nada me importa, lindos muchachos, ni vuestra nobleza, ni vuestra hermosura, y tened entendido que si á fuerza de estudio y de celo no me hacéis olvidar vuestro abandono, nada debéis esperar de Carlos. »

Del respeto que á Carlomagno inspiraba el saber da también testimonio el hecho siguiente, entre otros muchos que podríamos citar:

Pablo, diácono de Aquilea é historiador lombardo, había escrito en favor de Desiderio, su soberano, y hasta aparecía comprometido en una conspiración contra Carlomagno. Aconsejaban á este príncipe que se mostrase inexorable con Pablo, condenándolo á muerte, haciéndole saltar los ojos ó mandando que le cortaran la mano... ¿Y cómo nos indemnizaríamos, contestó Carlomagno, de la pérdida de un hombre que es tan buen poeta y tan buen historiador? Limitóse, pues, á tenerlo preso, moderación de que hay pocos ejemplos en aquella época de barbarie y que sorprende aún más por tratarse de un monarca tan severo y poderoso como Carlomagno.

Carlomagno tenía consigo una escuela permanente llamada *escuela de palacio*, la cual, bajo la dirección de Alcuino, seguía al emperador en todos sus viajes. Entre los principales asistentes se distinguían el

Fué muy solícito en promover el comercio y tanto se adelantara en todo á su época, que resolvió abrir un canal que uniese el Mein con el Regnitz, para tener una via fluvial directa que atravesase la Alemania desde el Rhin hasta el Danubio y pusiera en comunicación el Océano germánico con el mar Negro. La obra se empezó, pero las guerras impidieron concluir, no llegando á ser un hecho el pensamiento de Carlomagno hasta el siglo actual, en que lo ha realizado Luis I de Baviera.

De aspecto imponente y majestuoso, tenia Carlos cerca de siete pies de altura. Era tan fuerte que par-

mismo Carlomagno, Carlos, Pipino y Luis, sus tres hijos, Adhalaro, Angilberto, Flavio Dameta, Eghinaro, consejeros habituales del monarca, los dos preladados, Riculfo, arzobispo de Maguncia y Rigboel, arzobispo de Tréveris, oyendo además sus lecciones con el mayor ardor, Gisla, hermana de Carlomagno, otra Gisla, hija suya, R'cruadis, religiosa de Chelles y Cundrada, hermana de Adhalaro. La historia nos ha conservado un trozo bastante ingenioso titulado *disputatio*, en el cual se ve que Alcuino más puede decirse que entretenía á sus discípulos con ingeniosas contestaciones que con un curso propiamente dicho. Júzguese de ello por la cita siguiente. Dos son los interlocutores, Alcuino y Pipino, hijo del monarca, que tenia entonces diez y seis años, y es el que pregunta: P. ¿Qué es la escritura?—A. La conservadora de la historia. P. ¿Qué es la palabra?—A. El intérprete del alma. P. ¿Qué es lo que da nacimiento á la palabra?—A. La lengua. P. ¿Qué es la lengua?—A. Un azote del aire. P. ¿Qué es el hombre?—A. Un esclavo de la muerte, un viandante pasajero, huésped sin habitación. P. ¿Qué es la vida?—A. Un placer para los felices; un dolor para los miserables, la espera de la muerte. P. ¿Qué es aquello de que los hombres no se cansan?—A. La ganancia. P. ¿Cuál es el sueño de los despiertos?—A. La esperanza. P. ¿Qué es la esperanza?—A. El alivio del trabajo. P. ¿Qué es la amistad?—A. La semejanza de las almas. P. ¿Qué es la fe?—A. La convicción de las cosas ignoradas y maravillosas. Esta cita demuestra el atraso que entonces reinaba, pues el hombre más notable de su tiempo reducía á tan poca cosa la instrucción de un príncipe real. Es curioso por lo demás y digno de llamar la atención que sea el discípulo quien pregunte y el maestro quien conteste, método más racional sin duda que el generalmente empleado. (N del T.)

tia con sus manos la herradura de un caballo; daba pruebas de moderación en el comer y el beber y se mostraba grave y digno en su conducta.

En el año 800 estalló una insurrección en Roma contra el Papa León III. En ocasión que iba éste á caballo en una procesión, sus enemigos le acometieron, le derribaron en tierra é intentaron saltarle los ojos y cortarle la lengua, creyendo haberlo conseguido. Ciego y mudo, al parecer, fué encerrado en un monasterio. El duque de Spoleto, de nacionalidad franca, oyó hablar del suceso, fué á Roma y se llevó al Papa á Spoleto, donde á fuerza de cuidados recobró la vista y la palabra. Carlos se indignó mucho al saber el ultraje inferido al Papa, dejó á los Sajones con quienes estaba en guerra y bajó á Italia para averiguar por si mismo las circunstancias del caso. Ya en Roma asumió el papel de juez y los culpables fueron condenados á prisión en Francia. Expiraba por entonces el último año del siglo VIII y celebrábase la fiesta de Navidad. Carlos rodeado de su suntuosa corte, los nobles, el pueblo y todo el clero de Roma asistia á los oficios divinos. El Papa en persona dijo la misa y la multitud la oía con la mayor devoción y recogimiento; mas he aquí que al concluirla, el Papa se levanta, se adelanta hacia Carlomagno con una espléndida corona en las manos, se la coloca en la frente y le proclama César Augusto: ¡«Dios dé larga vida y conceda la victoria al gran Emperador»! Sus palabras se perdieron entre las aclamaciones de los soldados, del clero y del pueblo <sup>1</sup>.

1 « Los cronistas refieren fielmente la impresión que este acto memorable causó en la cristiandad, que vió en él la mano de Dios y de la Iglesia. Desde hacía tres siglos era presa el mundo bárbaro de la división y la lucha; la raza germana había nacido dividida; sólo la Igle-

Carlos manifestó la mayor sorpresa; sin embargo, las consecuencias funestas que este acto debía tener tanto para Alemania como para el pontificado, ni el Papa ni el rey pudieron preverlas. Véase, pues, cómo Carlomagno llegó á ser rey de Italia y emperador de Occidente, ó sucesor de los Césares de Roma.

Cuando Carlos sintió que su última hora estaba cercana, reunió á sus nobles en Aix, en la catedral que él mismo mandara construir. Allí, sobre el altar, había una corona de oro. Carlos llamó á su hijo Ludwig ó Luis y en presencia del imponente concurso le dirigió sus últimas exhortaciones: temer á Dios y amar á su pueblo como á sus propios hijos; hacer bien y administrar justicia y no tener que reprocharse nada ante Dios ni ante los hombres. Con ojos llorosos Luis prometió cumplir los mandatos de su padre... «Entonces, dijo Carlomagno, toma esa corona, colócatela en la cabeza y no olvides nunca la promesa que acabas de hacer.»

Pocos meses después murió Carlomagno (814).

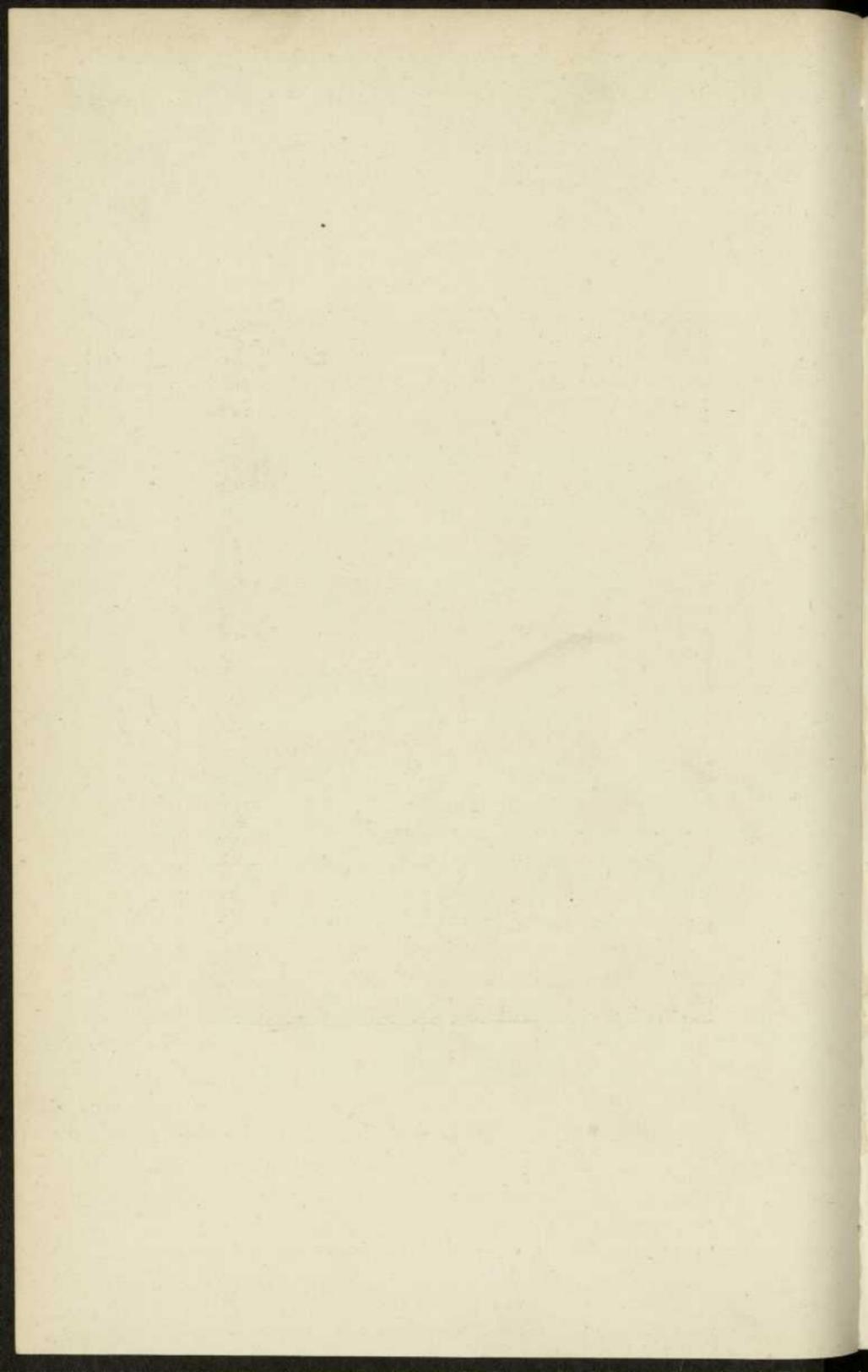
Fué sepultado vestido de emperador, con corona en la cabeza, el manto de púrpura sobre los hombros, su gran espada en la mano derecha y el libro de los Evangelios en las rodillas; sentósele en un trono de mármol y se le colocó una bolsa de peregrino en el

sia conservaba la idea de la unidad y tenía la ambición de realizarla en el mundo espiritual; una por sus creencias, la sociedad cristiana debía tender también á la unidad política. El interés de su conservación impulsaba al papado á restablecer el Imperio de Occidente. En efecto, la dominación de los césares griegos amenazaba reducir á los Papas al papel de patriarcas de Constantinopla, y la tiranía de los Longobardos comprometía su existencia... El restablecimiento del Imperio debía ser la salvaguardia del papado. Tal fué su misión histórica...» Laurent. «Études sur l'Histoire de l'Humanité», — (N. del T.)

costado. Se situó su sepulcro bajo la cúpula de la catedral de Aix y hoy aún puede verse la gran piedra que cierra su tumba, en la cual no hay grabadas más palabras que éstas: «Carlo Magno.» En el año 1165, el sepulcro fué abierto y se encontró el cadáver en la forma que queda descrita.



CARLOMAGNO DEDICA LA CATEDRAL DE MÜNSTER EDIFICADA POR ÉL. Á LA VIRGEN.  
(Bajo relieve en cobre dorado del armario en la citada catedral que contiene los restos del Emperador.)



## CAPÍTULO X

### EL SACRO IMPERIO ROMANO

**A**NTES de proseguir la historia de Alemania debemos dar una idea clara del imperio de que Carlomagno fué erigido jefe al coronarle el Papa el día de Navidad en la Iglesia de San Pedro en Roma.

El antiguo Imperio romano de que Augusto fuera el primer representante había caído en completa decadencia al trasladar Constantino su capital de Roma á Bizancio. Después de la muerte de Constantino, muchos emperadores ostentaron este título, pero ninguno fué capaz de restituir el imperio á su antigua integridad y esplendor.

Antes de Constantino el Imperio era pagano y Roma y sus principes enemigos de la Iglesia, cuya obra había fructificado con la sangre de tantos mártires. Constantino abrazó la nueva fe y desde entonces Roma y el cristianismo se ligaron tan estrechamente que las palabras cristiano y romano vinieron á ser casi sinónimas. Los emperadores presidieron los concilios de la Iglesia y defendieron sus dogmas con

sus decretos y con su espada. De este modo el imperio que había sido el enemigo más encarnizado del Evangelio, pasó á ser su más fiel aliado. El imperio llegó á tener casi un carácter sagrado y se suponía que iba unida cierta santidad especial al emperador como cabeza temporal de la gran congregación cristiana. El sucesor de Mahoma heredó juntamente del Profeta las funciones temporales y espirituales. En el sistema mahometano la Iglesia y el Estado no necesitan unirse, porque nunca han podido separarse.

Mas entre nosotros por estrechos que fuesen los lazos de unión que existieran entre el Imperio romano y la Iglesia cristiana, hasta el punto que casi se identificaron ambas instituciones, todavía, sin embargo, quedaban huellas de la época en que habían sido entidades distintas y hostiles. La misión del Papa era divina; no procedía del príncipe ni del pueblo; por tanto, el emperador podía ser el patrono, el director externo de la cristiandad, nunca su cabeza propiamente hablando <sup>1</sup>.

Italia fué sometida por los Lombardos. Los emperadores de Constantinopla eran cada vez más impotentes, menos capaces de mantener su dignidad y proteger sus dominios. Al fin, la corona imperial fué ceñida por una mujer, por Irene que escaló el trono, deponiendo y haciendo sacar los ojos á su propio hijo. Que una mujer ocupase el trono de Augusto, era cosa que no podían soportar las naciones de Occidente, ya indignadas de la debilidad de los emperadores de Bizancio. Carlos, pues, se apareció á los ojos de todos en Italia como la figura más grande, más digna de sentarse en el solio imperial. La coro-

<sup>1</sup> Freeman, *Historical Essays*.

nación de Carlos fué una rebelión, rebelión justificada, del Occidente contra «los emperadores holgazanes» del Oriente. De igual modo que Pipino había sido declarado por el Papa verdadero soberano en lugar de los indolentes merovingios, así también el Papa proclamó al hijo de Pipino, verdadero emperador en lugar de los ineptos bizantinos.

De aquí en adelante el Occidente y la Iglesia mirarán á Carlomagno y sus sucesores, que eran coronados por el Papa, como los emperadores indiscutibles del mundo cristiano, como los sucesores de Augusto y Antonino, como la cabeza temporal del sacro Imperio romano.

No todo rey de Alemania era emperador, sino solamente el coronado como tal por el Papa. El Papa era la cabeza espiritual de la Iglesia, el virrey que gobernaba el reino de Cristo por voluntad de éste. Jesús había dicho antes de su muerte: «que el que no tenga espada venda su traje y compre una.» Los discípulos le dijeron: «Señor, mira, aquí hay dos espadas.» Entonces Cristo repuso: «Es bastante.» Con arreglo á este texto se fundó una teoría, según la cual Cristo había dado á su Iglesia y al Papa como cabeza de ella las dos espadas que simbolizaban los poderes temporal y espiritual, añadiéndose que como era impropio del Papa el esgrimir la espada de la coacción temporal, la entregaba á un soberano cristiano, con lo que el Papa quedaba árbitro en materias religiosas, mientras el emperador ejercía su autoridad por delegación en los asuntos temporales. El Papa hería con la espada de la excomunión y el emperador mataba con la espada de la justicia. No hay que perder de vista esta teoría si se quiere saber lo que significaba el sacro imperio romano; sólo con ella es posi-

ble tener la clave de la historia de Alemania en la Edad Media <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> El Imperio no debía ser más que el brazo armado de la Iglesia. San Bernardo escribía: «Las dos espadas, la espada espiritual y la espada temporal se hallan al servicio de la Iglesia; pero una debe ser sacada de la vaina por la Iglesia; la otra en defensa de la Iglesia: ésta por mano del sacerdote; aquélla por mano del guerrero, mas á discreción del sacerdote.» San Bernardo era órgano de los sentimientos de su tiempo. Raimundo de Peñafort reconocía en los papas el derecho de deponer á los reyes, cuando su conducta fuese contraria á la fe. El místico Hugo de San Víctor, participa de la misma opinión: «al poder espiritual le corresponde el instituir el poder temporal; deber suyo es juzgar á los representantes de este poder.» Alex. de Hales dice: «Dios mismo ha establecido la unidad del gobierno y ha confiado al Papa el poder soberano.» Otro escritor se expresa así: «el Papa es el rey de los reyes; es el árbitro supremo en todas las contiendas que se susciten entre los príncipes; decide de la paz y de la guerra; puede deponer á los reyes por causa de inutilidad ó de injusticia.»

Gregorio VII en una carta dirigida á Guillermo el Conquistador se valió de una imagen que se ha hecho célebre: «El mundo físico, dice, está alumbrado por dos astros más grandes que los demás, el sol y la luna; en el mundo moral, el papado representa al sol, el poder temporal ocupa el lugar de la luna.» Los emperadores aceptaron este símbolo, aunque implicaba una gran inferioridad por parte del poder civil. El mismo Federico II no tiene reparo en valerse de la misma imagen en el manifiesto que dirige á los pueblos cristianos; Federico II, sin embargo, agregaba, que así como el sol y la luna siguen cada uno su curso, sin chocar nunca, era justo que reinase la misma armonía entre los poderes que rigen la sociedad. (*N. del T.*)

## CAPÍTULO XI

### UN REY PIADOSO, PERO INCAPAZ

(814-840.)

**L**UDOVICO, hijo de Carlos el Grande, se parecía mucho á su padre en la estatura, mas sólo en la estatura. Era hombre irresoluto y de entendimiento limitado que daba suelta á sus violentas pasiones y llenábase en seguida de escrúpulos y remordimientos. Carecía del genio de su padre para regir el poderoso imperio que éste había fundado. Un hecho suyo nos mostrará la clase de hombre que era. Ludovico tenía un sobrino, Bernardo, hijo de Pipino, su hermano primogénito, á quien Carlomagno había nombrado rey de Italia. Pues bien; fué el caso que Ludovico concibió sospechas de su sobrino y le ordenó que se presentase á él en Chalons. Pipino había muerto y Bernardo era ó podia ser un rival peligroso. Bernardo vaciló, pero Ludovico valióse de su esposa, la emperatriz Hermengarda, recabando de ésta que prometiese solemnemente á aquél que iria y volveria sano y salvo. Fiado en esta promesa Bernardo fué á la corte, pero Ludovico mandó que le sacasen los ojos y usaron de un procedimiento tan bárbaro que á los pocos días mu-

rió el desgraciado. Esto ocurría en Abril de 818 y á los pocos meses la emperatriz también enfermaba y moría. Ludovico la amaba apasionadamente y su muerte trajo á la memoria del monarca el crimen que habia cometido; desde entonces fué presa de los mayores remordimientos, á los cuales quiso sobreponerse por medio de la oración y la práctica del bien, de donde proviene que se le conozca con el epíteto de *pío*.

Casóse después con Judith, hija de un tal Welf, conde de Baviera, mujer inteligente é instruida, que empleó todo su poder en atraerse á los amigos del asesinado Bernardo. Hermengarda dejó tres hijos. Lotario, Pipino y Luis; Judith dió á Ludovico otro más, Carlos, que fué el preferido por el rey. Antes de contraer matrimonio con Judith habia dividido Ludovico su gran imperio en tres partes, una para cada uno de los hijos de Hermengarda, pero al nacer Carlos, rectificó esta primera división, formando cuatro partes en lugar de tres, con objeto de que el hijo de Judith no quedase desheredado. Irritados á los hermanos primogénitos el nuevo reparto, se rebelaron contra su padre, apoderáronse de él, lo destronaron, confiaron su custodia á Lotario, el mayor de ellos y acusaron á su madrastra de haber hechizado al emperador. Sin embargo, la conducta observada con Ludovico por sus hijos indignó á los grandes y el pueblo murmuró y amenazó. Lotario se vió obligado á dejar marchar á su padre, mas, en su cólera, se apoderó de la ciudad de Chalons, que era fiel á Ludovico, la quemó y asesinó al hijo é hija de Bernardo, duque de Septimania, consejero del emperador y ayo del joven Carlos. Á la pobre niña, que estaba en la escuela en un convento, la ataron á una pipa de vino y la arrojaron al río.

Los hermanos de Lotario, Pipino y Luis, estaban celosos del poder que aquél tenía y se coaligaron contra él, pretextando que no podían tolerar las humillaciones que había impuesto á su padre, resultando de esto que se hiciese otra división del imperio entre Pipino, Luis y Carlos, con exclusión de Lotario.



LOS EMPERADORES LOTARIO Y CARLOS EL CALVO.

El débil emperador era cada vez más impotente. El resto de su reinado fué una serie de vanas tentativas para sosegar las querellas y rivalidades de sus hijos. Á la muerte de Ludovico, que ocurrió en 840, la guerra estalló entre los hermanos, de los cuales por fortuna habia muerto ya uno, Pipino, aunque dejando un hijo de su mismo nombre, que heredó su reino de Aquitania. Luis, llamado el Germánico para dis-

tinguirlo de su padre, y Carlos quisieron arrebatár la Aquitania á Pipino, más éste fué sostenido por su otro tío, Lotario.

Libróse en Fontenay una gran batalla entre Lotario por una parte y Luis y Carlos por la otra; dicese que sucumbieron en ella 100.000 hombres; la lucha fué muy reñida, mas al fin la victoria quedò por Luis y Carlos. Lotario, sin embargo, no desmayò; huyendo á Aix, acuñò las grandes mesas de plata de Carlomagno y con regalos y promesas hizo que los Sajones se levantasen en masa. En vista de este nuevo peligro, Carlos y Luis se reunieron con sus ejércitos en Strasburgo, ajustando una alianza solemne. Se han conservado las palabras del juramento que prestaron unos y otros: Luis y sus soldados juraron en alemán; Carlos y los suyos en su lengua romano-francesa, siendo este el monumento más antiguo que existe del idioma francés, nacido de una mezcla del latin, el galo y los dialectos germanos.

Al año siguiente, ó sea en 843, firmaron un tratado los tres hermanos en Verdum, que sancionó la desmembración del imperio. En dicho tratado se investía á Lotario de la dignidad imperial, dándosele la Italia, con más Borgoña y la Austrasia cistrhiniana, que tomaron el nombre de Lotaringia, convertido más adelante en Lorena; Alemania era adjudicada á Luis y Francia quedaba por Carlos, llamado el Calvo.

Por esta manera, en virtud del tratado de Verdum, Alemania vino á ser un Estado independiente y su historia se desliga desde este momento de la historia de Francia.

## CAPITULO XII

### UN NUEVO SISTEMA DE GOBIERNO

 Como queda dicho en otro capítulo, en la Alemania del Norte existía desde tiempos antiguos la propiedad territorial, transmisible de padres á hijos, mientras que en el Sur nadie poseía más tierra que aquella donde posaba la planta. Aquí, en el Sur, se consideraba que la tierra era de la comunidad, y se la repartía en lotes todos los años entre los habitantes de cada aldea. Este régimen, sin embargo, sólo era aplicable en un estado social rudimentario y se vieron sus inconvenientes, que obligaron á modificarlo de distintas maneras, tan pronto como se introdujo la agricultura con carácter permanente.

Los monarcas francos combinaron los dos sistemas, el de la propiedad del Norte y el de la posesión precaria del Sur de Alemania. Declararon, en efecto, que todas las tierras pertenecían á la corona, que las cedía á los nobles mediante ciertas condiciones, para que las tuviesen y disfrutasen, pudiendo transmitir las de generación en generación, interin aquellas condiciones se cumplieran.

Estos nobles terratenientes eran los barones. Los nobles á su vez dividían sus tierras en parcelas que

entregaban á sus vasallos en igual forma y con las mismas condiciones que ellos las habian recibido. Las condiciones eran que los vasallos suministrasen al señor tal número de hombres de guerra y le diesen tal cantidad de frutos; debían además trabajar en beneficio del señor cierto número de días al año. Los nobles, por su parte, tenían su castillo y se obligaban á proporcionar al rey cierto número de soldados y á administrar justicia en sus baronías, siendo responsables ante los condes como los condes lo eran ante el rey. Cuando un barón moría sin hijos, su baronía era revertida á la corona, que la otorgaba á otro. Los condes debían averiguar si los barones administraban justicia y los *misi dominici*, creados por Carlomagno, inspeccionaban la conducta de los condes. He aquí, pues, cómo nació el régimen feudal. Cada cual tenía sus deberes que cumplir y nadie podía decirse dueño de nada mientras no se hubiese descargado de ellos.

En el Sur de Alemania los nobles no aceptaron todos de buen grado el nuevo sistema. Welf, conde de Baviera, tenía un hijo llamado Enrique. Ludovico Pio se había casado, como sabemos, con Judith, hija de Welf, y quiso hacer á Enrique una donación territorial, ajustada á los nuevos principios; mas el conde bávaro prohibió á su hijo que la recibiera. Sin embargo, Judith persuadió á su hermano á aceptar la oferta de Ludovico que consistía en que Enrique hiciese suya toda la tierra que pudiese arar con un arado de oro mientras él (el monarca) dormía. Cuando Welf supo que Enrique había accedido, ofendióse tanto, que vivió oculto el resto de sus días en la Selva Negra.

Con el sistema feudal los hombres no podían dis-

poner libremente de su propiedad, cuya transmisión suponía la subsistencia de las cargas á que estaba sujeta y el consentimiento del rey, ni tampoco empeñarla, sin redimirse previamente de sus responsabilidades.

Veremos más adelante que las ciudades se gobernaban según los mismos principios.

## CAPÍTULO XIII

### NUEVOS INVASORES

(840-911.)



Los sucesores de Ludovico Pio fueron Carlos el Gordo, Arnolfo y Luis el Niño. Contemplaba Carlomagno cierto día el mar desde una ventana, cuando vió en el lejano horizonte, algunas blancas velas que parecían ligeras gaviotas. Las personas que estaban en la habitación le oyeron sollozar. «Señor, ¿qué tenéis?», le preguntaron. Carlomagno señaló hacia las blancas velas; «veo allí un peligro,» contestó. Aquéllas velas pertenecían á los Normandos. Después de la muerte de Ludovico Pio, las incursiones de los Normandos fueron verdaderamente una gran calamidad. En Francia, como sabemos, conquistaron la Normandía. Asolaron á Inglaterra y Alfredo el Grande tuvo que reñir con ellos terribles batallas antes de conseguir rechazarlos, no sin que fundasen otro reino en Northumbria. Carlos el Gordo era demasiado cobarde para afrontar á los Normandos; prefirió, pues, comprar con oro su misericordia. Conducta tan indigna produjo general disgusto: reunióse una gran asamblea, á que concurrieron los nobles y el pueblo en Tribur,

y Carlos fué declarado incapaz de gobernar y depuesto. Le sucedió Arnolfo, hijo de un hermano suyo, el cual se condujo bien, con actividad, pero el veneno puso fin á sus días tras un corto reinado. Sucedióle su hijo Luis, de edad de seis años. En su tiempo agobiaron á Alemania muchos desastres. Los Madgyares ó Húngaros la invadieron casi todos los años, assolándola, saqueando las iglesias, quemando las ciudades y acuchillando ó llevándose cautivo al infeliz pueblo.

Los Germanos peleaban á pie, con largos mandobles ó con bolas cubiertas de púas y sujetas á un mango por medio de cadenas ó correas, haciendo girar y caer estas bolas sobre la cabeza de sus enemigos. Los Húngaros montaban veloces caballos é iban armados de arcos, por manera que los Alemanes nunca podían acercarse á ellos. Los grandes vasallos se prevalieron del hecho de ser el rey un niño para ensanchar sus propios dominios y reducir el poder de la corona. «Desgraciada de ti, ¡oh tierra! cuando tu rey es un niño», dice Salomón, y Alemania pudo apreciar entonces la profundidad de estas palabras. No debemos pasar en silencio una interesante anécdota relativa á aquella época. Ulrico, conde de Luizgau, fué hecho prisionero por los Húngaros; su hermosa esposa, que se había salvado, le creyó muerto. Transcurrieron muchos años y no hubo noticia ninguna de él.

La condesa, sin embargo, rehusó constantemente casarse de nuevo, viviendo retirada en su castillo y atrayéndose la gratitud de la comarca con sus obras caritativas. Cierta día llamó un pobre á la puerta del castillo, pidiendo hospitalidad. Iba vestido de harapos; sus pies, llenos de lodo, chorreaban sangre,

y tenía el cabello casi blanco. La condesa acudió deseosa de ofrecerle algún alimento, cuando él, dando un grito le echó los brazos al cuello y la besó. Los circunstantes quisieron intervenir, pero el mendigo, por cuyas mejillas morenas y surcadas de arrugas corrían gruesas lágrimas, los apartó con la mano: «Dejadme, dijo, que la estreche otra vez contra mi corazón. He sufrido vejámenes, hambre, privaciones de toda clase por espacio de muchos años, y he carecido de todo cariño. Yo soy Ulrico, vuestro señor.»

El joven rey murió en 911, antes de tener la edad necesaria para empuñar el cetro por sí mismo. Con él se extinguió la familia carlovingia en Alemania.

## CAPÍTULO XIV

### CÓMO GOBERNÓ ENRIQUE EL PAJARERO

(919-936.)

**D**ESDE la muerte de Luis el Niño la corona dejó de ser hereditaria. Los reyes fueron elegidos en adelante por los grandes vasallos. Sin embargo, por más que la monarquía no fuese hereditaria, era costumbre elevar al solio al hijo ó á algún pariente del monarca difunto, en tanto fuera posible hallar en la familia de éste persona digna de ocupar el trono. Así se obtuvo la gran ventaja de poder ser gobernados por príncipes capaces, bien que, por otra parte, resultara el grave inconveniente de que los vasallos se encontrasen en condiciones de acrecentar por modo desmedido su poder y llegaran á regir sus dominios casi con independencia absoluta del emperador. Los reyes se veían forzados á hacer mercedes y donativos á los grandes para atraerse sus votos en favor de sus hijos, con lo que debilitóse el poder central que representaba la corona y se disolvió la unidad germánica. No habrá olvidado el lector que los monarcas germanos pretendían ser también reyes de Italia y, por virtud de su coronación por los papas, empera-

dores de Roma. Tal es la razón de que se les coronase dos veces, una en Aix — posteriormente en Francfort— como reyes de Alemania, otra en Roma como emperadores. Distraíanse, pues, de lo que debiera haber constituido su deber principal, el dar cohesión y unidad á Alemania, por la manía de considerarse como descendientes de los emperadores romanos y por sus esfuerzos para reconstruir el antiguo imperio, bajo su nueva forma de poder bendecido por la Iglesia. Cuando el papa León III coronó emperador á Carlomagno el día de Navidad del año 800, hizo, sin saberlo, á Alemania el mayor daño que podía causarle. Apartó de los deberes que tenían para con su reino á los monarcas alemanes durante 700 años, empeñándolos en la persecución de un fantasma engañoso en Italia.

El primer rey elegido, después de la muerte de Luis el Niño, fué Conrado, duque de Franconia, que hubo de sostener una contienda con Enrique, duque de Sajonia. Hatto, arzobispo de Maguncia, envió á Enrique como regalo un collar de oro retorcido dotado de fuerza elástica, de modo que pudiera introducirse por la cabeza y quedar ajustado al cuello. Enrique se lo puso, pero sintió de pronto tal opresión en la garganta que creyó iba á ahogarse. No había visto nunca un collar de aquella clase. Encolerizóse sobremanera, declaró que el obispo había querido estrangularle con este ingenioso artificio y se entró por las tierras de Hatto con un ejército. Acudió el emperador á proteger al arzobispo, libróse una batalla y los Francones fueron derrotados. Ajustada la paz, murió Conrado al poco tiempo sin dejar ningún hijo. Al sentirse cerca del sepulcro, llamó á su hermano Eberhardo y le dijo: «Mis horas están

contadas. Sé que no hay nadie más digno de sucederme que mi enemigo Enrique de Sajonia. No debes oponerte á lo que reclama el bien general. Los Francones tenemos fuertes y poderosas ciudades y todo lo que requiere el esplendor imperial, pero hace falta algo más, que es gran prudencia y sabiduría y Enrique reúne estas cualidades. Cuando yo haya muerto, llévale la corona y la lanza sagrada, el brazalete de oro, la espada y el manto de púrpura de los antiguos reyes y hazte así su amigo. Tanto á él como á los príncipes les dices que mi postrer consejo es que sea mi sucesor.»

Tan pronto como Conrado falleciera, los electores se reunieron y proclamaron á Enrique. Enviaron á Eberhardo y á otros nobles para anunciarle su elevación y lo hallaron en las montañas de Hartz cazando pájaros, con un halcón en la muñeca. Acudió sin demora al llamamiento de sus compatriotas y se propuso hacer olvidar con su conducta como emperador el error que había cometido al rebelarse contra Conrado. De elevada estatura, aunque sus formas eran esbeltas y juveniles, y dotado de un rostro hermoso, de mirada penetrante y de plácida sonrisa, su presencia se ganaba las voluntades. Además de adornarle estas prendas personales, era inteligente, tenía afán por instruirse y se distinguía por su buen sentido. Su esposa Bertha, mujer excelente, hilaba y tejía y se conservan aún sellos donde se la representa con la rueca, sentada en su trono de emperatriz.

La primera idea de Enrique fué proteger á Alemania contra la plaga de las incursiones húngaras. Formó, por tanto, su plan, que al principio no fué del agrado de los nobles, por ignorar lo que con él se

proponía, no viendo más sino que el rey compraba la paz á los Húngaros, durante nueve años, en cada uno de los cuales debía entregarles un tributo. Pero la conducta de Enrique no era hija de falta de valor, y si de un proyecto profundamente madurado con el que se proponía ganar tiempo. En los nueve años, en efecto, de tranquilidad que se había asegurado, ocupóse Enrique en construir numerosas fortalezas á lo largo de la frontera y en proveerlas de municiones y de soldados bien equipados y armados. Estas fortalezas se llamaban burgos y estaban bajo el mando de condes que tenían el nombre de burgraves. Hasta esta época los Germanos no habían vivido en ciudades defendidas por murallas, que miraban con repugnancia. Enrique ordenó que de cada nueve hombres libres que hubiese en sus tierras, uno estuviera siempre de guardia en el burgo y los otros ocho le relevasen. Los Alemanes que residían en la frontera fueron convenciéndose gradualmente de la protección que los burgos les ofrecían y se agruparon en torno de ellos, construyendo murallas que defendiesen sus habitaciones, formándose de tal modo las poblaciones fortificadas de Alemania.

Cuando transcurrieron los nueve años, Enrique suspendió el pago del tributo y se apercibió á rechazar á los Húngaros. Presentáronse los emisarios de éstos en la época acostumbrada, pero Enrique les tiró á los pies un perro sarnoso y muerto, diciéndoles que aquello era lo único que en adelante recibirían de él y de sus germanos. Regresaron los embajadores llenos de ira á su país y dos hordas enormes de compatriotas suyos se acercaron á la frontera. Grande fué, sin embargo, su inquietud al ver los fuertes burgos, que no pudieron tomar y que amenazarían

su retirada si avanzaban. Las gentes de Enrique, por el contrario, mostraban completa confianza porque los burgos les ampararian, caso de tener que huir. El estandarte de Enrique era una gran bandera donde había pintado un San Miguel pisoteando al dragón y cuyas alas eran de oro resplandeciente.

Se dió una batalla furiosa cerca de Merseburgo y en ella perecieron 30.000 húngaros. El resto huyó. El terror de los Húngaros igualó al que antes ellos inspiraran á los Alemanes. Para ellos, San Miguel era el dios germano de la victoria y fabricaron alas de oro como las del Arcángel de la bandera alemana y se las pusieron á sus idolos en la esperanza de que así tendrían el mismo poder que Miguel. Como se atribuía á Enrique la fundación de todas las ciudades que se formaron al rededor de los burgos, se le aplicó el sobrenombre de el «Edificador de ciudades» que lleva al par de el de «Pajarero».

Otra institución debida á este monarca fué la orden de la caballería. Había en aquellos tiempos buen número de hermanos menores de los poderosos nobles terratenientes, que ofrecían su espada á otros soberanos ó vivían de la rapiña y el merodeo en los caminos. No sabían á qué dedicarse; no había entonces tantas ocupaciones como ahora y eran ellos demasiado orgullosos para servir como simples soldados. Enrique ofreció á los que vivían del pillaje pleno perdón é invitó á los demás á que vinieran y sirviesen al Imperio. Los llamó caballeros<sup>1</sup> y organizó con ellos un cuerpo de fuerza montada, imponiéndoles ciertas condiciones que elevaban el rango de los caballeros á la categoría de título honorífico.

<sup>1</sup> El nombre con que se les designa en alemán significa «servidores de la corona».

La tradición nos dice que Enrique y algunos de sus nobles estuvieron discutiendo las pruebas á que debía someterse el aspirante á caballero. Enrique exclamó: «Primeramente, no debe ofender á nuestra Madre la Iglesia en obras ni en palabras» «ni, añadió el conde palatino Conrado, perjudicar al Sacro



ENRIQUE II Y CUNEGUNDA REPRESENTADOS COMO EDIFICADORES DE IGLESIAS.

(De la portada de un cotejo en la biblioteca de Bamberg).

Imperio romano». Bertholdo de Baviera continuó: «ni proferir mentiras»; «ni haber injuriado á una débil mujer», agregó Hermann de Suabia»: ni retroceder en la batalla», concluyó Conrado de Franconia. Tales fueron, pues, las leyes de la caballería: ser fiel á la Iglesia y á la patria, veraz en todo, cortés con las mujeres y valeroso.

## CAPÍTULO XV

### OTRA VEZ LOS HÚNGAROS

(936-973.)

**V**EINTIDÓS años después de haber sido derrotados en Merseburgo volvieron á presentarse los Húngaros en Alemania. Eran tantos que se alababan de dejar secos los ríos con sus caballos y de reducir á polvo las ciudades. Remontaron el Danubio hasta donde se le une el Lech: aquí torcieron al Sur, siguiendo este último río hasta la grande y rica ciudad de Augsburgo. No habían recogido el botín que se prometieran. Habían cruzado extensos eriales, formados de blanca tierra caliza, sin otra vegetación que los sauces que crecían entre las piedras. Nada de opulentas ciudades; algunas pobres aldeas, pocas y distantes entre sí, he aquí lo único que encontrarán á su paso. Estaban sedientos de despojos y les constaba que Augsburgo se los proporcionaría en abundancia. Augsburgo se levantaba en medio de la gran vía comercial que iba de Italia al corazón de Alemania. La habitaban mercaderes tan ricos como príncipes. Era una antigua ciudad romana y sin duda en otro tiempo había estado cercada de murallas: era obispo de

Augsburgo un varón muy prudente, llamado Ulrico. Había previsto antes que nadie la proximidad del peligro y excitado á sus convecinos á reconstruir las murallas. Por fortuna sus consejos fueron atendidos y precisamente acababa de concluirse la reparación al presentarse los Húngaros. Tan pronto como Ulrico supo que éstos se acercaban, pidió socorro á su hermano el conde de Kyburgo<sup>1</sup> y al duque de Burkhard de Suabia, los cuales acudieron prontamente con refuerzos, anticipándose á los bárbaros. Se había abierto un foso al rededor de la muralla y llenádole con agua del Lech.

Esto desconcertó á los Húngaros que contemplaron atónitos el foso y las murallas que se elevaban á su espalda. Entonces los jefes blandieron sus largos látigos, azotando á los soldados y empujándoles al foso para obligarles á atravesarlo. Al fin un húngaro gigantesco apareció en la orilla de enfrente tocando un cuerno. Pero en este instante los tejedores de Augsburgo abrieron una de las puertas de la ciudad, saltaron un puente y se precipitaron, armados de picas, sobre los Húngaros, arrollándolos y matando á su rey, cuyo escudo llevaron triunfalmente, conservándolo religiosamente desde aquel día el gremio de tejedores. Los Húngaros permanecieron enfrente de Augsburgo, penetrados de su impotencia, mas sin querer confesarla, hasta que Othon, emperador á la sazón, hijo de Enrique, reunió un ejército y atacó á los invasores por retaguardia. Libróse una gran batalla el 10 de Agosto de 955. El sol despedía to-

1. La familia del conde de Kyburgo se extinguió en 1264 y sus posesiones pasaron á la casa de Hapsburgo y después á la de Austria, siendo el título de conde de Kyburgo uno de los que aún ostenta el emperador austriaco.



BENDICIÓN DE OTHON II Y DE SU ESPOSA POR CRISTO.

(Grabado en marfil de un estuche de reliquias, actualmente en el Hotel Cluny en París.)

rrentes de fuego y el calor era insoportable. Por ambos lados se peleó desesperadamente. La gente de la ciudad vino en auxilio del emperador. Durante algún tiempo el resultado estuvo indeciso. En realidad los Alemanes llevaban la peor parte, pero el heroísmo del galante Conrado de Franconia, cuñado del emperador, les aseguró el éxito de la jornada. La alegría de los Germanos, sin embargo, fué amargada por la muerte de Conrado. Incapaz éste de resistir el calor del sol, quitóse un momento el yelmo, que parecía iba á fundirse sobre su cabeza, y en aquel mismo instante una flecha le atravesó el cuello. Perecieron 100.000 húngaros; otros muchos, queriendo huir de la persecucion de los Alemanes, se arrojaron al rio, que les arrastró entre sus olas, hallándose luego sus cadáveres entre los juncos, piedras y sauces de las orillas, y los que se salvaron á nado fueron cazados en los matorrales por los campesinos con horquillas y mayales y muertos sin compasión como lobos. En lo sucesivo jamás se arriesgaron los Húngaros á invadir otra vez la Germania.

Othon I, llamado el Grande, era hijo de Enrique el Pajarero. Sucedió á su padre en 936. Era un hombre de hermosa presencia. Wittekind, cronista contemporáneo, dice: «Su continente respira majestad; su blanco cabello le cae sobre los hombros; sus ojos son limpidos y brillantes; su barba tiene longitud extraordinaria.»

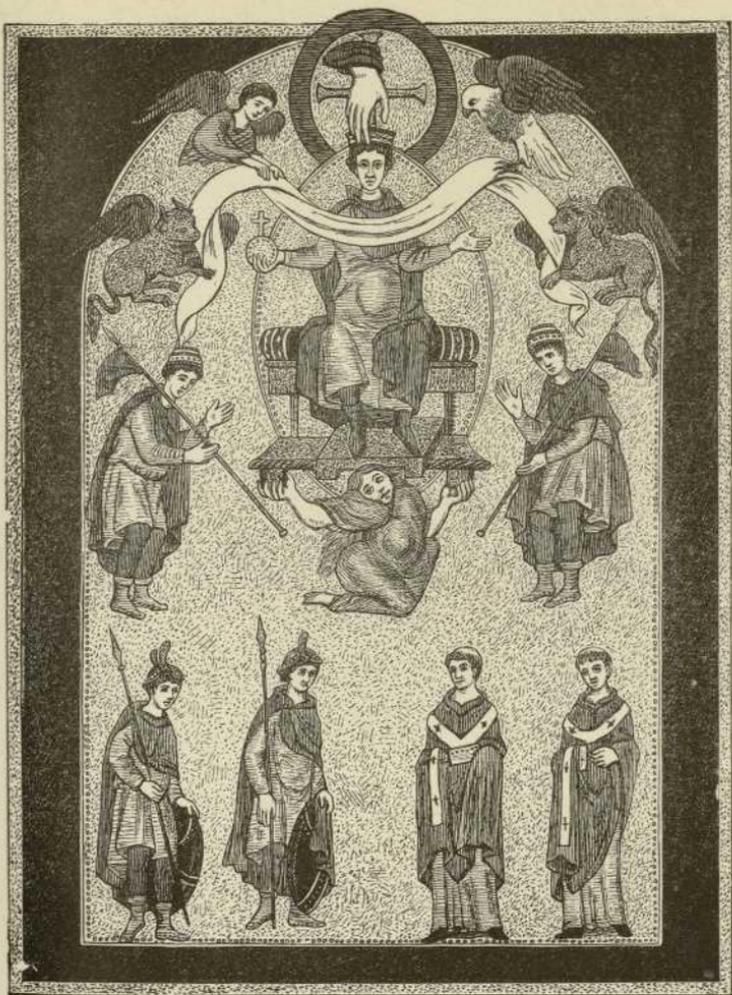
Fué coronado con gran esplendor en Aix, en la gran iglesia circular que Carlomagno había construido. Se usaron en esta ceremonia la corona gigantesca de Carlos el Grande, el cetro, la espada, el manto bordado de oro y la lanza sagrada. Suponian que con esta lanza había herido el centurión el cos-



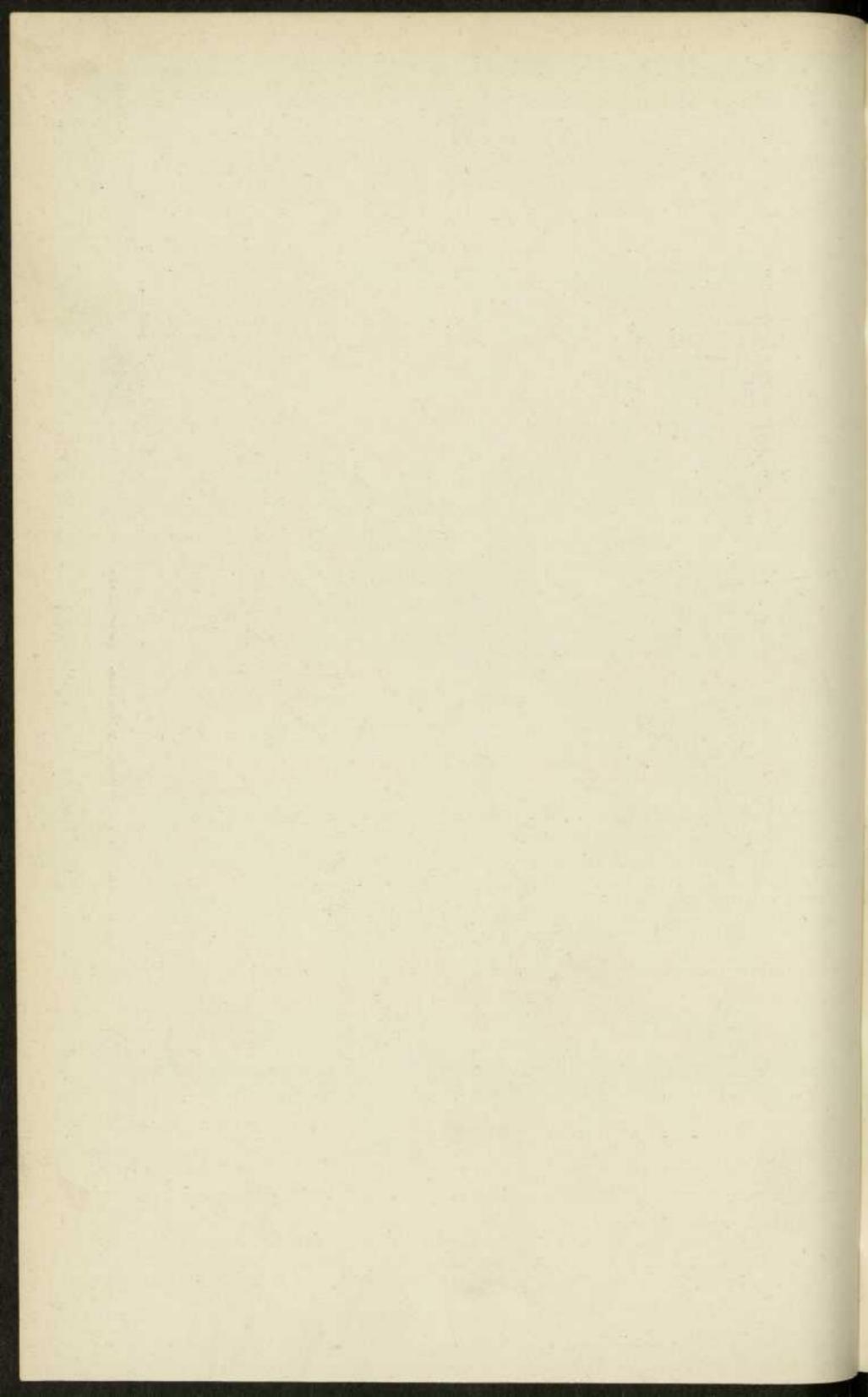
ENRIQUE II RECIBE POR LA GRACIA DE DIOS  
 LA CORONA, LA LANZA SAGRADA Y LA ESPADA IMPERIAL.

tado de Jesús y era un arma que nunca dejaba de ponerse en manos del rey en el acto de su coronación. Puede verse aún en Viena, donde forma parte del tesoro imperial. Othon se sentó en el trono de Carlomagno, que estaba cubierto de laminas de oro. Fué ungido por el arzobispo de Maguncia y honró á los principes y duques presentes con cargos honoríficos en palacio. Nombró al duque de Lotharingia chambelán suyo, al de Franconia su trinchante, al de Suabia su copero mayor, al de Baviera jefe de sus establos. Edith, su esposa é hija de Edmundo, rey de Inglaterra, fué coronada con él. Cuando los principes y duques regresaron á sus tierras iban satisfechos de las dignidades adquiridas, y aun se propusieron copiarlas, confiriendo otras análogas á los condes que les obedecían. La misma conducta observaron los obispos que pertenecían á la grandeza y aquellos oficios se hicieron hereditarios en algunas familias nobles. La palabra condestable significa «conde de los establos» y la inglesa *Sheriff* equivale á «jefe de un condado,» *shire-graj*.

Si Othon I aumentó la pompa y boato de la corte, todavía excedióle con mucho en este terreno su hijo Othon II, casado con Teofania, princesa griega, acostumbrada al complicado ceremonial de la corte de Constantinopla. Nunca se habia visto en Alemania una mujer tan amable como esta bella princesa. Aparecióse entre los Germanos como un sér de otro mundo. Dicese que cuando vino á Alemania, los jaeces de su caballo estaban adornados con plumas y oro, que las joyas resplandecían en su traje griego bordado de perlas, que recogía su cabello en áurea redcilla y que todo este esplendor era poca cosa comparado con la hermosura de su rostro y el brillo



OTTON III ACOMPAÑADO DE LOS REPRESENTANTES DE LOS PRÍNCIPES,  
DE LA ARISTOCRACIA Y DEL CLERO.



de sus ojos. Teofania, sin embargo, mereció bien por algo más importante que haber introducido un vano ceremonial. Trajo consigo el amor á las letras y suavizó y pulió las algo toscas maneras de la corte <sup>1</sup>.

Othon I fué coronado rey de los Lombardos en Milán y emperador en Roma.

La duración de los reinados de Othon II y del hijo de éste, Othon III, fué muy breve y la dinastía sajona se extingue con Enrique II, llamado el Santo, bisnieto de Enrique I.

1 Las costumbres de esta época en Alemania, á pesar de las relaciones que ya mantenía con los Italianos y los Griegos, eran sumamente rudas. Los extranjeros, y en especial los Italianos, les reprocharon frecuentemente su barbarie, la violencia de sus maneras y los excesos á que se entregaban en la comida y la bebida. Los asesinatos eran muy frecuentes, y la embriaguez, vicio dominante del país, multiplicaba su número. En la guerra se cometían crueldades inauditas. La caza y las ocupaciones militares eran las principales ocupaciones y el único entretenimiento de la nobleza. Los bosques que cubrían á Alemania alimentaban en abundancia osos, además de otras bestias feroces. Sin embargo, desde Enrique I, los progresos de la agricultura fueron causa de que se talasen muchos bosques, convirtiéndolos en tierras laborables y, sobre todo, en praderas; porque los Alemanes se inclinaban más á la cría de ganados que al cultivo de la tierra, abandonando los trabajos rurales á los siervos y á la clase indigente de los hombres libres.—  
(N. del T.)

## CAPÍTULO XVI

### TRIBULACIONES DE UN REY

(1053-1106.)



El primer rey que perteneció á la rama de los Francos salios fué Conrado II. Tanto él como su hijo, Enrique III, fueron buenos soberanos, sosteniendo con mano firme las riendas del gobierno. Desgraciadamente para Alemania, el último murió en la flor de su edad, siendo proclamado rey su hijo Enrique que sólo contaba seis años á la sazón. Entramos con esto en uno de los periodos más calamitosos de la historia de Alemania.

Enrique había confiado la tutela de su hijo y la regencia del reino durante la minoridad de éste á su esposa Inés, mujer virtuosa, que, sin embargo, carecía del aliento necesario para hacer frente á las circunstancias, pensando que podría amansar los turbulentos espíritus de la época con el agrado y la persuasión.

Carlos el Grande había convertido los arzobispos y obispos en príncipes seculares, es decir, les cedió territorios donde dominasen como soberanos; su pensamiento era crear un poder fuerte que resguardase

al trono de la ambición y violencia de los duques; mas los resultados fueron muy otros. Los arzobispos de Colonia y Maguncia tenían autoridad propia, levantaban ejércitos, dictaban leyes, imponían tributos, se arrogaban derecho de vida y muerte sobre sus



OTHON III EN EL TRONO.

(De un evangelario de la biblioteca de Munich.)

vasallos. La consecuencia fué que su atención se fijara tanto, si no más, en el aumento de su poder como príncipes que en sus deberes como preladados, sucediendo en realidad que nombraban obispos coadjutores que desempeñasen por ellos sus funciones eclesiásticas para tener más holgura en el ejercicio de su autoridad temporal. Además, como las diócesis

episcopales y arzobispales eran verdaderos principados, los grandes las codiciaban para sus hijos y obligaban al rey á conferirselas, tan pronto como se ordenaban al solo intento de poseerlas, sin consideración ninguna á la capacidad ó vocación de los agraciados.

Regia por este tiempo la sede de Colonia un arzobispo llamado Anno. No pertenecía á la grandeza, sino á una familia de hidalgos, humilde y necesitada, habiéndole elevado Enrique III á tan alta dignidad, en la esperanza de contar con un fiel servidor de su interés y el de su familia. Sin embargo, al verse en posesión del báculo pastoral sólo pensó en acrecentar su poder y acumular riquezas con que favorecer á sus parientes. No era mal hombre, pero sí codicioso y avaro de influencia. Él y el arzobispo de Maguncia creyeron que si conseguían apoderarse del joven rey, les sería fácil conseguir cuanto se propusieran. En su virtud, trazáronse un plan que no tardaron en poner por obra.

Eran los días en que se celebraba la pascua de Pentecostés y la emperatriz Inés había ido á pasar la primavera á la isla de Kaiserswerth, situada en el Rhin. Comenzaban los árboles á vestirse de hojas y sus yemas á abrirse. Los dos arzobispos fueron á hacer una visita á la reina, en un barco nuevo cuya proa estaba pintada y dorada. Después de haber comido dijeron á Enrique si quería ver la embarcación. Aceptó el rey con alegría; llegaron al sitio en que la nave estaba atada, saltaron á bordo y, á una señal convenida, cortaron la cuerda, tendieron la vela, los marineros empuñaron los remos y en un instante se halló el barco en mitad del río. Enrique se figuró que le iban á matar ó á reducir á prisión y se tiró al agua,

pero el margrave de Meissen, que estaba en el complot, arrojóse detrás de él, lo cogió y volvió á subirle á bordo. En el entretanto, la emperatriz corria á lo largo de la orilla, retorciéndose las manos y gritando, y otras personas daban la voz de alarma y denostaban á los traidores; mas los arzobispos no hicieron caso, remontaron el rio hasta Colonia y convinieron en que el rey pasaría la mitad del tiempo en Colonia, al lado de Anno, y la otra mitad con Sigifredo.

La noticia se propagó con la rapidez del incendio y toda Alemania fué presa de la mayor agitacion. El arzobispo de Colonia, á quien correspondia custodiar primeramente al rey, se vió forzado á tapan la boca á los grandes, haciendo que Enrique les cediese territorios y derechos que pertenecian á la corona, y á los obispos que murmuraban les dió otros obispados para que guardasen silencio.

Anno era hombre de carácter duro y seco y sujetaba á Enrique á una disciplina muy severa. No le consentia distracciones, se mostraba muy rigido en punto á aplicacion y no le permitia tener amigos de su edad, que pudieran haber sido compañeros agradables. Siempre estaba mal humorado, no cesaba de reñirle y Enrique le cobró profundo aborrecimiento. No obró lo mismo Sigifredo. Comprendiendo que sacaria más partido con la dulzura, se propuso convencer á Enrique de que era amigo suyo y no obraba en su contra. Por esta causa confiò su custodia á Adalberto, arzobispo de Brema.—Ahora bien, Adalberto tenia precisamente un carácter opuesto al de Anno. Gustábale sobremanera el esplendor, su corte era lujosa, se regalaba en la comida y la bebida y se manifestaba bueno y generoso. Le permitia á Enrique hacer su gusto en todo, le incitaba á divertirse,

le dejaba escoger sus amigos entre los jóvenes nobles más disipados y no le ponía tasa en sus gastos, de modo que derrochaba el dinero en verdaderas locuras.

Las consecuencias de esta especie de tira y afloja



LA RESIDENCIA IMPERIAL EN GOSLAR, DONDE NACIÓ ENRIQUE IV,  
SIENDO DESPUÉS SU RESIDENCIA FAVORITA.

sintiéronse bien pronto. Tratado aquí con rigor extremado, y allí con excesiva indulgencia; negándosele en una parte las distracciones razonables y concediéndosele en la otra una libertad amplísima, las buenas disposiciones naturales de Enrique no tardaron en pervertirse.

Después de haber pasado Enrique algunos años con Adalberto, Anno quiso otra vez tenerlo junto á si, porque Adalberto dilapidaba ó toleraba que el rey dilapidase todas las rentas de la corona. En su vir-



ENRIQUE IV EN SU TRONO CON LA CORONA, EL CETRO Y LA MANZANA IMPERIAL.

tud, formóse otro complot. Se reunió en Tribur una dieta ó parlamento á que concurrieron el rey, los arzobispos y muchos grandes, y esta asamblea intimó al rey que alejase á Adalberto de su corte ó abdicara la corona. Enrique no tuvo más remedio que desterrar á su amigo el arzobispo. Poco después incurrió

Anno en un acto de verdadera estupidez, cual fué el de obligar al rey, que sólo tenia aún 16 años, á casarse con Berta, hermana del margrave de Susa, muchacha sin atractivo ninguno, á quien no podía amar, y que, por tanto, ya trataba con rudeza, ya dejaba en el mayor abandono. Este matrimonio aumentó el aborrecimiento que á Enrique inspiraba Anno, el cual se condujo en esta ocasión con notoria imprudencia y en contra de sus propios intereses. Por otra parte, los efectos de semejante casamiento no pudieron ser peores en lo relativo al rey; disgustado de su esposa, su conducta fué más desordenada que nunca y mayor la influencia que en él ejercieron personas indignas, mientras que si hubiese amado á su mujer y ésta hubiera sido una joven bella y sensible, fácilmente lo habría traído á buen camino. En fin, los hijos de Enrique, viendo el despego y la falta de amabilidad con que trataba á su madre, le perdieron todo respeto y consideración: los resultados pronto hemos de saberlos.

No bien fué Enrique dueño de sus actos se revolvió contra aquellos que se habian coaligado con Anno en daño suyo. Eran éstos los nobles sajones y el rey les hizo blanco de su desprecio y su severidad; en realidad, cabe decir que los impulsó á rebelarse. No pudiendo resistir su rigor apelaron al Papa, que lo era entonces Gregorio VII, hijo de un carpintero, á quien le habia vuelto el juicio su elevación al solio pontificio y que se mostraba ebrio de orgullo y ambición <sup>1</sup>. Gregorio VII intimó al emperador que vi-

<sup>1</sup> El autor se muestra sobrado injusto con Gregorio VII. Aunque éste, en su afán de purgar al clero de los vicios con que se había contaminado, de enfrenar la soberbia y despotismo de los poderosos y de emancipar á la Iglesia de la tutela de los príncipes, quisiese establecer

niese á Roma á fin de poder decidir entre él y los principes sajones. Enrique se burló de las órdenes del Papa. Carlos el Grande habia ido á Roma y llamado al Pontifice á su presencia, para sentenciar la causa pendiente entre él y los que le habian derribado del caballo y querido cortarle la lengua, y ¿habia de ser ahora el emperador el que fuera á Roma á ser juzgado por el Papa?

Enrique tenia entonces 25 años; se habia desenvuelto su natural altivo y estaba en la plenitud de su poder. Convocó, pues, á algunos obispos en Worms, los cuales, á su instancia, depusieron al Papa. Este fué un acto de inhábil política. El rey tenia que habérselas con un hombre de talento superior al suyo, que se congratuló de que el mismo rey le hubiese deparado la ocasión de humillarle. Gregorio excomulgó á Enrique, es decir, lo declaró excluido de la Iglesia como si fuese un pagano y mandó á los católicos que se apartasen de él; relevó á los súbditos del juramento de fidelidad que le habian prestado y le dijo que era indigno de reinar. Enrique al principio contestó con epigramas, mas su sonrisa expiró al observar los efectos de la excomuni6n. Se habia portado mal en Alemania, habia sido tan despota, habia ofendido á tantos—á los principes con su insolencia, al buen pueblo con su conducta relajada, á la masa general de la poblaci6n con su incuria y

una especie de monarquía universal, bajo la direcci6n suprema del pontificado, son innegables su elevada inteligencia, su recta intenci6n y su profundo amor al bien. Su voz se alz6 siempre en defensa de los débiles y oprimidos, censur6 las tropelías de los reyes y señores y, al morir proscrito en Salerno, repiti6 las palabras del salmo: «amé la justicia y aborrecí la iniquidad, por eso muero en el destierro».

Lo humilde de su origen, lejos de ser un bald6n que pueda echársele en rostro, presta aún más realce á su figura.—(N. del T.)

mal gobierno—que no hubo quien no se alegrase de poder escapar á su yugo y elegir otro emperador más de su agrado.

Todos abandonaron á Enrique, excepto su desgraciada esposa Berta, y los magnates nombraron para reemplazarle á Rodolfo de Suabia, cuñado del rey depuesto <sup>1</sup>.

Comprendió éste que no había más salvación para él que la de ir á Roma y reconciliarse con el Papa. El invierno de 1076, que era el año que corría, fué tan cruel que las gentes no recordaban otro semejante y el Rhin estuvo helado desde mediados de Noviembre hasta Abril. Pues bien, en el corazón de aquel invierno terrible, en los días mismos de Navidad,

1 Los historiadores llaman á la guerra de Enrique IV y Gregorio VII la guerra de las investiduras. No obstante, á decir verdad, como advierte Laurent, las investiduras y la simonía sólo fueron la ocasión de la larga lucha entre el papado y el imperio; en el fondo, el debate era más grave: tratábase de un lado de la independencia del papado, y de otro, de la existencia del poder civil. Teniendo razón cada una de las partes contendientes desde su especial punto de vista, la conciliación era imposible. Esto se ve claramente en el curso de la lucha. El historiador citado aduce algunos hechos elocuentes. Enrique V usurpa la corona á su padre; era adicto al papado; debía esperarse que viviese en paz con él. Sin embargo, no bien coronado, se muestra más duro, más imperioso que el autor de sus días en sus relaciones con el pontífice. Después de la muerte de Enrique VI, el papado priva de la corona imperial á los Hohenstaufen y se la cede á un hombre de su devoción; pero Othon, tan pronto como se sienta en el solio imperial, sigue la misma política que sus predecesores. Inocencio III que le había elevado tuvo que excomulgarle. El papado ofrece igual espectáculo. La silla de San Pedro impone un criterio invariable al que la ocupa. Poco importan las opiniones anteriores del elegido. El que antes fué amigo del emperador, será en adelante su enemigo. Inocencio VI, siendo cardenal, pertenecía al partido del emperador; nombrado papa persigue al emperador y á su familia con rigor inexorable. Cuando fué elegido, los cortesanos felicitaron á Federico II; éste, más previsora que ellos, les contestó: « He perdido un amigo entre los cardenales y tendré un enemigo en el Papa. *Ningún papa puede ser gibelino.* »—(N. del T.)



LA TAPA SEPULCRAL DE RODOLFO DE SUABIA EN LA CATEDRAL DE MERSEBURGO.

Enrique partió secretamente para Roma, acompañado de Berta, su hijo niño y un solo caballero. Cruzaron los Alpes por el lado del lago de Ginebra, atravesando el paso de San Bernardo, y Berta, á quien ni el peligro ni la miseria eran bastantes á apartar de su esposo, se deslizaba sobre el hielo sentada en un pellejo de buey, mientras el emperador trepaba por las rocas como un cazador de gamuzas.

El Papa estaba entonces en el castillo de Canosa, situado en una cresta roquiza de los Apeninos. Con la insolencia propia del mendigo á quien se exalta á la cumbre de un poder ilimitado, Gregorio trató ignominiosamente al emperador. Se negó á verle y á absolverle hasta tanto que no hubiese cumplido una penitencia degradante. En una cruda mañana de invierno, en efecto, al aire libre, con el suelo cubierto de espesa capa de nieve, el rey, el descendiente de una linea de emperadores, tuvo que despojarse de sus insignias reales, vestirse la delgada y blanca túnica de lino del penitente y esperar en el patio del castillo, ayunando y haciendo penitencia á que el Papa quisiera admitirle á su presencia. Las puertas permanecieron cerradas el primer día; el segundo lo pasó también el rey yerto de frio, hambriento, esperando en vano; sólo al expirar el tercero se dignó Gregorio recibirle y perdonarle.

Mas el Papa se había excedido con perjuicio de su propia causa. Su severidad y la humillación de su rey excitaron la indignación y el disgusto de los Alemanes é Italianos y Enrique no tardó en verse rodeado de aquellos mismos que antes le abandonaran. Reunió, pues, un ejército y fué contra su cuñado Rodolfo, electo emperador en su lugar, derrotándolo cerca de Gera, que riega el Elster. Estando el duque

moribundo alguno le mostró su mano derecha que habia sido cortada de un hachazo. «Es justo,» dijo el duque: «yo levanté esa mano al cielo en señal de fidelidad cuando presté juramento á Enrique. Dios me ha castigado consintiendo que haya sido cortada.»

Ahora tocóle el turno á Enrique de vengarse del Papa. Atravesó los Alpes á la cabeza de un ejército, tomó á Roma, depuso á Gregorio, que huyó á Salerno, y nombró otro papa en su lugar, que le coronó en la Iglesia de San Pedro, como emperador de los Romanos (1084).

Enrique habia vencido á sus enemigos más formidables, mas fué poco feliz el resto de sus dias. Habiendo sembrado vientos tenia que recoger tempestades. Su reinado fué muy largo, de 50 años, pero vino á amargar su vejez la rebelión de sus propios hijos. Al-

záronse contra él Conrado en Italia y Enrique en Alemania. El primero murió antes que su padre.

Fué en 1104 cuando el segundo, el hijo predilecto



EL JOVEN CONRADO, HIJO DE ENRIQUE IV.

del viejo emperador, levantó su bandera facciosa. No habiendo podido conseguir Enrique que su hijo escuchase sus conmovedoras exhortaciones, se dirigió á su encuentro con un ejército, pero observando que sus mismos soldados le vendían, huyó con la muerte en el alma. Entonces ocurrió un incidente que ha versificado una poetisa alemana. Si alguna vez viajan nuestros lectores por el Rhin, fijense en las ruinas del castillo de Hammerstein. En él, en la época de que hablamos, vivía un caballero que había sido fiel á Enrique en todas las vicisitudes de su vida, pero que ya era de edad harto avanzada para empuñar la espada en defensa de su rey. El caballero se quejaba amargamente porque no tenía ningún hijo que le reemplazara al lado de Enrique y si sólo dos hermosas hijas. Una noche oyó llamar á la puerta del castillo y vinieron á decirle que un forastero pedía hospitalidad. Recibido el recién llegado por el viejo caballero, grande fué el asombro de éste al reconocer al anciano monarca que, perseguido por sus enemigos, solicitaba albergue siquiera por una noche.

«¡Ah, feliz, tú!» dijo Enrique contemplando las dos hermosas hijas del caballero; «feliz, tú, que tienes dos amables hijas que te acompañen, te amen y te cuiden en tu ancianidad. Yo he tenido dos hijos, y los dos se han rebelado contra mi.»

El emperador cayó en poder del hijo desnaturalizado, que le encerró en el castillo de Bingen. Emisarios de Enrique pidieron á su padre las insignias reales; el infortunado emperador ciñó á sus sienes la corona de Carlomagno, se echó el manto imperial sobre los hombros, asió el cetro y el orbe y se presentó á los emisarios, desafiándoles á que pusieran sus

manos profanas en los ornamentos usados por el gran conquistador.

Sin embargo, no había nada sagrado para aquellos hombres; despojaron á Enrique y llevaron al hijo rebelde que estaba en Maguncia las codiciadas prendas.

El caído emperador fué entregado á Gebhardo, obispo de Spira, cruel verdugo que se complacia en humillarle y atormentarle. Le daba un alimento insuficiente hasta el punto de tener Enrique que vender sus botas para comprar pan. Le prohibía el uso del baño y no consentía que se llamase á un barbero que le afeitara. Al fin pudo escapar á Lieja, donde el obispo le recibió y trató con gran amabilidad hasta su hora postrera; murió traspasado de pena, mandando que entregasen á su hijo su anillo y su espada en señal de que le había perdonado.



MANZANA IMPERIAL

Perteneciente á las insignias de la corona del imperio germanorromano, actualmente en el tesoro imperial y real de Viena.

## CAPÍTULO XVII

### BUEN REY, AUNQUE MAL HIJO

(1099-1125.)



ENRIQUE V se casó con Matilde, hija de Enrique I de Inglaterra, mas no tuvo sucesión de ella. Vió bastante claro que no había esperanza de que Alemania se uniese y engrandeciera en tanto que los duques, margraves y arzobispos fuesen tan poderosos é independientes, pues la larga minoridad de su padre y las incessantes discordias que la siguieron, les había dado tanta fuerza que se sobreponían al emperador. En su virtud, encaminó sus esfuerzos á reducir el poderio de la nobleza. Mas ahora fué fácil apreciar en parte las funestas consecuencias del regalo de la corona imperial hecho á Carlomagno por León II. Los papas miraban con recelo á los emperadores. Los reyes de Alemania, que eran también reyes de Italia y Lombardia reunían un poder tan grande que el papado abrigaba el temor de quedar completamente á merced suya y ser un simple satélite del Imperio. Por esta razón, los papas dirigieron su política á suscitar disensiones interiores que debilitaran la monarquía

y fijasen la atención de los emperadores en los asuntos de Alemania. Guiado, pues, de esta idea, el Papa



HENRI  
CVS  
QUINT<sup>o</sup>

ENRIQUE V RECIBE LAS INSIGNIAS IMPERIALES POR EL PAPA PASCALI II.

excomulgó á Enrique, quien consumió su actividad en luchas, ya con este vasallo, ya con aquél. Victo-

rioso unas veces, derrotado otras, fugitivo algunas como lo fuera su padre por su causa, murió al fin triste y desesperanzado, viendo cuán vanas habían sido sus tentativas encaminadas á fortalecer el poder real.



## CAPÍTULO XVIII

### LOS SARRACENOS

(1096-1231.)



Los hombres piadosos de la Edad Media tenían la costumbre de visitar á Jerusalén y Bethlehem para contemplar los Santos Lugares y orar en los sitios donde Jesús había nacido, muerto y resucitado. Los Árabes que dominaron en Siria, después que los Romanos la perdieran, no molestaban á los peregrinos. Mas cuando los salvajes turcos seldyucidas conquistaron á Palestina, los cristianos fueron oprimidos y perseguidos; los peregrinos eran maltratados, las iglesias profanadas, y á Simón, patriarca de Jerusalén, lo derribaron al pie del altar y le arrastraron de los cabellos.

Un piadoso ermitaño, Pedro de Amiens, contempló la suerte miserable de los cristianos en un viaje que hizo á Jerusalén, y á su regreso á Europa trajo á Urbano II una misión del patriarca. Urbano envió á Pedro á predicar la guerra santa en Francia é Italia. En 1095 el papa reunió un concilio en Clermont (Francia) y excitó á los creyentes para que tomasen las armas y rescataran los Santos Lugares del poder de los infieles. «Dios lo quiere», gritó la multitud

y todos se apresuraron á ponerse pequeñas cruces de paño rojo en los hombros en señal de alistarse en el ejército libertador. De aquí que estas expediciones se llamasen Cruzadas. El primer ejército partió en



REY ARTURO.

Agosto, el año 1096, al mando del generalísimo Godofredo de Bouillon. Cuando la hueste entró en el Asia Menor por frente á Constantinopla, iban 300.000 guerreros. Al cruzar el Asia Menor y la Siria, las privaciones, el continuo pelear y las enfermedades la redujeron considerablemente, por manera que no llegaron más que 10.000 á Palestina. Sin embargo, llenos de entusiasmo á la vista de Jerusalén la asaltaron y tomaron. Godofredo fué el primero en saltar desde los muros al interior de la ciudad.

Abrieron después los que habian entrado las puertas de Jerusalén y los cruzados se precipitaron por ellas, degollando á todas las personas que encontraban. Godofredo fué proclamado rey de Jerusalén, pero rehusó ceñirse la

corona de oro donde el Salvador había llevado la de espinas, eligiendo el nombre de «Guardián del Santo Sepulcro.» Al año siguiente (1100) murió Godofredo y su hermano Balduino se hizo cargo del gobierno con el título de rey.

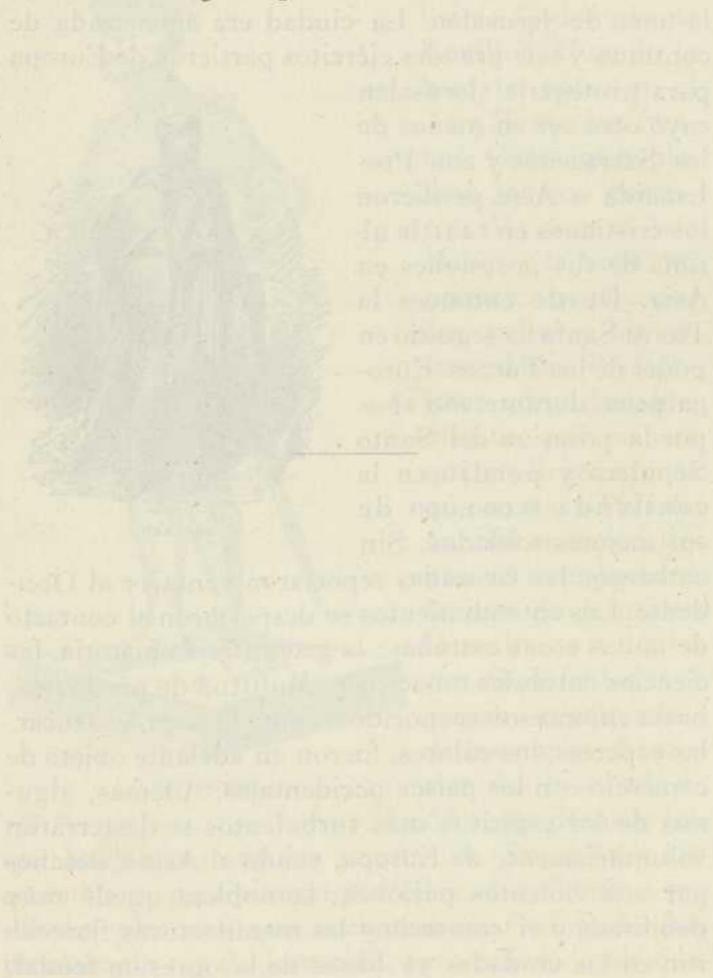
El nuevo reino cristiano no estaba consolidado con la toma de Jerusalén. La ciudad era amenazada de continuo y seis grandes ejércitos partieron de Europa para protegerla. Jerusalén cayó otra vez en manos de los Sarracenos y con Ptolemaida ó Acre perdieron los cristianos en 1291 la última de sus posesiones en Asia. Desde entonces la Tierra Santa ha seguido en poder de los Turcos. Europa peleó durante 200 años por la posesión del Santo Sepulcro y perdió en la contienda 6.000.000 de sus mejores soldados. Sin



TEMPLARIO.

embargo, las Cruzadas reportaron ventajas al Occidente. Los entendimientos se despertaron al contacto de tantas cosas extrañas: la geografía, la historia, las ciencias naturales renacieron. Multitud de productos, hasta entonces desconocidos, como la seda, el azúcar, las especias, los colores, fueron en adelante objeto de comercio con los países occidentales. Además, algunos de los espíritus más turbulentos se desterraron voluntariamente de Europa, yendo al Asia á desahogar sus violentas pasiones; la nobleza quedó muy debilitada y el comercio y las manufacturas florecieron en las ciudades ya libres de la opresión feudal.

Durante el periodo de las Cruzadas, la caballería se transformó en una institución próspera y bien organizada. El rango de caballero no era hereditario como los demás títulos, confiriéndose sólo en virtud de propios merecimientos, que se acreditaban mediante multitud de rígidas pruebas.



## CAPÍTULO XIX

### LOS ORÍGENES DE UNA NUEVA DINASTÍA

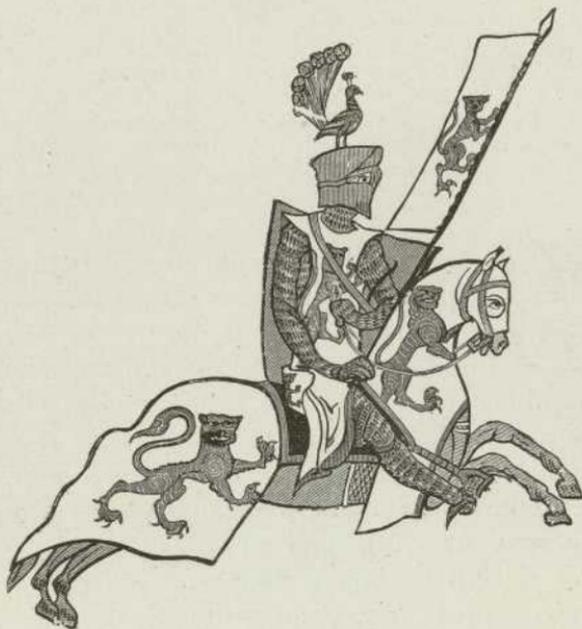
(1138-1152.)

**S**i se consulta el mapa se verá que, en Stuttgart, el río Neckar, que parecía dirigirse hacia el Occidente, tuerce de pronto al Norte y recibe las aguas de otro río, que también viene del Este. Ahora bien, entre el Rems y el Neckar se levanta una meseta de árida tierra calcárea, en la cual sobresalen acá y allá alturas de extraña forma que parecen dedales gigantescos puestos encima de una mesa. Estos montecillos cónicos tienen su cima cortada; no son calizos; su naturaleza es volcánica y han sido elevados de lo interior de la tierra por la acción del fuego, á través de las capas superficiales. Una de estas eminencias se llama Hohenstaufen. Nuestros lectores recordarán que cuando Enrique IV cruzó los Alpes para ir á visitar á Gregorio VII no le acompañaba más que un fiel caballero. Dicese que era Federico de Büren. En premio de su lealtad, Enrique le hizo más adelante duque de Suabia, casándole con su hermana Inés. Pues bien, este magnate construyó un castillo en la

altura mencionada, de donde provino que él mismo recibiese el nombre de Hohenstaufen.

Van ya dos dinastías, la de Franconia y la de Sajonia. Ahora empieza una nueva que es la de Suabia.

En 1138, Conrado, el hijo del primer Federico de Hohenstaufen, fué elegido rey de Alemania.



CABALLERO EN TODA SU ARMADURA.  
(Del tiempo de Federico Barbarroja.)

Además del castillo de que queda hecho mérito, los Hohenstaufen poseían una ciudad, Waiblingen, sobre el Rems, y como entonces las familias tomaban el nombre de sus estados, se llamaban indistintamente «de Büren», de Hohenstaufen» ó «de Waiblingen», pero siendo Waiblingen una ciudad y Bü-

ren y Hohenstaufen sólo simples castillos, lo más común era llamarles los Waiblingen.

Habia en Alemania un partido numeroso, enemigo de la casa de Suabia, capitaneado por el duque de Baviera. Los duques bávaros eran llamados Welfen, á causa de un antecesor suyo que tenia por nombre Wüelf. Era una familia poderosa que regia los dos ducados de Sajonia y de Baviera. Como la politica del Papa consistia en debilitar el Imperio, dividiéndole, concedió su protección á los Welfen. En los labios italianos, incapaces de pronunciar la *W*, Welfen convirtiöse en Güelfo y Waiblingen en Gibelino, y con estos mismos nombres se designaron respectivamente en Italia la facción papal y el partido del emperador.

La casa de Waiblingen ha desaparecido largo tiempo ha, pero la de Wüelf subsiste, estando representada en la actualidad por la reina Victoria de Inglaterra y el duque de Brunswick. Es esta una de las dinastias reinantes más antiguas que existen. Remóntase sin interrupción á aquel viejo Wüelf, conde de Suabia y Baviera, padre de Judith, esposa de Ludovico Pío que, enojado, se ocultó en la Selva Negra, porque su hijo habia aceptado un feudo del emperador. Wüelf murió hacia el año 824.

Conrado el de Waiblingen no ocupó el trono inmediatamente después de Enrique V. Precedióle Lotario, el Sajón. En tiempos de Conrado estalla la contienda entre güelfos y gibelinos. En sus comienzos la pequeña ciudad de Weinsberg sostuvo bizarramente la bandera güelfa. Exasperado con su porfiada resistencia, dijo Conrado que pasaria á cuchillo sin compasión á todos los hombres que encontrase en la plaza, cuando la tomase. Obligada al fin á rendirse

por falta de subsistencias, el emperador condescendió á dejar salir las mujeres con las prendas que más estimaran. Abriéronse entonces las puertas, y desde la colina en que estaba su tienda vió Conrado que



EL DUQUE ENRIQUE IV.  
(Lápida sepulcral en Breslau.)

se adelantaba la condesa Ida <sup>1</sup>, llevando á costas á su esposo Wüelf; seguíanla las demás mujeres de Weinsberg, conduciendo en igual forma á sus padres, hijos, maridos y prometidos.

Parte de los sitiadores se mostraron irritados y quisieron atajar esta extraña procesión y cebar su cólera en los hombres, pero Conrado, conmovido ante la abnegación de las mujeres de Weinsberg, exclamó: «Nada de eso; he dado mi palabra, y la palabra de un emperador debe ser sagrada.»

El esposo de la condesa Ida, á quien ésta habia salvado del modo que hemos referido, era Wüelf VI de Baviera, tío del duque Enrique, llama-

<sup>1</sup> Hija del conde palatino del Rin.

do el León, que entonces tenía sólo 12 años de edad. Más adelante, Wüelf VII fué duque de Spoletto y margrave de Toscana.

La opinión pública forzó á Conrado, que en su buen sentido era contrario al pensamiento, á capitanear una cruzada. Partió, pues, á la Tierra Santa, á la cabeza de un numeroso ejército en 1147, pero su marcha fué una serie no interrumpida de pérdidas y desastres. Estando los cruzados atravesando un río cerca de Constantinopla, algunos emisarios del emperador griego quisieron ver cuántos iban, mas desistieron después de haber contado 900.000. Sin embargo, no llegó ninguno á su destino. Las enfermedades, el hambre y la espada de los musulimes acabaron con ellos. Conrado regresó á Alemania, triste y desalentado. En su patria le esperaban nuevos disgustos. Wüelf y Enrique el León habian promovido una nueva rebelión contra él en Alemania y Lombardia.

En Constantinopla observó Conrado que el Imperio griego tenía por armas un águila de dos cabezas, emblema del doble Imperio de Oriente y Occidente, unidos en otros tiempos bajo Constantino y sus sucesores. Agradóle la idea y escogió también el águila de dos cabezas como armas de su Imperio, según puede verse aún en Austria y Alemania. Cuéntase (y referimos el caso sin darle más valor que el de una anédocta) que años atrás cazaba un duque austriaco en el Tirol, cuando el montero que le acompañaba derribó un águila á sus pies. «¡Valiente águila (exclamó el duque), no tiene más que una cabeza!» No habia visto más águilas que las de las banderas y escudos reales y creía que todas las águilas tenían dos cuellos y dos cabezas.

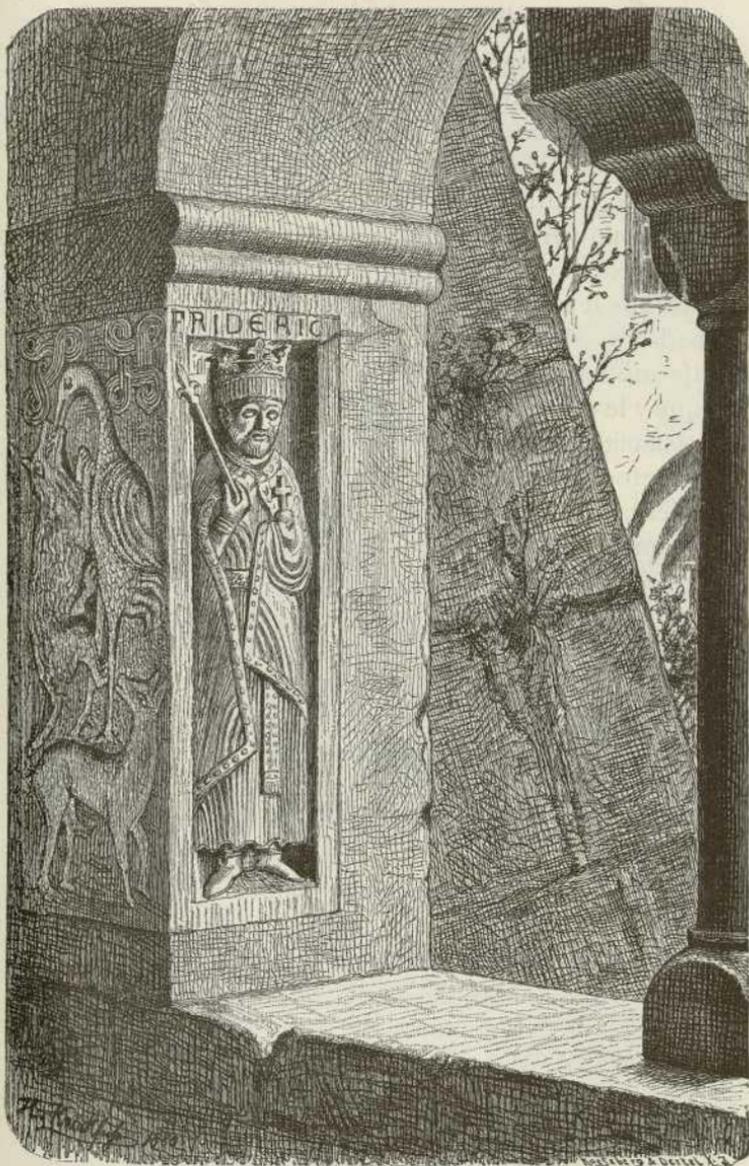
## CAPÍTULO XX

FEDERICO BARBARROJA

(1152-1190.)

**F**EDERICO I ó Barbarroja es, sin disputa, el más grande y más poderoso de los emperadores alemanes después de Carlomagno. Pacificó á los güelfos, devolviendo á Enrique el León los ducados de Sajonia y Baviera, de que Conrado se apoderara. Enrique, sin embargo, no se mostró agradecido á este acto de generosidad que pagó con la traición.

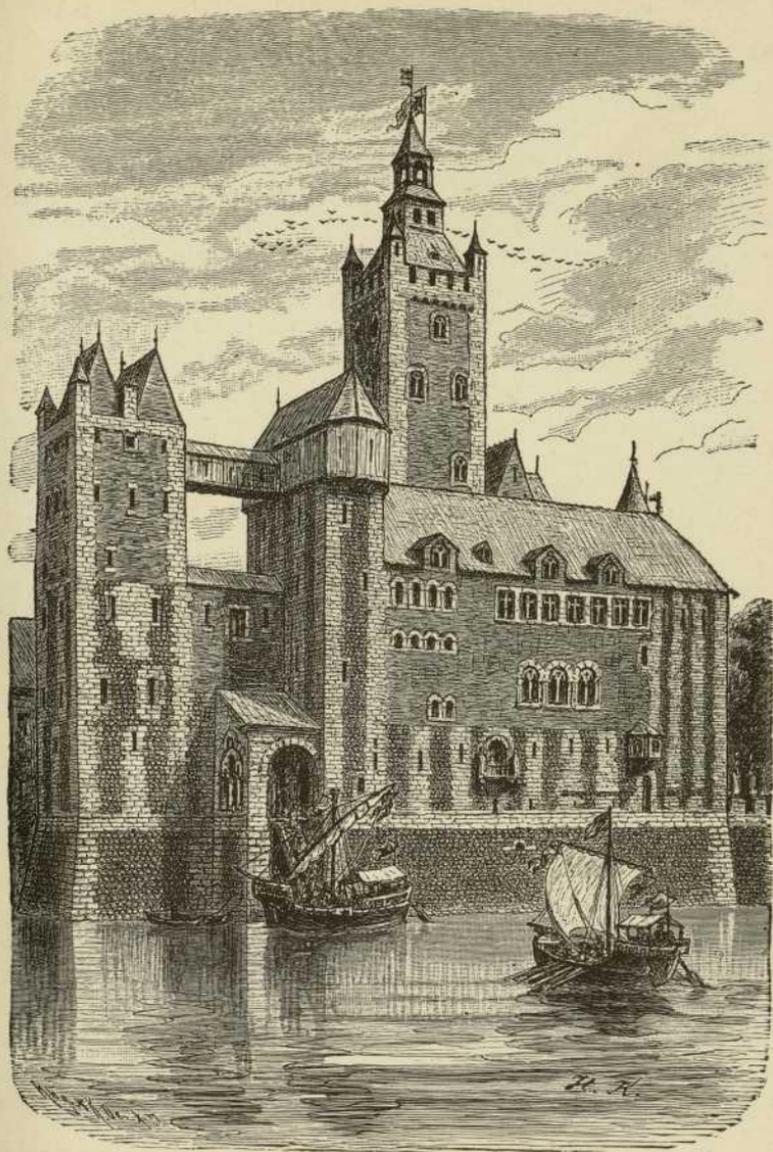
Si Federico se hubiese limitado á dirigir y gobernar la Alemania, todo habria ido perfectamente, mas era imposible que olvidase su carácter de rey de Italia y emperador de Roma, así que hubo de cruzar repetidas veces los Alpes al frente de numerosos ejércitos para ahogar las rebeliones que allí estallaban, siendo lo peor que mientras tanto promovianse otros disturbios en Alemania que le obligaban á retroceder precipitadamente. El duque Wüelf VI, tio de Enrique el León, quedóse ciego en su ancianidad. Vivía en Memmingen, sobre el Lech, y era muy extravagante. Invitaba á comer, beber y bailar á todos los nobles de Suabia y Baviera; contrajo, pues, enormes



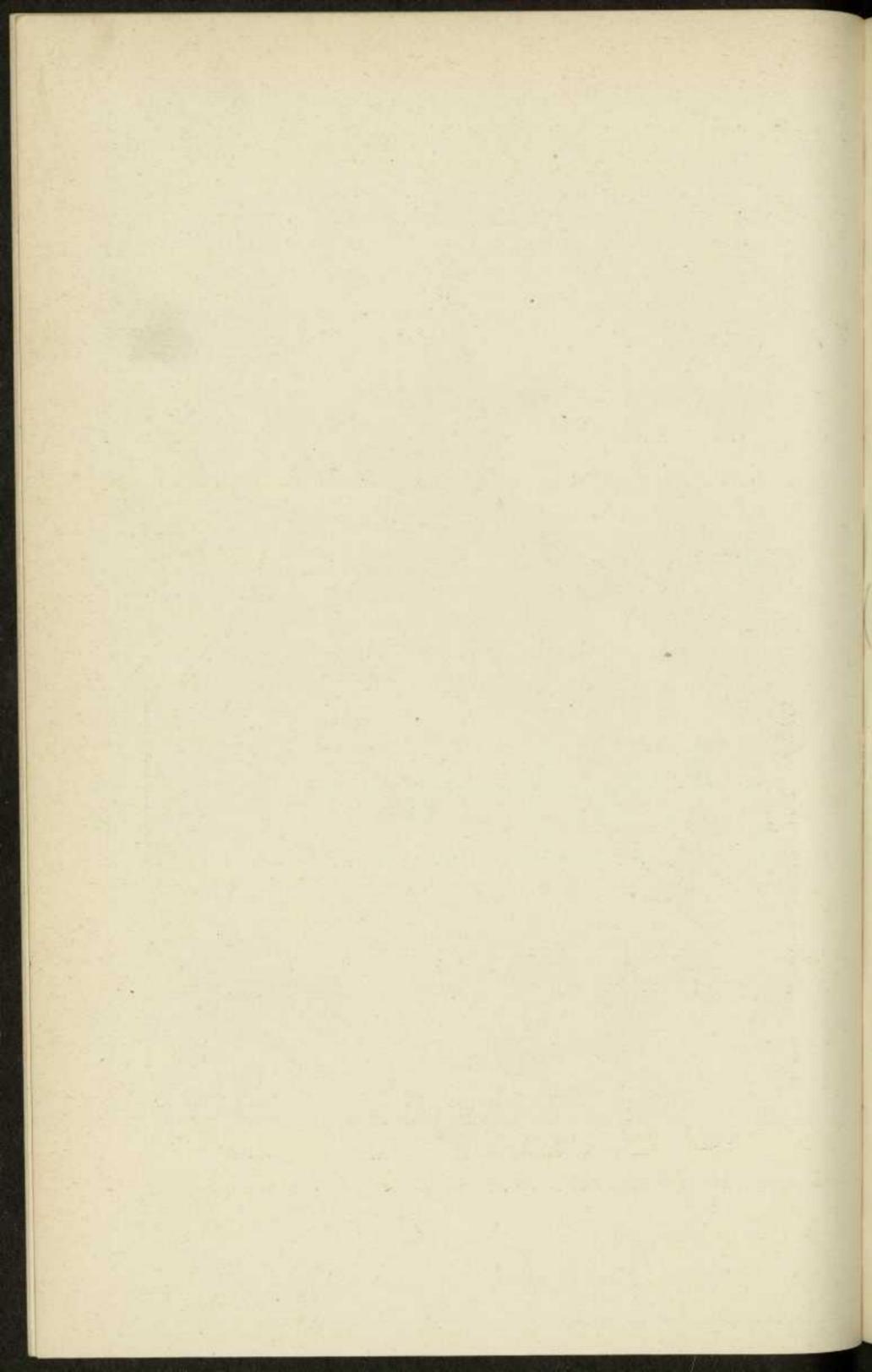
LÁPIDA CON LA FIGURA DE FEDERICO BARBARROJA.

(Tomada de una ventana que hay en el claustro de San Reno en Reicherhall (Baviera.)

deudas y el emperador vino en su auxilio, contrastando esta conducta suya con la de Enrique, que contempló indiferente la precaria situación de su tío. Agradecido Wüelf, legó al morir todos sus estados á Federico. Enfurecióse al saberlo Enrique el León y determinó vengarse. Las circunstancias le favorecieron. Federico le llamó, como vasallo que era suyo, para que le siguiese á una campaña en Italia. Enrique obedeció. Mas quiso la suerte que Federico cayese enfermo en el lago Como. Entonces fué á verle Enrique y le dijo que estaba resuelto á abandonarle si no satisfacía sus injustas exigencias. Los Lombardos insurrectos estaban cerca. Los momentos eran críticos. Federico suplicó á Enrique que fuese fiel á su rey y á su patria. En su angustia llegó á rogarle de rodillas, mas Enrique le volvió brutalmente la espalda. Entonces la emperatriz Beatriz levantó á su esposo diciendo: «Dios te ayudará y no olvides la insolencia del güelfo». Siguióse una batalla; los Lombardos eran muy superiores en número á los fieles alemanes, pues Enrique se habia retirado con su gente, y el ejército imperial fué destrozado. Federico se salvó con dificultad, regresando á Alemania, donde era tanta la indignación que habia producido la conducta traídora de Enrique, que el emperador pudo privarle de todos sus estados y privilegios, proscribiéndole y dando el ducado de Baviera á su leal amigo Otto de Wittelsbach, ascendiente del rey actual de Baviera. El ducado de Sajonia fué dividido y nada quedóle en él á la casa de Wüelf sino el terrorio de Brunswick, concedido á Enrique el León después que hubo pedido de rodillas perdón al emperador; tal es la causa de que la reina de Inglaterra descienda de los antiguos Wüelfs. La traición de Enrique motivó, pues,



RECONSTRUCCIÓN DE LA RESIDENCIA DE FEDERICO BARBARROJA EN KAISERSWERTH SOBRE EL RHIN.



la ruina de los Wüelfs por espacio de muchas generaciones.

Ya de edad avanzada dirigióse Federico á Oriente, capicaneando una cruzada contra Saladino, sultán de Egipto, que habia vuelto á conquistar á Jerusalén, pero al atravesar el rio Cydno fué arrancado del caballo por la corriente y se ahogó. El pueblo alemán no dió crédito á la noticia de su muerte y se ha forjado una historia maravillosa, según la cual no ha muerto, sino que duerme sobre una mesa de piedra en la montaña Kyffhauser, habiendo su barba horadado la mesa. Dicese también que en la hora del peligro, Federico volverá á la vida y libertará á la patria alemana.

## CAPÍTULO XXI

### UN REY CRUEL

(1196-1250.)



FEDERICO Barbarroja sucediòle su hijo Enrique VI, hombre despòtico y cruel que consiguiò hacer en Italia la casa de Hohenstaufen aún más aborrecible que lo habian sido los primeros emperadores. En 1194, estándose celebrando la fiesta de Navidad, dias siempre de paz y regocijo, anegó en sangre á Palermo, bajo pretexto de que habia descubierto un complot contra su soberania. Obispos, nobles, miembros de la casa real de Sicilia, nadie escapò á su ferocidad. Unos murieron entre las llamas, otros colgados, algunos fueron enterrados vivos <sup>1</sup>. Á Ricardo, conde de Palermo, lo ataron á la cola de un caballo, le arrastraron por las calles de Capua, le colgaron de una horca por una pierna y al fin, después de dos dias de horribles torturas, le remataron, suspendiéndole una gran piedra del cuello. La emperatriz Constantza diò á luz, en medio de estas escenas de salvajismo, un hijo á quien pusieron por nombre Federico

<sup>1</sup> Un conde llamado Jordán fué colocado en un trono de hierro candente y se ciñó á sus sienes una férrea corona ardiendo.

Roger, que más adelante fué Federico II, último emperador de aquella dinastía. Parece como si el cielo, indignado por el crimen del padre, hubiese hecho responsable de él al hijo. Dos años después murió Enrique, sucediéndole Federico bajo la regencia de su hermosa y virtuosa madre. Gran fortuna habria sido para él que ésta hubiese vivido, pero siguió al sepul-



SELLO IMPERIAL DE OTHON IV. REDUCCIÓN:

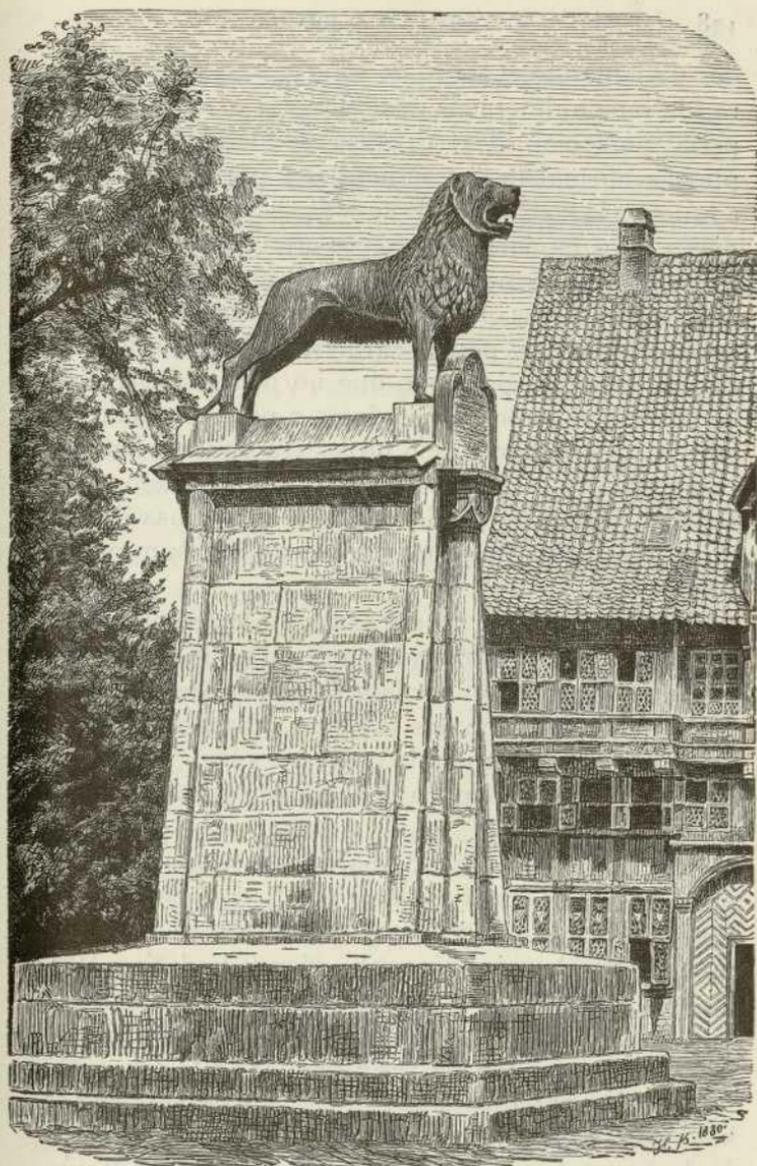
*Dei Gratia Ottho Romanorum Imperator et semper Augustus.*

cro á Enrique, cuando su hijo apenas contaba cuatro años. El pobre niño se educó en Palermo entre rudos y ambiciosos nobles, en medio de intrigas, violencias y conflictos.

Á los quince años era un mancebo gallardo, gracioso, lleno de atractivos; su rostro respiraba inteligencia, benevolencia y nobleza. Casóse á esta edad con Constanza, hija de Pedro, rey de Aragón. Las bodas se celebraron con gran magnificencia, mas en

medio de las fiestas, mientras las campanas repicaban y desfilaban los soldados, estalló la peste. La gente se moría en las calles. Alfonso, hermano de la novia, se levantó de la mesa, salió tambaleándose del salón y quedó muerto. Otros de los que asistían al banquete enfermaron también allí mismo y á las pocas horas eran cadáveres. Federico y su joven esposa tuvieron que huir.

Durante su minoridad las disensiones habían asolado á Alemania. Dos pretendientes al trono, Felipe de Suabia y Othon IV, duque de Brunswick é hijo de Enrique el León, ensangrentaron el reino con sus rivalidades por espacio de diez años. Al fin, en 1215, Enrique recobró la supremacía y fué coronado en Aix. El nieto de Barbarroja era digno vástago de su raza, valeroso, caballero y lleno de aliento; sin embargo, tan grande hombre nunca hizo grandes cosas, á causa de haber consumido su energía en querellas incesantes con los papas. Reprodúcese aquí el caso de siempre. En Francia, en Inglaterra, en Alemania la corona no era omnipotente. Los nobles eran muy fuertes y avaros de engrandecerse, lo que equivalía á luchar entre sí y ensangrentar el reino con sus discordias. Pero mientras en Francia, los reyes, mediante un compromiso con el pueblo, abatieron á la nobleza, y en Inglaterra, los nobles, por otro compromiso con el pueblo, se impusieron al trono y fundaron la monarquía constitucional, en Alemania, los más grandes emperadores agotaron sus talentos y malrotaron las más vivas energías de la patria en perseguir un verdadero fantasma, no sirviéndoles nunca de escarmiento el ejemplo de lo sucedido á sus predecesores. En lugar de convertir su atención al engrandecimiento de su propio país, sometiendo á los gran-



MONUMENTO CONSTRUÍDO EN EL AÑO 1166 EN BRUNSWIC POR ENRIQUE EL LEÓN,  
COMO SIGNO DE SU DOMINIO IMPERIAL.

des y asentando el trono en sólidas bases, persiguieron la vana quimera de restablecer la monarquía imperial universal, ideal irrealizable cuando todos los pueblos afirmaban sus caracteres y peculiaridades y adquirían la conciencia de su vida nacional é independiente. Los monarcas alemanes eran atraídos en sentido contrario como reyes de Alemania y como emperadores de Roma. Los Italianos les aborrecían y los papas zapaban su poder, envolviéndolos en dificultades sin número, de modo que no podían establecer su autoridad como emperadores y no se curaban de administrar rectamente ó no les era dado el hacerlo como reyes. Les ocurrió lo que al murciélago de la fábula, rechazado por los mamíferos á causa de ser un pájaro, y por los pájaros á causa de ser un mamífero.

No me cansaré de repetir estas observaciones que es preciso graben profundamente en su memoria los que quieran comprender la historia de Alemania. El águila imperial tiene dos cabezas, cada una de ellas en dirección contraria á la otra; pues bien, la autoridad soberana participaba de la misma división y oposición.

Federico era rey de Lombardía, de Nápoles y Sicilia, lo mismo que de Alemania. Los papas se sentían inquietos comprendiendo su debilidad, y procuraban naturalmente minar el poder de Federico. Uno de sus expedientes más sencillos fué persuadirle á que debía dirigir una cruzada y el papa Gregorio IX tuvo la satisfacción de verle marchar á la cabeza de un ejército numeroso; pero la fiebre se cebó en los soldados de la fe, que morían á millares. El mismo Federico cayó enfermo y hubo de retroceder á Italia, ganoso de recobrar la salud, respirando los aires de

la patria. El Papa sufrió una decepción terrible, enfurecióse y excomulgó al emperador. Federico le envió tres obispos que certificasen de su enfermedad. Fué en vano; el Papa se negó á recibirlos. Esto ocurría en Septiembre de 1227. Al año siguiente, restablecido Federico volvió á partir á Oriente. Podría creerse que con esto habia desarmado al Papa; sin embargo, Gregorio no estimaba la cruzada sino como medio de debilitar al emperador; por tanto, buscó un nuevo pretexto y excomulgó otra vez á Federico. Ordenó á los caballeros templarios y hospitalarios que le abandonasen; no consintió que se hiciesen colectas destinadas á auxiliarle en su empresa: no perdonó, en una palabra, arma alguna para conseguir que la expedición imperial abortara ignominiosamente. Esto no obstante, Federico obtuvo más ventajas positivas en Oriente que ninguno de los que habian contado con la bendición de los papas. Rescató los Santos Lugares mediante un tratado que celebró con el sultán de Egipto. Entró triunfalmente en Jerusalén; fué á la iglesia del Santo Sepulcro, tomó del altar mayor la corona de los reyes cristianos y se la puso en la cabeza. Á su vuelta se reanudó su lucha con el Papa. Las ciudades lombardas se habian rebelado. Soldados mercenarios, armados por Gregorio, desafiaban el poder imperial; ostentaban por armas las llaves de San Pedro y de aquí provino que se les llamara los soldados de la llave.



MONEDA DE PLATA  
CON EL RETRATO DE OTHON IV.

La victoria desamparó pocas veces la causa del emperador; sin embargo, reuniéronse multitud de



CABALLERO Y SEÑORA.

(Tablilla de marfil.)

circunstancias desgraciadas para amargar la vida de Federico. Sus enemigos en Alemania habían logrado que su hijo Enrique se pusiera á la cabeza de los in-

surgentes. Federico tuvo que cruzar los Alpes para castigar á los rebeldes. Enrique fué depuesto y condenado á siete años de prisión en Italia, donde murió antes que su padre.

El papa Inocencio IV, sucesor de Gregorio IX, prosiguió contendiendo con Federico. Estas luchas entre la Santa Sede y el Imperio no fueron menos dañosas á la primera que al último, porque los papas se distraían también de sus deberes espiritua-



ALDEANOS CONSTRUYENDO SU ALDEA.

(El señor del pueblo concede al alcalde los derechos de recaudación perpetua por un documento provisto de sello triangulado correspondiente.)

les en su afán de sobreponerse á los emperadores ó, cuando menos, de debilitar su autoridad. Temiendo Inocencio el formidable poder de Federico huyó á Francia, excomulgó de nuevo al emperador y le depuso de todos sus cargos y dignidades. Federico acogió con burlas la noticia del anatema fulminado contra él, exclamando: «¡El Papa me ha depuesto! Traedme mis coronas y veremos de cuál me ha privado.» Trajéronle entonces sus siete coronas, la co-

rona real de Alemania, la diadema imperial de Roma, el círculo de hierro de Lombardia, y las coronas de Sicilia, Borgoña, Cerdeña y Jerusalén. Colocóselas en la cabeza una después de otra y dijo: «Las tengo todas aún y no consentiré que me arrebaten ninguna impunemente.»

Mas la deposición y la excomunión produjeron sus efectos en Alemania, sirviendo de pretexto á las gentes discolas y ambiciosas para declararse en rebeldía. Un antiguo historiador dice, refiriéndose á aquellos tiempos: «Cuando el emperador Federico fué proscrito los moradores se regocijaron sobre los despojos de la monarquía. Las rejas del arado se convirtieron en espadas, las hoces en lanzas. Todos llevaban consigo el eslabón y el pedernal para ir prendiendo fuego en los lugares que recorrían.»

También ardió la insurrección en Italia. Enzo, uno de los hijos del emperador fué hecho prisionero por los Boloneses y encerrado en un castillo<sup>1</sup>. El anciano

<sup>1</sup> Enzo era hijo natural de Federico II. Su padre le había autorizado á tomar el título de rey de Cerdeña, isla cuya soberanía se disputaban los papas y emperadores, aunque ni unos ni otros la poseyeran efectivamente.

En 1249 el partido güelfo había sido subyugado en Toscana y el emperador era dueño de Florencia. Gran número de güelfos se había refugiado en Bolonia. El legado pontificio excitó á esta población á reducir la Romagna á la obediencia del Papa y á dirigir la guerra contra el ejército que acaudillaba el rey de Cerdeña, que estaba muy debilitado. En 1250 los Boloneses, reforzados por las tropas del marqués de Este, se dirigieron á atacar á Módena que, desde la pérdida de Parma, era la ciudad gibelina más importante. Enzo voló al socorro de Módena. El 26 de Mayo se libró una batalla cerca del torrente de Fossalta, que duró todo el día. Rotas al fin las filas de los gibelinos, Enzo, separado de los suyos, extravióse en la oscuridad, cayendo en poder de los Boloneses. «Enzo, dice M. Sismondi, se destacaba entre los prisioneros. Hijo de un emperador poderoso, rey él mismo, concurrían aún en él otras circunstancias para atraer la atención. Contaba apenas 25 años; sus cabellos, de un rubio de oro, le llegaban á la cintura; su talla exce-

monarca, abrumado bajo el peso de estos reveses, murió en brazos de su hijo Manfredo. Le sucedió Conrado que sólo reinó cuatro años y nunca fué coronado emperador. Conrado no dejó más que un hijo, Conradino, de edad de tres años, que era el único heredero legítimo de Federico Barbarroja y de Federico II.

Muerto Federico el Papa se apresuró á dar el reino

día á la de todos los prisioneros entre los cuales marchaba, y en su noble rostro, cuya varonil belleza se admiraba, se leían su valor y su desgracia.» Desgracia grande, en efecto, porque el Senado de Bolonia dió una ley, que confirmó el pueblo, imponiéndose la obligación de no dar nunca libertad al rey Enzio, por grande que fuera el rescate que su padre ofreciese ó terrible la amenaza que profiriera.»

De cómo esta ley fué observada en el texto se manifiesta.

En su prisión distraíase Enzio con la poesía y la música, procurando conservar su alegría en medio de los enojos del encierro. El amor vino á dar algún encanto á su triste vida. Del gallardo Enzio y de la hermosa Lucía Viadagola descende la familia de Bentivoglio (benti-voglio — bien te quiero). En su testamento legó Enzio sus pretensiones á la fortuna de los Hohenstaufen á sus sobrinos Alfonso de Aragón, Federico de Thuringia y Conrado de Antioquia, suplicando á los herederos de tan vastos territorios que proveyesen á los gastos de su entierro, pagasen algunas deudas y recompensaran la adhesión de algunos fieles servidores.—(N. del T.)

1 «Federico II es el hombre más extraordinario de la Edad Media; el Oriente celebra su gloria; el Occidente no quiere creer en su muerte. Pensó en ser el legislador de su pueblo; en una edad en que dominaba la fuerza, trató de establecer el imperio del derecho. Vástago de ilustre raza, su elevada alcurnia no le cegaba acerca de sus deberes. Oigamos las instrucciones que dió á su hijo: «los príncipes nacen como los demás hombres; mueren como ellos. La naturaleza no establece distinciones en su favor; ellos son los que deben establecerlas con su virtud, su sabiduría, su grandeza de alma. Las insignias de la monarquía no harán un rey de tí, si no las adornas con cualidades reales. No somos dignos del título de reyes sino en tanto sabemos regir á nuestros súbditos; careceremos del derecho á ostentarlo, si la inteligencia nos falta.» El emperador practicó los consejos que dirigía á su hijo; fué el príncipe más cumplido de su tiempo.

Superior á su siglo, se interesaba en todo lo que se refiere al desenvolvimiento de las facultades humanas. Cultivó la poesía y la filosofía; protegió las ciencias. Habiendo mandado traducir al latín las obras de Aristóteles, las envió á la universidad de Bolonia, aunque esta ciudad

de Nápoles á Carlos, conde de Anjou <sup>1</sup>. No tenia derecho para obrar así, pero le guiaba el espíritu de propia conservación y quería buscarse de este modo un aliado contra los Alemanes. Conradino, al cumplir los 16 años, se dirigió contra los Franceses, que se habian apoderado de Nápoles; sin embargo, la suerte se le mostró contraria y fué hecho prisionero y decapitado de orden del cruel Carlos de Anjou.

Enzio estaba aún cautivo en Bolonia. Era ahora el último de los Hohenstaufen <sup>2</sup>, el heredero de sus siete

le fuese hostil; en la carta, donde anunciaba la remisión de dichas obras, se leen estas palabras: «La ciencia debe ir mano á mano con las leyes y las armas para activar y regular el movimiento del espíritu...» Y estas otras: «pensamos que nos es provechoso dar á nuestros súbditos los medios de instruirse; la ciencia les permitirá gobernarse mejor á sí mismos y servir al Estado.» Federico abrió escuelas en todas partes; pensionó á los alumnos pobres; manumitió á los siervos de sus dominios; dió la libertad á los prisioneros.» (Laurent, *Obra cit.*). Un historiador tan adicto á la Iglesia y á los papas como Cantú se expresa casi en los mismos términos de alabanza al hablar de Federico. Sin embargo, hubo de perjudicarle mucho á éste su tolerancia religiosa, impropia de la época en que vivía, y que rayaba, puede decirse, en indiferencia é incredulidad. Tal fué el arma que sus enemigos esgrimieron con más éxito contra él.—(*N. del T.*)

1 Hermano de Luis IX de Francia.

2 El trágico destino de los Hohenstaufen merece que dediquemos algunas palabras á los últimos representantes de esta ilustre familia, ampliando las noticias del texto, con tanto más motivo cuanto que el sangriento drama con que termina la heroica lucha sostenida por los miembros de dicha familia nos interesa particularmente á los Españoles por dos razones. Es la primera el haber figurado en él como parte muy principal un compatriota nuestro, Enrique de Castilla; y la segunda, el haber dado ocasión á otro compatriota, D. Pedro III de Aragón, para conquistar á Sicilia.

Además de Conrado, Federico habia dejado otro hijo legítimo, Enrique, habido en su matrimonio con Isabel de Inglaterra, y dos nietos, hijos del otro Enrique que se habia rebelado contra él. Al mayor del estos nietos, que también se llamaba Federico, le reservó su abuelo el ducado de Austria; pero tanto Federico como Enrique murieron antes que Conrado.

Muerto Conrado, Manfredo se hizo cargo del gobierno de Sicilia, en nombre de su sobrino Conradino, que estaba en Alemania.

coronas. Ideó ocultarse en una pipa de vino vacía y por este medio obtener la libertad; mas cuando era

Manfredo era hijo de Blanca, hija del conde de Lancia, esposa legítima, aunque no reconocida, de Federico II, por lo que se le reputaba hijo natural. Federico, sin embargo, lo había legitimado poco antes de morir. Era el hijo predilecto del emperador, y podía decirse con más razón que sus hermanos heredero de su genio. Según un historiador anónimo contemporáneo, que es la mejor fuente de noticias acerca de Manfredo, llamábasele á éste así (Mainfroi), á causa de considerársele como el brazo derecho de Federico.

Habiendo corrido en Italia falsas voces de haber muerto Conradino, voces que, en honor de la verdad, no procuró desmentir Manfredo, este último tomó solemnemente en Palermo el título de rey de Sicilia; la madre y el tío del joven Conradino protestaron de la usurpación de Manfredo, el cual contestó que había conquistado el reino luchando con dos papas, cuando podía considerársele perdido para Conradino; sin embargo, prometía dejárselo á su sobrino á su muerte, con tal que Conradino se educara en Italia y á su lado.

Desearo el Papa de suscitar á Manfredo un enemigo poderoso ofreció la corona de Sicilia, que consideraba feudo de la Santa Sede, á Carlos de Anjou, después de haberse negado á aceptarla para ninguno de sus hijos San Luis, que no quería atentar á los derechos de un huérfano.

Carlos de Anjou era hombre de carácter duro, inflexible, ambicioso y cruel: se apresuró á admitir el ofrecimiento del Papa, se trasladó á Italia y presentó batalla al hijo de Federico II en Benevento. Manfredo fué derrotado por la defección de algunos de los suyos, y prefirió morir peleando bizarramente á volver la espalda al enemigo.

El desgraciado fin de Manfredo inspiró al Dante magníficos versos, á pesar de poner en sus labios la confesión de crímenes horribles.

*Biondo era è bello è di gentile aspetto*, dice de él, y encomia asimismo su valor y magnanimidad.

Carlos de Anjou abusó indignamente de su victoria. Negóse sepultura cristiana al excomulgado Manfredo. Elena, la esposa de éste, una hija suya y tres hijos, cayeron en poder del vencedor, que los trató inhumanamente. Elena murió de dolor y de miseria á los pocos años, en un lóbrego calabozo. La hija estuvo presa 18 años, y sólo obtuvo la libertad por un cambio; los tres hijos gimieron entre hierros por espacio de 31 años, al cabo de los cuales se les quitaron las cadenas y se permitió que los visitasen un médico y un sacerdote; no se sabe como murieron; uno de ellos vivía aún en su prisión 43 años después de la batalla de Benevento.

La tiranía de Carlos de Anjou fué tan grande y tales las escenas de saqueo, incendios y violaciones de que Italia fué víctima por parte de los insolentes vencedores, que los atribulados naturales convirtieron

conducido fuera de la prisión, asomó por la boca de la pipa uno de los rubios bucles del príncipe. El hecho

sus miradas á Conradino, y los condes de Lancia, los de Capua y otros grandes de la Pulla y Sicilia se presentaron al joven hijo de Conrado, excitándole á recoger la herencia de su padre y prometiéndole el auxilio de los gibelinos de Lombardía, de Martino de la Scala, soberano de Verona y de otros príncipes, caballeros y ciudades.

Era el alma del partido formado en favor de Conradino, Enrique de Castilla, hermano de Alfonso X, é hijo de San Fernando. Enrique había sido rebelde á su hermano después de haber conquistado á Lebrija, y pasó á Túnez en unión de su otro hermano D. Fadrique. Estrechó viva amistad con el emir musulmán, adquiriendo en su servicio grandes riquezas. Movido después por su espíritu inquieto y deseos ambiciosos trasladóse á Italia, seguido de una lucida hueste de caballeros españoles. Vivió al principio en perfecta armonía con Carlos de Anjou, hasta el punto de prestarle 60.000 ducados de oro que había colocado en el Banco de Génova, y como señal de deferencia cedióle en cambio el de Anjou la senatoría de Roma. Habiendo vacado, sin embargo, el trono de Cerdeña, Enrique lo solicitó del Papa, y como también Carlos lo pretendiera, estalló fiera enemistad entre el Español y el Francés, abrazando el primero resueltamente la causa de Conradino.

Enrique, que dominaba en la Ciudad eterna, donde restableció la seguridad y el orden con su firmeza y justicia, escribió á Conradino para que cuanto antes fuese á Roma. Por las activas gestiones de Enrique sublevóse Sicilia, reuniéronse los descontentos y, al cundir el movimiento, los fieles Sarracenos de Federico y Manfredo, que ocupaban á Luceria y Nocera, rompiendo el bloqueo en que les tenían las tropas de Carlos, se esparcieron por todo el país.

Ganoso de gloria y halagado por la esperanza, púsose en camino Conradino, desoyendo las prudentes exhortaciones de su madre. Iban con él nobles italianos y alemanes, y al comenzar la expedición le seguían 10.000 hombres; pero la falta de dinero obligó á más de la mitad á retirarse. Acompañábale también su más fiel é íntimo amigo Federico, margrave de Baden, llamado generalmen Federico de Austria, porque su madre fué una de las princesas que ostentaron el título de herederas de la casa de Bamberg, y su padre Hermann había estado hasta su muerte en posesión del ducado de Austria.

Las poblaciones gibelinas de Italia saludaron como á un libertador á Conradino, que hizo su entrada en Roma, donde Enrique de Castilla le recibió con toda la pompa reservada á los emperadores.

Conradino se detuvo algunos días en Roma y después penetró en la Pulla, por el camino de los Abruzzos, estableciendo su campamento en la vasta llanura de Tagliacozzo. Acudió Carlos á su encuentro: trabóse sangrienta pelea, y á no haber sido por los consejos y la expe-

atrajo la atención de los guardias; el tonel fué roto y Enzo sorprendido. Entonces encerraron al último

riencia de un anciano caballero francés, Erardo de Valery, recién llegado de la Tierra Santa, aquel día habría experimentado el de Anjou una completa derrota. Celebran las crónicas italianas el valor y ardimiento de Enrique de Castilla y sus caballeros españoles; en pocos momentos, dos cuerpos del ejército de Carlos, los únicos que al principio entraron en acción, fueron puestos en precipitada fuga. Los Españoles y Alemanes se creían vencedores y se desbandaron persiguiendo al enemigo; pensaban, además, haber dado muerte á Carlos, porque éste había hecho vestir sus armas á un caballero de su séquito. Lejos, pues, unos del campo de batalla, y descansando los otros de la pasada fatiga, grande fué el asombro de estos últimos cuando vieron salir al llano á 800 caballeros angevinos al mando del mismo Carlos y de Erardo de Valery; era el cuerpo de reserva del ejército francés. Sorprendidos los de Conradino, apenas tuvieron tiempo de apercibirse á la lucha, que se reanudó con más calor que la primera vez. Acudieron de todas partes los dispersos franceses á agruparse bajo las banderas de Carlos, y en tanto Conradino veía disminuir el número de sus parciales, que sucumbían á los golpes del enemigo. Al fin, Conradino abandonó el campo, seguido de Federico de Austria y otros caballeros gibelinos.

Quería Carlos perseguirle, pero le contuvo Erardo de Valery, diciéndole que aun no había concluido la acción. En efecto, al poco rato presentóse Enrique de Castilla que volvía de dar el alcance á los Franceses y encontró á la hueste de Carlos victoriosa y formada en buen orden. Las fuerzas de Enrique eran muy inferiores á las de Carlos; sin embargo, no quiso volver la espalda al enemigo; empeñóse un nuevo combate que tuvo otra vez indecisa la victoria; los Españoles se mantenían tan firmes á caballo, dice un autor de aquel tiempo, que era imposible derribarlos, y estaban tan bien armados que las espadas se embotaban en sus cuerpos sin herirlos. No obstante, diezmados, agobiados por el número, cedieron poco á poco el campo y buscaron un refugio en dirección de Monte-Cassino.

Conradino, Federico de Austria y los demás caballeros que les acompañaban huyeron á Roma, y de allí á Astura, donde trataron de embarcarse con rumbo á Sicilia, pero Othon Frangipani, señor de Aitura, que debía su fortuna á Federico II, vendió al nieto de su bienhechor y á su séquito á Roberto de Lavena, almirante de Carlos de Anjou.

Los prisioneros fueron conducidos á Nápoles, y entonces se vió hasta dónde llegaba la saña y crueldad de Carlos de Anjou. Estableció éste un simulacro de tribunal y acusó ante él á Conradino y sus amigos de los crímenes de rebelión y alta traición. Los jueces, á pesar de ser hechura de Carlos, oyeron consternados tan terrible acusación. Uno de ellos, Guido de Surzara, se atrevió á protestar contra aquel injusto

representante de la noble casa en una caja de hierro, donde vivió miserablemente veintitrés años; acaeció su muerte en 1272.

procedimiento, y los demás, á excepción del presidente, Roberto de Bari, declararon inocente á Conradino. Carlos, asumiendo entonces el doble carácter de acusador y de juez, confirmó el voto de Roberto, pronunciando la sentencia de muerte contra todos los prisioneros, á ninguno de los cuales le había sino consentido el defenderse.

Conradino estaba jugando al ajedrez con su amigo Federico cuando le comunicaron la sentencia, la oyó sin turbarse, hizo testamento, instituyendo herederos á sus tíos los duques de Baviera, y en seguida se preparó á morir. El cadalso se levantó en una plaza pública de la ciudad, desde donde se gozaba del magnífico espectáculo que ofrece la bahía de Nápoles. La ejecución se verificó el 29 de Octubre de 1268. Conradino tenía á la sazón 17 años. Carlos presenció la sangrienta escena desde una ventana. Roberto de Bari publicó la sentencia de muerte. Un caballero francés, Roberto III, conde de Flandes y yerno de Carlos, no pudo contener su indignación: «¿Cómo te atreves, le dijo, infame, á condenar á muerte á un caballero tan grande?», y al pronunciar estas palabras atravesó á Roberto de una estocada. Los caballeros franceses demostraron que aprobaban esta acción, y Carlos no osó manifestar su cólera. Conradino protestó de la inicua sentencia que le condenaba y arrojó su guante entre la multitud, en señal, se dice, de que transfería sus derechos á Pedro de Aragón. Un caballero suabio, según unos, y aragonés, según otros, recogió la prenda de la venganza y ejecutó la última voluntad de su príncipe. Arrodió se Conradino y después irguiéndose súbitamente, exclamó: «¡Oh! madre mía, ¡cuánta será tu pena!» Al ver caer la cabeza de su amigo, Federico dió un grito penetrante que arrancó lágrimas de dolor á todos los presentes. Acto seguido fué decapitado. El conde Galvan Lancia ofreció un crecido rescate por su vida y la de sus hijos. El tirano mandó que se le matase el último para que pudiese contemplar el suplicio de sus hijos. Más de 1.000 víctimas sacrificó Carlos á su feroz venganza.

Ya no quedaba más que una representante legítima de los Hohensaufen, Margarita, hija de Federico II. Casada con Alberto el Degenerado, margrave de Misnie, fué tratada con sin igual desprecio y brutalidad por su esposo, después de consumada la ruina de su familia. La infeliz Margarita tuvo que huir, valiéndose de unas cuerdas, del castillo de Warzburgo. Al separarse de sus hijos, que eran de tierna edad, mordió á uno de ellos en la mejilla con tanta furia, en medio de sus transportes de su dolor, que la señal no desapareció nunca. Federico el Mordido, que así se llamó al hijo de Margarita, fué más adelante el enemigo más terrible de su padre.—(N. del T.)

## CAPÍTULO XXII

### LOS CABALLEROS MERODEADORES

**S**i viajáis por Alemania no dejaréis de observar el gran número de castillos arruinados, esparcidos por todas partes. No hay collado, eminencia ni estribación de montaña que no coronen estas ruinas. Algunos castillos debían de ser muy pequeños, constando solamente de una torre y los muros exteriores; otros tenían varias torres, y la mayor parte corresponden sin duda al periodo que vamos á historiar, periodo calamitoso en que el cetro imperial yace por tierra. Nublado el sol en el firmamento, las estrellas le reemplazan.

Al extinguirse la dinastía de los Hohenstaufen la gloria del imperio se eclipsa. Ningun príncipe alemán quiere la corona que inspira general temor. Entonces los obispos piensan en elegir á un extranjero. Unos dan sus votos á Ricardo, conde de Cornuailles, hermano de Enrique III de Inglaterra é hijo del rey Juan, otros á Alfonso el Sabio, rey de Castilla. Ricardo sólo fué á Alemania alguna que otra vez; Alfonso, nunca. Esto era en realidad como no haber monarca en el reino. Alemania no recuerda época más aciaga. Cada uno hacía su voluntad. El puño y

la espada decidían entre el derecho y la sinrazón. Los príncipes y las ciudades estaban en lucha constante. Los caballeros construían fuertes castillos, donde vivían del saqueo y el asesinato. Salían de sus fortalezas como lobos hambrientos y sorprendían á los mercaderes, robándoles ó exigiéndoles onerosos rescates; bajaban á la llanura, saqueaban las granjas, se llevaban el ganado, devastaban los campos y quemaban los edificios.

Además, los nobles y caballeros vecinos peleaban unos con otros, por manera que todo el país era un verdadero campo de batalla. Difícil es imaginarse cómo Alemania pudo salvar este periodo terrible. Había, sin embargo, algunos elementos favorables á la conservación de la vida nacional. En primer término, las ciudades habían adquirido mucho poder. Aprovechándose de las cruzadas que habían lanzado fuera de Alemania á gran número de caballeros, compraron sus tierras, se enriquecieron y organizaron numerosas milicias. Por otra parte, si los caballeros asaltaban á los comerciantes y trajineros, las ciudades atacaban las fortalezas de los nobles, las incendiaban y colgaban á los caballeros en lo alto de sus torres. En fin, la Iglesia intervino, ordenando que no se combatiese en cuatro días de la semana, es decir, desde el miércoles por la tarde hasta el lunes; á esto se le llamó la *tregua de Dios* y el que la infringía era declarado fuera de la ley.

Es también un error, en que caen con demasiada frecuencia los que viajan por Alemania el suponer que todos los castillos eran nidos de forajidos y que sus dueños vivían siempre de la rapiña. Los castellanos tenían que cumplir ciertos deberes. Así, por ejemplo, los que habitaban en las orillas del Rhin y



CONRADO DE TURINGIA VESTIDO DE TEMPLARIO.

(Lápida sepulcral de la iglesia de Santa Isabel en Marburgo.)

otros ríos navegables, conservaban los caminos de sirga y sostenían paradas de bueyes y caballos para arrastrar los botes desde las márgenes á lo largo de sus dominios.

Por esto se les pagaba un tributo. Los que habita-



CABALLERO CON SU SÉQUITO.

(Grabado del año 1190.)

ban en el interior, abrían caminos y los protegían, hospedaban á los transeuntes, les facilitaban bagajes y hasta una escolta, en caso necesario, mientras atravesaban las tierras de sus baronías; por esto cobraban también otro tributo. En tiempos normales, los barones no recibían á los viandantes en sus castillos,

que parecían suspendidos en las altas rocas, pues ellos mismos no los ocupaban sino en los días de peligro. Tenían los caballeros otras casas en la llanura, en las pequeñas villas y aldeas, sobre cuyas puertas colocaban su escudo, que servía de guía á los viajeros para saber dónde podían alojarse ó mudar de tiro. Los señores del lugar eran entonces los posaderos. Esto originó la costumbre de colgar en lo alto de las puertas los escudos dónde se pintaba el león rojo, el blanco ciervo, el oso pardo, etc. Aun hoy mismo, si viajáis por el Tirol, donde se conservan todavía las añejas costumbres, veréis que en muchos puntos los dueños de las posadas son gente noble y la muestra del mesón el escudo de armas de la familia. Si vais á las iglesias de estas poblaciones contemplaréis los sepulcros de piedra, donde yacen los restos de los antepasados del mesonero y encima las armas y la corona de barón ó conde. En otras partes no es así; las casas solariegas han sido vendidas y aunque todavía ostentan los escudos, ninguna relación hay entre éstos y los nuevos propietarios.

## CAPÍTULO XXIII

### CÓMO APARECE LA LITERATURA NACIONAL

**L**os Germanos de los siglos XIII y XIV no eran únicamente soldados vigorosos, que daban y recibían fieros golpes; sus entendimientos eran tan activos como sus manos. De aquí proviene que haya una serie de grandes poemas alemanes correspondientes á este periodo, escritos en el idioma nacional, y á más de estos poemas buen número de lindas composiciones de corta extensión. El arte poética se cultivó primero en Provenza por los caballeros y escuderos, y los que escribían poesías y las cantaban se llamaron *trovadores*, del verbo *trouver*, que significa encontrar. Tenían los instrumentos de música lo mismo que componían poemas. Algunas de sus canciones son muy hermosas. Á veces su inspiración creaba largos poemas. Al principio sus asuntos no eran nacionales, sirviéndoles de tema la historia del rey Arthus y los caballeros de la Tabla Redonda; así es que la acción de muchos de los más bellos y extensos romances métricos de esta época se desarrolla en Inglaterra. Mas por fortuna no se limitaron á utilizar argumentos de otros países, sino que, recurriendo á las antiguas leyendas alemanas, escribieron poemas heroicos de carácter patriótico.

Carlomagno había mandado coleccionar los poemas nacionales; Ludovico Pio destruyó esta colección, como sabemos; mas no pudo borrar su contenido de la memoria de los hombres y de este modo la poesía legendaria y tradicional pasó de boca en boca, de generación en generación, hasta que los bardos del periodo que historiamos la revistieron de nuevas galas y la animaron con un fresco soplo de vida.

De estas antiguas leyendas heroicas hay varios ciclos ó grupos que corresponden á las diferentes ramas de la familia germana.

El primero es el ciclo borgoñón, con Gunderico el rey, su esposa Brunequilda, su paje Hagen, su hermana Kriemhild y su cuñado Sigifredo; forma el argumento de los grandes cantos de los Niebelungen.

El segundo es el ciclo frisio, al cual pertenece el rey Hettel y su hija Gudrum; sirve de tema á los cantos de la noble Gudrum. El tercero es el ciclo anglosajón; son sus héroes Beowulf, el rey Juta y Wayland, el forjador de metales. No se refundió nunca después del siglo viii.

Y el cuarto es el ciclo normando, que se refiere á los reyes y héroes del Tirol meridional y al Jardín de Rosas de Laurin el Enano. Dió origen á 12 poemas que más tarde (siglo xv) compusieron el Elden-Bunch <sup>1</sup>.

El más famoso de estos poemas es el de los Niebelungen, magnífica epopeya, dividida en dos partes, que puede colocarse al lado de la Iliada. Es el monumento más notable de la poesía nacional alemana en los siglos medios.

Gunderico era rey de los Borgoñones. Vivía en

<sup>1</sup> Libro de los héroes.—(N. del T.)

Worms y tenía una hermana hermosísima llamada Kriemhild. Lejos, allá al Norte, en Xanten, á orillas del Rhin, habitaba un rey de los Países Bajos, Sigismundo, padre de un heroico mancebo cuyo nombre era Sigifredo. Éste habia ido al país de los Niebelungen y matado un dragón y apoderándose de un tesoro que el monstruo custodiaba. Además, habiéndose bañado en la sangre del dragón, su cuerpo era invulnerable excepto en un punto, situado entre los omoplatos, donde se le habia adherido una hoja de tilo mientras se bañaba. Oyó hablar de la belleza de Kriemhild y fué á Worms para cerciorarse por sí mismo de que la fama no mentía. Ahora bien, Gunderico supo que en Islandia habia una princesa llamada Brunequilda, que era hermosa y rica y muy fuerte y que no queria casarse sino con quien la aventajara en arrojar una lanza, levantar una piedra y saltar á distancia. Gunderico pensó que haria bien en desposarla y persuadió á Sigifredo que lo acompañase á Islandia y le ayudase á sobrepujar á la princesa. Accedió Sigifredo y como en el tesoro de los Niebelungen habia un gorro que tornaba invisible al que lo llevaba, púsosele y le fué facil ocultarse detrás de Gunderico y hacer que éste saliera airoso en las pruebas del salto, la piedra y la lanza. Vencida Brunequilda, é ignorante de lo que habia pasado, condescendió á dar su mano á Gunderico.

Cuando Sigifredo regresó á Worms casóse con Kriemhild. Gunderico, á su vez, trajo á la reina á su corte. Un día fueron á la iglesia Brunequilda y Kriemhild y aquélla quiso entrar la primera, como reina que era, pero Kriemhild la echó á un lado, diciéndole en tono de mofa que á ella le correspondia la preferencia, pues Brunequilda no habria sido nun-

ca reina sin el auxilio dispensado por Sigifredo á Gunderico. Furiosa Brunequilda determinó vengarse.

Poco después de este suceso proyectóse una gran cacería. Á Kriemhild le inspiraba continua inquietud la vida de su querido esposo; temia que pudiesen herirle en el único sitio vulnerable de su cuerpo. Llamó, pues, á Hagen, el paje de Gunderico, confióle su secreto é hizo que le prometiese que en la caza y en la guerra protegería siempre con su escudo la espalda de Sigifredo. Además señaló el punto por donde su esposo podía ser herido, colocándole en el traje una pequeña cruz roja.

La reina Brunequilda, por su parte, no descansó hasta recabar de Gunderico la promesa de que mataría á Sigifredo. Para ejecutar su designio, celebraron ambos esposos consejo con Hagen que vendió á Kriemhild. Resultó, pues, que estando en la cacería Sigifredo, á quien la sed abrasaba, inclinóse para beber en una fuente y en este momento Hagen le atravesó con su lanza, sirviéndole de blanco la señal puesta por la amante esposa.

Cogieron en seguida el cuerpo inanimado de Sigifredo y lo colocaron en el dintel de la puerta de Kriemhild, por manera que al levantarse al día siguiente muy de mañana, lo primero que vió la princesa fué el yerto cadáver de su esposo.

Desde aquella hora aciaga, Kriemhild sólo pensó en vengarse. Temeroso Hagen persuadió al rey á que le arrebatará el tesoro de los Niebelungen y lo arrojará al Rhin, á fin de que ella no pudiese sacar partido de sus riquezas en contra de los asesinos de su esposo.

Al cabo de algunos años, Atila ó Etzel, rey de los

Hunnos, pidió su mano á Kriemhild que condescendió á casarse con él. Ya reina de los Hunnos hizo que su esposo invitase á Gunderico y Hagen á ir á Buda, sobre el Danubio. Aceptó Gunderico no obstante la opinión contraria de Hagen. Festejó Atila á sus huéspedes con un banquete, pero estándose éste celebrando, precipitáronse sobre los Borgoñones algunos hombres armados dispuestos por Kriemhild. Se defendieron los agredidos y llevaban la mejor parte en la contienda, cuando Kriemhild prendió fuego á la sala del festin. Trataron los Borgoñones de abrirse



ALDEANOS ARANDO EN EL SIGLO XIII.

camino por entre el humo y las llamas, mas fueron hechos prisioneros. Entonces Kriemhild envió un verdugo que decapitase á Gunderico y cogiendo ella misma la cabeza de su hermano fué á mostrársela á Hagen que, inerme y con las manos atadas, fué también decapitado por la propia Kriemhild, con la espada de Sigifredo.

Un anciano guerrero (Hildebrando), indignado de la crueldad y perfidia de Kriemhild la tendió á sus pies de una cuchillada; y así concluye el poema en medio de una matanza general y entre torrentes de llamas.

## CAPÍTULO XXIV

### ENGRANDECIMIENTO DE LAS CIUDADES

**C**omo ya hemos dicho, las ciudades comenzaron á florecer en tiempos de las cruzadas, cultivando no menos el saber y las artes que la industria y el comercio. Adquirieron gradualmente grandes privilegios; aumentaron su poder y riquezas y al fin algunas fueron declaradas «ciudades libres», es decir, que no dependían de ningún príncipe sino sólo del emperador.

Nuestros lectores recordarán que cuando Enrique I construyó multitud de castillos para defender el país contra las incursiones de los Húngaros, las familias nobles de la vecindad recibieron el encargo de mantener una guarnición permanente en dichas fortalezas. Con el tiempo estas familias llegaron á ser sumamente poderosas. Las ciudades crecieron en extensión é importancia, pero las familias á que se había confiado la defensa de los *burgos* primitivos siguieron tratándolas como dueños y gobernándolas á su antojo. Cuando los intereses materiales prosperaron y hubo una clase media rica é influyente, las industrias se organizaron por gremios que unieron sus esfuerzos para recabar de la clase gobernante que les diese participación en el manejo de los asuntos

públicos. Después de mucho contender y pelear consiguieron los gremios ser admitidos al gobierno y administración de la ciudad y se constituyó un consejo municipal, compuesto de una alta Cámara á que pertenecían, por título de herencia, los vecinos nobles, llamados patricios en el siglo xv, y una Cámara baja, cuyos miembros eran elegidos de entre el estado llano. Si vais á Alemania y visitáis las naves laterales y los claustros de las grandes iglesias de las ciudades, contemplaréis multitud de monumentos, adornados de remates heráldicos. Son las tumbas familiares de los antiguos patricios, no menos orgullosos que los altivos barones castellanos.

Los disturbios causados por el interregno, las relaciones creadas por el comercio, los peligros á que se hallaban expuestos los caminantes, todo esto hizo que en 1241 Hamburgo y Lubeck se convinieran para restablecer el orden en los territorios limitrofes. Después se les unieron Brunswick y Brema y más adelante otras ciudades, hasta formar un total de ciento. Esta fué la famosa liga hanseática que alcanzó tanto poder que impuso respeto á los perturbadores de la paz. La liga hanseática armó ejércitos y flotas y hasta sostuvo guerras con los reyes de Dinamarca y Noruega, en que quedó victoriosa. Sus escuadras barrieron de piratas el mar y sus milicias redujeron á la impotencia á los caballeros merodeadores.

## CAPÍTULO XXV

SE ENCUENTRA UN BUEN REY EN UN CASTILLO SUIZO

(1273-1292.)



ERA tan intolerable la situación de Alemania que los principes se reunieron para elegir un nuevo emperador que restableciese el orden y la paz. Recayó la elección en Rodolfo, conde de Hapsburgo, hombre sencillo, sagaz y valeroso. Hapsburgo ó Habsburgo es un pequeño castillo situado cerca de Königsfelden, en Suiza. Fué construido en 1020 por el conde Radbod de Altemburgo, uno de los antecesores de la familia. Todavía existen las ruinas de esta cuna de la casa imperial de Austria, de cuya propiedad fueron desposeidos sus dueños por un decreto pontificio 150 años después de la elevación de Rodolfo y que recientemente les ha sido devuelta por el cantón de Aarau, como regalo de boda, al contraer matrimonio el principe imperial Rodolfo con una princesa belga. Desde el derruido torreón se abraza de una mirada todo el patrimonio de los Hapsburgo en Suiza, que es un territorio menos extenso que el que tienen muchos señores ingleses; desde él fué llamado Rodolfo á empuñar el cetro de Carlomagno.



¡ÁPIDA SEPULCRAL DE RODOLFO DE HABSBURGO EN LA CATEDRAL DE SPEIER.

El primer acto de Rodolfo fué dirigirse contra



INTERIOR DE LA CATEDRAL DE SPEIER.

Ottocar, rey de Bohemia, que se habia posesionado

de Austria, Styria, Carinthia y Carniola. Libróse una gran batalla en 1278 cerca de Viena (la batalla de Marchfeld), en la cual Ottocar fué derrotado y muerto. Rodolfo apropióse el ducado de Austria, juntamente con la Styria y Carinthia y estos territorios han constituido desde entonces el patrimonio de los Hapsburgos.

## CAPÍTULO XXVI

### GUILLERMO TELL



ALBERTO, hijo segundogénito de Rodolfo (el primero había muerto prematuramente, dejando un hijo llamado Juan), no fué reconocido como emperador hasta que hubo derrotado á su rival, Adolfo de Nassau. Alberto usurpó el patrimonio de los Hapsburgo en Suiza, negándose á entregarlo á su sobrino Juan.

Alberto era hombre de carácter duro y cruel, cuya bilis había excitado el hecho de no habérsele reconocido como emperador inmediatamente que su padre muriera. No contento con haber despojado á su sobrino, quiso Alberto aumentar el dominio de los Hapsburgo en Suiza incorporándole los territorios de Schwyz, Uri y Unterwalden, pero los sencillos pastores de los Alpes pretendieron regirse libremente bajo el cetro imperial. Entonces Alberto nombró gobernadores que los redujesen á la obediencia. Entre estos gobernadores figuraba Gessler, que fué á Uri. Gessler trató al pueblo con rigor inusitado. Al fin los Suizos se declararon en abierta rebelión y expulsaron á los gobernadores. Gessler fué muerto de un flechazo por Guillermo Tell. La historia de la manzana derribada de la cabeza de su hijo por el hábil tirador es fabulosa <sup>1</sup>, pero parece que hubo realmente

<sup>1</sup> En Suiza corría tan acreditada la aventura atribuida á Guillermo Tell que las dudas suscitadas acerca de ella por un historiador anóni-

un hombre llamado de aquel modo y que debió el nombre de Tell (Toll, Tölpen) á su fama de instruido. Alberto enfurecióse al tener noticia de la insurrección y determinó imponer á los rebeldes un castigo terrible. La muerte, sin embargo, atajó su venganza. Iba de camino con su sobrino Juan, á quien habia despojado, y algunos caballeros de Suabia. Estaban á la vista del castillo de Hapsburgo y Alberto atravesó el rio Reuss, separándose de su séquito. Juan y otros tres caballeros, que estaban en el complot, le acompañaban; pues bien, tan pronto como el emperador hubo saltado en tierra uno de los caballeros lo derribó de un hachazo. El resto del acompañamiento, que, desde la orilla opuesta, habia contemplado con terror la sangrienta escena, huyó precipitadamente, dejando que Alberto exhalase el último suspiro en brazos de una pobre muchacha campesina que acertó á pasar por aquel sitio.

En el seno de una joven campesina descansa la real cabeza,  
 y la joven, libre de temores femeniles, contempla el rostro de la muerte.  
 Está sola. El moribundo sol desaparece tras las montañas y los bosques.  
 La traición ha cumplido su obra. Corre sin cesar de la herida la noble sangre.  
 En vano quiere contenerla la muchacha con su largo cabello.  
 Desconocido, el emperador Alberto exhala su último aliento sobre aquel pecho tierno  
 [y humilde.

Vengáronse cruelmente los hijos del monarca asesinado, mas no en las personas de los matadores que, excepto uno, se habian salvado con la fuga, sino en mo en 1760 produjeron general indignación y el autor desconocido fué condenado á muerte en contumacia. Sin embargo, Saxo Gramático, historiador que murió un siglo antes que Tell, refiere el mismo hecho como ocurrido á Tolca, en tiempos de Araldo Blaatad, rey de Dinamarca. Ahora bien, ¿es posible que se haya presentado dos veces el mismo caso, rodeado de iguales circunstancias? Además, circula otra tradición idéntica en que figuran otro Guillermo Tell y un conde de Seedorf, urano y perteneciente á una familia que se extinguió antes del siglo XII.—(N. del T.)

las de sus deudos, amigos y parientes. Dicese que más de mil víctimas expiaron con su vida un crimen del que eran inocentes en absoluto. Cuéntase asimismo que la reina de Hungría, Inés, hija de Alberto y heredera de su espíritu cruel y suspicaz, presidió las ejecuciones. Si hemos de creer á la tradición, despues de haber visto inmolar en su presencia á 63 desgraciados, exclamó: «¡Ahora me estoy bañando en agua de rosas!» Sin embargo, aunque estos hechos sean referidos por muchos historiadores, justo es decir que las recientes investigaciones de los sabios suizos no comprueban la participación de Inés en la triste tragedia que narramos y debemos alegrarnos de poder creer que la memoria de la reina húngara está limpia de la mancha que se le imputa. Los Suizos persistieron en su resolución de no ser siervos de la casa de Hapsburgo. Leopoldo de Austria, pasados seis años desde la muerte de su padre Alberto, se dirigió contra ellos al frente de un ejército numeroso, mas fué derrotado por completo en Morgarten. Aún más terrible fué la derrota que sufrió el nieto de Leopoldo, Leopoldo III, en Sempach, en 1386. Todavía dióse otra batalla, cerca de 100 años más tarde, la de Morat, en 1476, donde se probó que había pasado la buena época de pelear á caballo. Los Suizos, armados ligeramente, desbarataron las huestes de los caballeros que iban cubiertos de acero. El empuje de los caballeros era grande, mas una vez desmontados y derribados, yacian en tierra, incapaces de volver á levantarse. Por más que los Suizos hubiesen demostrado que sabian defender su independencia y eran dignos de ser libres, hasta la paz de Westphalia (1648) no se reconoció su separación definitiva del Imperio germánico.

## CAPÍTULO XXVII

### LA BULA DE ORO

(1347-1427.)

**A** LA muerte de Alberto, los principes alemanes resolvieron correr otra vez el mismo albur que al nombrar á Rodolfo de Hapsburgo, es decir, propusieron elegir un noble de escasa influencia y exaltarle al trono. Los condes de Hapsburgo, cuyo modesto origen conocemos, no habian sido lerdos ni mancos y eran ya riquisimos y poderosos. La elección recayó ahora en Enrique de Luxemburgo, simple caballero que se distinguia por su ánimo esforzado y sentimientos generosos. Enrique casó á su hijo Juan con Isabel, hija y heredera de Wenceslao, rey de Bohemia. La funesta atracción que Italia ejercia en los emperadores, impulsó á Enrique VII á atravesar los Alpes. Brescia le cerró sus puertas y se dispuso á la defensa. El hermano del emperador murió delante de sus muros, y Enrique juró que cortaria las narices á todos los hombres que encontrase en Brescia cuando la tomara; mas declaróse la fiebre en su ejército, causando terribles estragos, mientras el hambre se cebaba en la guarnición y habitantes de la ciudad sitiada.

Fué preciso, pues, venir á una transacción, mediante la cual, Brescia abriría sus puertas á los Alemanes y Enrique se contentaría con desnarigar las estatuas de hombres que hubiese en la población. Al poco tiempo el veneno cortó los días de Enrique mientras sitiaba sin éxito á Siena. Á su muerte, ocurrida en 1313, la discordia estalló de nuevo en Alemania. Unos eligieron á Luis de Baviera, otros á Federico de Austria, hijo de Alberto I. Luis pertenecía á la familia Wittelsbach, á quien se dió el ducado de Baviera después de la expulsión de los Welfs. Como ni uno ni otro cedían en sus pretensiones, siguióse una larga y enfadosa contienda, que no duró menos de ocho años hasta que Federico fué derrotado en Mühl-dorf, hecho prisionero y encerrado en un castillo. Esto, sin embargo, no trajo la paz, porque los hermanos de Federico continuaron la lucha. Entonces Luis fué á ver á Federico á su prisión, recabando de él el compromiso de interceder con sus hermanos para que depusieran su actitud hostil; Luis, en cambio, le daba la libertad, pero si las gestiones de aquél eran inútiles debía volver á su encierro. Por instigación del Papa, que temía el poder del bávaro, Leopoldo, hermano de Federico, rehusó someterse. Federico, cumpliendo religiosamente su palabra, presentóse á Luis dispuesto á entrar de nuevo en su prisión. Este acto de caballerosidad conmovió á Luis, que recibió á su antiguo rival con grandes muestras de aprecio y condescendió á compartir el trono con él. Reinaron, por tanto, juntos, y tal era el afecto que los unía que comían á la misma mesa y dormían en el mismo lecho. Federico murió en 1330 y Luis en 1347. Sucedióles Carlos IV de Luxemburgo, nieto de Enrique VII y rey de Bohemia. De su tiempo procede

la llamada Bula de Oro, que debe su nombre á un sello de oro (bulla) que pende del documento.

La Bula de Oro reglamentó el modo de nombrar al emperador y redujo á siete el número de electores. Fueron éstos los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris, los principes de Bohemia, Brandenburgo y Sajonia y el palatino del Rhin; el rey de Bohemia como sumiller, el palatino como maestresala, el duque de Sajonia como mariscal y el margrave de Brandenburgo como chambelán. Establecióse que el emperador seria elegido en Francfort y se coronaria en Aix. Todavía se ven en los museos y en las tiendas de antigüedades, planchas de metal de fundición alemana, con un circulo en medio, donde aparece sentado el emperador y al rededor, en los bordes, siete medallones, en cada uno de los cuales hay una figura representando á un elector. Quería significarse con esto que asi como el sol es el centro de un sistema de siete planetas, asi el emperador germano, el sol del sistema terrestre, debia ser el centro del mundo planetario politico, del cual los siete electores eran como los grandes luminares. Carlos se habia propuesto asegurar la corona imperial en su familia. Era ya rey de Bohemia, aspiraba á apoderarse del Brandenburgo, y consideraba al palatino del Rhin como hombre fácil de manejar. Era un monarca astuto y fué el primero en ver los peligros que Italia envolvia para el Imperio. Por tanto se abstuvo de todo esfuerzo dirigido á someterla y vivió en buenos términos de paz con los papas, los cuales, no teniendo nada que temer, favorecieron sus miras. Carlos no perdonó medio de engrandecer á su familia. Sobornó á los electores para que designasen como sucesor suyo á su hijo primogénito Wenceslao, y casó

á su segundo hijo, Segismundo, con Maria, hija del rey de Hungría y Polonia, en la esperanza de aumentar con la corona de estos países el poder de su linaje. Le sucedió Wenceslao, que, si no demente, era el hombre menos capaz de regir el Imperio. Sólo le gustaban el vino y los juegos; tan pronto estaba de broma, como caía bruscamente en furiosos accesos



LA CORONACIÓN DEL EMPERADOR SEGISMUNDO POR EL PAPA EUGENIO IV.

de ira. Los Alemanes creyeron que estaba loco; los Bohemios le juzgaron monomaniaco. Como codiciara las posesiones de los nobles bohemios les invitó á visitarle en Villamow; recibióles aquí en una tienda de tela negra, que daba entrada á otras dos, una blanca y otra roja. Los nobles eran introducidos uno á uno y Wenceslao les requería para que le cediesen

sus dominios y volvieron á recibirlos á titulo de feudo de la corona. Á los que condescendian se les llevaba á la tienda blanca para festejarlos; pero los que rehusaban eran arrastrados á la tienda roja, donde les esperaba la muerte. Wenceslao tenia sabuesos salvajes que le acompañaban á la caza y nunca se apartaban de su lado; compartía su alcoba con ellos y una noche que se levantó del lecho la reina Juana, princesa bávara, la acometieron los fieros animales, mor-diéndola tan cruelmente, que murió de las heridas.

Al fin, sus tíos y su hermano Segismundo, convencidos de que con sus crímenes y locura aceleraba la ruina de su casa, apoderáronse de él y lo encerraron en un castillo en Austria.

Ocupó entonces el trono su hermano Segismundo, hombre falaz, vano y arrogante. Durante su reinado se celebró el gran concilio de Constanza y empezaron las guerras hussitas.

En el Imperio germánico, como en todo el resto del Occidente, la Iglesia era presa de los mayores desórdenes; la disciplina se habia relajado; los abusos no tenian limites. Estalló el cisma; habia á la par tres papas, reconocido cada uno por pueblos diferentes. Al fin se reunió un concilio en Constanza con objeto de poner término á tantos escándalos. Resuelto á restablecer la unidad en la Iglesia, el Concilio depuso á los tres papas, eligiendo otro nuevo que adoptó el titulo de Martin V. Á este concilio fué citado Juan Huss, rector de la universidad de Praga, que habia denunciado la corrupción de la Iglesia y combatido acerbamente el que poseyera bienes materiales. Esto último, sobre todo, le atrajo el odio de los obispos que, sin juzgarle realmente, fundados sólo en cargos frívolos, como el de que Huss habia

Hæc fuit effigies quondam venerabilis Husi,  
Dum sua pro Christo membra cremanda dedit.



Na Obraz Adistra Jana Husy/  
Mučedlnjka Božjho.

AUTO DE FE DE JUAN HUSS.

defendido la existencia de cuatro dioses, lo condenaron casi sin oírle. Las llamas de la pira en que murió el reformador pusieron en conflagración toda la Bohemia. Huss había censurado enérgicamente el que se prohibiese á los legos el uso del cáliz en la comunión. El cáliz fué, pues, el simbolo de los par-



ZISKA.

(Copia de un grabado en cobre antiguo.)

tidarios de Huss que se llamaron á causa de ello calixtinos. Los Bohemios se armaron, bordaron en sus banderas cálices de oro y retiráronse á vivir en tiendas, donde celebraban los oficios divinos comulgando en ambas formas. Ziska (el Tuerto) se puso al frente de ellos, «con el mayal»; entró en Praga y arrojó por una ventana de las casas consistoriales al burgomaestre y 13 consejeros, cuyos cuerpos vinie-

ron á caer sobre las picas y horquillas que llevaba el improvisado ejército. Siguió una confusión espantosa. Algunos fanáticos, de ideas más exageradas que el resto, se separaron de Ziska y se establecieron en una isla del Moldau. El formidable Tuerto les atacó y los pasó á todos á cuchillo, á excepción de dos. La discordia que habia estallado por si debía comulgarse en una forma ó en ambas fué pronto una lucha general entre Bohemios y Alemanes y la sangre corrió á torrentes. El ejército imperial fué derrotado. Ziska, seguido de sus hussitas, invadió la Alemania, arruinó ciudades, arrasó castillos é incendió y mató sin compasión. En Brod quemó á 200 infelices en la iglesia y al desgraciado secretario del cabildo de Praga le desgarraron las carnes y después le prendieron fuego en un barril de alquitrán. Sajonia fué asolada por los hussitas, que llegaron hasta las puertas de Dresde <sup>1</sup>.

La libre é imperial ciudad de Altemburgo cayó en manos de los insurrectos. Los vecinos á quienes se cogió con armas fueron condenados á muerte. La catedral ardió y hombres, mujeres y niños perecieron á cientos entre las llamas. Los impedidos y enfermos eran arrojados á las hogueras encendidas en las calles. «Esta es la fiesta de Juan Huss», gritaban los Bohemios. «¡Oh! exclamó una de las victimas, los católicos quemaron un ganso (Huss en alemán significa ganso); vosotros hacéis lo mismo que ellos.»

La devastación y las ruinas se enseñorearon de las más hermosas regiones alemanas, de Baviera, de

<sup>1</sup> Los hussitas decían: «cuando toda la tierra esté devastada y las ciudades hayan quedado reducidas á cinco, principiará el nuevo reino del maestro, porque ahora es el tiempo de la venganza y el Señor es el Dios de la cólera.»—(N. del T.)

Franconia, de Sajonia y de Bohemia. El terror que causaban los calixtinos era mayor que el que habian inspirado los bárbaros húngaros. Una esquirra que se le clavó á Ziska en el único ojo que le quedaba le dejó ciego. Á pesar de esto, continuó al frente de los hussitas. En una ocasión murmuraban sus soldados porque les obligaba á marchar noche y día: «Aunque el día y la noche sean una misma cosa para usted, no lo son para nosotros», le dijeron: «¡Cómo! ¿qué, no veis? exclamó Ziska; prended fuego á las aldeas y alumbrad el camino con las llamas.»

Al fin, en 1433 se celebró otro concilio en Basilea y condescendióse á que los Bohemios comulgaran en ambas formas. Ziska murió después. El pais estaba harto de guerra y la paz fué proclamada <sup>1</sup>.

1 Los hussitas enviaron al concilio de Basilea 300 diputados, entre los cuales figuraban Juan Nokyczana, el más elocuente de sus predicadores, y Procopio el Grande. Los hussitas reprodujeron ante el concilio los cuatro artículos que los más moderados de entre ellos habian propuesto ya anteriormente como término de conciliación. Dichos artículos eran que se quitasen sus posesiones al clero; que los sacerdotes pudieran predicar libremente la palabra de Dios; que se administrase la comunión en las dos especies, y que fuesen castigados de muerte los pecados mortales públicos, entre los cuales debían contarse el concubinato de los sacerdotes y el recibir dinero por los sacramentos, los beneficios ó las indulgencias. «Hubo de prolongarse tanto la discusión que los Bohemios se retiraron; pero el Concilio, persuadido de que los hussitas no profesaban las 34 proposiciones sostenidas por Wiclef, mandó teólogos á Praga que modificaron los cuatro artículos supradichos y permitieron el uso del cáliz. No todos los hussitas aceptaron este pacto; los llamados taboritas y huerfanitas recurrieron otra vez á las armas, mas fueron vencidos.—(N. del T.)

## CAPÍTULO XXVIII

### UN REY INDOLENTE

(1440-1493.)



LA muerte de Sigismundo, la corona volvió á pasar de la casa de Luxemburgo á la de Hapsburgo ó Austria, en la cual continuó, apenas sin interrupción, hasta el momento de disolverse el Imperio germánico en 1806. Alberto II no reinó más que un año. Le sucedió Federico III. Ningún monarca alemán reinó tantos años como éste, pero ninguno tampoco fué más indolente y descuidado en el cumplimiento de sus deberes. Se quedaba dormido mientras se discutían en su presencia los asuntos más arduos del Estado y de aquí que la gente le llamara «emperador Gorro de dormir». Los caballeros se entregaron otra vez al merodeo y la rapiña y reanudaron sus guerras privadas, como si no hubiese emperador en Alemania que impusiera respeto á la ley. Numerosas bandadas de forajidos infestaban el país y Federico recurría al soborno para desarmarlas. Los vecinos de Viena, descontentos de él, lo sitiaron en su propio palacio. Tenía por consejero á un tal Gaspar Schlick, cuyo único pensamiento en política era zanjarlo todo



EL SITIO DE NEUSS POR CARLOS EL ATREVIDO.  
ATAQUE Á UNA PUERTA DE LA POBLACIÓN.

mediante compromisos transitorios y dejar las dificultades para el día siguiente. En verdad, puede decirse que su línea de conducta se cifraba en las dos máximas siguientes: «No hacer nunca hoy lo que pueda hacerse mañana. No hacer nunca en persona lo que pueda hacerse valiéndose de otro.» Tales eran las reglas seguidas fielmente por el emperador «Gorro de dormir».

Los habitantes de los Alpes Retios afirmaron su independencia formando una confederación que se llamó la *Liga Gris*, por los gabanes de este color que usaban los campesinos; de aquí recibió su nombre el cantón de los Grisones ó Graubünden. Siguieron el mismo ejemplo Zúrich y Schwyz. Como el emperador era demasiado perezoso para combatir por sí mismo á los Suizos, invitó á un cuerpo de mercenarios franceses, llamados los *Armagnacs*, á que invadiesen el territorio helvético, pero aunque éstos aventureros mataron 15.000 bravos suizos, perdieron tanta gente que hubieron de retirarse presa del mayor desaliento.

Los Turcos amenazaban á Alemania por el Sudeste. Asolaban la Hungría é internábanse en Austria, llevando delante de sí la devastación y la ruina. Federico nada hizo para repelerlos. Destruían las aldeas y talaban las cosechas de los pobres labradores, y mientras tanto el emperador se distraía en sus jardines, limpiando de orugas los rosales y cogiendo babosas en las hojas de col, huntadas de manteca.

Al fin, un fraile italiano, S. Juan Capistrano, se puso al frente de 3.000 campesinos, armados de mayales y horquillas, cayó sobre los Turcos, que habían puesto cerco á Belgrado, reduciéndola al último extremo, los derrotó y libertó á los sitiados.

Los Húngaros se dieron á sí mismos jefes valerosos como el gran Juan Huniade y su hijo Matias y los Bohemios confiaron su salvación al intrépido Jorge de Podjebrad. Nada de esto inquietó á Federico; la pérdida de dos reinos era poca cosa para él.

La indolencia del monarca exasperaba tanto á su esposa Leonor, que un dia, en un arranque de impaciencia, dijo á su hijo Maximiliano: «Te aseguro que si te parecieses á tu padre me avergonzaria de ser madre de semejante rey.»

Federico el Palatino rebelóse también contra el emperador y construyó una torre en su castillo de Heidelberg, que llamó Blout Kaiser (Trutz Kaiser), en señal de mofa del soberano. Sin embargo, el margrave de Baden y el duque de Wittemberg fueron contra él, metiéndose para devastar mejor los sembrados por en medio de los trigos con ramas de árboles atadas á las colas de los caballos. Desesperados los campesinos levantáronse como un solo hombre, engrosando el ejército del Palatino, que derrotó á los imperiales é hizo prisioneros al duque y al margrave; invitados éstos á comer por el vencedor, se encontraron delante de manjares esquisitos, mas no vieron en la mesa ni un solo pedazo de pan; y como manifestaran su deseo de que les trajesen alguno, «mucho lo siento, repuso Federico, pero habéis destruido todo el trigo y sin trigo no puede fabricarse pan.»

Federico era tan desidioso que al llegar delante de una puerta, en vez de levantar la mano, coger el picaporte y abrir, continuaba con las manos en los bolsillos y daba puntapiés en la puerta hasta que saltaba ó acudia alguien al ruido. Ocurrió, pues, que en una ocasión lastimóse un pie y como amenazase

la gangrena los cirujanos tuvieron que amputárselo: «¡Ay de mí! gritaba Federico, un patán sano vale más que un emperador enfermo.»

Afortunadamente para Alemania, Maximiliano era el reverso de su padre en punto á energía, inteligencia y elevación de carácter y sentimientos.

Por rara casualidad surgió una buena idea en la huera cabeza de Federico, aunque tal vez debemos inclinarnos á pensar que la idea no fué suya sino más bien de su esposa Leonor. Nos referimos al hecho de haber pedido en matrimonio para el noble y gallardo príncipe á la joven y encantadora Maria, única hija del duque de Borgoña. Maximiliano era el mancebo más apuesto de su tiempo; tenía ojos expresivos y brillantes, llenos de vida y respirando lealtad, y el cabello largo, abundante y sedoso le caía sobre los hombros. Su nariz era aguileña, y si alguna falta había en su rostro consistía en el labio inferior, algo caído, rasgo heredado de su padre, y que se ha hecho casi general en la familia, pudiendo ser observado en los retratos de la mayor parte de los emperadores y príncipes austriacos, por lo que al labio que presenta dicha forma se le llama labio de los Hapsburgo. Algunos de nuestros lectores habrán tenido tal vez la fortuna de contemplar el retrato de Maximiliano, grabado por Alberto Durero ó la figura en bronce del egregio monarca, colocada en la gran tumba que se hizo erigir en Innsbruck. Estos retratos corresponden á la edad madura del emperador, pero todavía se destaca en ellos la majestad y nobleza del semblante. María de Borgoña era también muy hermosa. Por otra parte, su bondad corría parejas con su belleza. Además era heredera de la Borgoña y de los Países Bajos. Maximiliano fué á Gante,

donde estaba Maria, y se dirigió al palacio, adornado el largo cabello de una guirnalda de flores entrelazadas con perlas, luciendo una armadura de plata, ricamente esmaltada de oro y montado en un soberbio caballo bayo. Maria salió á su encuentro en un caballo blanco, con adornos de plata. Al avistarse los novios en la calle de Gante, se desmontaron, y mientras las campanas de las casas consistoriales y las iglesias repicaban en señal de alegría y la gente alborozada tiraba al aire los sombreros, reuniéronse y se besaron. El matrimonio se verificó en 1477, cuando Maximiliano no tenía aún más que 17 años. Por desgracia, á los pocos años, en 1482, Maria se cayó del caballo en una cacería, lastimándose y muriendo de las resultas; dejó, sin embargo, á su amante esposo un precioso niño que fué más adelante Felipe I de España.

La muerte de Maria fué seguida de una revolución en los Países Bajos. Los Flamencos rehusaron someterse á los Hapsburgo y se apoderaron de la persona del pequeño Felipe, que era el único á quien reconocían como sucesor de Maria. El movimiento estalló en Brujas, donde Maximiliano fué hecho prisionero por la gente amotinada y encerrado en un castillo. Su bufón fraguó un plan encaminado á libertarle; proveyóse de caballos para la fuga y de una escala de cuerdas con cuyo auxilio podría Maximiliano descolgarse desde la ventana de su encierro. Á fin de poner su proyecto por obra, se tiró el bufón al canal que rodeaba el castillo, dispuesto á cruzarlo á nado; mas sucedió que en el canal habia muchos cisnes, y estos animales, al verle nadar, se precipitaron sobre él con sus grandes alas abiertas y los largos picos amenazadores y tanto se asustó el pobre bufón de los

aletazos y picotazos de los cisnes que hubo de decidir el retirarse.

La prisión de Maximiliano duró cuatro meses y no se le puso en libertad hasta después de jurar solemnemente que no castigaria á los autores del atentado.

## CAPÍTULO XXIX

ENTRE LO ANTICUO Y LO NUEVO.

(1493-1512.)

i alguna vez tienen nuestros lectores ocasión de ver «El triunfo de Maximiliano», de Hans Burgkmair, procuren mirar con detenimiento la serie de los 135 dibujos que contiene. Se ha imitado en este «Triunfo» las antiguas y solemnes procesiones de los Césares romanos, representando por medio de grupos de figuras los principales acontecimientos del reinado de dicho emperador. La obra á que nos referimos fué idea del mismo Maximiliano, á quien dominó la vieja manía de ser el representante del antiguo Imperio, la cabeza del poder temporal. Antes de reseñar el reinado de Maximiliano, debemos decir algunas palabras acerca de estas pinturas que le ilustran. Ordenóse á Hans Burgkmair que hiciese unos dibujos que, tomando por asunto la vida, empresas y fama del emperador, fuesen como la glorificación de sus guerras, conquistas y alianzas, y diesen á la par testimonio del esplendor del sacro romano Imperio y demás extensas posesiones de la casa de Hapsburgo. Burgkmair empezó por pintar en pergamino una serie de minia-

turas, hasta el número de 109. Cada una de ellas fué reproducida en dos tajos de madera, de modo que cuando la obra estuviese completa debió de constar de 218 planchas. Sin embargo, al empezar la copia, los artistas retocaron y mejoraron el dibujo, por manera que los grabados no son completamente idénticos á las miniaturas. Éstas se conservan todas en Viena. Se sacaron las primeras copias en 1516 y se interrumpió este trabajo en 1519, al acaecer la muerte del emperador. Sólo se habian obtenido algunas pruebas, cuando las matrices fueron esparcidas, no se sabe cómo ni por qué. Los pocos ejemplares de los grabados que se conservaban, eran muy raros, cotizándose á altos precios, cuando se descubrieron 40 de las planchas en el castillo de Ambras, cerca de Innsbruck y posteriormente se encontraron 96 más en el colegio de jesuitas de Gratz, en Styria. De este modo se recuperaron 135 planchas, pero las investigaciones practicadas para completar la serie han sido infructuosas. En 1796 se sacaron de las miniaturas originales algunas nuevas copias, que de vez en cuando hay ocasión de adquirir, pero se venden muy caras. Tal vez el más bello de los grupos que representan estos dibujos sea aquel en que se ven tres portaestandartes, es decir, tres caballeros, revestidos de sus amarduras, los cuales llevan la bandera del archiducado de Austria, con su faja blanca sobre fondo rojo, la de los margraves, con sus águilas, y la de Styria con la pantera. Los semblantes de los tres caballeros son nobles y hermosos, y dan idea de lo que eran los buenos y generosos caballeros de aquellos tiempos. En otra plancha puede contemplarse una princesa á caballo, cuyas bridas tienen asidas gallardos jóvenes, que adornan sus sienes con guir-

naldas de laurel; acompañan también á la princesa damas de honor. Supónese que esta princesa es Maria de Borgoña, y si así fuese habria aquí una prueba de lo mucho que la amaba Maximiliano, y de que en su larga vida, nunca la olvidó. La figura es graciosa y el rostro de expresión dulce é ingenua. Su cabello aparece recogido en una redecilla ó gorro de seda, encima del cual se destaca pequeña corona de oro; ligeros bucles le caen desde la frente á uno y otro lado de la agraciada faz. Luce tres vistosos collares, uno al rededor del cuello, otro sobre el seno, y el tercero encima de los hombros; son muy anchos y están formados de láminas de oro, sujetos con joyas. Ostenta mangas de blanco lino, plegadas dos veces entre el hombro y el codo. Su falda es de soberbia seda y brocado de oro, que representa granadas con hojas, otros frutos, y flores abriéndose. El caparazón del caballo es de terciopelo rojo, con bordados de oro, figurando granadas, y la silla está cubierta con una manta de armiño. Los caballeros que conducen el blanco caballo llevan magnificas cadenas al rededor del cuello, pieles de armiño, capas cortas y túnicas ricamente bordadas. Los dos se hallan en actitud de volver la cabeza y mirar hacia arriba, como si el gracioso rostro de la joven fuese la cosa más digna de ser contemplada en toda la procesión.

Maximiliano contrajo segundo matrimonio con Blanca Sforza, hija del duque de Milán, mas no antes de que trascurrieran 12 años desde la muerte de su querida Maria Borgoña. En realidad, nunca amó á Blanca, mujer de carácter frio y duro, muy orgullosa y desprovista de gracia en las maneras y de dotes intelectuales.



DE LA CATEDRAL EN GURK.

Maximiliano viene á ser como un limite entre lo antiguo y lo nuevo, entre la Edad Media y los tiempos modernos. Era valiente, noble, espejo de caballeros; tenia inteligencia clara y pronta, y amaba lo grande, bueno y bello. Se propuso mejorar (y más habria hecho á depender de él) todo aquello que fuera malo ó estuviese en decadencia, pero el Imperio no era más que una magnífica ficción. La indolencia de su padre, el poder creciente de los vasallos, la hostilidad de los papas le habian reducido á la impotencia, y Maximiliano tropezaba por doquiera con multitud de obstáculos para implantar las reformas que pedia el bien del reino. Sus mismos enemigos reconocieron sus virtudes y habilidad. Mofábase en cierta ocasión un cortesano del emperador, llamándole «burgomaestre de Augsburgo», delante de Luis XI de Francia. Este monarca, que era el enemigo más encarnizado de Maximiliano, repuso, sin embargo: «Es una locura el burlarse así de Maximiliano; ¿no sabéis que cuando ese burgomaestre toca á rebato, Alemania entera corre á las armas y Francia tiembla?» Para poner término á las querellas incesantes que estallaban entre los pequeños principes y los nobles, el emperador, en la Dieta ó Parlamento de Worms de 1495, dictó una ley, según la cual nadie podría vengar por sí sus agravios, imaginarios ó reales, sino que si alguien se creia lastimado por otro debia entablar su reclamación ante los tribunales imperiales. Á fin de mejorar también la administración de justicia dividió el Imperio en los diez distritos ó círculos de Suabia, Baviera, Franconia, el Rhin Superior, Westphalia, Sajonia Inferior, Austria, Borgoña, el Electorado del Rhin y la Sajonia Superior. Maximiliano deseaba organizar y gobernar

el Imperio, tomando por base estas circunscripciones, mas encontró tanta oposición, que no pudo llevar á la práctica su pensamiento.

En su tiempo se ordenó por primera vez el servicio de correos. Habia en la corte un italiano, el conde de la Torre, y á él se le dió el encargo de organizar el sistema postal. Mejoróse éste gradualmente y continuó encomendado á la familia del director primitivo, cuyos individuos llegaron á figurar entre los principes con el titulo de Turn y Taxis. Si repasáis una colección de láminas de correos, observaréis que las más antiguas ostentan el lema de «Turn y Taxis» y las armas de esta casa, que hasta tiempos muy recientes no ha perdido del todo el derecho de que se trata, pues no ha cesado de intervenir en él en absoluto hasta 1866.

No era empresa fácil el regularizar dicho servicio en el Imperio, porque debía contarse con el beneplácito de los pequeños principes, de los pequeños estados y de las ciudades libres. Habia que arreglar los itinerarios, establecer paradas con tiros de repuesto y proteger á los correos de los ataques de los bandidos. Como el Imperio comprendía 2.000 territorios independientes, la familia de Turn y Taxis tuvo que luchar con sinnúmero de dificultades. La Alemania contrajo con ella una deuda de inmensa gratitud, pero tampoco hay que olvidar que el monopolio postal la ha enriquecido. Posee ahora vastas posesiones y muchos palacios, adquirido todo con las ganancias obtenidas en los 300 años que ha disfrutado de semejante privilegio.

Los grandes enemigos del Imperio en esta época son los Turcos, los Franceses y el Papa. Los Turcos eran una amenaza constante y el emperador se

veía obligado á llamar á los principes individualmente, pidiéndoles hombres y dinero con que aper-



PINTURA DEL CLAUSTRO DE SAN JORGE EN OBERZELL.  
(Representa la expulsión de los demonios por Cristo, los que se muelen dentro de los cerdos.)

cibirse á la defensa; pero los principes se curaban poco de aquellos fanáticos conquistadores, pensando que habia mucha distancia desde Constantinopla

hasta la Alemania occidental y que entre uno y otro Imperio se extendían toda Hungría y Austria. El rey de Francia estaba celoso del emperador, porque hubiese querido apoderarse de Borgoña, de modo que Maximiliano tenía enemigos al Este y al Oeste. Por otra parte, en Italia reinaba la discordia y el emperador debió contentarse con enviar á ella un reducido ejército, en la imposibilidad de armar fuerzas más numerosas. Los Franceses habían invadido el Norte de Italia y encerrado en una prisión á Fernando, rey de Nápoles; el emperador no pudo contrarrestar las ventajas conseguidas por Francia.

Los papas, á su vez, esquilaban á Alemania con sus exigencias pecuniarias, y mantenían la debilidad del Imperio, enredándole en dificultades con otros reinos y suscitándole disensiones intestinas.

Maximiliano tuvo la suerte de casar á su hijo Felipe con Juana, hija de Fernando é Isabel, y heredera de todos los reinos españoles y del continente de América, descubierto recientemente. Además Hungría y Bohemia habían vuelto á colocarse voluntariosamente bajo el cetro de los Hapsburgo. Parecía, pues, que el Imperio iba á ver plenamente realizado su ideal; ya por de pronto podía decirse que era una monarquía extensísima que abrazaba toda Alemania, los Países Bajos, Borgoña, Italia, España y América. Fortuna fué para el emperador el que no comprendiera que realmente estaba sembrando las semillas de la ruina del Imperio y de su propia casa. El labrador que posee un escaso capital puede tratar de explotar una pequeña granja, mas si lleno de ambición y seducido por la esperanza de prosperar emprende el cultivo de tres ó cuatro, es seguro que pronto tendrá que declararse en quiebra. He aquí lo que ocu-

rió á los Hapsburgos. En lugar de encerrar su ambición en los límites de sus medios y recursos, limitándose á administrar y engrandecer á Alemania, pusieron sus miras en dominar muchos y distantes reinos, que no podían vigilar y que empobrecían su tesoro, quebrantaban su energía y distraían su atención.

## CAPITULO XXX

### LA IMPRENTA



ASTA esta época no había habido más libros que los manuscritos, procedimiento de reproducción que era sumamente costoso. Se escribía en pergamino, en tablillas enceradas ó en papiro; pero en los comienzos del siglo xiv, un alemán descubrió la manera de fabricar papel con trapos de lino. Si miráis una hoja de papel á través de la luz veréis un signo especial; este signo es la marca del fabricante. La más antigua de estas marcas consiste en un circulo, en cuyo centro hay una cruz y fué adoptada por el primer inventor en 1301. Muchas de tales marcas pertenecen á familias nobles cuyos individuos eran fabricantes de papel. Asi las letras P é I, unas veces unidas y otras separadas, son las iniciales de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, y de Isabel de Portugal, su esposa. Otros simbolos son la flor de lis, el unicornio y el áncora. El papel de *gorro de bufón* se llama asi á causa de haberse empleado primeramente en él como marca un gorro de bufón con cascabeles, y el papel de *correos* recibió tal nombre de un cuerno ó trompa que usaron los fabricantes para marcarle desde 1370. Algunas veces la marca es un escudo, que en el si-

glo xvii termina en una corona ducal, forma que todavia se ve en el papel común de escribir. Las pri-



FAJA DE UN LIBRO DE A. EISENHOLDT.

meras fábricas de papel alemanas se establecieron entre Colonia y Maguncia, hacia el año 1320. En Nu-

remberg se abrió en 1390 otra fábrica de papel, donde se empleaba el agua como fuerza motriz, y fué una verdadera novedad.

Juan Gutenberg descubrió la imprenta en 1436. Ya antes se habían impreso dibujos en madera y aun palabras escritas, pero nadie había ideado formar letras movibles y servirse de ellas. Para ello colocábase el papel sobre el tajo del grabador y se prensaba; de este modo no resultaba el papel impreso más que por un lado. Se imprimía sólo el contorno de las figuras y el resto se pintaba á mano. Juan Gensfleisch, de Sulgeloeh, llamado Gutenberg, que era el nombre de familia de su madre, comprendió las ventajas que se obtendrían usando tipos movibles. Gutenberg era pobre y hubo de recurrir á Juan Faust, rico



EL ARTE DEL GRABADO EN COBRE.

(Juicio de Paris.)

platero de Maguncia, y á Pedro de Schöffer, copista de profesión. Schöffer dibujaba y escribía hermosamente y era el encargado de trazar las letras; Faust debía proporcionar los recursos necesarios para fundirlas. Unidos los tres descubrieron al poco tiempo la tinta de imprimir y en 1457 apareció el primer libro impreso, que fué el Salterio latino; cinco años después se publicaba la Biblia completa. Faust dió mal pago al inventor. Tan pronto como conoció el

secreto y vió que los ensayos eran satisfactorios, reclamó á Gutenberg las cantidades que le habia adelantado y como éste no pudo pagarle, entabló una demanda contra él y se hizo adjudicar sus enseres tipográficos. Gutenberg tuvo que abandonar á Maguncia y entonces Faust y Schöffer acabaron de imprimir la Biblia.

La rapidez con que las copias salian de la prensa y la exacta semejanza que entre ellas habia produjeron gran asombro, llegándose á decir que Faust habia celebrado un pacto con el diablo. Tal es el origen de la leyenda de Juan Faust, personaje que vendió al demonio su alma por dinero, la cual leyenda ha sido elegida posteriormente por el primer poeta alemán como argumento del más grande de los poemas germanos <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Otros suponen que el doctor Fausto de la leyenda que dió ocasión á Goethe para escribir su obra maestra no es el famoso compañero de Gutenberg, sino otro personaje de dicho nombre, cuya existencia parece comprobada, que vivió un siglo después, hombre entregado á toda clase de desórdenes, que ganó fama de alquimista y brujo y después de una vida bulliciosa murió trágicamente. Apenas muerto corrió la voz de que se lo habia llevado el diablo y en 1589 se daba á la estampa por primera vez su historia, llena de aventuras extraordinarias.

Acerca de este punto y otros con él relacionados se encuentran noticias interesantes en el discreto prólogo con que D. José Llorente encabeza su traducción en verso del gran poema de Goethe.—(N. del T.)

## CAPÍTULO XXXI

### ESTALLA LA GRAN DISCORDIA EN LA IGLESIA



OR este tiempo aparecen los primeros síntomas de la división ó cisma de la Iglesia, que acabó de arrebatár á la dirección del pontificado buena parte de la cristianidad. Los que se separaban se dieron á sí mismos el nombre de protestantes; los demás se denominaron católicos. La discordia estalló por el descontento que producía la conducta de los papas. Este descontento era muy fundado.

Los Alemanes se convencieron al fin de que los papas eran los enemigos de su unidad nacional. Mas la hostilidad de los papas obedecía al temor que les inspiraba el poder de los emperadores, que pretendían ser reyes de Nápoles y Sicilia—con lo que amenazaban á Roma por el Sud—y reyes también de Lombardia y Roma—con lo que clavaban su garra en el corazón del pontificado desde el Norte. No querían los papas ser los capellanes domésticos de los emperadores; de aquí que no perdonasen medio para debilitar á Alemania, y como el Imperio era un Estado muy poco compacto, donde cada príncipe aspiraba á la independéncia y muchos obispos y abades gobernaban territorios como señores temporales,

nada más fácil á los papas que introducir la perturbación en su seno. Los arzobispos y obispos habian sido investidos de la soberanía por Carlomagno, á quien guió la idea de crear un apoyo al emperador



CORONACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

(Cuadro de Veit Stoss en Nuremberg.)

contra los otros principes, mas lo que ocurrió fué que el Papa tuvo en ellos un sostén en sus luchas con el Imperio. Los arzobispos de Colonia y Maguncia, de Tréveris y Salzburgo, los obispos de Würzburg, Eichstädt, Münster, Paderborn, Bamberg, etc., los

abades de Fulda, Berchtesgaden y otros eran todos soberanos independientes, que apenas se consideraban obligados al emperador, por manera que el Imperio era un cuerpo sin cohesión, poco más que un nombre rimbombante. El emperador era la cabeza del Estado, pero los miembros se movían independientemente de la cabeza. La situación era intolerable. Derecho, orden, todo yacía en la mayor confusión; pues bien, Alemania pareció despertar súbitamente y resolverse á poner término á tantos males, prescindiendo del Papa que los fomentaba y de los arzobispos, obispos y abades que obraban como auxiliares de Roma.

Aconteció que el Papa necesitaba dinero á todo trance para concluir la iglesia de San Pedro en Roma, que él quería fuese el templo más magnífico del mundo, como llamado á ser la Iglesia metropolitana de la cristiandad. Para aumentar sus recursos apeló á la venta de las indulgencias, confiando esta misión á predicadores que fueron á los distintos países cristianos. Con tal motivo presentóse en Alemania un tal Tetzl, fraile dominico, que vendía las indulgencias á porrillo, pasando por encima de cualquier escrúpulo y explotando la ignorancia y credulidad del pueblo con grave escándalo de las personas sensatas y virtuosas. Hay que saber lo que eran realmente las indulgencias, porque se han dicho muchas inexactitudes acerca de ellas. Ahora bien, conforme á las enseñanzas del catolicismo, cuando un hombre obra mal se siguen dos resultados: en primer lugar incurre en culpa á los ojos de Dios; en segundo lugar, tiene que soportar otras consecuencias que son una pena en sí mismas. Por ejemplo, aquel que se embriaga incurre en pecado, por una parte, y de otra

sufre un mal material que, en el ejemplo propuesto, será un dolor de cabeza. La Iglesia católica sostenía, pues, que todo pecado lleva consigo la necesidad de una pena, pero esta última podía ser sufrida en esta vida ó en la otra. Era posible expiar la *culpa* mediante un arrepentimiento verdadero, el cual implicaba



ORNAMENTO DEL ALTAR DEL CLAUSTRO NEUBURG.

tres condiciones, contrición, confesión y enmienda. Mas aunque un culpable recobrase el favor de Dios con su arrepentimiento, no por ello quedaba libre de castigo. Los papas se atribuían la facultad de dispensar del sufrimiento subsiguiente al pecado, y he aquí ya el objeto de las indulgencias, que sólo se concedían condicionalmente, es decir, supuesto el arre-

pentimiento; esta condición se imprimía ó escribía en las indulgencias. Fácil es comprender los abusos que los hombres podían hacer de este arma y espanta e pensar el poder que ponía en manos de los pontífices.

Un monje de Wittemberg, llamado Martin Lutero, escribió al arzobispo de Maguncia, quejándose del daño que se hacía al pueblo ignorante con la venta de las indulgencias y después fijó á la puerta de la iglesia del castillo de Wittemberg una especie de cartel que contenía 95 tesis ó razones contra las indulgencias, todas las cuales se declaraba dispuesto á mantener en discusión abierta.

Tal fué el comienzo de la gran contienda que envolvió rápidamente á todos los pueblos cristianos de la Europa occidental.

No pararon las cosas en las disputas acerca de las indulgencias. Lutero se hizo el apóstol de una nueva doctrina que era como un cartucho de dinamita aplicado á la Iglesia; si triunfaba, la estructura entera del catolicismo se venía á tierra. No comprenderéis la reforma á menos de fijaros bien en esto.

La Iglesia había enseñado hasta ahora que nadie podía estar *seguro* del perdón de sus pecados, de haberse justificado á los ojos de Dios y, por tanto, de su salvación eterna. Todo era condicional. Perdonábasele al hombre sus pecados *si* verdaderamente estaba arrepentido, *si* los confesaba y *si* hacía penitencia y se enmendaba. La justificación consistía en llegar á ser completamente bueno y agradable á Dios y érale lícito al hombre aspirar á ella durante toda su vida, con el auxilio de la gracia, siendo los sacramentos los medios acordados por la misericordia divina para impulsarle por el camino de la perfección.

Así, repetimos, nadie estaba seguro de salvarse hasta el último momento. Ahora bien, Martín Lutero era hombre de carácter impetuoso é impaciente y no podía ser feliz á menos de hallarse cierto de su perdón, justificación y salvación. Su entendimiento era presa de crueles dudas y su alma de angustias mortales, ante el temor de quedarse corto y perder el cielo, pues no se le ocultaba la violencia de sus pasiones. En tal estado de ánimo asaltóle una idea que venía á resolver todas las dificultades. Si el hombre *sentía* que estaba perdonado, justificado y salvado, debía dar completo asenso á la voz interior que en él hablaba. Á este sentimiento de seguridad lo designó con el nombre de fe y al tránsito del estado de incertidumbre al de confianza con el de justificación por la fe. No se requerían más condiciones, no había ya probabilidad de recaída. Esta doctrina fué acogida con entusiasmo y en poco tiempo se atrajo gran número de prosélitos. Como se ve, hería de frente los sacramentos y el sacerdocio, pues no era necesario el auxilio de unos ni de otros á aquel que estaba seguro de salvarse; Lutero, sin embargo, no dedujo todas las consecuencias lógicas contenidas en el principio por él establecido. Siendo innecesarios los sacramentos y el sacerdocio, lo eran también los obispos, y he aquí ya cómo los Alemanes pudieron sacudir el yugo del episcopado. Con razón dudaban los Alemanes de la bondad y utilidad de esta institución; vivían los obispos como príncipes, sin curarse de cumplir sus deberes espirituales ó descargándolos en otras personas. Si recorréis alguna vez las orillas del Rin, entrad en la catedral de Maguncia y en ella, adosados á los pilares de roja piedra arenosa veréis los fúnebres monumentos donde reposan los antiguos

arzobispos. Se les representa completamente armados, ceñida la espada, con la espada en la mano derecha y el báculo en la siniestra. Las mitras que ostentan sus cabezas se levantan en medio de coronas



PINTURA DEL TECHO DEL CLAUSTRO DE SAN MIGUEL EN HILDESHEIM.

seculares. Estas tumbas dan idea exacta del verdadero carácter de los arzobispos; investidos de la autoridad de príncipes, montados en corceles de guerra, cubiertos de malla, no revelaban ser ministros de la Iglesia sino en el nombre y en las insignias que lu-

cian. Por tanto, los Alemanes, viendo á sus obispos y arzobispos, exclamaban justamente: «¡Qué significa todo esto! ¡No son estos hombres pastores de sus rebaños sino reyes disfrazados de obispos! No debemos sufrirlos. ¡Hartos soberanos hay ya en Alemania!»



## CAPÍTULO XXXII

### CIUDADES FORTIFICADAS Y SU IMPORTANCIA



FINES del siglo xv las ciudades de Alemania se levantaron á una gran importancia, siendo de admirar sus sólidas construcciones, su riqueza y su influencia.

Estaban rodeadas de murallas, que protegía un foso exterior. Á intervalos, en la línea fortificada elevábanse torres de forma diferente, pues los artistas se complacían en esta variedad, que quitaba monotonía al conjunto. Pocas de estas murallas y torres quedan en pie en las grandes ciudades alemanas, pero en algunas se conservan intactas. En Ratisbona había 15 torres, todas de distinto aspecto, y la ciudad ofrecía de lejos un pintoresco golpe de vista; todas, excepto una, han sido derribadas.

Al empezar el siglo xiii las casas se construían de madera y yeso y se cubrían con paja; pero hubo tantos incendios y fueron tan desastrosos que fué preciso emplear mejores materiales de construcción y usar la teja ó la pizarra en vez del bálago. Esto no obstante, aun existe buen número de las antiguas casas de madera y yeso. En realidad, los mismos castillos sólo en parte eran construídos de piedra; en el resto se utilizaban materiales más delezna-  
bles.

Junto á un afluente del Mosela está el antiguo castillo de Schloss Elz. Es uno de los pocos que no han sido destruidos. Su torre y muros son de piedra, pero la parte principal del edificio, destinada á habitaciones, sala de festin y dormitorios, está formada de vigas oscuras, unidas con yeso.

Al principio, en las poblaciones no se usaba la piedra más que en las iglesias, casas consistoriales y otros edificios públicos; mas al comenzar el siglo xv, los patricios, es decir, los individuos pertenecientes á las familias que gobernaban y los comerciantes, que eran muy ricos, empezaron á levantar para viviendas suyas hermosas casas de piedra. Hasta en una ciudad tan importante como Francfort sobre el Main casi todas las casas anteriores á los últimos años del siglo xiv, eran de materiales combustibles y carecían de chimenea, echando fuera el humo por un agujero abierto en el tejado. Las calles de Paris estaban ya empedradas en 1185, pero en Alemania, aunque en los siglos xiii y xiv se hicieron algunas tentativas para empedrarlas, no se realizó esta mejora de un modo sistemático hasta época posterior. Los transeuntes saltaban de piedra en piedra para no caer en el lodo. En la vida de Santa Isabel, la landgravina de Turingia, leemos que en cierta ocasión, avanzaba de este modo dicha dama á lo largo de una calle de Eisenach, cuando una ruda campesina empujó el pedrusco en que aquella iba á apoyar la planta y Santa Isabel se cayó en medio del negro fango, llenándose de lodo desde la cabeza hasta los pies.

Había muy pocas ventanas con vidrieras antes del siglo xv. En el año 1402 al construirse en Zurich la casa ayuntamiento, todavía cubrieron las ventanas con pedazos de lino untado de aceite, que se estira-



LA CATEDRAL DE WORMS. .

ban, sujetándolos á los marcos. No hubo ninguna fuente de fábrica en Zurich hasta 1430 y ésta es próximamente la fecha en que se erigen la mayor parte de las fuentes que adornan tantas ciudades alemanas. Las antiguas casas germanas diferían mucho por su plano y disposición de las inglesas. Permitidme que os describa la manera como se ofreció á mi contemplación un día de verano Willingen en la Selva Negra. Willingen es una ciudad fortificada; las murallas se conservan casi intactas, las torres están en pie, pero el foso se ha desecado y convertido en jardines. Cuando visité dicha población se estaba en la siega y recogida del heno, y las carretas, cargadas de forraje, entraban en la ciudad. Las antiguas casas tienen tejados muy pendientes, cuyos caballetes miran á la calle, y una ancha puerta en el atrio con una grua encima. Dejábase caer la cadena de la grua y de este modo se subían los haces de heno y se apilaban en el desván de la casa que hacia de depósito, donde más tarde se encerrarían también el grano y el lino. Los bueyes y caballos se alojaban en el piso bajo, donde había verdaderos establos, con el techo de piedra y en forma de bóveda, y para pasar de aquí á la parte de casa ocupada por la familia, había que subir algunos escalones. Como los habitantes de las pequeñas poblaciones eran propietarios rurales y labradores, los edificios urbanos que construían no se diferenciaban de las casas de labor y granjas sino en estar agrupadas y unidas entre sí. En las grandes ciudades, los desvanes se utilizaban como depósitos de mercancías y los sotabancos para tiendas. Si subís los escalones que conducen al piso donde vive el dueño en todas estas antiguas casas, hallaréis en primer término, una galería ancha destinada á servir

de lugar de esparcimiento á los niños en el mal tiempo y á comedor cuando la familia es numerosa. Estos corredores se llaman *Lauben*. Las habitaciones interiores dan á ellos y son relativamente pequeñas. Antiguamente, antes de que se inventasen las bombas de incendios, no se conocía más medio de apagar los fuegos que el de echar agua con cubas.

La primera compañía de bomberos se estableció en Francfort en 1439 y la primera bomba fué usada en Augsburgo en 1518.

Conocemos bien por las relaciones de los contemporáneos la estructura social y arquitectónica de las ciudades alemanas del siglo xv. Nuremberg especialmente se miraba como el ideal de una hermosa ciudad de la Edad Media, y todavía hoy con sus casas de tejados pendientes, ventanas, torrecillas en los ángulos y riqueza ornamental conserva el carácter de época mejor que ninguna otra población. Los Italianos, sin embargo, declaraban que no había ciudad más bella que Colonia, veredicto que ahora estamos bien lejos de ratificar. Actualmente, en efecto, no es más que la reunión de casas feas y vulgares, entre las cuales se elevan muchas iglesias de primoroso gusto artístico. Un francés ilustre, Montaigne, dice que Augsburgo le gustaba más que París. Eneas Silvio Piccolomini (Pontífice más tarde bajo el nombre de Pío II), no halló términos bastante encomiásticos con que ponderar la riqueza y esplendor de las ciudades alemanas. No hay duda que se expresa con alguna exageración cuando escribe: «¿Cuál es la posada alemana donde no hay vajilla de plata? ¿Qué mujer alemana, aunque no pertenezca á la nobleza, no se adorna con alhajas?» De Viena dice: «La ciudad se asienta sobre un arco que describe el Danu-

bio; el recinto y la muralla tienen como mil pasos de largo y dobles fortificaciones. La ciudad propiamente dicha, se eleva como un palacio en el centro de los suburbios, algunos de los cuales rivalizan con ella en belleza y extensión. En casi todas las casas hay algo notable que admirar, sea en lo interior, sea en la parte de afuera. Tienen patio y corral, habitaciones grandes y pequeñas y buenos departamentos para el invierno. Las salas en que se reciben las visitas están decoradas con hermosos entrepaños, amuebladas suntuosamente y las estufas esparcen en ellas grato calor. En todas las ventanas hay cristales, muchos de ellos con pinturas, y están provistas de excelente herraje contra los ladrones. En los pisos bajos hay sótanos y bóvedas, que se destinan á farmacias, almacenes, tiendas y hospederías. En los vestibulos se cuelgan jaulas con pájaros cantores, por manera que al cruzar las calles parece que se está en medio de una verde selva. Los mercados, calles y plazas rebosan de vida y animación. Sin contar los niños y ancianos, hay en Viena 70.000 habitantes y 7.000 estudiantes. Verifícase allí un comercio enorme y son incalculables las sumas que se ganan y gastan. Los alrededores de esta ciudad son como un vasto y bello jardín, cubierto de viñas y árboles frutales y sembrado de preciosas casas de campo.»

Toda medalla tiene, sin embargo, su reverso. Eneas Silvio agrega: «De día y de noche hay peleas en las calles. Ya los artesanos asaltan á los estudiantes, ya la gente del pueblo la emprende contra los vecinos más pudientes, ya es uno de estos quien saca su espada contra otro. Es raro que concluya una fiesta sin efusión de sangre.»

Ya hemos dicho que los nobles cultivaron la poesía y la novela. El estado llano era demasiado práctico para ejercitar su actividad en estas artes; sin embargo, individuos de su seno escribieron crónicas, algunas en verso. Así Godofredo de Hagen, de Colonia, escribió una historia rimada de su ciudad natal en los años 1250 á 1270. Muchas de las principales poblaciones de Alemania tuvieron sus cronistas y no hay para qué encarecer la importancia, desde el punto de vista de la historia, de los escritos que nos han legado.

Si las ciudades no se curaban de la poesía eran en cambio entusiastas por la música. Todos los gremios tenían sus maestros de canto y se reunían á cantar los domingos por la tarde en las casas consistoriales ó en las iglesias. Se concedían premios á las mejores composiciones. El premio máspreciado consistía en una hoja de oro donde se figuraba al rey David tocando el arpa. Los demás eran guirnaldas formadas con hilos filigranados de plata ú oro. Estas reuniones se denominaban «escuelas de canto». En Nuremberg se celebró la última en 1770 y en Ulm mucho más tarde, en 1839.

## CAPÍTULO XXXIII

## ALTO Y BAJO ALEMÁN

**A**LEMANIA no está dividida por grandes rios. Tiene, en verdad, dos arterias principales, el Rhin y el Danubio, que corren el primero en dirección Norte y luego Oeste hasta desembocar en el Océano, y el segundo hacia el Este, en busca del mar Negro, al que tributa sus aguas. El Rhin ha sido siempre una importante vía comercial desde Manheín en adelante. Aguas arriba de esta ciudad, su corriente es harto rápida y su lecho está demasiado lleno de pedruscos movedizos para que los buques puedan surcarlo sin grave riesgo. El Danubio no es navegable hasta más allá de Suiza. En su parte superior, es tanta la velocidad de sus aguas que los botes no pueden remontarlo sino á costa de un trabajo muy penoso. Á todo lo largo de ambas orillas del Rhin hay multitud de aldeas y ciudades, mas el Danubio se desliza de Passau á Linz por entre grandes alturas pobladas de árboles donde sólo se ve algún castillo ó se eleva alguna aldea en forma de espiral. El Rhin y el Danubio, aunque sus fuentes no están muy distantes y á pesar de la violencia de su curso, no son vías de comercio unidas entre si. Las mercancías y productos

se expiden más bien por tierra y la dificultad de la navegación en la parte superior de uno y otro río no favorecen la unidad comercial.

La Alemania se divide físicamente en dos grandes secciones determinadas por su elevación. Si tenéis á la vista un mapa de Alemania que señale las alturas y los llanos veréis que el Norte se compone de una vasta planicie, mientras el Sur es sumamente montuoso. En el Mediodía, en efecto, hay numerosas cordilleras ó más bien series de montañas, entre las cuales se extienden mesetas elevadas. Las regiones altas de Alemania son más ricas que las bajas. En éstas abundan las tierras arenosas, pedregosas y pantanosas. En el Mediodía además se goza del don inapreciable de un cielo claro y despejado, mientras en el Norte las frias nieblas del Báltico cuelgan como un toldo gris. La árida llanura, el cielo nebuloso, lo ingrato del terreno, todo se combina para que el alemán del Norte sea menos alegre y jovial que el alemán del Sur. Por otra parte, los conquistadores sajones de las llanuras septentrionales encontraron establecidas en ellas una población laboriosa y sufrida, de origen eslavo. Proviene de aquí diferencias características entre el alemán de las tierras altas y el de las bajas; estas diferencias se traducen en sus respectivos dialectos. El que se habla en la región septentrional se denomina *Platta Deutsch* y el hablado en el Sur, *Hoch Deutsch*, es decir, bajo alemán el primero y alto alemán el segundo, pues *Deutsch* significa alemán. Llamamos Dutch (*Deutsch*) á los holandeses, mas aunque pertenezcan á la raza de la baja Alemania no tienen derecho exclusivo al uso de dicho nombre.

En la Edad Media la literatura alemana era *alta* ó

*baja*, según la patria del autor del libro, pero hoy el lenguaje literario y propio de la nación es el alto alemán. Ha sucedido esto en gran parte porque Lutero nació en la alta Alemania y tradujo la Biblia en el dialecto de esta comarca. Antes de Lutero se habían hecho otras versiones de los libros sagrados. Así había una de Martin von Beheim, monje de Nalle, que sin duda forma la base de la más moderna de Lutero. Mas la reforma generalizó la lectura de la Biblia y pronto fué familiar su lenguaje en todos los lugares protestantes. En esto se funda el predominio del alto alemán. Además, en la época en que la literatura germánica adopta un carácter fijo y definido, los más grandes escritores pertenecen á la Alemania del Sur, por manera que el alto alemán no tarda en ser reconocido como el único lenguaje literario.

En Inglaterra hay muchos dialectos locales, pero ninguno de ellos se ha elevado al rango de sola lengua literaria. La corte y la aristocracia inglesa tuvieron su lenguaje peculiar desde el tiempo de los normandos y éste ha llegado á ser el dialecto de la cultura inglesa y el literario del pueblo inglés; pero en Alemania ha sido el dialecto hablado en la región meridional el que se ha enseñoreado de todas las clases é impuéstose á la corte y aristocracia como único lenguaje que merezca el nombre de literario.

## CAPÍTULO XXXIV

### UN EMPERADOR PODEROSO

(1519-1553.)



DESDE la muerte de Carlomagno no había habido emperador más poderoso que Carlos V, nieto de Maximiliano I. Regia territorios más extensos que ningún otro príncipe cristiano. Era rey de España, Nápoles, Sicilia, Austria, Hungría, Bohemia y los Países Bajos y las colonias del Nuevo Mundo le reconocían como soberano; no había, pues, paradoja en decir que el sol no se ponía nunca en sus dominios. Sin embargo, su reinado no fué feliz ni tranquilo, pues hubo de pasarlo luchando con el rey de Francia, el Papa y los príncipes protestantes de Alemania. No amaba el fausto y esplendor, carecía de la hermosura de Maximiliano, pero era un hombre apuesto y de digno continente. Tenía el labio inferior saliente y la mandíbula caída de los Hapsburgo. Su carácter era frío y su porte grave. Había adquirido profundo conocimiento de los hombres, debido á lo cual, como dice Prescott, no se servía de ningún general en la guerra, de ningún ministro en el gabinete, de ningún embajador en las cortes extranjeras, cuyas aptitudes no

fuesen adecuadas al cargo que se le confería. Tenía confianza ilimitada en sus generales; recompensaba con munificencia sus servicios y nunca dió pruebas de envidiar su fama ni reveló temores por su poder. Le afeaban, sin embargo, como político graves defectos que es justo amengüen la admiración debida á sus extraordinarios talentos. La ambición de Carlos era insaciable, y su deseo de distinguirse como conquistador arrastróle á guerras continuas, que no sólo le obligaron á esquilmar y oprimir á sus pueblos, sino que distrajeron su atención del gobierno interior y mejoramiento de sus reinos, objetos preferentes á que debe tender cualquier príncipe que se proponga la felicidad de sus súbditos como fin de su administración. Á la muerte de Maximiliano los territorios austriacos quedaron bajo el mando pro indiviso de Carlos y su hermano Fernando; pero como Carlos tenía que atender á los asuntos de España cedió á su hermano en 1521 Austria, Stiria, Carinthia y Carniola y al año siguiente el Tirol. Con esta cesión dividióse la casa de Austria en dos ramas, la española con Carlos, y la alemana con Fernando.

La discordia religiosa había adquirido proporciones colosales, y el papa León X tuvo que dar en 1520 una bula excomulgando á Lutero; se advertía á los príncipes y estados cristianos en dicho documento que se abstuviesen de seguir las doctrinas luteranas y se les exhortaba á detener al reformador é impedir su propaganda.

Lutero, sin embargo, se consideraba fuerte, no sin razón, y aquel mismo año encendió una hoguera cierta mañana de Diciembre en la puerta oriental de Wittemberg y quemó públicamente la bula del Papa. Hizo ejecutar esta operación delante del hospital de

leprosos y escogió el mismo sitio donde se quemaban las ropas infectas de aquellos desgraciados á fin de demostrar el desprecio que le merecía la bula pontificia. Al otro día subió al púlpito y dijo: «El acto ayer verificado careció de importancia verdadera. ¡Cuánto mejor sería que el fuego hubiese consumido al Papa, ó más bien á la Sede de Roma!»

Para calmar la agitación de los espíritus Carlos convocó una Dieta ó Asamblea de los estados en Worms. Reunióse en 6 de Enero de 1521. Se citó á Lutero para que asistiese y los estados prepararon una larga lista de agravios contra Roma, que era su deseo fuese patrocinada por el emperador.

El viaje de Lutero á Worms fué como una marcha triunfal. Las muchedumbres salían á su encuentro para verle y mirarle, y cuando llegó á Worms le esperaban en su alojamiento gran número de personas pertenecientes á la más elevada jerarquía.

Lutero compareció ante la Dieta, mas rehusó en absoluto retractarse de sus opiniones. Muchos principes, sobre todo los electores de Sajonia y el palatino rhiniano, le favorecían, y por esta causa no pudo prevalecer el decreto de proscripción lanzado contra él hasta que el último de dichos principes se ausentó de Worms. Como Carlos había dado á Lutero un salvoconducto, se le dejó partir sin molestarlo y concediósele una guardia para que lo protegiese; pero no bien Lutero despidió al oficial que mandaba la guardia, cuando se acercaron á él algunos hombres enmascarados á caballo, que enviaba su amigo y protector el elector de Sajonia, los cuales le condujeron al castillo de Wartburg, donde estuvo nueve meses oculto.

En el entretanto, un discípulo suyo, de nombre



1526  
VIVENTIS POTVIT DVRERIVS ORA PHILIPPI  
MENTEM NON POTVIT PINGERE DOCTA  
MANVS



FELIPE MELANCHTON.

(Copia de un grabado en cobre de Albrecht Dürer del año 1526.)

Carlstad, amotinó al pueblo de Wittemberg y entrando en las iglesias al frente de las turbas derribó los altares y destruyó estatuas y Crucifijos. No quería ir Lutero tan lejos, de modo que al enterarse de lo que ocurría, salió de su retiro, presentándose repentinamente en Wittemberg para contener el desorden.

Por este tiempo aparecieron otros reformadores, tales como Melanchthon, Ecolampadio y Zuinglio. El verdadero nombre de Melanchthon era Schevarzerdi (Tierra Negra), mas él lo tradujo al griego á fin de darle mayor sonoridad. Tampoco Ecolampadio se llamaba así realmente, sino Hausschein.

Los principes comienzan ahora á poner sus manos en las propiedades de la Iglesia. Abren las puertas de los conventos á frailes y monjas y se apoderan de sus bienes. Se incautan de los cálices y objetos sagrados de oro y plata de los templos, fundiéndolos para acuñar moneda con que atender á sus propias necesidades. El margrave de Brandenburgo era gran maestre de los caballeros teutónicos. Era esta una orden semimilitar y semirreligiosa establecida con objeto de defender la frontera de los ataques de los paganos eslavones. Los caballeros teutónicos habian conquistado á Prusia y la gobernaban como principes. El margrave, pues, se aprovechó de su carácter de gran maestre para erigirse en soberano de Prusia é incorporar á su patrimonio las riquezas de la orden.

Disuelta la Dieta de Worms, Carlos regresó á España. Ausente el monarca nadie era capaz de llevar á la práctica el decreto de proscripción lanzado contra Lutero. Realmente tenia el reformador tantos protectores que al mismo emperador en persona le habria sido difícil hacerse obedecer.

## CAPÍTULO XXXV

### LOS CAMPESINOS EN ARMAS

(1524-1526.)



Los aldeanos influidos por las ideas nuevas se levantaron en abierta rebelión en toda Alemania. Tomaron la reforma por el lado social. Tenían muchas injusticias que vengar. Pesaba sobre ellos la carga entera de los tributos. Aun puede verse en las casas de labranza alemanas una curiosa pintura: representa un triángulo con gradas que descansa en la espalda encorvada de un campesino que está arando. En la cúspide se asienta el emperador y de su boca sale esta sentencia: «Todos éstos me sostienen». En el peldaño inferior hay un soldado que dice: «Me pagan para pelear»; en otro un leguleyo que profiere la siguiente frase: «Á todos los despojo»; en otro un cura con la inscripción: «Vivo del diezmo»: en otro un noble que exclama: «Mis bienes están exentos», y en fin, el aldeano que sirve á los demás de soporte murmura: «Á todos los sostengo.» Y en efecto, esto era lo que sucedía. Los nobles no pagaban tributos, todas las cargas gravitaban sobre el labrador ó campesino: el término alemán es *bauer*. Cuando la reforma se ex-

tendió por Alemania, muchedumbres de aldeanos se armaron de horquillas, mayales y guadañas, alzándose como un solo hombre con el doble objeto de abatir el catolicismo y destruir el régimen feudal, que se había convertido en un sistema de cruel opresión. Los aldeanos eran explotados en su tiempo, sus productos y su dinero, tratándoseles casi como á verdaderos esclavos <sup>1</sup>. Los males que sufrían eran terribles y sus quejas muy justas.

Los primeros desórdenes estallaron por un motivo fútil. La condesa de Lupfen ordenó á los aldeanos de sus dominios que se dedicasen los días de fiesta del verano á recoger fresas para ella y conchas de caracol con que adornar sus acericos. Negáronse los campesinos y en pocos días la comarca entera se declaró en rebelión. Propagóse la chispa rápidamente por el Sur y Este de Alemania, corriéndose á lo largo del Rhin, el Mein y el Danubio. En el Odenwald no quedó un aldeano en sus hogares; Franconia ardió y el gran maestro de la orden teutónica fué expulsado de sus territorios. Las ciudades fueron amenazadas y tuvieron que abrir sus puertas. El Palatinado estaba en plena insurrección y lo mismo el Hesse y la Thuringia. Los montañeses de Styria, el Tirol y Salzburgo secundaron el levantamiento. Austria también se conmovió y sólo Baviera permaneció tranquila. Los insurgentes se daban á sí mismos el nombre de «Ejército cristiano» ó «Hermandad del Evangelio». Quemaban castillos y monasterios y saqueaban las iglesias. Todavía se ven en Alemania, sobre todo en la región meridional, ruinas de castillos, y si pre-

<sup>1</sup> En lugar de pagar en metálico las rentas de las fincas que labraban, los campesinos daban parte de los productos de las mismas y trabajaban en las tierras de sus señores.

guntáis cuándo éstos fueron destruidos, recibiréis siempre la misma respuesta, es decir, «en la guerra de los aldeanos».

Como ejemplo de las escenas que presenciò Ale-



ALDEANOS DEL SIGLO XVI.

mania referiremos parte de las ocurridas en la toma de la pequeña ciudad de Weinsberg por los insurrectos. Mandaba en Weinsberg el conde de Helfenstein, casado con una hija del emperador Maximiliano.

Era la Pascua de Resurrección de 1525, cuando una mañana se vió que descendía por las faldas de las colinas inmediatas á la ciudad la negra ola de los campesinos que en un momento cercaron la población. Los mandaban dos hombres, Florián Geyer y Jack (Säcklein Rohsbacher) y enarbolaban á guisa de estandarte una larga pértiga con un zapato en la punta. Iba delante, gesticulando y haciendo contorsiones, una vieja bruja vestida de negro á cuyos encantamientos y artes mágicos se atribuía el poder de tornar invulnerables á los rebeldes. Era la «Negra Hoffmann», que gozaba fama de hechicera y ejercía influencia omnimoda en el entendimiento de los rudos é ignorantes aldeanos. Intimaron éstos á la plaza que se rindiese. «Abrid las puertas, dijeron, ú os pasamos á todos al filo de la espada y el fuego consumiré todas vuestras propiedades.» Los de adentro contestaron con una lluvia de balas. Pronto, sin embargo, los campesinos escalaron los muros y el conde y los soldados tuvieron que retirarse al castillo mientras los vecinos se refugiaban en la iglesia. La resistencia era imposible. La guarnición ofreció rendirse si se perdonaban las vidas, prometiendo pagar un rescate. «Con un tonel de oro no habria bastante; repusieron los sitiadores. Queremos vuestra sangre.» Los soldados fueron degollados. Á uno le dijeron que saltase desde lo alto de la torre sobre las lanzas y picas que habia abajo. «Mejor saltaria hacia arriba que hacia abajo», replicó. Su respuesta excitó la risa y le dejaron vivir. Los vencedores, armados de hoces, espadas y horquillas, se dividieron en dos filas, formando una calle y mandaron á los prisioneros que pasaran por en medio. «El conde Luis de Helfenstein, dijo Jack—abrirá el baile.» En aquel instante la con-

desa, con un hijo suyo de corta edad en los brazos, se abrió paso por entre la multitud y cayó á los pies del capitán, implorando gracia para su esposo. «Amigos, aulló Jack, ved cómo trato á la hija de un emperador», y derribando al suelo á la infeliz se puso de rodillas sobre su pecho. Entonces un aldeano, apartando á Jack, dirigió un golpe á la condesa con su espada, hiriendo al niño, cuya sangre saltó al rostro de la madre.

Jack mandó á sus hombres que levantasen y sostuviesen á la condesa á fin de obligarla á presenciar el asesinato de su esposo. También dispuso que un violinista fuese delante del conde, haciendo cabriolas. El desgraciado conde no pudo dar más que unos cuantos pasos; al verle caer la vieja Hofmann se precipitó sobre él, despedazándolo materialmente con sus uñas. Se trajo luego un carro, se le llenó de estiércol y la pobre condesa, que estrechaba á su hijo herido entre sus brazos, fué echada encima y arrojada de allí entre los gritos salvajes y la befa de la multitud.

Como los aldeanos vieran que los príncipes se apercebían á combatirlos, dieron el mando de sus bandas á un famoso caballero merodeador, llamado Goetz el de la mano de hierro; pero había entrado la indisciplina entre ellos y no bien saqueaban un castillo, una ciudad ó una abadía regresaban á sus hogares á gozar del botín. Los senescales de Waldburgo salieron á su encuentro á la cabeza de un ejército y los derrotaron. Los príncipes les dieron también otras batidas y al cabo pudo dominarse la insurrección; se usó, sin embargo, con los rebeldes de un rigor extremado é innecesario. Los campesinos habían sido lanzados á la lucha por la opresión en que vivían y la única idea

de los vencedores fué remachar las cadenas de que habian querido libertarse. El mismo Lutero escribió un folleto contra ellos, excitando á los príncipes á que los exterminasen como se extermina un perro rabioso.



## CAPÍTULO XXXVI

### LA TRISTE SUERTE DE BERNARDO KNIPPERDOLLING

(1524-1536.)



DEBEMOS referir ahora un suceso extraordinario de que fué teatro Westphalia. Este suceso ha servido de argumento á «El Profeta», una de las obras maestras de Meyerbeer, cuya obertura y gran marcha conoceréis seguramente, por ser piezas selectas de magnífica instrumentación. Meyerbeer, sin embargo, no se ha atenido á la verdad histórica. Los hechos pasaron realmente como vamos á decir:

Münster es una ciudad westphaliana, sede episcopal, cercada de muros, con buena catedral y muchas iglesias; mas hay una cosa que distingue á Münster de las demás antiguas ciudades alemanas; todas sus iglesias son de construcción moderna. ¿Cómo desaparecieron las que hubo allí en otro tiempo?

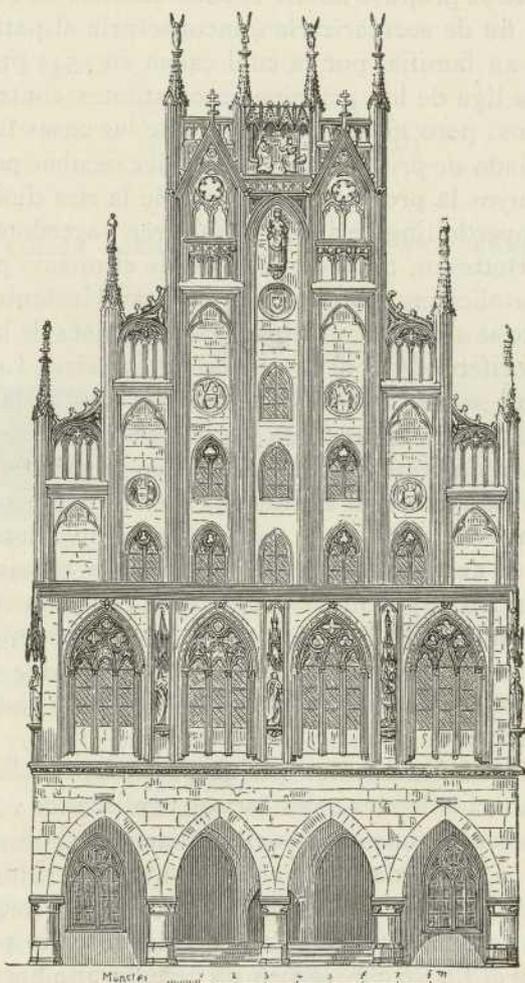
Vivía en Münster un mercader de paños, de nombre Knipperdolling que había ido exaltándose gradualmente con las doctrinas de Lutero; reunía al pueblo en su casa y predicaba en términos acerbos contra el Papa, los obispos y el clero. Era por aquel entonces obispo de Münster, Francisco Waldeck,

hombre muy inclinado al luteranismo, tanto que más adelante se propuso abolir el culto católico en su diócesis á fin de secularizarla é incorporarla al patrimonio de su familia, por la cual causa en 1544 promovió una liga de los principes protestantes contra los católicos; pero no era su ánimo que las cosas fueran demasiado de prisa á menos de poder recabar para si y los suyos la propiedad personal de la rica diócesis.

Knipperdolling se atrajo á un joven sacerdote, llamado Bottman, que combatió desde el mismo púlpito al catolicismo, y era su lenguaje tan virulento que la gente se amotinó, precipitándose á través de la ciudad, vociferando y destruyendo las iglesias. Los revoltosos se mostraban de día en día más audaces y amenazadores; expulsaron de la población á los sacerdotes y algunos vecinos pudientes huyeron, no sabiendo adónde irían á parar las cosas. El obispo sin duda habria accedido á todo, si los innovadores se hubiesen avenido á respetar su posición y rentas temporales. En 1535 comenzó á predicar Bottman contra el bautismo de los niños. Lutero le escribió amonestándole, mas fué inútil. El obispo no estaba á la sazón en Münster sino en Minden, diócesis que también gobernaba.

Viendo á Münster en poder de Knipperdolling y Bottman, los bienes eclesiásticos confiscados y proscritos los vecinos adictos al catolicismo, el obispo se dirigió á la ciudad al frente de algunos soldados. Münster le cerró sus puertas. Entabláronse negociaciones, se llamó al landgrave de Hesse como pacificador y al fin se convino en un arreglo que firmaron ambas partes. Se cedían algunas iglesias á los luteranos, pero la catedral se reservaba á los católicos, debiendo abstenerse los primeros de molestar á los

segundos y perturbarles en el ejercicio de su culto.



EL MUNICIPIO EN MÜNSTER.

Pronto se divulgaron las noticias de la conversión

de Münster al culto evangélico y acudieron á esta ciudad forasteros de todas partes. Vino entre ellos, precedente de Münster, Juan Boekelson, sastre de oficio. Bottman extremaba el sentido de la reforma, desechando prácticas y doctrinas que Lutero sostenia, como, por ejemplo, según queda dicho, el bautismo de los niños. Esto produjo la discordia entre los reformados de Münster y estallaron graves desórdenes. Las turbas ahora se posesionaron de la catedral, expulsaron á los fieles y la cerraron al culto católico. También invadieron tumultuosamente las iglesias luteranas. El día 28 de Enero de 1534 por la tarde los anabaptistas tendieron cadenas á través de las calles, reunieron en bandas armadas, cerraron las puertas y colocaron centinelas en todas direcciones. Al amanecer el día siguiente se presentaron de improviso en público dos hombres vestidos de profetas, es decir, con largas y ásperas barbas, mantos flotantes y un báculo en la mano; recorrieron solemnemente la ciudad y la multitud que les precedia se prosternaba delante de ellos, saludándoles como á Enoch y Elias. Los pretendidos profetas eran Juan Boekelson el sastre, uno de ellos y Juan Mattheson, jefe de los anabaptistas de Holanda, el otro. Después se les asoció Knipperdolling y en breve la población fué teatro de las escenas más salvajes de exaltación y fanatismo. Hombres y mujeres corrian por las calles, dando alaridos y saltando como locos, diciendo que tenian visiones de ángeles con espadas desnudas, los cuales les excitaban á exterminar á los luteranos y católicos juntamente. Muchos de unos y otros de estos últimos huyeron de Münster, sobrecojidos de espanto. Mattheson se subió á un púlpito y declaró que el cielo pedía la purificación de Sión,

siendo preciso que muriese todo el que no confesase la verdadera fe. Millares de infelices habrían sido sacrificados á no ser por la intervención de Knipperdolling que persuadió al populacho á no matar sino á desterrar simplemente á aquellos que rehusaran ser bautizados de nuevo. En su consecuencia se arrojó de la ciudad á gran número de personas, verificándose la expulsión en un crudo día de invierno en que la tierra estaba cubierta de nieve. Los rezagados recibían golpes; los enfermos é impedidos eran conducidos á la plaza pública y bautizados otra vez por Bottman. «Nunca, dice un testigo, presencié un espectáculo más aflictivo. Las mujeres estrechaban contra su pecho á sus niños de teta desnudos, procurando vanamente resguardarlos del frío con sus harapos; niños andrajosos y descalzos corrian, cogidos á las chaquetas de sus padres, dando penetrantes gritos; los ancianos, cediendo al peso de los años, y las mujeres recién paridas se tambaleaban y caían en medio de la nieve.»

No podía tolerarse más tiempo tanto escándalo. El obispo levantó un ejército y sitió á Münster. Sin embargo, no era empresa llana la de rendir la ciudad, y el cerco duró diez y seis meses, durante los cuales una multitud indisciplinada de fanáticos, capitaneada por un sastre, resistió los ataques de una fuerza numerosa y bien armada.

En el entretanto la ciudad se gobernaba por revelaciones divinas, pues con este nombre bautizaban los nuevos profetas los engendros y arrebatos de su calenturienta fantasía. Declararon en una ocasión que todos los magistrados y funcionarios públicos debían ser depuestos y sus cargos provistos en personas de su confianza que ellos mismos nombraran, y así lo

hicieron. Mattheson dijo otro día que, según una revelación que había tenido, era preciso destruir todos los libros que hubiese en la ciudad excepto la Biblia, y en su virtud fueron desocupados los estantes de los archivos y bibliotecas y quemados rimeros de libros y manuscritos en la plaza pública. Otra vez manifestó que el cielo ordenaba á los creyentes acometer á los soldados del obispo, prometiéndoles la victoria. Hicieron, pues, los sitiados una salida: Mattheson los mandaba en persona, pero él y los suyos fueron rodeados y muertos por el enemigo.

La muerte de Mattheson produjo gran desaliento entre los anabaptistas, mas Juan Boekelson se aprovechó de las circunstancias para asumir la jefatura. Á este propósito dijo saber por revelación divina que Mattheson había muerto á causa de no obedecer las órdenes del cielo, según las cuales, debiera haber verificado la salida con poca gente, en lugar de capitanear una tropa numerosa. También declaró que se le ordenaba casarse con la viuda de Mattheson y reemplazar á éste en el mando. Más adelante expuso al pueblo que, con arreglo á los designios del Todopoderoso, Münster debía ser la Sión celeste y él, el profeta, su rey, y en su virtud hizo que todos trajesen el oro, la plata y las alhajas que poseyeran. Dictó igual medida respecto de las provisiones y dispuso que las comidas se verificasen en común. En fin, pretextando otra revelación posterior, declaró licito el que cada uno tuviera todas las mujeres que quisiera; él, por su parte, se adjudicó 16. Esto era ya demasiado para resignarse á sufrirlo y en su consecuencia formóse una conspiración entre un herrero y 200 vecinos de los más respetables. Sin embargo, descubierta la conspiración, se prendió á los conjurados y

muchos de ellos pagaron con la vida su arranque de independencia. Veinticinco fueron fusilados y sesenta y seis decapitados por Knipperdolling, á quien Boekelson habia nombrado ejecutor de sus justicias. Con la muerte de estos hombre desapareció toda tentativa de resistencia. Puede sorprender el que quedase aún tanta gente en la ciudad, mas la razón era que antes de ser sitiada habian acudido á ella los anabaptistas de Holanda y el Norte de Alemania creyendo que era una ciudad favorecida especialmente por el cielo.

Boekelson creó una aristocracia compuesta de doce duques con títulos alemanes; los elegidos eran todos sastres, zapateros, panaderos y toneleros. Nombró también veintisiete apóstoles que debian recorrer la Europa para convertir á las gentes y llamarlas á Sión.

Levantaron en la plaza pública un púlpito y un trono y desde este último administraba justicia tres dias á la semana Boekelson, ornado del manto y atributos reales y rodeado de sus duques y pajes ostentosamente vestidos. Cuando la corte queria oír un sermón subia el predicador al púlpito y terminada la plática el rey, las diez y seis reinas, el predicador y la corte toda bailaban á los sonos de la real orquesta.

Disgustada de tantas profanaciones y avergonzada de su propia degradación, una de las reinas trató de abandonar á Münster. Boekelson en persona la atravesó con su espada en presencia de todo el pueblo. Hicieron prisionero á uno de los soldados del obispo y le intimaron que abrazase la nueva fe. El soldado tuvo el valor de contestar que cualquiera que fuese el mérito de la doctrina, su práctica era envilecedora. El rey Juan, rugiendo de coraje, le partió el cráneo.

Al fin, á mediados del verano de 1536, Münster fué

tomada después de un sitio de diez y seis meses. Varios vecinos, incapaces de resistir por más tiempo la tiranía, crueldad y abominaciones del sastre, ayudaron á los soldados del obispo á escalar las murallas, abrir las puertas y sorprender la ciudad. Siguióse una lucha desesperada á brazo partido en las calles, corrió la sangre á torrentes; pero Boekelson, en vez de acaudillar á sus parciales, se ocultó cobardemente. Sin embargo, cayó en poder de los vencedores lo mismo que Knipperdolling.

Cuando la resistencia quedó dominada, entró en Münster el obispo. Juan de Leyden y Knipperdolling fueron sometidos á una tortura espantosa, pues les arrancaron la carne con pinzas de hierro candente; después les clavaron un puñal en el corazón y colgaron sus cuerpos en férreas jaulas en lo alto de la torre de una de las iglesias de Münster.

Tal fué el desenlace de este terrible drama, que produjo horror indescriptible en Alemania entera. Á pesar de los deseos de su obispo y príncipe de convertirla al luteranismo, Münster fué en adelante fiel al culto católico y sigue siéndolo en la actualidad.

## CAPÍTULO XXXVII

### LOS PROTESTANTES

(1530-1547.)



LA reforma acogida con tanto favor en Alemania propagóse con la misma rapidez en los países circunvecinos. En Zurich la predicó Zuinglio, hombre más resuelto que Lutero, no inferior á éste en atrevimiento y superior suyo en saber. Fué mucho más lejos que Lutero y derrocó la fábrica entera del culto establecido. El cantón de Zurich dejó de pertenecer á la Iglesia católica en 1524 y en 1526 le siguieron Berna, Basilea y Schafuse, dividiéndose Glaris y Appencel. En Ginebra también dió Calvino á la reforma distinta dirección que Lutero. Rechazando la doctrina de la libre justificación, sostenida por el monje de Wittemberg, enseñaba que había hombres predestinados á la vida eterna y otros á la eterna condenación y que á los primeros les era tan imposible el perder el cielo como á los segundos el salvarse. Lutero y Calvino se miraban con gran hostilidad. En unas regiones de Alemania prosperaron los luteranos, en otras los calvinistas. Aquéllos se llamaban protestantes, y los

calvinistas reformados. El nombre de protestantes tiene el origen siguiente:

Carlos V convocó una Dieta en Spira en 1529 con objeto de discutir los medios de resistir y rechazar á los Turcos que se habían apoderado de Hungría y amenazaban los territorios austriacos: la asamblea debía también buscar alguna solución al conflicto religioso. Á tal intento, dictóse un decreto por mayoría de votos, donde se prohibía ir más adelante en materia de innovaciones religiosas, se ordenaba á los príncipes reformistas que permitiesen á sus súbditos católicos el libre ejercicio de su culto, se prevenía que no se cometiera ningún acto de hostilidad so pretexto de religión y, por último, se mandaba á los ministros del Evangelio que predicasen la palabra de Dios conforme á la interpretación de la Iglesia, absteniéndose de motejar ó ridiculizar cualquiera práctica ó doctrina, tenuta hasta entonces por sagrada. En vista de lo acordado los luteranos consignaron una *protesta* que entregaron á la Dieta. Argüían en ella que los príncipes, partidarios de la reforma, no consentirían en sus dominios el ejercicio de una religión que reputaban contraria á la palabra de Dios, y que los ministros evangélicos no seguirían la interpretación de la Iglesia por considerarla anticristiana.

Esta *protesta* fué firmada por el elector de Sajonia, el margrave de Brandemburgo—Anspach, el duque de Brunswick, el landgrave de Hesse-Cassel, el príncipe de Anhalt y 40 ciudades imperiales libres. De aquí provino el que á los luteranos se les llamase protestantes, nombre que después se aplicó á todos los que se separaron de la Iglesia católica.

Carlos V hizo repetidos esfuerzos para aquietar los ánimos antes de recurrir á medidas violentas. Convo-

có otra Dieta en Augsburgo en 1530. En el acto mismo de abrirse la Dieta pudo observarse el carácter inflexible del protentastismo. El Parlamento inauguró sus tareas con una misa que oyeron el emperador y los altos dignatarios. El elector de Sajonia era gran mariscal y llevaba la espada del Imperio. Al principio rehusó asistir á la misa, pero persuadióle á oirla un ministro luterano, recordándole que el profeta Elías habia permitido á Naaman prosternarse en la casa de Rimmon. Sin embargo, ni él ni el landgrave de Hesse condescendieron á arrodillarse, permaneciendo en pie derecho, mientras el resto de la concurrencia se inclinaba devotamente.

En la primera sesión de la Dieta los protestantes presentaron su profesión de fe, redactada por Felipe Melanchton, la cual se conoce en la historia con el nombre de «Confesión de Augsburgo».

En 16 de Noviembre Carlos publicó un decreto declarando que las cosas debían volver á su antiguo ser y estado hasta tanto que se reuniese un Concilio, lo que habia de verificarse en el plazo de seis meses; también ordenaba á los nobles y principes que restituyesen á la Iglesia todas las tierras y edificios de que se habian incautado. El emperador daba de término á los protestantes hasta Abril para decidirse; si se negaban á someterse les aplicaría el decreto de proscripción.

Los principes protestantes se reunieron en la pequeña ciudad hessiana de Smalcalda en Diciembre de 1530, formando una liga á fin de prestarse mutuo apoyo contra el emperador. Celebraron además un tratado secreto con Francisco I, rey de Francia, y recibieron promesas de auxilio de los monarcas de Inglaterra, Suecia y Dinamarca. Apercibiéronse unos y

otros á la guerra y la Cámara imperial instauró sus procedimientos contra los principes protestantes á fin de lograr la restitución de los bienes eclesiásticos por



EL ELECTOR FEDERICO EL GENEROSO DE SAJONIA.

ellos confiscados. Capitanearon la liga Juan Federico de Sajonia, ardiente partidario de Lutero y hombre de carácter sincero y franco, y el landgrave Fe-

lipe de Hesse, que tenia dos mujeres, era hombre de tendencias poco nobles y manifestaba gran celo reformista á causa de su codicia, que le habia impulsado á enriquecerse con los despojos de la Iglesia.

Hasta 1545 no se reunió el Concilio ecuménico en Trento para corregir los abusos de la Iglesia; los protestantes se negaron á concurrir á él. Esta oposición irritó al emperador, que se dispuso á romper las hostilidades.

Los de la liga, por su parte, no se habian descuidado y salieron á campaña al frente de un poderoso ejército. Carlos proscribió á sus jefes, es decir, les declaró fuera de la ley, sin derecho á la protección imperial y privados de sus dominios. Los confederados contestaron con una carta, en la cual retiraban el juramento de fidelidad que habian prestado á Carlos y negaban á éste el titulo de emperador. La liga estaba trabajada interiormente por las disensiones y rivalidades de los principes y Carlos, á su vez, se vió abandonado del Papa, que miraba con recelo el aumento de su poder en Italia. Francisco I auxilió á los protestantes con dinero. Afortunadamente para Carlos murió el rey de Francia al poco tiempo y cuando la liga menos lo esperaba sus fuerzas fueron atacadas en el Elba por el ejército imperial, que comenzó á construir un puente de barcas sobre este rio en Mühlberg, aunque el enemigo ocupaba la orilla opuesta más elevada y el rio tenia por allí 300 pasos de ancho. Antes de concluirse el puente, Carlos atravesó el rio por un vado, al frente de su caballería, protegido por la niebla que ocultaba sus movimientos, y cayó de pronto sobre los protestantes en el momento mismo en que un viento ligero disipaba la niebla y el sol se mostraba en todo su esplendor. Si-

guióse una batalla y la victoria coronó el esfuerzo de



SEPOLCRO DEL ARZOBISPO DE ASPELT EN LA CATEDRAL DE MAGUNCIA.

las armas imperiales. Juan Federico, elector de Sa-

jonía, recibió una herida en el rostro y cayó prisionero. Al ser llevado delante de Carlos hincó una rodilla en tierra para besar la mano al emperador, diciendo: «Magnánimo y poderoso emperador, los azares de la guerra han querido que sea vuestro prisionero.» «¡Ah! contestó Carlos, ahora soy emperador; ayer no era más que Carlos de Gante.»

Carlos entró triunfalmente en Wittemberg y se condujo con gran magnanimidad. Sin embargo, privó de todos sus estados al elector, excepto de Gotha, y premió con ellos la lealtad de Mauricio de Sajonia.

Había entonces dos casas ducales sajonas, la Ernestina y la Albertina, que descendían de dos hermanos, Ernesto, muerto en 1480, y Alberto, muerto en 1500. Ernesto y Alberto se habían dividido la herencia paterna; los duques Ernestinos conservaban el título de electores de Sajonia; los albertinos se llamaban duques de Sajonia. Juan Federico, desposeído después de la batalla de Mühlberg era nieto de Ernesto; Mauricio era nieto de Alberto.

Mauricio era hombre muy astuto. Se había enemistado con Juan Federico porque los dominios de uno y de otro estaban casi confundidos y tenían ambos participación en algunas ricas minas. Al formarse la liga de Smalcalda no quiso unirse á ella, no obstante que era protestante, procurando, por el contrario, captarse el favor de Carlos, si bien nunca hubo de distinguirse por su adhesión y celo. Con esta política artificiosa consiguió el electorado de Juan Federico, como hemos dicho, y territorios que de él dependían. Satisfecha así su ambición, revolvióse contra Carlos, del cual fué en adelante el enemigo más tenaz y peligroso.

Carlos le depará la ocasión que anhelaba. El land-

grave de Hesse se había entregado voluntariamente y constituido prisionero al verse solo y falto de fuerzas para resistir. Dicese que Carlos le había dado seguridades privadas de que sería puesto en libertad inmediatamente si verificaba su sumisión, pero es lo cierto que lo retuvo prisionero. Esta conducta encolerizó á Mauricio que estaba casado con una hermana del landgrave.

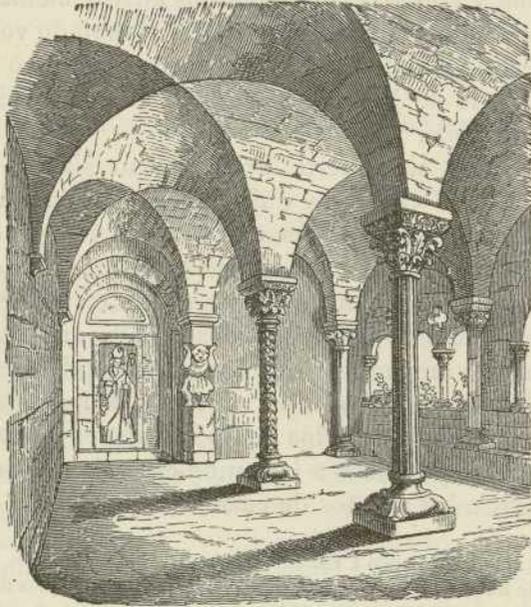
Creyendo concluida la guerra Carlos se retiró á Inspruck y licenció el ejército que había reunido. Mauricio entonces celebró un tratado secreto con Enrique II de Francia, en virtud del cual este último debía invadir la Lorena y auxiliar con una crecida suma mensual á Mauricio en tanto durase la guerra. Por otra parte, no perdonó medio de adormecer en la confianza al engañado emperador. Alquiló una casa en Trento para recibirle. La alhajó espléndidamente y declaró su propósito de ir al Concilio. Así las cosas, cuando todo estuvo pronto y no turbaba el ánimo de Carlos la sospecha más ligera, Mauricio arrojó de improviso la máscara y dió una proclama, manifestando que empuñaba las armas en defensa del protestantismo y para libertar al landgrave. En el mismo documento acusaba al emperador de querer ejercer un poder absoluto. Inmediatamente se entró en son de guerra por la Baviera, que recorrió de un extremo á otro sin dar tiempo á Carlos á reunir un ejército que le atajase el camino. No hay palabras con que expresar el asombro y consternación del monarca al saber la rebelión de Mauricio, secundada por otros principes alemanes en el momento preciso de enviar el emperador un numeroso cuerpo de ejército á Hungría, que era víctima de las depredaciones de los Turcos. Al mismo tiempo, Enrique II invadía la Lo-

rena, tomaba á Toul, Verdun y Metz y amenazaba á Strasburgo. Augsburgo se rendía á Mauricio. Nuremberg se unía á los confederados.

Carlos mandó algunos soldados á Fuessen para guardar el desfiladero de Scharnitz, pero Mauricio, avanzando rápidamente, se adelantó á ellos, cruzó los valles del Lech é Inn y habría sorprendido y hecho prisionero al emperador á no haberse escapado éste en una litera (estaba á la sazón enfermo de gota), á través de las montañas y por caminos casi impracticables en una noche oscura y tempestuosa. Á las pocas horas entraba Mauricio en Inspruck, donde entregó al saqueo el palacio y demás propiedades del emperador.

Desalentado con este desastre é incapaz de poner en pie de guerra fuerzas bastante numerosas para combatir simultáneamente á los Turcos en Hungría, á los Franceses en la Lorena y á los protestantes en el Mediodía de Alemania, Carlos hubo de concluir con Mauricio y los principes protestantes en 2 de Agosto de 1552 un tratado que se llamó la «Pacificación de Passau». Carlos se comprometió á dar libertad al landgrave y respetar el ejercicio del culto protestante en los estados católicos, debiendo los protestantes por su parte conceder igual derecho en sus tierras á los católicos. Firmada la «Pacificación», Mauricio se dirigió á Hungría contra los Turcos, y Carlos, ansioso de borrar el recuerdo de su reciente desgracia, reunió un ejército y entró en la Lorena. La fortuna, sin embargo, le había vuelto las espaldas. No pudo recuperar á Metz y las tropas experimentaron también reveses en los Países Bajos. Además, en Italia, su inveterado enemigo el papa Paulo IV se coaligó con los Franceses para conquistar á

Nápoles. Paulo era como los obispos alemanes, más bien un gran príncipe que un prelado, y antes atendía al engrandecimiento de su poder temporal que al bienestar de la Iglesia. Por consecuencia de ello, aunque Carlos hizo los mayores esfuerzos para levan-



REFECTORIO DE KOENIGSLUFFER.

tar la causa del catolicismo en Alemania y por más que agotara en esta empresa todos sus recursos, tuvo que luchar constantemente con los entorpecimientos y dificultades que le suscitaba el papado. Á no haber mediado semejante circunstancia es probable que Carlos hubiese podido restablecer la supremacía católica en Alemania.

Herido moralmente en el corazón y perdida la salud, el gran emperador determinó renunciar la corona, que había sido para él carga tan pesada. En su virtud, en 1555 cedió á su hijo Felipe II los Países Bajos, Nápoles, España y las ricas colonias de América, y á su hermano Fernando, que era ya rey de Bolonia y Hungría, los dominios austro-alemanes y el título imperial. Habiéndose así despojado voluntariamente de todas sus grandezas, se encerró en el monasterio de Yuste, en España, donde murió tres años después.

Precipitó su muerte un capricho singular que tuvo. Fué el caso que quiso presenciar sus propios funerales. Vistióse, pues, una mortaja y se tendió en un ataúd mientras le rodeaban los concurrentes, de luto riguroso y con cirios amarillos en las manos. Cantáronse los fúnebres oficios y pudo oírse la hueca voz del emperador que los acompañaba desde el ataúd, pareciendo salir del sepulcro. Pero la mortaja estaba húmeda y Carlos cogió un pasmo que le produjo fiebre y le llevó á la tumba el 21 de Septiembre de 1555, á los 55 años de edad <sup>1</sup>.

1 El autor, siguiendo á Estrada, Robertson, Miñana y otros, afirma, como se ha podido ver, que Carlos V, asistió á sus propios funerales tendido en un ataúd y ceñida la fúnebre mortaja.

Otros historiadores dicen simplemente que se limitó á confundirse entre los circunstantes, envuelto en un manto de color oscuro y teniendo un cirio encendido en la mano.

En fin, D. Modesto Lafuente califica de fabuloso el suceso de las exequias, fundado en que ninguna mención se hace de él en la prolija y diaria correspondencia del mayordomo Quijada, del secretario Gaztelu, del médico, del prior y de otros monjes de Yuste. Respecto á la muerte de Carlos V, el historiador últimamente citado la atribuye á una fiebre que contrajo por consecuencia de haber comido al sol en una azotea del monasterio una tarde del mes de Agosto. (*N. del T.*)

## CAPITULO XXXVIII

### LA GUERRA RELIGIOSA DE LOS TREINTA AÑOS

(1618-1648.)

**N**o obstante la pacificación de Passau y su subsiguiente ratificación en una Dieta celebrada en 1555, continuó la discordia entre católicos y protestantes, entre luteranos y calvinistas y aun entre facciones distintas de los mismos luteranos. En Sajonia el elector Augusto, que era luterano, persiguió cruelmente á los calvinistas, y en el Palatinado, el príncipe, que era calvinista, arrojó á los luteranos y decapitó á un pastor que negaba la doctrina de la Trinidad, pero á su muerte, su hijo, luterano ferviente, ordenó á los ministros evangélicos que se retracsen so pena de expulsión.

Al mismo tiempo el duque de Alba subyugaba los Países Bajos, se conducía con gran crueldad y desterraba á los calvinistas.

Gebhardo de Waldburgo fué elegido arzobispo de Colonia. Enamoróse ciegamente de una hermosa dama, Inés de Mansfeld, se convirtió al calvinismo y

quiso apropiarse los bienes y rentas de la diócesis para constituir un patrimonio á los hijos que tenia de la bella Inés, con quien se había casado. Pero el pueblo de Colonia se opuso y los principes luteranos negaron su concurso al arzobispo á causa de ser éste calvinista; sin embargo, prometieron auxiliarle Holanda y Francia y dió principio á una guerra irregular para apoderarse de Colonia. Derrotado al fin por completo se retiró á Strasburgo.

En el Norte de Alemania, los principes de Brandemburgo, Brunswick, Mecklemburgo y Sajonia se habían incautado de todos los territorios episcopales; en cambio, la reforma habia sido desterrada de las posesiones hereditarias de la casa de los Hapsburgos. Proclamada la máxima de que el pueblo debia seguir la fe de sus principes, éstos mandaban á sus súbditos creer ó renegar ó cambiar á compás de sus deseos.

Fernando I y su hijo Maximiliano II fueron emperadores de carácter suave y apacible, así es que el general antagonismo no estalló en sus dias en hostilidades violentas. No fué lo mismo cuando el tétrico Rodolfo II, hijo de Maximiliano II ascendió al trono. Hombre indolente por naturaleza no se curaba de gobernar; le gustaban mucho los caballos, de los que tenia gran número en sus cuadras, aunque nunca los montaba, y demostraba gran afición á la química y la alquimia, que entonces era compañera inseparable de la química. Había sido educado en España y los protestantes se alarmaron á su advenimiento, temiendo que quisiera usar de su poder sin moderación y con intolerancia. Uniéronse, por tanto, poniendo al frente de su coalición al elector palatino, Federico V. Imitaron su ejemplo los principes católicos,

comprometiéndose á ayudarse mutuamente y á defender la religión católica y confiaron la dirección de su liga á Maximiliano de Baviera. Organizada de este modo la unión protestante de un lado y la liga católica de otro, mirábanse con mutuo recelo y desconfianza, no esperando más que la señal de venir á las manos.

La señal se dió el 23 de Mayo de 1618.

Á la muerte de Rodulfo II, le sucedió su hermano Matias, pero era éste un anciano incapaz de impedir que estallara la conflagración general. Por consecuencia, encargó del gobierno á su sobrino Fernando que á sus instancias fué proclamado rey de Bohemia. Fernando fué á Praga y nombró siete nobles bohemios católicos y tres protestantes para que formaran un consejo que rigiese el país. De estos consejeros los más influyentes eran: Slawata y Martinitz, al primero de los cuales especialmente tenían gran ojeriza los protestantes, á causa de haber renegado del luteranismo.

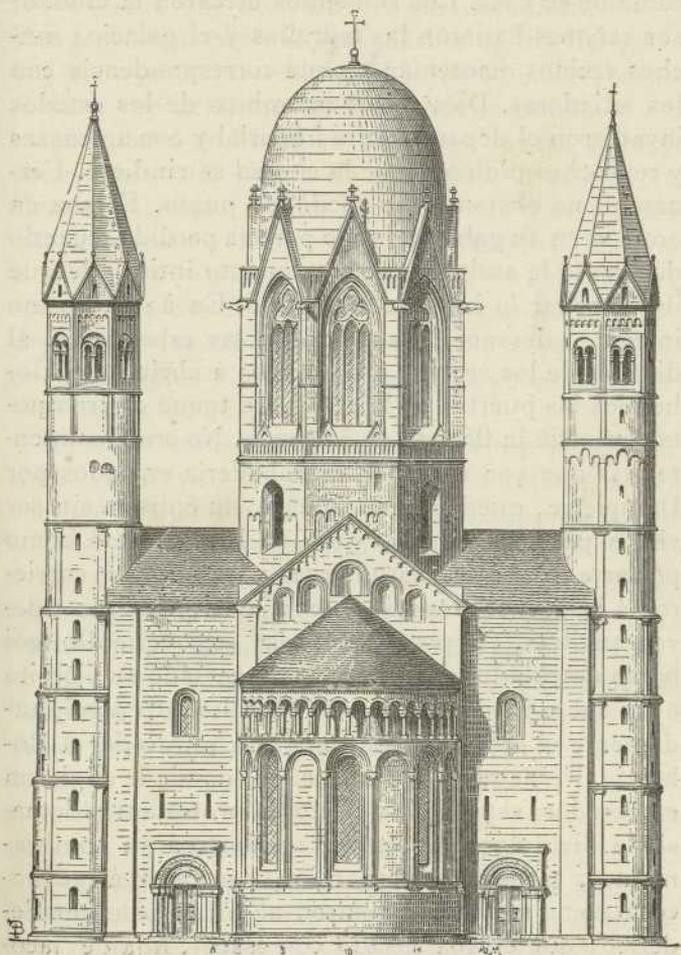
Rodulfo II había expedido un decreto imperial, garantizando la libertad de conciencia en Bohemia á luteranos, calvinistas, calixtinos y católicos.

En su virtud los luteranos comenzaron á construir dos nuevos templos, mas hubieron de tropezar con numerosas dificultades. Recurrieron entonces al emperador Matias que les contestó breve y secamente. Alguien debió de decirles, sin embargo, que la respuesta no había sido dictada por el emperador, sino por el consejo de Praga. Irritóles esta noticia, levantáronse en tumulto, empuñaron las armas, y dirigidos por el conde Matias de Turn, atacaron el castillo, apoderáronse de él y arrojaron por la ventana de la Cámara del Consejo á Slawata, Martinitz y su secre-

tario, disparando sobre ellos cuando iban por el aire. La ventana estaba á una altura de 90 pies del suelo, pero ¡cosa maravillosa! no se mató ninguno de los tres, sin duda por haber caído en un monton de cartas, papeles viejos y fango sacado del foso que habia al pie. El pobre secretario rodó sobre Martinitz y se dice que éste hubo de reprenderle su aparente descortesía. Fué ennoblecido más adelante y se le dió el nombre de Hohenfall (*alta caída*). Este acto de violencia produjo la terrible guerra de los Treinta Años, que duró tres reinados consecutivos, el de Matias, el de Fernando II y el de Fernando III y trajo á Alemania á un estado de abatimiento y miseria casi sin precedentes.

Fernando levantó dos cuerpos de ejército, confiando su mando á los generales extranjeros Dampierre y Bougoi, y se preparó á castigar á los rebeldes. Pero el conde Turn comprendió que la suerte estaba echada y que la guerra era inevitable. Por tanto, reunió numerosas fuerzas, auxiliado por los silesianos y lusacianos, derrotó á Dampierre y Bougoi y puso sitio á las ciudades de Bohemia que aun permanecian fieles al emperador. El elector palatino y la unión protestante enviaron un cuerpo de mercenarios á Bohemia, que capitaneaba el hábil general Mansfeld. En tal punto las cosas murió Matias, viniendo á reemplazarle Fernando, su sobrino.

El conde Turn dejó á Mansfeld en Bohemia para tener á Bougoi en jaque y atravesó rápidamente la Moravia, aumentando su ejército é internándose en la alta Austria. Fernando estaba en Viena, donde no habia más que una pequeña guarnición y era improbable la llegada de socorro. No ignoraba, sin embargo, el emperador que la ocupación de Viena por



PARTE OCCIDENTAL DE LA CATEDRAL EN MAGUNCIA.

los insurrectos implicaba la pérdida de su corona y la ruina de su casa. Los Bohemios cercaron la ciudad; sus cañones batieron las murallas y el palacio; muchos vecinos mantenían secreta correspondencia con los sitiadores. Diez y seis miembros de los estados invadieron el departamento imperial y con amenazas y reproches pidieron que la ciudad se rindiese. Fernando, no obstante, no vaciló un punto. Estaba en oración en su gabinete, todo parecía perdido, cuando de pronto le asaltó el convencimiento intimo de que iba á sonar la hora de la libertad. En aquel mismo instante, desvanecidas ya todas las esperanzas, al disponerse los vecinos amotinados á abrir á los Bohemios las puertas de la plaza, un toque de trompetas anunció la llegada de socorros. No eran realmente más que 500 soldados de caballería enviados por Dampierre, que habían verificado su entrada sin ser vistos por el enemigo, pero su llegada obró como por arte de magia. Estudiantes y menestrales corrieron á las armas, renació la confianza, vinieron nuevos auxilios. Al poco tiempo se supo que Bougoi había derrotado á Mansfeld y dispersado su ejército é iba sobre Praga. El conde Turn levantó precipitadamente el sitio, apresurándose á retroceder á Bohemia. Fernando fué á Francfort, donde le eligieron emperador, estando los electores protestantes demasiado divididos para poder oponerse á su nombramiento, si bien los Bohemios se negaron á reconocerlo como rey y proclamaron al conde palatino Federico, que estaba casado con Isabel, hija de Jacobo I, rey de Inglaterra.

Los Húngaros también se sublevaron, al mando de Bethelen Gabor, principe de Transilvania. Gabor se apoderó por medio de la traición de Presburgo,

donde se custodiaba la corona de Hungría y avanzó sobre Viena que fué otra vez sitiada. Dampierre y Bougoi amenazaron la retaguardia de los Húngaros y Gabor tuvo que retirarse. Se hizo, sin embargo, coronar rey de Hungría. Casi toda la Bohemia y la mayor parte de Hungría parecían, pues, haberse emancipado del poder de Fernando. Federico, el elector palatino, era un hombre vano y ambicioso, falto de genio y amigo de la ostentación. Desvanecido de orgullo con su elevación al trono de Bohemia, fué á Praga donde ofendió á los luteranos, mandando destruir las sagradas representaciones que tenían en sus templos y se trajo la antipatía general con sus ligerezas y locuras.

En el entretanto no permanecía ociosa la liga católica. Habiendo reunido un ejército entregó su dirección á Maximiliano de Baviera. Encaminose éste á Praga y encontrando acampadas las tropas de Federico fuera de la ciudad, en la «Montaña-Blanca» las atacó y derrotó completamente (8 de Noviembre de 1620). La batallá duró poco más de una hora y con la sola pérdida de 300 hombres, el ejército de la liga cogió todos los estandartes y cañones del enemigo, dejó tendidos 4.000 de éstos en el campo, é hizo que se precipitaran otros 1.000 más en el río Moldau. Así se disiparon de golpe las esperanzas de Federico, y quedó decidida la suerte de Bohemia. Federico montó en un caballo y huyó á galope tendido, abandonando su corona y su tesoro en manos de los imperiales. Un mismo invierno había visto su fortuna y su desgracia; por esto le designaron con el nombre de «Rey de invierno». Refugióse en Holanda y el emperador dictó contra él el bando de prescripción, despojándole de su electorado, que dió á Maximilia-

no de Baviera, juntamente con el alto palatinado que todavia corresponde á Baviera.

Los Bohemios tuvieron que ingresar de nuevo en el gremio de la Iglesia católica y miles de familias protestantes prefirieron emigrar á someterse.

## CAPÍTULO XXXIX

### UN NOBLE BOHEMIO



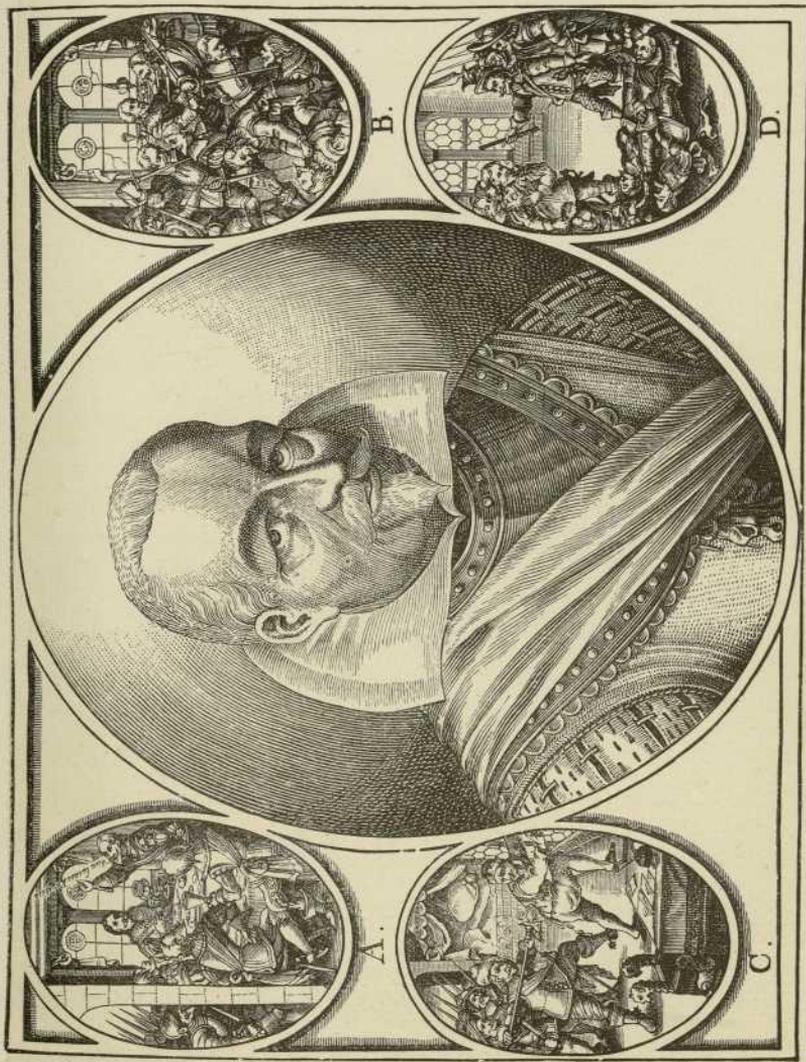
Con la sumisión de Bohemia parecía que la guerra iba á terminar. La unión protestante estaba deshecha y el elector palatino, su jefe, se había refugiado en Holanda. Pero ahora otros principes protestantes empuñaron las armas para obtener la rehabilitación del proscripto palatino. Fueron el margrave Jorge Federico de Baden-Durbadi, el duque Cristian de Brunswick, el conde Ernesto de Mansfeld, y, finalmente, Cristian IV, rey de Dinamarca.

En la gran batalla de la «Montaña Blanca» se había distinguido por parte de los imperiales un general llamado Tilly, hombre de relevante capacidad militar. Diósele por consecuencia el mando de un ejército. Los protestantes, á su vez, estaban dirigidos por otro general de dotes no inferiores, el aventurero Mansfeld.

Tilly, batido por Mansfeld en la primavera de 1622, tuvo que mantenerse á la defensiva, imposibilitado de obrar ante la multitud de fuerzas combinadas que por todas partes se levantaban contra la casa de Austria. Esperó, pues, con calma el momento pro-

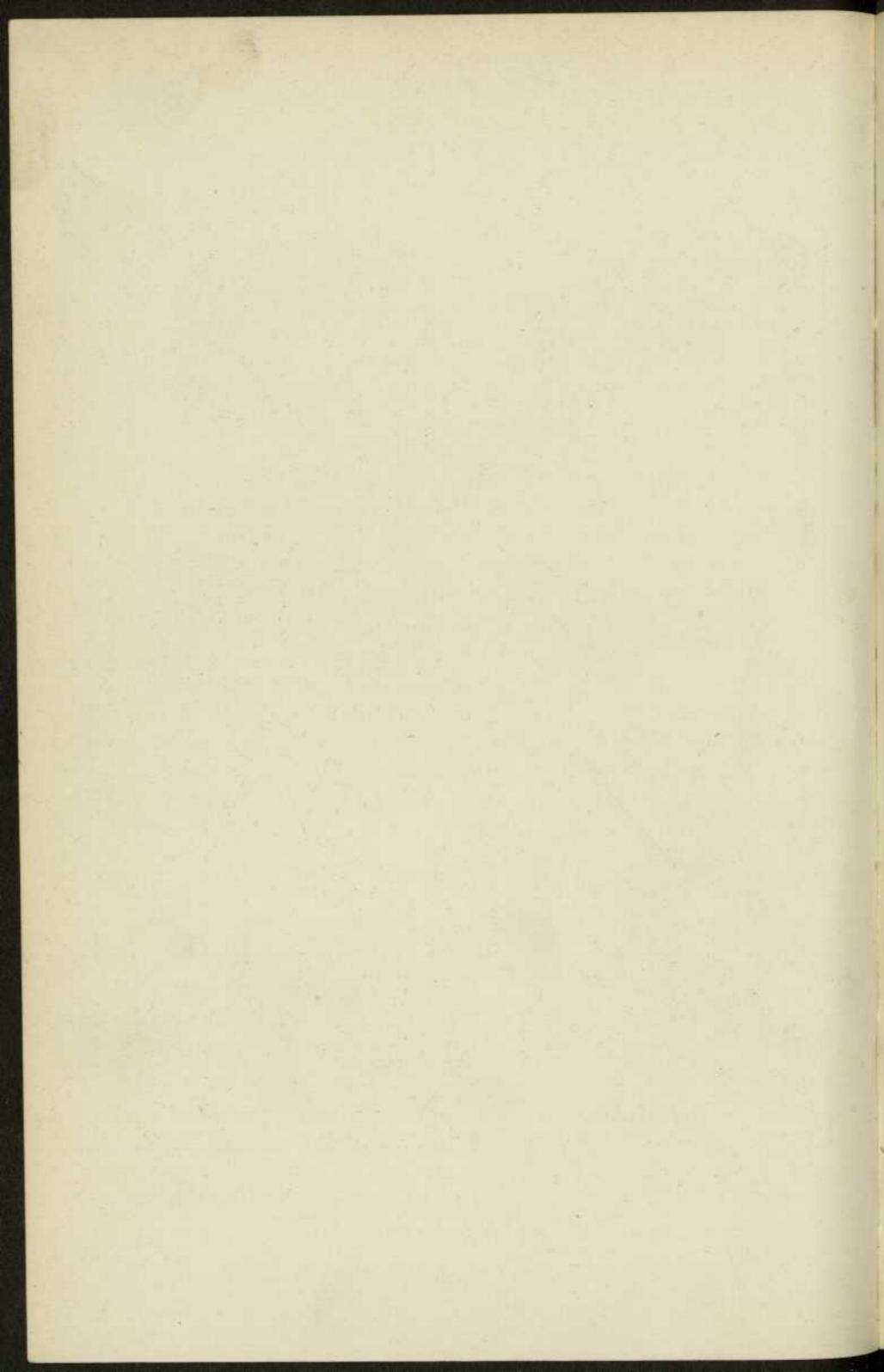
picio de atacar por separado á aquellos enemigos que juntos eran irresistibles. La oportunidad presentóse cuando Mansfeld invadió á Baviera. Entonces Tilly reunió apresuradamente algunas tropas españolas y reforzando su ejército con ellas, cayó de improviso sobre el margrave de Baden en Wimpfen, derrotándole por completo y haciéndole perder la mitad de su gente y toda su artillería. Sin descansar un momento, se revolió contra el duque de Brunswick, alcanzándole en Höchst cuando estaba cruzando el Main, le batió y empujó hasta que sus fuerzas se unieron con las de Mansfeld, que habia puesto sitio á Lademburgo, y obligó á los ejércitos de ambos á atravesar el Rhin y refugiarse en la Alsacia. Hasta aqui la causa del Imperio habia sido sostenida por la liga católica. El emperador determinó ahora levantar un ejército por su cuenta, pero carecia de recursos. En este apuro, un noble bohemio, Alberto de Wallenstein <sup>1</sup> se ofreció á poner en pie de guerra 50.000 hombres, que se mantendrian por si mismos, no obligando á hacer al emperador más que algunos gastos, insignificantes relativamente. Wallenstein habia nacido en Praga en 1583. En la época azarosa de la guerra de Bohemia, lo desterró y despojó de sus estados el partido protestante por su adhesión á la casa real. Después, vencedores los

<sup>1</sup> El verdadero nombre de Wallenstein es Alberto Wenceslao Eusebio de Waldstein; los Alemanes corrompieron Waldstein en Wallenstein y los Franceses en Walstein. Su familia era protestante y él desempeñó primeramente el cargo de paje al lado de Carlos de Austria, margrave de Burgau. Con motivo de haber dado una caída sumamente peligrosa y no haberse causado ningún daño, hecho que considerara milagroso, abrazó la religión católica. Entonces, nos d'cen sus biógrafos, cambiaron todos sus gustos; hizo estudios serios y se aplicó especialmente á la astrología, que consultaba de continuo.—(N. del T.)



ALBERTO DE WALLENSTEIN, GENERALÍSIMO IMPERIAL.

Medalla A. y B.—Brindis viva la casa Austria, que fué la señal de la mizanza de los oficiales adictos á Wallenstein en el banquete de Eger.  
C.—Muerte de Wallenstein en el momento de fugarse por la ventana.—D.—El príncipe Francisco Albrecht de Sajonia ante el cadáver de Wallenstein.



imperiales, le devolvieron sus propiedades y títulos. Al oír su ofrecimiento Fernando estuvo tentado al principio de tratarlo como á un loco. Sin embargo, pronto comprendió que Wallenstein habia pensado maduramente su plan y que éste era realizable. Por tanto, dió el consentimiento que se le pedía, y Wallenstein reunió en brevisimo plazo 30.000 aventureros, atraídos por la esperanza de hacer fortuna y ávidos de botín, excediendo al poco tiempo el número de alistados de la cifra convenida. La antigua unión protestante estaba deshecha, mas habiase formado una nueva, sostenida por Cristian IV, rey de Dinamarca, Gustavo Adolfo, rey de Suecia y Jacobo I de Inglaterra. Cristian de Dinamarca entró en campaña, invadiendo la Thuringia. Tilly voló á su encuentro y le derrotó; las pérdidas de Cristian fueron considerables, no bajando de 5.000 muertos y 2.000 prisioneros. La oficialidad del ejército danés quedó reducida á la mitad y Tilly se apoderó de toda su artillería y bagajes.

Al mismo tiempo Wallenstein iba en busca de Mansfeld, que se habia internado en Hungría y unido á Bethlen Gabor. Sin embargo, la noticia de la derrota de Cristian desanimó á la hueste protestante, tanto más, cuanto que las enfermedades hacian estragos en sus filas. Bethlen Gabor concluyó á toda prisa un tratado con el emperador y licenció su ejército. El de Mansfeld se disolvió á impulsos de la peste y las deserciones; su jefe quiso salvarse dirigiéndose á Venecia con 20 oficiales, pero cayó enfermo en el camino y murió. Pacificada Hungría, Wallenstein verificó rápidamente su unión con Tilly para expulsar de Alemania al rey Cristian. Le persiguieron en su propio territorio haciéndole huir de plaza en

plaza y de posición en posición. Las fuerzas que intentó reunir fueron dispersadas en todas direcciones y al expirar el año de 1628 no le quedaba más que una fortaleza en toda la región situada entre el Elba y la extremidad de Jutlandia.

Podría ahora haber renacido la paz en la exhausta y abatida Alemania á no haber sido por el orgullo y engreimiento de Fernando que se negó á aceptar las proposiciones que le hacia el rey de Dinamarca.

Se recordará que por la pacificación de Passau de 1552 los príncipes protestantes debían abstenerse de confiscar más posesiones y bienes de la Iglesia, episcopados y abadías. No obstante, cumplieron poco escrupulosamente esta cláusula. Mediante un subterfugio, más ingenioso que excusable, fueron apoderándose de todas las propiedades eclesiásticas. El margrave de Brandemburgo puso su mano en el archiepiscopado de Magdeburgo y en el episcopado de Halberstadt; el duque de Holstein secularizó las diócesis de Lübeck, Hamburgo y Brema; y Federico II, príncipe de Dinamarca, hizo lo mismo con la de Werden. Abolieron el catolicismo, expulsaron á los prelados y retuvieron como cosa propia las rentas, títulos y bienes eclesiásticos <sup>1</sup>.

Los príncipes protestantes no querían desprenderse de las riquezas adquiridas y la guerra continuó. Wallenstein arrojó de sus territorios á los dos duques de Mecklemburgo y sitió á Stralsund. Los vecinos de esta ciudad mostraron gran resolución. Además, aunque el rey de Dinamarca había sido derrotado en tierra firme, su flota unida á la de Suecia, vino en auxilio de Stralsund, y esterilizó todos los

<sup>1</sup> Habían despojado dos diócesis archiepiscopales y doce episcopales.

esfuerzos de Wallenstein. Dicese que éste había jurado reducir á Stralsund, «aunque estuviese sujeta al cielo con cadenas de diamantes», y en efecto, la perseverancia le habria dado el triunfo á no invocar los sitiados la ayuda de Gustavo Adolfo, rey de Suecia que introdujo refuerzos en la ciudad. Desesperanzado entonces Wallenstein tuvo que retirarse.



JINETE DEL TIEMPO DE LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS.

Los soldados de Wallenstein eran el terror de Alemania. Por dondequiera que iban se entregaban al saqueo, no respetando ni á protestantes ni á católicos. Eran mercenarios que peleaban por el botín y lo mismo les daba batirse por una causa que por otra. Quemaban aldeas y ciudades, robaban, maltrataban y asesinaban á las gentes indefensas. Algunos ciudadanos empobrecidos se suicidaron esca-

pando así á la miserable suerte de morir de hambre. Moviada por el general clamor, la liga católica reunióse en Heidelberg, en 1623, pidiendo á Fernando que restableciese la paz y remediase los males causados por el ejército de Wallenstein.

Fernando hubo de someterse; privó á Wallenstein del mando del ejército imperial, dándoselo, juntamente con el de las tropas de la liga, á Tilly. Wallenstein, á quien el emperador había conferido el ducado de Friedland, se retiró á sus estados de Bohemia.

## CAPÍTULO XL

### UN REY SUECO EN ALEMANIA



El emperador insistió en el restablecimiento de las catorce diócesis suprimidas por los principes protestantes, cuyos bienes y rentas se propuso arrebatarles. Apoderóse, pues, del arzobispado de Magdeburgo, y se lo dió á su hijo Leopoldo, lo mismo que el obispado de Halberstadt y la abadía de Hersfeld, de que se había hecho dueño el landgrave de Hesse. Los principes protestantes recurrieron á Gustavo Adolfo, rey de extraordinarias dotes militares, gran energía y vastos recursos. Gustavo Adolfo desembarcó en las costas de la Pomerania, con un ejército escaso en número, pero perfectamente organizado. Cuando se supo en Viena la noticia, los cortesanos dijeron á Fernando que le amenazaba un rey de nieve, el cual se derretiría, al descender al Sur, bajo los rayos del sol imperial. Pronto, sin embargo, pudo convencerse el ejército del emperador de la falsedad de este aserto. Gustavo Adolfo atravesó la Pomerania, yendo en derecha á defender á Magdeburgo, sitiada por Tilly. Su refuerzo, empero, llegó demasiado tarde. Tilly había tomado la plaza, y entregádola á la

soldadesca que la saqueó é incendió. Durante un día enteró estuvo la ciudad á merced de una verdadera horda de forajidos. Se presenciaron escenas espantosas. Los salvajes mercenarios croatas recorrían las calles en todas direcciones, degollando á cuantas personas encontraban, y arrojando teas encendidas dentro de las casas. Derrribaban las puertas de las iglesias, y asesinaban á las pobres mujeres que se habían refugiado en tropel en el sagrado recinto. Con objeto de que los feroces soldados pudieran saciar su sed de matanza y de botín, Tilly no verificó su entrada en Magdeburgo hasta el segundo día. Era un hombre de estatura elevada y fiero aspecto; vestía chaquetilla corta, acuchillada, de satín verde; adornaba con una larga pluma roja el alto sombrero; sus ojos eran grandes y vivos; su frente estaba surcada de profundas arrugas, y bajo su puntiaguda nariz corrían las guías de un rígido mostacho. Entró en Magdeburgo, montando un fuerte corcel de guerra, y su mirada abarcó el cuadro de horror y desolación que la ciudad ofrecía. La población estaba envuelta en humo y llamas. Las casas de madera y mezcla habían sido destruidas. Sólo quedaban en pie la catedral, las iglesias y los edificios construidos de piedra. En las calles yacían los cuerpos inertes de 20.000 hombres. Las puertas de la catedral estaban abiertas y dentro había 4.000 personas pálidas, hambrientas, temblorosas; eran casi todos los habitantes que quedaban en Magdeburgo. Tilly escribió á Viena: «Desde la destrucción de Troya y Jerusalén no ha visto el mundo espectáculo semejante.»

Con la toma y destrucción de Magdeburgo, se eclipsó la estrella de Tilly. Hasta aquí había sido irresistible; desde ahora en adelante la sombra del

crimen cometido pesaba sobre su conciencia y le paralizaba. Gustavo Adolfo fué á su encuentro, y los dos ejércitos se hallaron frente á frente en Breitenfeld, cerca de Leipzig. Tilly que se jactaba de haber vencido en 36 batallas, fué derrotado por primera vez, y tuvo que apelar á la fuga para salvarse. Gustavo Adolfo recorrió ahora la Alemania, ensañándose contra los católicos, como Tilly se había ensañado contra los protestantes. En Merseburgo fueron sacrificados 2.000 imperialistas. En Würzburgo no quedó un fraile con vida. Los Suecos eran tan implacables y codiciosos como los soldados de Tilly. Cerca de cinco años más tarde veíanse aún cráneos insepultos en Kirchoven-Breisgau, donde los invasores pasaron á cuchillo á todos los habitantes varones, después de haberles inducido á rendirse con la promesa de respetarles la vida.

El Palatino y su mujer Isabel regresaron á Alemania, y la última en la loca alegría que le produjeran las victorias de Gustavo Adolfo, le echó, al verle, los brazos al cuello, diciendo: «No Tilly, sino yo es quien ha hecho á Gustavo el Grande prisionero.» Uno y otra acompañaron al rey sueco en su marcha triunfal á través de Baviera, y verificaron su entrada con él en Munich. En esta ocasión Isabel, para mofarse juntamente de la religión del pueblo y de las armas de la ciudad, que eran un monje, hizo que cabalgase á su lado, vestido de fraile, y con un rosario en la garra un mono, el cual con sus guiños y muecas parecía burlarse de la gente.

Tilly reunió otro ejército, y presentó batalla á Gustavo en Lech, mas fué derrotado nuevamente, y una bala de cañón le rompió un muslo. Sintiéndose morir, avisó á Maximiliano, elector de Baviera, para que

guarneciese á cualquier precio á Ratisbona, que era la llave de Austria y de Bohemia.

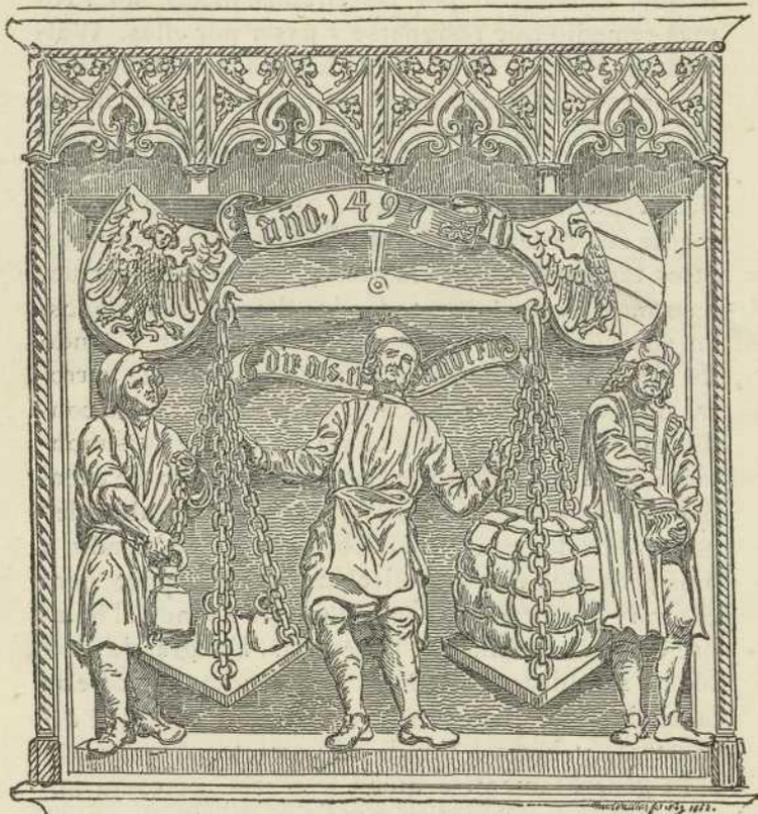
Las crueldades y ultrajes de los Suecos exasperaron á los aldeanos que, ocultándose en los bosques de abedules que cubren gran parte de las pedregosas llanuras de Baviera, salian de improviso y mataban sin piedad á los soldados de Gustavo Adolfo, que se extraviaban ó quedaban rezagados. Bannez, oficial sueco, tomó fiera venganza de la ciudad de Friedstadt, donde los vecinos habian dado muerte á algunos de sus soldados, que habian saqueado las casas é insultado y maltratado á las personas. Arrasó la población y pasó al filo de la espada á todos sus habitantes.

Gustavo era hombre de complexión recia, la cabeza erguida y los ojos de color azul claro ó gris. No usaba armadura, sino un colete de ante; cubria su cabeza con un sombrero blanco, que adornaba una pluma verde, y calzaba altas botas de cuero con vueltas amarillas. Aunque sólo habia arribado en Pomerania con 16.000 hombres, su ejército aumentó tan rápidamente como se disolvía el de los imperiales. El rey de nieve, en lugar de fundirse, crecia como bola de nieve que rueda por una pendiente. Tenia ya á sus órdenes 70.000 hombres. En su terrible angustia, no sabiendo á quién volver los ojos, el emperador recurrió nuevamente á Wallenstein. Éste, que conocia muy bien la situación apurada del Imperio, rehusó friamente ponerse á su servicio á menos que se aceptaran sus proposiciones que consistian en que habia de confiársele sin reservas ni limitaciones de ningún género el mando de todas las tropas imperiales, que cualquier conquista que verificase habria de quedar á disposición suya, y que se le permitiria

confiscar los bienes y propiedades que fuesen de su agrado para mantener á su ejército. Las condiciones eran duras y dejaban al emperador y sus estados á merced de un aventurero sin escrúpulos. Pero Fernando, estrechado por las circunstancias, no tuvo más remedio que resignarse y pasar por ellas. Wallenstein vivía en Bohemia de los despojos de sus primeras campañas con un boato más que regio. Tenía un magnífico palacio en Praga, con sus puertas guardadas por centinelas. Cincuenta alabarderos que vestían espléndidos uniformes, esperaban constantemente sus órdenes en la antecámara; seis barones y otros tantos caballeros le acompañaban de continuo; á su mesa se sentaban todos los días 60 convidados; en sus cuadras había pesebres de mármol. Cuando iba de viaje su numeroso séquito ocupaba 12 carrozas de ceremonia y 50 coches; otros tantos carros conducían su plata labrada y equipaje, y 50 lacayos montados llevaban de las riendas igual número de caballos con ricos caparazones. Wallenstein era alto, delgado, de color cetrino, el cabello rojo y recortado, y ojos pequeños que centelleaban. Hablaba poco, pero era muy observador y conocía pronto á fondo al hombre con quien tenía que habérselas. Era grande y noble en sus ideas, desdeñaba el disimulo y aborrecía la adulación ó cualquier otro defecto ó vicio que demostrase pobreza ó timidez de carácter. Recompensaba generosamente á quien le servía, pero era implacable en sus resentimientos.

Tan pronto como se supo que Wallenstein salía otra vez á campaña, acudieron mercenarios de todas partes, y no tardó en estar aquél al frente de 60.000 hombres. Gustavo estaba entonces en Nuremberg con 16.000 soldados tan sólo. Wallenstein marchó en

su busca, más no se resolvió á atacarle. Si se va á Nuremberg por ferro-carril se atraviesa una extensa llanura, muy escasa de arbolado, pero antes de llegar



RELIEVE EN EL PESO MUNICIPAL EN NUREMBERG.

á dicha población se ve una eminencia coronada por una ciudad. Es ésta Fürth, nombre que significa fortaleza. Era una plaza notable por sus excelentes for-

tificaciones, y en ella habia establecido Gustavo su cuartel general. Wallenstein acampó en una altura cubierta de árboles, situada como á dos millas al Sur de Fürth, y en cuya cumbre habia un castillo arruinado; el general bohemio se atrincheró y aguardó con calma. Algunos le decian que cómo no atacaba á Gustavo, teniendo tanta gente, pero él contestaba: «No, demasiado se ha aventurado ya á la suerte de las batallas. Paciencia, hay que intentar otros medios.» Y no es que Wallenstein no deseara medirse con Gustavo, á quien la fama pregonaba como el primer general de su época, pero contuvo su ardimiento y esperó tres largos meses sin moverse. Gustavo no podia escapar. Estaba encerrado en Fürth, y tenia pocas provisiones. Sin embargo, pedia refuerzos á los aliados, y era de temer que llegase á contar con tantas fuerzas como Wallenstein.

El duque de Baviera se impacientó y recriminó á Wallenstein. «Calma», contestó el general bohemio. Los soldados manifestaron en altas voces su disgusto: «Calma», volvió á decir Wallenstein. Y estaba en lo cierto. Al fin, Gustavo no pudo permanecer más tiempo inactivo; la peste se habia declarado en sus filas, y determinó expulsar á Wallenstein de su posición. Comenzaron el ataque las tropas alemanas que habia en el ejército de Gustavo, mas una lluvia de balas que disparaban 100 cañones las obligó á retirarse. Gustavo, para avergonzarlas, envió á sus mejores guerreros los Finlandeses, pero la metralla sembró la muerte entre ellos, y su bravura fué impotente contra un enemigo que no les dejaba aproximarse. El tercer ataque no dió mejor resultado. El cuarto, el quinto, el sexto, con tropas de fresco fueron también infructuosos. Por último, Gustavo, después

de dos horas de inútiles esfuerzos, tuvo que retroceder con pérdida de 3.000 hombres. La difícil empresa de verificar esta retirada al frente del enemigo la dirigió hábilmente Hepburn, oficial escocés al servicio de los Suecos.

Hepburn estaba ofendido por la preferencia dada en un ascenso, con menoscabo de sus derechos, á otro oficial de categoría inferior á la suya; pero cuando el rey en su apuro, recurrió á él, el bravo soldado olvidó su resentimiento. «Señor», dijo, «es el único servicio que no puedo rehusar, puesto que hay riesgo en él», y el resultado justificó la confianza del monarca. Mas no era la intención de Wallenstein el permanecer siempre á la defensiva, y en 6 de Noviembre de 1632, dos meses justos después de la batalla de Fürth, los dos rivales se apercibieron á librar un combate decisivo en Lützen, no lejos de Leipzig. Una espesa niebla que no se disipó hasta las once de la mañana, ocultaba uno á otro los ejércitos beligerantes. Los imperiales se colocaron en línea de batalla, formando cuatro cuadros de infantería en el centro, que protegían trincheras defendidas por mosqueteros y la artillería colocada en los flancos.

El rey en persona dirigió el ataque. Detenido por las trincheras, echó pie á tierra, cogió una pica y se lanzó á tomarlas seguido de los suyos; la infantería enemiga tuvo que retroceder. Pero en aquel momento dijeron á Gustavo que su izquierda flaqueaba: oírlo, montar á caballo y volar hacia aquel lado, todo fué uno; extravióse, sin embargo, en medio de la niebla, y de pronto se encontró rodeado de imperiales de caballería, que hicieron fuego sobre él; una bala le rompió un brazo, otra le hirió en el pecho, vino al suelo, y su corcel sin jinete, pasando á escape á lo

largo de las líneas, anunció á sus soldados la pérdida de su rey. El duque de Sajonia Weimar gritó que Gustavo no habia muerto sino que estaba prisionero, y entonces los Suecos se precipitaron como un alud sobre los imperiales, locos de coraje, y resueltos á rescatar á su soberano. Los imperiales se declararon en retirada; dos de sus carros de municiones estallaron, y habrían tenido que apelar á la fuga, á no haber acudido refuerzos en su auxilio. Con la aproximación de la noche, la niebla, haciéndose más densa, negra y fría, puso término al combate. Sin la muerte de Gustavo la derrota de Wallenstein habria sido completa. Perdió su artillería, y su ejército quedó deshecho. Retiróse á Bohemia para reorganizarlo, y allí estuvo largo tiempo inactivo, mientras sostenia una correspondencia secreta con el enemigo.

Fernando, por su parte, estaba pesaroso de haber confiado un poder tan grande al general, y deseaba romper los lazos con que él mismo se atara al solicitar el concurso de Wallenstein.

La ciudad de Ratisbona, que era la llave de Bohemia, estaba sitiada por el duque de Weimar, y el emperador ordenó á Wallenstein que la socorriese; pero el duque de Friedland (ya se recordará que éste era el titulo de Wallenstein) rehusó recibir órdenes del emperador, como cosa contraria á lo convenido, y dejó que Ratisbona y dos ciudades más cayesen en poder del enemigo, sin intentar nada para estorbarlo. Esta conducta irritó á Fernando y determinó privar á Wallenstein del mando supremo. Entonces Wallenstein, en su cólera y disgusto, hizo ofrecimientos á los principes protestantes para combatir por su cuenta; mas ellos temieron que quisiera engañarles y le rechazaron. La corte imperial estaba muy bien

informada del curso de la traición y esperaba con grande alarma su resultado. ¿Quién resistiría á Wallenstein, unidas sus fuerzas á las de los principes protestantes y los Suecos? Fernando indignado exoneró á Wallenstein y fulminó contra él el decreto de proscripción. Wallenstein, empero, creia poder contar con su gente. Se equivocaba.

Habia dos escoceses, Gordon y Leslie, y un irlandés, Butler, en quienes confiaba especialmente. Sin embargo, habían sido ganados por la corte. Otro oficial, el capitán Devereux, entró también en el complot. El 25 de Septiembre de 1634, á eso de la media noche, Gordon, á la cabeza de 30 soldados, y después de haber hecho retirar á los demás, entró violentamente en la habitación donde dormía Wallenstein. Alarmado por el ruido, saltó Wallenstein del lecho y trató de abrir la ventana para pedir socorro. Devereux gritó: «¿Eres tú el traidor que quería entregar las tropas imperiales al enemigo y arrebatár la corona de las sienes del emperador?» Wallenstein no contestó y buscó sus armas. Gordon, entonces, echóse sobre la luz que ardia, y un alabardero atravesó con su arma el cuerpo del gran general.

Aunque la traición de Wallenstein <sup>1</sup> sea un hecho

<sup>1</sup> El hecho de ser innegable la traición de Waldstein ó Wallenstein no es aceptado por todos los historiadores, especialmente después de publicada, en 1828, la correspondencia del famoso aventurero.

En vista de ella, Schoel, en su *Historia de los Estados europeos*, pone en duda la exactitud de los cargos formulados contra Waldstein, refuta algunos fácilmente y sospecha que, en su mayor parte, fueron obra del odio y la malevolencia de sus enemigos, para perderle, primero, y justificar, después, el crimen de que fué víctima. Los asesinos fueron recompensados espléndidamente por Fernando II, el cual anunció al mundo la ejecución del traidor en un manifiesto, donde establece el principio de que ninguna legislación sensata ni, sobre todo, la imperial

innegable, no por ello deja de figurar el asesinato mencionado como una mancha en la historia de Austria.

exigía procedimientos ni sentencia dictada en forma *in criminibus proditionis, perduellionis, vel lata majestatis notoriis*, cuando estos crímenes no ofrecen lugar á duda; principio monstruoso que, según Schoel, no admitían las leyes del Imperio, como en dicho documento se afirmaba falsamente. — (N. del T.)

## CAPITULO XLI

### LA PAZ DESPUÉS DE LA LARGA GUERRA

(1648.)

**D**ESPUÉS de la muerte de Wallenstein, púsose al frente del ejército imperial el hijo del emperador, que más adelante fué Fernando III. A Gustavo Adolfo le reemplazaron el duque Bernardo de Weimar y el general sueco Horn. Los protestantes experimentaron una terrible derrota en Nördlingen. Horn fué hecho prisionero y Bernardo huyó, habiendo perdido todos sus tesoros y 12.000 hombres. Los Franceses, recelosos ahora del poder del emperador, levantaron un ejército que invadió, saqueó y taló las provincias del Rin. La fortuna se mostraba tornadiza; nadie obtenía un triunfo decisivo; pero Alemania no podía soportar más tiempo la guerra. En Osnabrück y Münster se dieron pasos favorables á la paz, que al fin se firmó en 1648. Este hecho se conoce en la historia con el nombre de PAZ DE WESTPHALIA.

Así tuvo término la terrible guerra de los Treinta Años. Alemania perdió parte de sus más ricas provincias, Francia se apoderó de la Alsacia y Suecia de Pomerania. Suiza y Alemania, que habían forma-

do parte hasta ahora del Imperio, se separaron de él y fueron reconocidas como estados independientes. El poder supremo se confirió al Reichstag ó Dieta imperial, que debía estar reunida permanentemente en Ratisbona. Los distintos principes alemanes adquirieron una independencia casi completa, por manera que la unidad del Imperio quedó reducida á una sombra. Respecto á religión, se consagró por igual la libertad de católicos, luteranos y protestantes. Se sancionó el despojo de los bienes eclesiásticos que habían llevado á cabo los principes reformistas. El Papa protestó de esta decisión por medio de una bula; pero nadie paró la atención en ello. Alemania estaba desangrada. No es posible dar idea de los estragos que causó la guerra de los Treinta Años. Perecieron las dos terceras partes de los habitantes, muchos al filo de la espada, otros victimas del hambre y la peste, compañeras casi inseparables de la guerra. Centenares de aldeas habían desaparecido; no pocas estaban vacias, despobladas. Hacia años que no se labraban los campos. El comercio había quebrado en las ciudades. Las calles de las poblaciones estaban cubiertas de hierba, y sin cerrar las puertas de las casas. Las ventanas abiertas de muchas viviendas demostraban que sus inquilinos habían muerto ó emigrado. Descendiendo á casos particulares, baste decir que en el pequeño ducado de Würtemberg fueron destruidas en la guerra de los Treinta Años 8 ciudades, 45 aldeas, 68 iglesias y 36.000 casas. Sólo de 1634 á 1641 sucumbieron en Würtemberg 345.000 personas. En Thuringia había antes de la guerra, en 19 aldeas, 1.763 familias. De ellas sólo sobrevivieron 316. En el Palatinado había medio millón de habitantes; al firmarse la paz de West-

phalia, su número no excedía de 48.000. En 1618, la población de Alemania oscilaba entre 16 y 17.000.000: en 1649 apenas subía de cuatro. Tan horrible había sido el hambre durante la guerra, que hubo frecuentes casos de canibalismo. Cuadrillas de hombres vivían en los bosques como fieras, cazando á los transeúntes. Cerca de Worms fué atacada y dispersa una de estas horripilantes bandas en el momento de estar cociendo en un gran caldero piernas y brazos humanos. Se descolgaban los cadáveres de los criminales ahorcados, para devorarlos. Tanta era la despoblación en Franconia que se dictó una ley permitiendo á cada hombre tener dos mujeres y prohibiendo á las personas de uno y otro sexo el hacer profesión religiosa.

## CAPÍTULO XLII

### TRES GOLPES DADOS POR UN HOMBRE VESTIDO DE AMARILLO

(1657-1705.)



Diez años después de concluida la paz de Westphalia, eligieron emperador á Leopoldo, hijo de Fernando III. En su largo reinado de cerca de 50 años, Leopoldo sostuvo guerras casi continuas con Luis XIV de Francia. Este monarca, astuto y poderoso, pensaba que el Rin era la frontera natural de sus Estados. Débil, aunque amable, carecía Leopoldo del carácter enérgico que hubiese necesitado para dar alguna cohesión á los sueltos miembros del Imperio, y frustrar y desbaratar las intrigas de los Franceses.

En su afán inmoderado de medro personal, los principes de Alemania eran tan egoístas, tan indiferentes al bienestar de la madre patria, que hallábanse siempre dispuestos á prestar fácil oído á los mañosos consejos de Luis XIV, y á obrar como instrumentos suyos en contra de la paz y prosperidad de su propio país. De aquí resultó el que muchos de estos principes favoreciesen las empresas del rey de

Francia, dirigidas á desmembrar el Imperio. Por el tratado de Westphalia, Carlos Luis, hijo del despreciable Federico—el rey de invierno—fué reinstalado en el Palatinado del Rhin, cuya capital era Heidelberg, mas el Palatinado Superior habia de seguir incorporado á Baviera. Esto irritó á Carlos Luis, permitiendo á Luis XIV el atraerlo á sus miras. También el duque de Württemberg fué sobornado por el monarca francés, lo mismo que los electores de Maguncia y Colonia, y los duques de Brunswick y de Hesse-Cassel.

Como consecuencia de todo ello algunas de las provincias más ricas de Alemania, y en especial la orilla derecha del Rhin y el Palatinado, no tardaron en sufrir el azote de la invasión francesa. Ciudades y aldeas, que apenas se habian repuesto de los estragos de la última guerra fueron assoladas de nuevo. Alemania perdió poblaciones importantes, como Strasburgo, de que Luis se apoderó en tiempo de paz (1681). Luis, en efecto, habia sostenido correspondencia durante algún tiempo con algunos magistrados de Strasburgo. Cierta día Mr. de Louvois, ministro de la Guerra de Francia, llamó á un caballero de nombre Chamilly, y le dijo: «Parta V. esta misma tarde para Basilea, y dentro de cuatro días, á las dos en punto de la tarde, sitúese en el puente, con el libro de memorias en la manó, y apunte todo lo que vea en el espacio de dos horas. Á las cuatro en punto retirese V. y regrese, caminando día y noche sin detenerse un momento.»

Chamilly obedeció; llegó á Basilea, y el día y á la hora señalados se trasladó al puente, dispuesto á tomar nota de todo cuanto viera.

Primero pasa un carro del mercado; después una

vieja con una cesta de frutas; luego un niño pequeño hace rodar su aro; más tarde se ve un caballero anciano con sobretodo azul, que se zarandea al trote de su yegua torda. Dan las tres en el reloj de la catedral, y al sonar la última campanada un hombre alto que viste chaleco y calzones amarillos, llega de pronto, parece vagar sin objeto, se dirige al medio del puente, vacila, mira al agua, y al fin da tres fuertes golpes con su bastón en el parapeto. Ningún detalle se escapó á Chamilly. Á las cuatro en punto salta éste dentro de su carruaje, y después de dos días de incesante marcha, se presenta al ministro á media noche, avergonzado de haber tenido que consignar tantas fruslerías. Mr. de Louvois coge el libro de memorias, lo lee ávidamente, y cuando sus ojos recorren las líneas que mencionan el incidente del hombre de los calzones amarillos, se pinta en su rostro una sonrisa de satisfacción. Corre á la regia cámara, hace que despierten al rey, habla con él breves instantes, y en seguida parten correos que llevan pliegos cerrados. Ocho días después, la ciudad de Strasburgo estaba sitiada por tropas francesas que la intimaban rendirse. Capitula y abre sus puertas al ejército de Luis el 30 de Septiembre de 1681. Los tres golpes dados en la barandilla del puente eran la señal de que los magistrados de Strasburgo se hallaban dispuestos á recibir á los Franceses.

Tres tratados de paz se celebraron con los Franceses: el de Nimwegen, que concluyó con la guerra de Holanda en 1678; el de Ryswick, que puso término á la de Orleans, motivada por las pretensiones de los duques de Orleans á los estados de su hermano Carlos, el elector palatino que habia muerto sin hijos (1697), y el de Utrecht, después de la guerra de su-

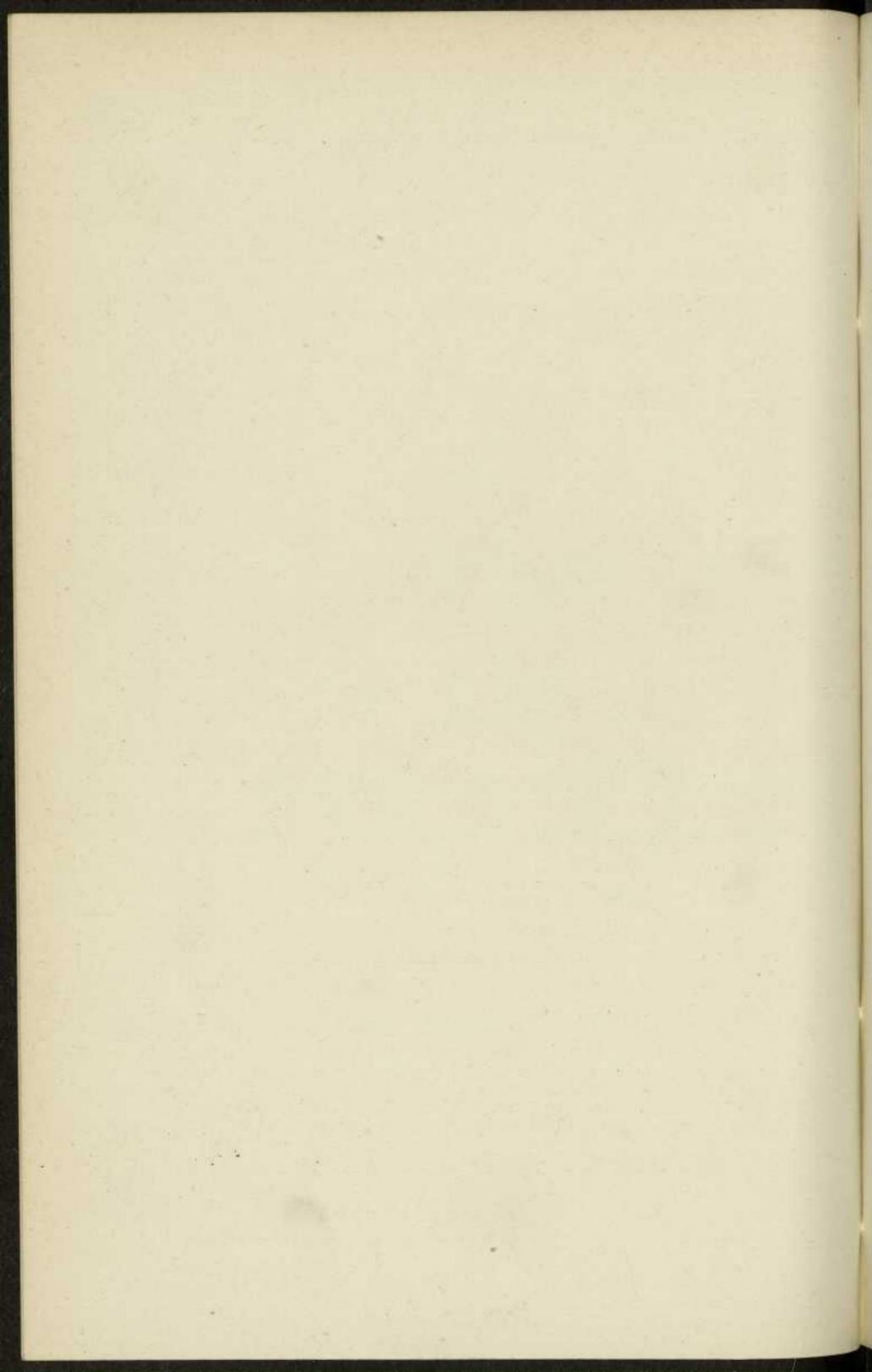
cesión de España en 1714. El pueblo llamó á estos tratados las paces de Nimweg (arrebata), Reinweg (desgarra), y Unrecht (injuria), porque en todos ellos salió Alemania perjudicada. Como medio de ejecutar sus planes, Luis XIV excitó á los turcos á que invadiesen el Imperio. Hiciéronlo así; invadieron la Hungría y pusieron sitio á Viena, que se sostuvo valerosamente por espacio de dos meses. Los turcos asolaron las inmediaciones de Viena y redujeron á esclavitud á 87.000 personas. Volaron las murallas, y la ciudad se vió cercada de ruinas y montones de escombros. Todavía, sin embargo, se defendieron los intrépidos vieneses, animados por su bravo comandante, el conde Starhemberg, el cual, aunque herido, se hacia conducir en una litera á los sitios de más peligro, y por su obispo Kolonitsch, que se consagró con el mayor celo á cuidar de los heridos. Desesperados, al fin, dispararon cohetes desde lo alto de la torre de San Esteban. Les contestaron con una descarga; Juan Sobieski, rey de Polonia, acudia en su auxilio. Los Turcos fueron derrotados, y tuvieron que abandonar el campo con pérdida de 20.000 hombres. Al tomarse y registrarse la tienda del visir se encontraron en ella las cartas de Luis XIV, impulsando á los turcos contra Austria.

En estos calamitosos tiempos, dos hombres se distinguieron especialmente por la elevación de su carácter, genio militar y valor; nos referimos al «Gran Elector» y al príncipe Eugenio de Saboya.

---



ESTATUA DEL GRAN ELECTOR.



## CAPÍTULO XLIII

### UN PRÍNCIPE ILUSTRE

(1640-1688.)



OR la paz de Westphalia Alemania quedó dividida en gran número de estados independientes. Los príncipes soberanos de estos estados se curaban poco, como hemos dicho, del bien común, atentos á su propio egoismo y teniendo en perpetua alarma al emperador. El elector de Brandemburgo formaba la excepción de esta regla.

Enrique I había creado el margraviato de Brandemburgo, como baluarte contra los paganos lituanos, que vivían en las orillas del Báltico. No se llamaba entonces margraviato sino Nordmark. Pero Alberto el Oso, que conquistó la mayor parte de la Lituania y se la anexionó, dió á su príncipe el título de margrave de Brandemburgo. Extinguióse la primera dinastía y en la época del concilio de Constanza, Federico de Hohenzollern, burgrave de Nuremberg, adquirió del emperador Segismundo, en 1415, dicho margraviato. Nuestros lectores recordarán la descripción que hicimos de Hohenstaufen, cuna de

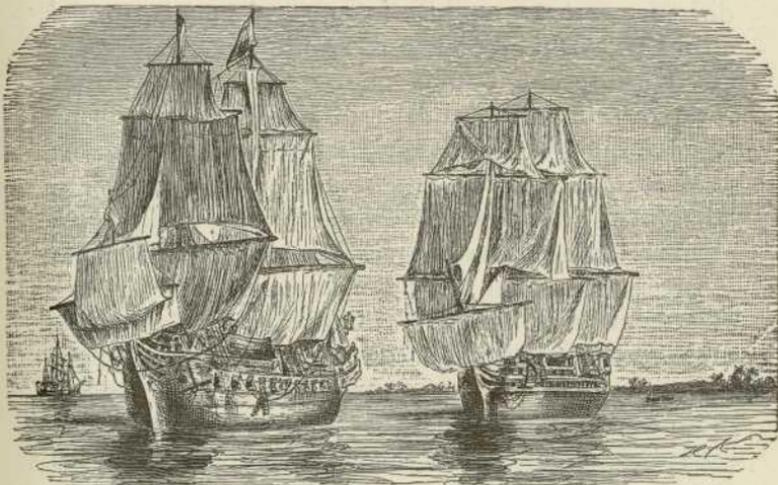
los grandes emperadores de la casa de Suabia; pues bien, Hohenzollern, cuna de los reyes de Prusia y actuales emperadores de Alemania, es precisamente

MEDALLA QUE REPRESENTA LAS SEGUNDAS NUPIAS DE FEDERICO GUILLERMO CON DOROTEA DE HOLSTEIN (SONDERBURG) GLUCHSBURG.



otra altura cónica, situada en la misma meseta suabia. Pertenece ahora al emperador que ha reconstruido con gran magnificencia el castillo. Se recor-

dará también que hemos referido que Alberto de Brandemburgo, gran maestro de la orden teutónica, se declaró luterano é incorporó á Prusia, que pertenecía á la orden, á los estados hereditarios de su familia. Alberto dejó dos nietas, y Joaquin Federico, elector de Brandemburgo, se casó con Leonor, la más joven, y su hijo Juan Segismundo con Juana,



BUQUES DE GUERRA DE FEDERICO GUILLERMO, EL GRAN ELECTOR,  
FUNDADOR DE LA DINASTÍA PRUSIANA.

la primogénita, vinculando así el ducado de Prusia en su familia. El parentesco que resultó fué extraño. Leonor era madrastra de su hermana primogénita y la hijastra tenía siete años más que la madrastra. Federico Guillermo, el «Gran Elector», era nieto de Juan Segismundo y Ana. En su tiempo, se extendieron considerablemente sus estados y debió el sobrenombre de «Grande» á su habilidad en el gobierno

y á sus relevantes dotes militares. Permaneci6 fiel al emperador, rehusando todos los ofrecimientos del rey de Francia. Luis XIV, con objeto de alejar á su temible contrario del teatro de la guerra en el Rhin, celebr6 una liga con los Suecos, induciéndoles á que atacasen á Brandemburgo, mientras el elector estaba en la regi6n superior del Rhin. Mas tan pronto como el suceso lleg6 á oidos de Federico Guillermo, dirigi6se éste á marchas forzadas al encuentro del enemigo, sorprendiéndole con su inesperada presencia. Libr6se una batalla en Ferbellin. En lo m6s rudo de ella, el escudero de Federico, Froben, observ6 que los Suecos dirigian principalmente sus tiros al mismo elector, que se distinguia por el blanco caballo que montaba. Froben indujo al elector á cambiar de montura con él. Apenas lo habia hecho y separ6dose de su se6or breves pasos, cuando una bala de ca6n6n le dej6 muerto. Poco despu6s el mismo Federico se vi6 rodeado por el enemigo, pero nueve dragones que le acompa6aban le abrieron camino con sus armas. Despu6s de una lucha desesperada el campo qued6 por los brandemburgueses, y los Suecos, que hasta entonces se habian creido invencibles, tuvieron que apelar á la fuga. En el invierno de 1678, los Suecos invadieron nuevamente á Prusia, pero Federico los rechaz6, persiguiéndoles en carretones á trav6s del helado golfo de Curlandia, les alcanz6 en Riga y los bati6 nuevamente.

---

## CAPÍTULO XLIV

EUGENIO DE SABOYA



El príncipe Eugenio de Saboya era un hombre de corta estatura y presencia insignificante. Sin embargo, en su gloriosa carrera rechazó las armas de Luis XIV en el Occidente de Alemania y quebrantó el poder de los Turcos en Oriente. Á causa de su débil constitución física le habian destinado á la iglesia y le llamaban «el pequeño abad.» Pero Eugenio no se sentia con vocación religiosa y ardía en deseos de ser soldado. Ofreció sus servicios á Luis XIV, que le despidió despreciativamente. Dejó entonces á Francia y se alistó en el ejército austriaco, peleando contra los Turcos. Durante el sitio de Viena, en 1683, se señaló tanto por su heroismo, que el emperador le dió el mando de un regimiento de dragones. Los atléticos dragones se mofaban de su oficial: «¡Ah, ah! el abadillo no alcanzará á los hombros de los Turcos para cogerlos por las barbas.» Se equivocaban: no sólo les cogió de las barbas, para emplear su lenguaje, sino que los arrastró por el suelo y les hizo morder el polvo. En 1697 recibió el mando en jefe de un ejército y lo mandaron contra los Turcos,

que habian invadido la Hungria dirigidos por el sultán. Eugenio cayó sobre ellos en el momento que atravesaban el Teiss por un puente improvisado y los derrotó por completo, no perdiendo más que 5.000 hombres, mientras el enemigo dejó tendidos en el campo 30.000. El sultán huyó á escape á Constantinopla.

Luis XIV empleó ahora todo su poder para atraerse al hombrecillo. Ofreciòle el titulo de feldmariscal, el gobierno de una provincia francesa y una cuantiosa suma de dinero. Pero Eugenio despidió á los mensajeros contestando: «Digan Vds. al rey que soy feldmariscal del emperador, cargo tan honroso como el que él me ofrece. En cuanto á dinero, no lo necesito. Mientras sirva fielmente á mi señor, no permitirá que carezca de él.» El principe Eugenio de Saboya se ganaba en absoluto el corazón de sus soldados. Les atendia cuidadosamente y cuando las pagas se retrasaban, sacaba el dinero de su propio bolsillo. Era franco y amable en sus maneras y cuando se dirigia á su ejército, invocando su valor, parecia recorrer las filas una chispa eléctrica.

Las tropas no iban á ninguna parte, no hacian nada sino por su orden. Diéronle fama merecida sus brillantes campañas contra los Turcos, que eran enemigos, no sólo del Austria, sino de toda la cristiandad. Los batió repetidas veces y al fin les obligo á aceptar un tratado de paz sumamente ventajoso para el Imperio.

En breve debian aumentar su renombre sus triunfos sobre los Franceses.

## CAPÍTULO XLV

### GUERRA EUROPEA

(1701-1714.)



LA muerte sin sucesión de Carlos II de España, Luis XIV de Francia, el emperador Leopoldo I y el elector de Baviera se disputaron la corona de aquel país<sup>1</sup>. Tal fué el origen de una guerra que duró 13 años, en la cual hubieron de tomar parte los principales esta-

1 La débil complexión de Carlos II, sus incesantes enfermedades y el carecer de hijos motivaron que años antes de morir el monarca se plantease la cuestión de la sucesión española. Seis eran al principio los pretendientes á la corona, que se esperaba ver vacante de un momento á otro: el archiduque Carlos de Austria, nieto de María, hija de Felipe III; el príncipe José Leopoldo de Baviera, nieto de Margarita, hija de Felipe IV; Felipe, duque de Anjou, nieto de María Teresa, primogénita de Felipe IV; Víctor Amadeo de Saboya, como descendiente de Catalina, hija de Felipe III; el duque Felipe de Orleans, como hijo de Ana de Austria, hija de Felipe III, y el rey de Portugal, D. Pedro II, como descendiente de doña María, hija de los Reyes Católicos. No obstante, en breve se vió que la competencia había de reducirse principalmente entre los tres primeros, no tanto por su mejor derecho, como por los grandes intereses que representaban y el partido que lograron crearse en las cortes y en el pueblo.

No se daban punto de reposo los mantenedores de estas distintas candidaturas, y todos recurrían al rey para que resolviese la cuestión, designando como sucesor á la persona que cada uno prefería, pues el absolutismo austríaco había acostumbrado á los monarcas á mirar el

dos europeos. Habiendo comenzado en tiempo de Leopoldo I, continuó durante el reinado de su hijo, José I, y no tuvo fin hasta después de subir al trono Carlos VI, hermano de este último monarca.

Al lado del emperador estaban Holanda, Inglaterra, Portugal, el elector de Hannover y el elector Federico de Brandemburgo, quien, con consentimiento del emperador, ostentaba ya el título de rey de Prusia.

reino como propiedad particular suya, del cual les era lícito libremente disponer. Menudeaban las intrigas, mediaron promesas, regalos y dádivas, y el vacilante ánimo del infeliz Carlos II inclinábase ya á uno ya á otro de los pretendientes, hasta que, cediendo al influjo de Oropesa, y justamente indignado por la conducta de Luis XIV, que, con objeto de amedrentar á España y prepararse para lo por venir, había celebrado con Guillermo III de Inglaterra y los Estados Generales de Holanda un tratado de repartimiento de la monarquía española — á tal punto de debilidad había llegado nuestra patria — decidióse por José Leopoldo de Baviera, solución que siempre le había sido la más simpática. La muerte, empero, de este príncipe, ocurrida al poco tiempo, hizo renacer todas las dudas y vacilaciones; se redoblaron las intrigas; cobró ventaja el partido francés; supo explotar las pasiones populares para inutilizar á sus enemigos y consiguió que Carlos II otorgase testamento, designando para sucederle á Felipe de Anjou.

Tal fué el origen de la guerra llamada de Sucesión española.

En la Península, Aragón, Cataluña y Valencia, se levantaron en favor del archiduque: Felipe de Anjou, en castigo, arrebató á estos territorios sus fueros y privilegios políticos; las instituciones aragonesas, admiración de propios y extraños, que había ya quebrantado hondamente Felipe II, fueron borradas de una plumada: igual suerte experimentó lo que quedaba de las catalanas y valencianas.

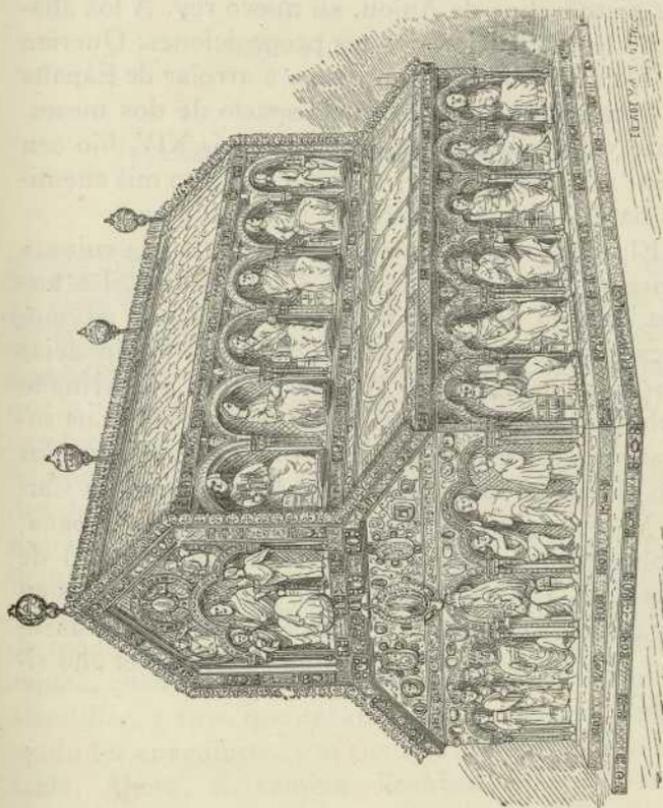
Durante la decadencia de España en los últimos y calamitosos tiempos de la casa de Austria, Cataluña, Navarra, Valencia y las demás provincias donde con más ó menos fuerza se habían conservado las instituciones antiguas, pudieron gozar de una prosperidad relativa; sus fueros, sus leyes, sus gobiernos particulares, sirviéronles de escudo y salvaguardia. En lo sucesivo, el absolutismo iba á dejar sentir sus efectos asfixiantes en casi toda la extensión de la monarquía; por eso, las rectas miras y el buen sentido de soberanos como Fernando VI y Carlos III no fueron bastantes á evitar la miseria y la postración á que vino nuestra patria en la época de Carlos IV. — (N. del T.)

Mandaban los ejércitos aliados el príncipe Eugenio y un insigne general inglés, el duque de Marlborough. No había entre los generales franceses ninguno capaz de competir con tan expertos capitanes. Fueron, pues, batidos en Alemania, derrotados en los Países Bajos y deshechos en Italia. Tenían por aliados al elector de Baviera y al Papa. Sin embargo, una insurrección que estalló en Hungría al mismo tiempo que los Franceses verificaban una incursión en Alemania, fué causa de que tuvieran que dividirse las tropas imperiales. El príncipe Eugenio empezó la guerra en Italia; mas de pronto, el teatro de la lucha trasladóse á Alemania, adonde Luis XIV envió un ejército numeroso que amenazaba á Viena. El ejército francés, unido al bávaro, no bajaba de 56.000 hombres, y entre el príncipe Eugenio y Marlborough no reunían sino 52.000. En la grande y decisiva batalla librada en Blenheim, aldea situada sobre el Danubio, entre Ulm é Ingolstad se jugó realmente la suerte de la casa de Austria. Los Franceses se ordenaron para el combate detrás de un pequeño río, el Nebelbach, que forma grandes charcos y pantanos antes de desembocar en el Danubio. Además del terreno, protegían su centro 90 piezas de artillería. Por la derecha, apoyábanse los Franceses en la aldea de Blenheim, y su izquierda se parapetaba en un espeso bosque. Marlborough y Eugenio situaron sus fuerzas delante de los pantanos, ocupando el primero la izquierda y el centro, y el segundo la derecha. La batalla comenzó atacando la infantería británica á Blenheim y siendo rechazada con grandes pérdidas en repetidos encuentros. Entonces, Marlborough reunió precipitadamente sus fuerzas y las dirigió como una cuña contra el centro enemigo, avanzando, hundiéndose en el

fango de los pantanos, yendo él al frente, á pesar de que el fuego de la artillería francesa sembraba la muerte en sus filas. Una bala de cañón hirió al caballo y derribó en tierra al jinete: las tropas temblaron por su capitán; la suerte de Austria estaba pendiente de la vida de Marlborough; pero á los pocos instantes ya había éste montado otra vez. Estallaron vitores y aclamaciones entre los Ingleses, que, llenos de entusiasmo, echaron sobre el fango faginas y lios de ropa, pasando por encima. Marlborough acometió primero con su caballería á los Bávaros y Franceses por un costado; después entró en fuego la infantería. El centro enemigo cedió, retrocedió y la masa entera del ejército, dividida, rota, deshecha, quedó convertida en una multitud desorganizada. Las pérdidas de los Franceses se elevaron á 40.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros; los imperiales se apoderaron de 300 estandartes y 120 cañones.

En la actualidad pasa un camino de posta por el campo de batalla y al ser abierto, se removieron con la pala montones de huesos de hombres y caballos. Fugitivos, dispersos, desalentados los miserables restos de aquel gran ejército que había amenazado esclavizar á Alemania y esparcido el terror á las mismas puertas de Viena, ganaron como pudieron el Rhin y los Vosgos, perseguidos por los aliados. El primer resultado de esta victoria fué la sumisión del duque de Baviera; el inmediato permitir al emperador enviar tropas á Hungría. La batalla de Blenheim se dió el 2 de Agosto de 1704. Los beligerantes eligieron ahora por teatro de la guerra á los Países Bajos; pero Marlborough permaneció inactivo hasta 1705, espionando á los Franceses, siendo entonces cuando éstos inventaron en señal de desprecio la

popular canción «Marlborough se fué á la guerra», que sus bandas militares tocaban para enardecer á los soldados. Marlborough, sin embargo, no se habia dormido y en 12 de Mayo de 1706 salia á campaña



ARMARIO DE LOS TRES REYES SANTOS EN LA CATEDRAL DE COLONIA.

con nuevo ardimiento, atacando á los Franceses en Ramilliers y derrotándolos por completo; volvió á batirlos en Oudenarde en 1708 y otra vez, haciéndoles sufrir pérdidas terribles en Malplaquet, en 1709. Al mismo tiempo el principe Eugenio los vencía en

Italia. Abrumado por tantos desastres, Luis XIV pidió la paz ofreciendo desistir de toda pretensión á la corona de España y aun proporcionar dinero á los aliados para ayudarles á expulsar del territorio español á su nieto Felipe de Anjou, su nuevo rey. Á los aliados no les satisficieron estas proposiciones. Querian que Luis XIV se comprometiese á arrojar de España por si mismo á su nieto en el espacio de dos meses. Tanto valia exigir lo imposible, y Luis XIV dijo con razón: « Si debo pelear, antes lo haré con mis enemigos naturales que no con mis propios hijos.»

«El orgullo, dice el proverbio, precede á la ruina.» Ahora se demostró la verdad de este aserto. La fortuna cambió repentinamente, favoreciendo al monarca francés. El emperador José I murió sin dejar hijos y la herencia de Austria pasó á su hermano Carlos, el pretendiente al trono de España. Los soberanos europeos no querian volver á ver reunidos bajo el mismo cetro los antiguos dominios de Carlos V; por tanto, cesaron en el asunto de España, reconociendo como rey de esta nación al nieto de Luis XIV. Tal fué lo convenido por las potencias en el tratado de Utrecht, y el Emperador tuvo que asentir á ello en el de Rastadt, que se celebró el año siguiente.

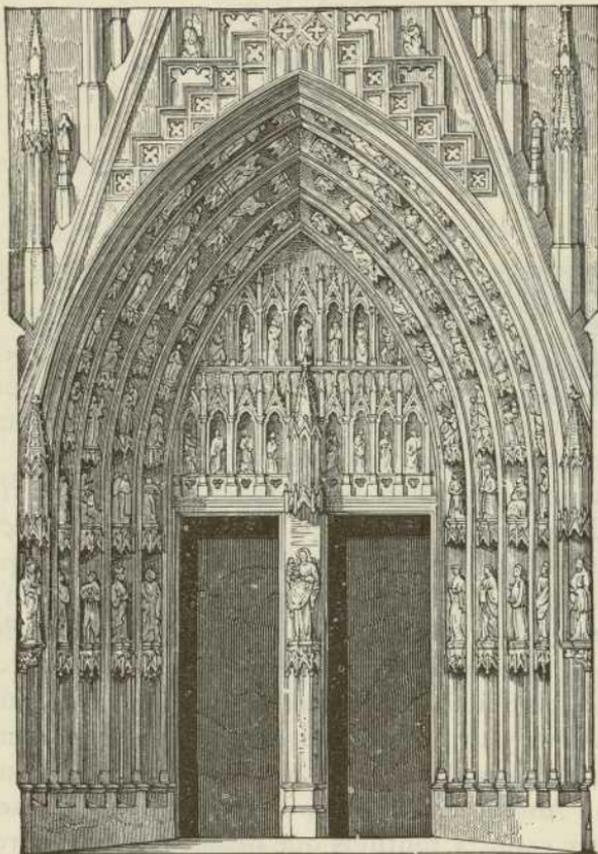
## CAPÍTULO XLVI

### PELUCAS EMPOLVADAS Y PARCHES



**D**AMOS ya en el periodo de las pelucas empolvadas y de los rostros adornados de parches. Se le llama el periodo del *roccoco*, de *roche*, *roca*, y *coquille*, concha, porque la ornamentación arquitectónica afectaba imitar la combinación de la roca y el trabajo de la ostra. Se había promovido una reacción general contra la rigidez de las modas anteriores. Huiase de la línea recta; hasta los caballeros estudiaban actitudes en que predominase la curva. Las damas del siglo *xvi* usaban ricos trajes de seda adamascada, cubiertos de bordados, de modo que apenas podían inclinarse. Una princesa sajona, en el acto de contraer matrimonio, no se pudo arrodillar, y tuvo que casarse de pie derecho, semejando un apagaluces, con sus faldas tiesas como una tabla. Ahora, en cambio, llevaban trajes de seda ligera y satin, y tontillos que dejaban ver el guardapiés de distinto color. Se peinaban, sin embargo, su cabello en forma de promontorio, sosteniéndolo con aparatos y sargas de perlas y adornándolo con plumas y flores, de modo que cuando se enderezaban de esta guisa no podían echarse á descansar en el lecho.

Los caballeros llevaban pelucas blancas, empolvadas, lujosas casacas de terciopelo, largos chalecos de satín, calzones de lo mismo y medias de seda. Iban



PORTAL DE LA CATEDRAL EN COLONIA.

completamente rasurados. Cuéntase á este propósito que la duquesa María Gonzaga, sobrina de Luis XIV, al ver el retrato de Ladislao, rey de Polonia, excl-

mó asustada: «Pero ¡qué deforme! ¡Tiene dos grandes protuberancias, como colas de rata, encima del labio superior.» Estas protuberancias eran los mostachos. La duquesa no había visto nunca ó creído posible que los bigotes pudieran crecer tanto.

En esta época se construyeron en Alemania muchos edificios y las iglesias que habían sido medio demolidas por los Suecos en los estados católicos fueron restauradas. Se esculpían las estatuas en actitudes teatrales, recubriéndolas de hojas de estaño dadas de color que imitasen al satin. Todos los objetos susceptibles de ser dorados se revestían de láminas de oro. Era aquella una época espléndida y fastuosa. Las cortes de los soberanos rivalizaban entre sí en lujo y extravagancia y había que abrumar á fuerza de impuestos á los pobres campesinos para sostener tanta prodigalidad.

Durante la guerra de los Treinta Años la mayor parte de la nobleza antigua había muerto ó se había empobrecido. Los únicos que salieron gananciosos en estas guerras fueron los príncipes que se quedaron solos, sin que nadie se interpusiese entre ellos y el pueblo, por manera que gobernaban según su capricho y multiplicaban las cargas y gravámenes á su gusto. El emperador recurrió al arbitrio de expedir y vender patentes y títulos de nobleza y los príncipes le imitaron. No había título ni distinción que no se adquiriese por dinero.

La poesía de la época es pomposa y afectada, mas hay un arte que nace en esta edad del *rococo*: hablamos de la música.

## CAPÍTULO XLVII

### LAS TRIBULACIONES DE UNA NOBLE REINA

(1740-1745.)



LA historia de Alemania entra en un nuevo periodo en 1740. Federico II ocupa el trono de Prusia y Maria Teresa es soberana de Austria. El deseo insaciable de aumentar su poder que parece haber sido inherente á los Hohenzollern, impulsó á Federico II á mover guerra á Maria Teresa al comienzo de ambos reinados; se derramó mucha sangre y fueron assoladas las provincias más hermosas. La ocasión se presentó como sigue :

El emperador Carlos VI murió sin dejar sucesión masculina. Durante su reinado encaminó todos sus esfuerzos á asegurar la posesión de los dominios austriacos á su admirable hija, Maria Teresa. Á este propósito consiguió que se firmara un acuerdo entre los estados del Imperio y la monarquía austriaca, el cual aceptaron también los principes reinantes de Europa. Se llamó la «Pragmática Sanción.» Al morir Carlos VI, Maria Teresa, que se habia casado con el duque Francisco de Lorena, empuñó las riendas del gobierno de todos los territorios pertenecientes

à Austria, es decir, Bohemia, Hungría, Austria



FEDERICO EL GRANDE DESPUÉS DE LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS.  
(Firma del Rey.)

propiamente dicha, Tirol, Styria, Carinthia, etcétera.

Pero, no obstante la Pragmática Sanción, hubo protestas y reclamaciones. El embajador de Carlos Alberto, elector de Baviera, fue á Viena para anunciar que su soberano no reconocía á la joven reina, como sucesora de su padre, porque la casa de Baviera tenía derecho á la herencia austriaca.

También Federico II de Prusia, viendo que sólo tenía que habérselas con una débil y joven mujer, pidió perentoriamente parte de Silesia. Como Maria Teresa era bastante animosa para no rechazar estas insolentes demandas estalló la guerra, auxiliando Francia, España y Polonia á Baviera y Prusia contra Austria. Estas guerras se conocen con el nombre de «Guerras de la Sucesión austriaca» ó el de «Las Tres Guerras de Silesia».

María Teresa es uno de los tipos de mujer más dignos de admiración y respeto que nos presenta la historia. En la primavera de su vida, de carácter noble, hermosa, su digna y serena majestad, y el encanto de su trato se combinaron para hacer girar la rueda de su fortuna en sentido favorable en el periodo más crítico de su vida. El elector de Colonia no quería reconocerla más que como archiduquesa. El elector palatino le envió una carta por el correo ordinario con la dirección siguiente: «á la archiduquesa Maria Teresa.» El rey de España rehusaba darle otro título que el de duquesa de Toscana. Su marido era un pobre hombre que la trataba sin miramientos, y no sabía alentarla en sus días de prueba. Al principio, únicamente el rey de Prusia parecía mirarla con simpatía; prometiéndole su auxilio, en efecto, pero mientras tanto reunía tropas en secreto, para invadir á Silesia. Engañada Maria Teresa le produjo extraordinaria sorpresa la brusca demanda de esta provin-



MARÍA TERESA.

cia que le hizo el rudo mensajero de Federico. Hasta los ministros prusianos se avergonzaron de la conducta de su rey.

Dióse una batalla en Molwitz. El ala derecha de los prusianos fué desbaratada, y Federico huyó al galope de su caballo, á pesar de las vivas instancias de sus oficiales para detenerle; no paró hasta Oppeln donde vió con desaliento que había una partida de húsares austriacos que le hicieron fuego; pero antes de que los húsares pudieran montar en sus caballos, Federico metió espuelas al suyo, y retrocedió al campo de batalla, donde supo con sorpresa que su ejército había obtenido en su ausencia una victoria completa.

Después del triunfo no tuvo límites la insolencia de Federico. Los Ingleses enviaron un embajador para que mediase, y le hablaron de magnanimidad. «Magnanimidad, bah», replicó el rey de Prusia: «ya sólo me cuido de mis intereses.» Maria Teresa ofrecióle tres ducados de Silesia. Federico contestó: «Antes de la guerra podría haber sido bastante; ahora no. ¿Me importa á mi la paz? Á ellos que la necesitan dejadles que me den lo que necesito; en caso contrario, que sigan luchando, y serán derrotados otra vez.»

## CAPÍTULO XLVIII

### EL PRÍNCIPE NIÑO

(1741-1742.)



En tal estado las cosas el elector de Baviera auxiliado de los Franceses, salió á campaña para sostener sus pretensiones con la fuerza de las armas. Dirigióse á Viena. En Linz hizo que le rindieran homenaje como archiduque de Austria. Estaba á tres jornadas de la capital y María Teresa no podía atajarle el paso, porque el ejército de Silesia lo tenía en jaque Federico. Por otra parte, su tesoro se hallaba exhausto. Viéndose en este conflicto huyó de Viena á Presburgo, en Hungría, convocó á los magnates y apareció ante ellos en traje húngaro, con la corona de San Esteban en la cabeza y la espada al costado. Radiante de belleza habló á la Asamblea con ánimo varonil, invocando la nobleza de sentimientos, propia de los caballeros, para que amparasen á una mujer en su angustia. La respuesta no se hizo esperar. La Asamblea en masa se puso en pie, desnudaron todos los aceros y no se oyó más que un grito: «Moriatur pro nostro rege Maria Teresa».

La injustificada agresión del rey de Prusia había

producido en Inglaterra indignación general y el Parlamento votó 300.000 libras para auxiliar á la reina.

En breve tiempo se reunió un numeroso ejército de Húngaros y Croatas que en pocos meses limpiaron el Austria de Bávaros y Franceses, persiguiendo á los invasores en el mismo territorio bávaro y apoderándose de Munich, capital de este reino. Los Franceses, que se habian acogido á Praga, fueron bloqueados, mas lograron romper el cerco en lo más crudo del invierno, huyendo por campos de hielo, que sembraron con los cadáveres de sus soldados, muertos de frio. De 40.000 franceses que habian entrado en Bohemia sólo 3.000 escaparon de los peligros de la retirada y pudieron regresar á su país.

Las tropas austriacas habian sido menos afortunadas en su campaña contra Federico. El rey de Prusia las derrotó otra vez, pero alarmado por el creciente poder de Maria Teresa condescendió á firmar la paz, mediante la cesión de gran parte de Silesia.

El mismo día en que el ejército de la reina entraba en Munich, el elector se coronaba como emperador en Francfort, tomando el nombre de Carlos VII. El nuevo emperador, sin embargo, no podia presentarse en sus dominios. Su reinado fué breve y agitado, no pudiendo culpar á nadie, pues él mismo se habia labrado su desgracia. La guerra continuó con varia fortuna. Jorge II, el rey de Inglaterra, tomó parte personalmente en ella, á la cabeza de un ejército de Hannoverianos y Hesianos que, unidos á los imperiales, obtuvieron una señalada victoria sobre los Franceses en Dettingen. Las noticias del triunfo las supo antes el pueblo vienés que su reina. Se habia alejado ésta, paseando por el Danubio, y á su

vuelta vió las orillas llenas, en una extensión de nueve millas, de un gentío inmenso que la vitoreaba, mientras hacían salvas los cañones de los fuertes y repicaban las campanas de las iglesias. Entró en la capital como llevada en triunfo, y, sin detenerse, fué á la catedral á dar gracias al Todopoderoso. No tardaron en recibirse otras noticias tan favorables como las anteriores. Se había ocupado á Eгна Newmark y todas las posesiones hereditarias de la casa de Austria reconocían ya á Maria Teresa como soberana.

Federico II «el Grande» se sintió inquieto, temiendo que Maria Teresa, halagada ahora por la fortuna, le reclamase los ducados silesianos. Por esta causa, intrigó secretamente con Inglaterra, hasta conseguir apartarla de la alianza de Austria, y en seguida invadió repentina é inesperadamente la Bohemia, derrotando á los generales imperiales en varios encuentros. Le auxilió eficazmente un hombre de carácter extraño, pariente suyo, el príncipe de Dessau, soldado rudo, alto y flaco y de labios salientes. El príncipe Eugenio solía llamarle el «bull-dog.» No consintió que sus hijos tuviesen tutor, alegando que debían formarse por sí mismos y no por mano ajena. Era chambelán suyo un francés, llamado Chalesac. Cierta noche volvió el príncipe á su domicilio en completo estado de embriaguez, y el chambelán se arriesgó á reconvenirle. El «viejo Dessauer» cogió sus pistolas y apuntando á la cabeza de Chalesac, rugió: «¡Tú, perro! Voy á matarte.» El chambelán no se inmutó. «Haga V. lo que quiera, repuso, pero será una mancha en su historia.» El príncipe quedóse pensativo durante un momento, bajó las pistolas y dijo: «Si, sería una acción mal mirada.» Otro día,

estando en la iglesia, oyó que el predicador repetía los primeros versículos de un himno:

« Ni el hambre, ni la sed,  
ni la necesidad, ni el dolor,  
ni la cólera del Gran Príncipe,  
pueden contenerme. »

El príncipe, creyendo que aludía á él, cogió su bastón y abalanzóse á las gradas del púlpito para castigar al pastor por su insolencia. El ministro asustado, gritó: «¡Señor! hablo de Beelzebú, de Beelzebú, no de vuestra alteza» siéndole muy difícil calmar al furioso príncipe y salvar la piel.

La primera guerra silesiana duró desde 1740 hasta 1742; la segunda desde 1744 hasta 1745. Esta última concluyó con el tratado de Dresde, por el que Maria Teresa se vió obligada á ceder toda la Silesia al orgulloso vencedor. En este año murió Carlos VII, á quien Maria Teresa se habia negado á reconocer y fué elegido para sucederle el esposo de la reina, Francisco I. Devolvióse entonces el ducado de Baviera á Maximiliano, hijo de Carlos VII, el cual desistió de las pretensiones de su familia á la herencia austriaca.

En 1748 se firmaba la paz en Aix: Austria perdía dos provincias en Italia.

Nada hemos dicho de las guerras sostenidas en esta península, pero en ella se peleó tanto como en Alemania y los Países Bajos, siendo el rey de Cerdeña el mayor adversario de la reina en Italia.

## CAPÍTULO XLIX

### LAS PENALIDADES DE UN JOVEN PRÍNCIPE

**F**EDERICO Guillermo I<sup>o</sup>, rey de Prusia y padre de Federico el Grande, era hombre áspero y brutal, por más que no careciese de algunas buenas cualidades. Detestaba las ceremonias, mas no las ceremonias solamente, sino las mismas formas sociales prescritas por la urbanidad y la decencia. Su mayor diversión consistía en llevar huéspedes extranjeros á su gabinete de fumar y hacerles beber cerveza hasta ponerlos en completo estado de embriaguez. Despreciaba y aborrecía las ciencias, y cuando Gundling, un hombre muy sabio, era invitado á comer con el rey, éste hacía que introdujeran previamente en el comedor á un gran mono, vestido exactamente como Gundling, y lo sentaba á la mesa en el sitio del sabio. Para mostrar su desprecio por el saber, insistió, al morir Gundling, en encerrar su cadáver en un tonel y no en un ataúd. Su hija nos cuenta en sus memorias el hecho siguiente: «Mi hermano me dijo que una mañana que fué á la habitación del rey, nuestro padre lo agarró por el caballo, tiróle al suelo y después de golpearle fieramente, lo arrastró hasta la ventana, cogió el cordón

1 Era nieto de Federico Guillermo, el « Gran Elector ».

de la cortina y se lo arrolló al cuello. El príncipe tuvo bastante presencia de ánimo y aliento para desasirse de las manos del rey y pedir socorro. Acudió un chambelán y salvó á mi hermano de las iras del rey.»

Otra vez que Federico Guillermo paseaba á caballo por los alrededores de Berlin vió á un pobre judío que trataba de sustraerse furtivamente á su vista. El rey le alcanzó, le detuvo y le preguntó que por qué huía. «Señor, tengo miedo de vuestra alteza», contestó el espantado hebreo. Federico Guillermo entonces, cogiéndole por la nuca le azotó con el látigo, gritándole furioso: «¡Ámame! ¡Tú me amarás! ¡Yo te enseñaré á que me ames!»

Su gran ambición era hacer de Prusia un estado guerrero. Sus oficiales iban reclutando gente por todas partes; escogían los hombres más robustos para granaderos de la guardia real y les obligaban á engancharse empleando toda clase de fraudes y artimañas.

Odiaba á los Franceses, su lenguaje, su cultura, sus maneras, y con objeto de demostrarles su antipatía, ordenaba á los carceleros que se vistieran á la última moda de Paris.

Aborrecía á Federico, su hijo y heredero, por ser un muchacho tímido, que se encogía y temblaba á su vista. Traducía esta timidez por cobardía y quería conseguir que Federico le amase á fuerza de golpes, según el procedimiento usado con el judío. El joven príncipe cobró afición extraordinaria á todo lo francés, leía libros franceses y tocaba la flauta. Por desgracia, los primeros libros franceses que cayeron en sus manos fueron las obras de Voltaire, que ridiculizaban la religión y la moral y hacían constante obje-

to de mofa los dogmas y creencias del cristianismo. Federico Guillermo obligaba á su hijo á oír largos y monótonos sermones calvinistas y le negaba distracciones inocentes, como la de tocar la flauta, siendo el resultado de todo esto que la disipación viciase las costumbres y la incredulidad estragara los sentimientos de Federico. El rey llegó á insultar al príncipe en público, no recatándose de manifestarle cuán grande era el odio que le inspiraba. Mas cuando quiso que Federico renunciase á su cualidad de sucesor suyo, el príncipe repuso: «Prefiero perder mi cabeza á renunciar á mi derecho.»

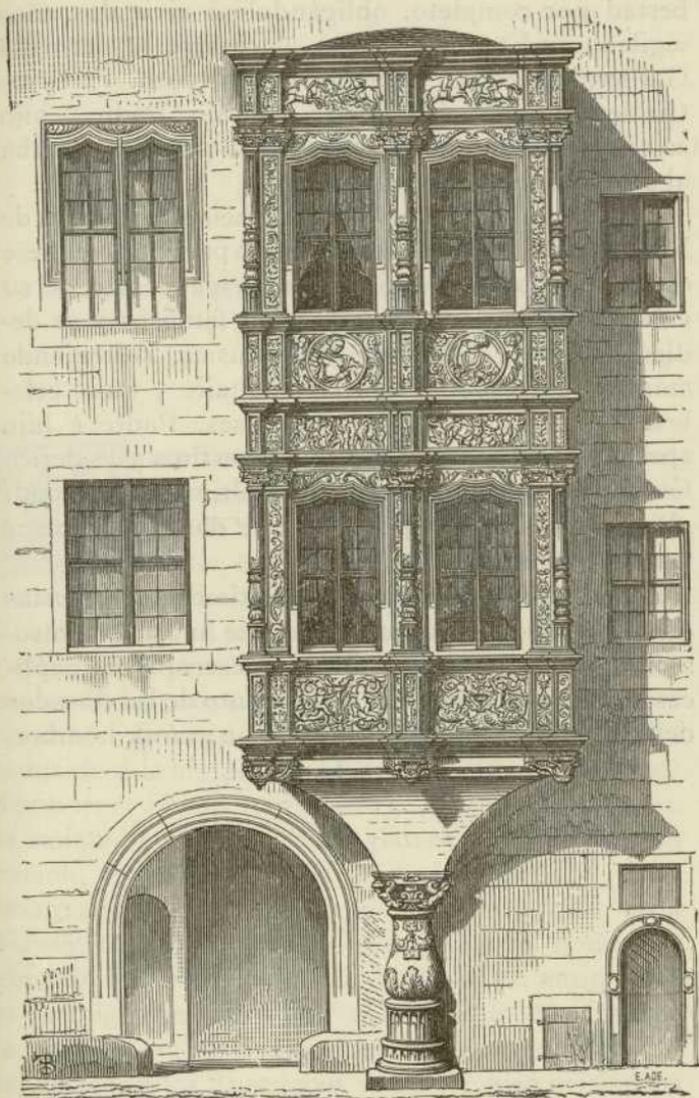
La situación hizóse al fin intolerable y como el rey quisiera casar á Federico contra su voluntad, el príncipe determinó huir al lado de su tío, el rey de Inglaterra. Su hermana Guillermina y dos amigos, Keith y Katte, entraron en el complot. El proyecto era que Federico se fúgase mientras el rey verificaba una excursión por el Rhin. Mas el plan di



GRANADERO DE FEDERICO GUILLERMO.  
(Medía 2 metros y 23 centímetros.)

vulgóse y fué delatado al rey que mandó prender á su hijo. Llevado éste á presencia del rey, Federico Guillermo, encolerizado y descompuesto desnudó su espada y habria atravesado á Federico, si uno de los generales que estaba presente, no se hubiese interpuesto y detenido el brazo del rey, gritando: «¡Señor! atraviésemme á mi, si tal es su voluntad, però no mate á su propio hijo.» Federico fué encerrado en una prisión en Küstrin. Á Katte le condenaron á muerte y el rey obligó á su hijo á que presenciara la ejecución de su amigo, á quien colgaron de la ventana de su encierro. Keith habia logrado huir. Federico dictó sentencia de muerte contra el príncipe. Entonces un viejo general exclamó: « Señor, si V. M. quiere sangre tome la mía y me consideraré dichoso; pero en tanto aliente no cesaré de clamar porque se respete la vida del príncipe.» El emperador Carlos IV intervino también y manifestó al rey que un príncipe real sólo podia ser condenado á muerte por la Dieta del Imperio. «Está bien, dijo el rey, recurriré á mi tribunal de Königsberg, que está fuera de los confines del Imperio y donde nadie puede cohibir mi voluntad.» «Sólo Dios, señor, repuso atrevidamente un fiel servidor, que estará allí presente y pedirá cuenta á V. M. de haber derramado la sangre de su propio hijo.» Al oír estas palabras púsose el rey grave y no volvió á hablar de la ejecución de Federico.

En el entretanto, el príncipe seguía en su encierro. Tenía un duro banco por asiento y el suelo por lecho y se le servía para comer el rancho de la cárcel. Al fin escribió una carta muy sumisa á su padre, reconociendo que habia obrado mal y prometiéndole no volver á desobedecerle en lo futuro. Para acabar de vencer su obstinación, el rey no le devolvió su li-



MIRADOR DEL CASTILLO DE TORGAU.

bertad por completo, obligándole á vivir dos años vigilado en Küstrin. Al fin, al casarse su hermana Guillermina con el principe de Baireuth, Federico Guillermo le permiti6 tornar á Berlin. Padre é hijo se reconciliaron y desde entonces el primero llamaba al segundo: «mi querido Fritz».

El rey adquirió el castillo de Rheinsberg, cerca de Neu-Ruppin, donándosele á su hijo para que residiese en él. Aquí pasó Federico los días más felices de su vida. Rodeóse de los literatos más famosos y se dedicó á cultivar la ciencia y la música, sosteniendo animada correspondencia con Voltaire y otros celebrados poetas y filósofos franceses. Padre é hijo aprendieron á mirarse con mucha estima y Federico Guillermo exclamaba durante su última enfermedad: «Doy gracias á Dios por haberme dado un sucesor tan digno: muero contento.»

El carácter de Federico se resintió de las funestas consecuencias del tratamiento á que habia estado sometido. Duro, egoista y falso de escrúpulos, explicase así que su conducta en el asunto de los ducados de Silesia fuese tan poco digna de un grande hombre.

## CAPÍTULO L

### EL EJÉRCITO DE «SALTA Y CORRE»

(1756-1763.)



MARIA Teresa no podía olvidar que se le había arrebatado la Silesia, sin más razón que la violencia. Además el aumento del poder é influencia de Prusia eran causa de celos y envidia por parte de los otros principes. Fuéle, por tanto, fácil á Maria Teresa promover una vasta alianza contra Prusia. Francia, Rusia y Sajonia se declararon á favor de Austria; los aliados se proponian privar á Federico del titulo real y dejarlo reducido á la simple condición de margrave de Brandemburgo. Prusia, sin embargo, consiguió atraerse la amistad y el apoyo de Inglaterra. Al rey de esta nación, Jorge II, no le era simpático Federico, y habría reanudado de buena gana su alianza con Maria Teresa; mas el Parlamento pensó de otro modo. Siguiendo Federico su táctica habitual de anticiparse al enemigo con atrevidos golpes de mano, invadió la Sajonia, sin aguardar á que la guerra se declarase, derrotó á los Austriacos y rodeó é hizo prisionero al ejército sajón. Tal fué el comienzo de la guerra de los Siete Años ó tercera guerra silesiana.

En esta guerra demostró Federico ser un general de primer orden. Aunque tenía media Europa en contra suya, casi siempre llevó la mejor parte en la lucha. Derrotó á los Austriacos en Praga y Leuthen; á los mismos y á los Franceses en Rossbach, y á los Rusos en Zorndorf. Sin embargo, los Austriacos le batieron á su vez en Kollin y Hochkirch. Además, perdió la batalla de Kunersdorf que le presentaron las fuerzas unidas de Austriacos y Rusos. Pero, á pesar de todo su heroísmo y de sus brillantes campañas, no hay duda que á la postre habria sido vencido á no haber abandonado á Austria uno tras otro todos sus aliados, quedando al fin frente á frente las dos naciones rivales; y como ambas estaban desangradas, por efecto de una guerra tan larga, firmóse la paz en un pabellón de caza, en Hubertsburgo (Sajonia) y Silesia continuó en poder de Federico. Todavía hoy pertenece á Prusia.

Entre las grandes y memorables batallas libradas en la guerra de los Siete Años, merece especial mención la de Rossbach.

Á fines de 1757 Federico el Grande habia avanzado á la cabeza de 20.000 hombres hasta el rio Saale al encuentro de los Franceses y de una división imperial de Sajonia. El enemigo contaba con fuerzas tres veces más numerosas que el rey de Prusia y regocijábale la perspectiva de una batalla en que toda la ventaja numérica estaria de su parte, pensando que al fin iba á vencer y aniquilar á Federico.

Acampó éste en una altura, que comenzaron á rodear los Franceses al són de sus bandas militares, como queriendo encerrar á los Prusianos en un circulo de hierro. Esperaban coger al rey prisionero y que así tendria término la guerra. Los Prusianos perma-

necieron inmóviles: nubes de humo se elevaban de su campamento; preparábanse á almorzar. Federico habia elegido como punto de observación un castillo que coronaba la eminencia. Abrió un agujero en el tejado, se encaramó á él y allí estuvo sentado una hora, espionando los movimientos del enemigo: bajó después y almorzó con excelente apetito. En seguida, al ver que las cabezas de las columnas francesas llegaban enfrente de su flanco izquierdo, dió la señal de ataque. Recogieron las tiendas en un instante; los soldados empuñaron las armas, se oyeron los tambores, formáronse las líneas é hizo fuego con fragoroso estruendo la oculta artilleria. El general de caballeria, Seidlitz, cargó á los Franceses, arrollándolos y rompiendo sus filas antes de que pudieran colocarse en orden de batalla. El enemigo, sorprendido por lo rápido del movimiento, se dejó invadir del pánico y en menos de media hora la batalla estaba ganada, con pérdida, por parte de Federico, de 300 hombres tan sólo, mientras los aliados tenian 4.000 bajas entre muertos y heridos, sin contar 7.000 prisioneros, entre los cuales habia 11 generales; 63 cañones y 22 banderas cayeron también en poder del vencedor. Los Franceses no pudieron rehacerse, huyendo á la desbandada, como una muchedumbre desorganizada, dispersa, sobrecogida de terror y no pararon hasta poner el Rhin entre ellos y los formidables prusianos. El buen humor popular aplicó al ejército francés así derrotado el sobrenombre de «Salta y corre».

## CAPÍTULO LI

### EL VIEJO FRITZ REPARA LOS MALES DE LA GUERRA

ONCLUÍDA victoriosamente la guerra de los Siete Años, el rey consagró toda su atención á remediar los estragos causados por la lucha. La guerra habia sembrado por todas partes la desolación, el hambre y la ruina. Dícese que 14.500 casas habian quedado reducidas á escombros y que faltaban hombres para labrar los campos y caballos que acarreasen la menguada cosecha. En Sajonia solamente perecieron de hambre 100.000 personas y en Bohemia 180.000. Sin embargo, Prusia y Silesia habian sufrido menos los efectos de este azote, á causa de haber fomentado el rey y su ministro Schalaberndorf el cultivo de la patata. Al principio se miraba con mucha prevención este útil tubérculo, pero Federico, comprendiendo el partido que de él podia sacarse, favoreció su propagación por todos los medios posibles. No menos de 20.000 personas, huyendo de sus campos arrasados é incendiados, emigraron de Bohemia á Prusia en busca de la patata. El rey reconstruyó las aldeas arruinadas, proveyó de grano á los labradores empobrecidos que no podian sembrar por falta de simientes é hizo importar caballos que distribuyó entre

ellos. Abrió zanjas y canales para desecar los pantanos y mejoró los caminos. Recorria anualmente el país, á fin de observar si adelantaba y corregir los abusos. Cuando veía cultivada una comarca que antes era un erial ó un pantano solía decir que habia adquirido una nueva provincia. Alentaba las ciencias y las artes, fundaba escuelas y depuraba la administración de justicia. Era familiar con sus súbditos, prestaba solícito oído á sus agravios y mostrábase pronto en remediarlos. Tenia especial predilección por la población agrícola. Le gustaba acercarse á los labradores, conversar con ellos é informarse de sus necesidades y opiniones. Era por esta causa muy amado de ellos, que le llamaban «el padre Fritz» ó «el viejo Fritz.» Su antigua amistad con los escritores incrédulos de Francia, habian desterrado de su corazón los sentimientos cristianos y por efecto de su indiferencia era tolerante. Recurrióse á él, como jefe de la Iglesia evangélica en sus estados para que resolviese cuáles himnos debían ser preferidos y dijo: «Bah, dejad que cada uno cante las tonterías que quiera».

Falto de religión, carecia por desgracia de un criterio seguro en materia de rectitud y moralidad. Había en su corte un escocés llamado Keith, hombre tan honrado, fiel y cabal, que Federico exclamó un día: «Ese hombre casi me hace creer en la virtud.» No es fácil decidir si amaba el bien de sus súbditos por propio egoismo, comprendiendo que su prosperidad afirmaria su poder, ó si realmente su corazón era superior á sus principios. Debemos creer lo mejor.

Era bajo de hombros, usaba larga trenza y cubría su cabeza con un tricornio. Se ponía un uniforme muy usado, de color azul con vivos rojos. Gastaba cortos calzones negros y altas botas. Cuéntanse de él

muchas anécdotas interesantes. El pueblo de Potsdam dibujó en una esquina una caricatura que representaba al rey con un molinillo de café en las rodillas. Federico lo vió al pasar. «Ponedlo más bajo para que se vea mejor», dijo, y continuó su paseo. Uno de sus guardias, demasiado pobre para comprar un reloj, ató una bala á su cadena y se la echó en el bolsillo. El rey le preguntó un dia qué hora era. El guardia sacó la bala y contestó: «Mi reloj no señala más que una hora y es aquella en que estoy dispuesto á morir por V. M.» Federico le regaló su propio reloj de oro.

Era muy aficionado al rapé, que ensuciaba su ropa. En cierta ocasión que visitaba al emperador de Austria, se habia puesto el uniforme austriaco, blanco con bordados de plata; pero el rapé que le habia caido sobre el traje le hacia representar un pobre papel en medio del brillante cortejo que rodeaba al emperador. Volviéndose entonces á los oficiales les dijo: «Caballeros, no estoy bastante limpio para figurar á vuestro lado; no merezco llevar vuestros colores.»

He aqui una de sus mejores frases: «Nada se parece tanto á la muerte como la holgazaneria. No necesito vivir, pero mientras viva necesito estar ocupado.» No olvidó su gusto por la flauta, y cuando le preocupaban los más graves negocios de Estado, veíasele atravesar los corredores de su palacio de Potsdam, tocando este instrumento.

Con su prudente gobierno levantó á Prusia al nivel de Austria, Francia é Inglaterra, elevándola al rango de potencia de primer orden. Su ejército era sin disputa el mejor organizado del continente, pero castigaba á los soldados por la falta más leve con pena

de azotes. Luis XV, suponiendo que las victorias de los Prusianos se debían al *gato de nueve colas*, lo introdujo en su ejército, mas cuando se ordenó á un subalterno que azotara á un soldado, prefirió suicidarse á obedecer.

La muerte de Federico, ocurrida en 1706, produjo general sentimiento en Alemania. Dejó á su sucesor un reino floreciente, con 6.000.000 de habitantes, un ejército espléndido y el tesoro repleto.

Federico merece bien el sobrenombre de «Grande», porque dió un gran ejemplo á los soberanos de Alemania. Á su desgraciada educación, que endureciera su alma y extinguiera sus sentimientos religiosos, debemos atribuir el que no fuese el más grande de los reyes modernos, ó como en Francia se dijo, «que no tuviese parecido» <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Mirabeau nos ha conservado en sus *Memorias* la impresión que le produjo Federico en una visita que hizo al monarca prusiano en 19 de Abril de 1780. «Es imposible, dice, imaginarse inteligencia más fresca ni conversación de mayor atractivo. Sin embargo, me sentía mal, porque la extraordinaria dificultad con que el rey respiraba me angustiaba más que á él. Es un espectáculo conmovedor ver padecer á un grande hombre. El carácter de su mal era tan grave, y mi conmoción tan grande, que temí provocar explicaciones... Esta noche salgo de aquí, y después de haber visto muchos jardines, mucho dorado, algunos cuadros y antigüedades bellas, y algunos cortesanos, nada me ha conmovido tanto en esta larga revista como este hombre tan superior á la categoría en que le ha colocado la Providencia, después de haberle creado expresamente para que llene su puesto.» Mirabeau no cita más que un detalle de la conversación que tuvo con Federico. Preguntó al rey: «¿Por qué el César de los Germanos no ha sido también su Augusto? ¿Por qué no se ha dignado Federico el Grande tomar parte en la gloria de la transformación literaria verificada en su tiempo, para apresurarla y vivificarla con el fuego de su genio y de su poder?» Á lo cual replicó el rey: «Pero ¿qué podría yo haber hecho en favor de los escritores alemanes que hubiese igualado al servicio que les he prestado no leyendo sus libros y no cuidándome de ellos para nada?» Estas palabras revelan mejor que todas las apologías que pudieran escribirse, el genio tolerante y el espíritu liberal de Federico.—(N. del T.)

## CAPÍTULO LII

### EN QUÉ SE OCUPABAN DOSCIENTOS PRÍNCIPES

**A**L terminar la terrible guerra de los Treinta Años surgieron en Alemania doscientos estados independientes, todos los cuales volvian sus ojos á Francia, como modelo digno de ser copiado en su sistema de gobierno, vida y costumbres. La guerra habia extinguido casi por completo la cultura en el pais, mientras Francia estaba en el pináculo de su gloria y esplendor: tiene, pues, alguna excusa el proceder de los principes. Por desgracia, la cultura francesa era una flor efimera, algo así como una brillante burbuja de jabón.

Luis XIV fué un gran monarca, mas no mereció este epíteto de grande por las mismas razones que Federico II. Ganoso de gloria personal y cegado por el brillo que despedia su nombre, arruinó á Francia, sembrando los gérmenes de la revolución que habia de destruir la monarquía<sup>1</sup>. Federico, en cambio,

<sup>1</sup> El estado de Francia á la muerte de Luis XIV era deplorable; las guerras largas, porfiadas y sangrientas en que se empeñó el orgulloso monarca por su afán de dictar la ley á Europa; los tributos que tuvo que imponer á su pueblo; su despotismo avasallador, hicieron al trono el blanco del odio nacional, pues con el absolutismo aparecía el rey, y

hizo avanzar á Prusia por el camino de la prosperidad, estableciendo su trono sobre cimientos tan sólidos y profundos, que hoy todavía permanece inmovible y ha sido el centro del nuevo imperio alemán. Los príncipes del siglo XVIII no comprendieron que, bajo la magnificencia exterior del reinado de Luis XIV, se ocultaba la muerte y el vacío; nosotros podemos apreciarlo, porque la historia ha venido á revelárnoslo. Hasta Federico el Grande sintióse arrastrado por la influencia francesa y ésta le fué funesta, como hemos dicho.

Cuando Luis XIV construyó su palacio de Versalles y creó una ciudad en medio de un desierto, la mayor parte de los pequeños príncipes de Alemania quisieron imitarlo, ideando levantar ciudades en los sitios menos á propósito.

Jorge Samuel, de Nassau Idstein, incapaz de fundar una ciudad en su menguado territorio, quiso, por lo menos, dar vida y nombre á una aldea y erigió á Georgeborn en la cima de una árida montaña. Abriéronse caminos con objeto de que pusieran en comunicación la aldea con el exterior, dotósele de un alcalde y un pastor, y se dió un edicto mandando á los infelices labradores que abandonasen sus hogares, donde dejaban parte de su ser, y se trasladaran á las nuevas y frías casas de Georgeborn. Después de sólo el rey, como el autor de la miseria y los males que afligían al país.

La muerte de Luis XIV fué saludada por Francia con demostraciones de alegría; parecía que el reino acababa de quitarse de encima una losa enorme que lo aplastaba. En París, el pueblo quiso vengarse del «gran rey» persiguiendo su féretro con maldiciones y blasfemias, y arrojando sobre él lodo y piedras. Pocas veces se ha visto más patente que el egoísmo, el propio endiosamiento, la soberbia voluntad de los déspotas no puede fundar nada grande, sólido y duradero, por más que tengan á su servicio las eminentes cualidades que adornaban, sin duda, á Luis XIV.—(N. del T.)

arrastrar la aldea una vida ficticia de treinta años, el sucesor de Jorge Samuel ordenó que fuese destruida y su nombre se borrara del mapa. Sin embargo, precisamente entonces habia aparecido una nueva industria en Georgeborn, que empezó de pronto á prosperar. Esta aldea existe aún, siendo testimonio viviente de que las poblaciones no pueden ser creadas ó derruidas por el capricho de los gobernantes.

Mas grotesca aun fue la tentativa del conde Guillermo de Buckemburgo, cuya ambición consistia no en tener una ciudad un y palacio como Versalles, sino una fortaleza como Metz. Tan reducido era su estado que una bala de cañón podria atravesarlo en toda su extensión. Construyó, pues, á costa de penosos sacrificios un lugar fortificado, colocando artilleria en las murallas, pero dentro no habia que defender más que una fila de chozas de madera, un observatorio y un sembrado de patatas.

Conoceréis por grabados, cuando no del natural, el hermoso castillo de Heidelberg, que es la ruina más bella, en punto á palacios, que hay en Alemania. Heidelberg *era* la capital del Palatinado, pero el elector Carlos Felipe trasladó en 1720 su corte á Mannheim, que levantó de nueva planta, tomando por modelo un tablero de ajedrez. Mannheim se edificó en una llanura estéril, y el palacio del antiguo elector es verdaderamente horrible. El barón Pöllnitz, que escribia sus Memorias por entonces, dice: «He visto cazar perdices donde ahora se yerguen palacios: la traza de la ciudad es regular y encantadora; la población es sin disputa una de las más bonitas de Europa.» ¡Como cambia el gusto! Nosotros diriamos que era la más fea, con excepción de Darmstad. El duque Eberhardo Luis de Württem-

berg trasladó también su capital de Stuttgart á una nueva población que edificó y denominó Ludwig-berg. Su coste fue enorme y lo peor del caso es, que la ciudad se construyó en tiempo de gran miseria. Cuando se colocaron sus cimientos hizose un reparto de pan entre los hambrientos campesinos para acallar sus murmuraciones. El palacio tiene 400 departamentos. La ciudad se halla dividida en cuarteles cuadrados, como Mannheim y Darmstad, y hay en ella 7 plazas, 8 puertas y 3 iglesias parroquiales.

Karlsruhe fué fundada por el margrave de Baden-Durlach, Carlos Guillermo, cerca de un puesto de caza que habia en lo más espeso de una selva y que después transformó en un palacio.

El barón Pöllnitz la describe del modo siguiente: «El actual margrave, Carlos, ideó el plano y la fundación de la ciudad y su palacio.

Éste se levanta á la entrada de un gran bosque, en el centro de una estrella, formada por 32 paseos. Detrás del palacio se eleva una torre octogonal que domina los paseos. Al otro lado está la ciudad. Tiene 5 calles, y la principal se halla en línea recta con el centro del palacio. Al extremo de las tres calles principales y enfrente del palacio hay tres iglesias, una para los luteranos, otra para los calvinistas, y la tercera para los católicos.»

Se recordará que en el periodo del *rococco* se aborrecian las líneas rectas y rígidas: ahora la moda pecaba por el extremo opuesto, no agradando más que lo regular y uniforme.

Hacia este tiempo también fue reedificada Darmstad, según el mismo detestable gusto, por los electores Luis I y Luis III, que la dejaron en la forma que hoy se ve. Todas las calles son exactamente iguales;

y todas las casas reproducción una de otra. Á un extremo de la calle principal está el palacio que es sumamente feo, y al fin de dos calles opuestas, hay dos iglesias no más bonitas, una para los calvinistas y otra para los católicos.

Aquellos que no fundaban ciudades, construían palacios. El barón de Reichenbach, viajero belga de comienzos de este siglo, dice: «Los príncipes parecen impulsados por una rivalidad febril, que podría ser mejor dirigida. Ningún pequeño potentado merecería la más mínima consideración si no tuviese su Louvre y su Versalles.»

En Würzburgo edificó el obispo un espléndido palacio, cuyos cimientos se echaron en 1720, aunque tenía ya otros dos en la misma ciudad, el primero el castillo de Manenberg, y el segundo que se acabó de construir el año antes de comenzar el tercero. Este nuevo palacio tiene 284 departamentos, y en uno de ellos había una especie de *tio vivo*, donde el prelado, sus capellanes y la corte pasaban alegremente los días de lluvia. El príncipe obispo ocupaba un pequeño carruaje, colgado de terciopelo rojo, en el cual estaban bordadas la mitra y las armas de la sede.

Otra de las habitaciones está forrada de espejos, de modo que al entrar en ella, veis vuestra imagen repetida infinitas veces.

## CAPÍTULO LIII

### EL BUEN REY JOSÉ

(1780-1750.)



ENTRE todos los principes alemanes que se ciñeron la corona imperial, José II ocupa uno de los primeros lugares. Era hijo de Maria Teresa y habia heredado de su madre las excelentes dotes que la convirtieron en idolo de su pueblo. Este bien intencionado monarca consagró toda su vida al servicio del Estado y en una época en que la afición al juego rayaba en locura, nunca quiso terciar en ninguna partida donde se cruzase la cantidad más insignificante. En cierta ocasión que estaba de visita en Versalles se negó á tomar los naipes con que le brindaban, diciendo: «El principe que pierde, pierde el dinero de sus súbditos.» No era bebedor ni gastrónomo. Le gustaba la música y tocaba el violoncello. Su afán de remediar abusos era tan grande, que le arrastró á reformas ridiculas ó prematuras, habiendo podido decir con razón Federico el Grande, que José daba siempre el segundo paso antes que el primero.

Desde los primeros tiempos de su juventud, fué gran admirador de Federico II, á quien tomó por mo-

delo en sus tentativas de introducir mejoras. Al ver á Federico por primera vez en Neise, exclamó con alegría: «Mis deseos están cumplidos, pues he tenido la honra de abrazar á este gran rey y general.» En una segunda entrevista, Federico manifestó á las personas que le rodeaban, el juicio que José le merecía; he aquí sus palabras: «He visto al emperador y estoy seguro de que ha de desempeñar un papel importante en los asuntos de Europa. Ha nacido en la corte más fanática y, sin embargo, está libre de la superstición. Se ha educado en medio de la pompa, y sus costumbres son sencillas. La adulación le ha prodigado sus lisonjas y es modesto. Ama la gloria con entusiasmo y sacrifica su ambición á su deber. Ha tenido maestros pedantes y revela su gusto por los buenos libros.»

Hemos visto cómo los príncipes construían sus nuevas ciudades con arreglo á planes de la más estricta uniformidad, donde calles, casas é iglesias reproducían siempre idéntico modelo. José quiso aplicar el mismo sistema al gobierno de sus estados, mostrando así que carecía de aquel buen sentido que libraba á Federico II de caer en errores de bulto. En los dominios austriacos se hablaban diez lenguas principales, y cada nación tenía sus propias leyes y administración. José concibió el pensamiento de dar unidad interior al Imperio, estableciendo un sistema uniforme y borrando las diferencias de culto, lenguaje, leyes y costumbres. En Austria había trece gobiernos. Los suprimió, hizo lo mismo con los Parlamentos locales, declaró obligatoria la lengua alemana en todos los actos y servicios públicos, no dando á los funcionarios más que dos años de plazo para aprenderla, abolió las antiguas formas consuetudinarias y anuló exenciones y privilegios. Pensaba

sin duda rectamente. Era muy difícil regir á Húngaros, Bohemios, Alemanes, Croatas, Moravos, Italianos, Flamencos, Transilvanos, etc. respetando sus leyes y usos particulares, y habría simplificado sobremanera la administración el que todos hubiesen sido gobernados desde Viena, con arreglo á un plan uniforme. Mas José no consideró que cada uno de aquellos pueblos se hallaba estrechamente apegado á sus leyes, costumbres y tradiciones, por lo que en vez de producir un bien, iba á introducir en el gobierno la confusión y el desorden.

Dió también un catecismo político que debía ser enseñado en las escuelas, en el cual reducía la legislación á una especie de tabla de mandamientos, profana y absurda. He aquí algunos de estos preceptos: «No exportarás al extranjero pieles de liebres. No tendrás perros que no te sirvan. No plantarás tabaco sin permiso.»

Mas aunque José incurriera en errores, su gobierno fué fecundo en bienes reales y efectivos. Su intención era sana. Amaba la rectitud. Su mayor deseo consistía en corregir abusos, y se aplicaba con tesón á hacerlos desaparecer, pero su cabeza no era bastante fuerte para mostrarle dónde debía detenerse.

Los campesinos gemían bajo las trabas del feudalismo, viviendo casi en estado de completa servidumbre. José rompió los lazos que los oprimían, aboliendo las intolerables restricciones que estorbaban su prosperidad. Multiplicó las escuelas, y extendió y mejoró el sistema de educación. Redujo el número de monasterios y conventos desde 2.000 hasta 700, y cerró todos los que no respondían á un pensamiento de pública utilidad. Monjes, frailes y monjas debían, ó enseñar, ó predicar, ó asistir á los

enfermos. No consintió que ninguna orden religiosa permaneciese ociosa. Las principales órdenes que había eran los benedictinos, que cultivaban la ciencia y tenían escuelas; los jesuitas, que se dedicaban á la enseñanza y la predicación; y los franciscanos ó capuchinos, que vivían implorando la caridad pública.

Los jesuitas se habían hecho particularmente odiosos por su tendencia á mezclarse en los asuntos políticos; los capuchinos, reclutados en la clase más infima del pueblo, eran ignorantes y alentaban grandemente la superstición. El dinero y los edificios adquiridos con la supresión de tantos monasterios los dedicó José á usos útiles, como escuelas, hospitales, bibliotecas, etc. El rey invistió de autoridad á los obispos sobre los monasterios de sus respectivas diócesis. Esta fue una medida excelente, porque hasta entonces los conventos, y monasterios habían tenido completa independencia y gobernándose á su gusto, sin que nadie los vigilase ó inspeccionara. Dió ocasión á ella, el haberse descubierto las grandes crueldades cometidas en un convento de capuchinos en Viena. Uno de los frailes, llamado Fessler, denunció al emperador el hecho de que había calabozos en el convento, donde algunos hermanos habían vivido encerrados por espacio de muchos años. Uno había estado cincuenta, otro cuarenta, otro quince, y otro nueve. El emperador abrió una información y suprimió las órdenes mendicantes. Cercenó las rentas de varias ricas sedes episcopales, suprimió algunas de éstas, creó otras, y permitió el libre ejercicio de su religión á todos sus súbditos. El papa Pío VI, alarmado con estos procedimientos atrevidos, creyó que José estaba en camino de imitar la conducta de

Enrique VIII de Inglaterra, é hizo un viaje á Viena para reconvenir personalmente al emperador. El rey le recibió con ligera cortesía y lo trató casi como á un prisionero. Mandó cerrar todas las puertas del departamento en que lo alojara, no dejando libre más que la de entrada, donde puso una guardia para impedir que el Papa recibiese visitas de particulares, en quienes pudiera fomentar el descontento. Después de permanecer en Viena algunas semanas sin poder recabar nada, el Papa se partió con el corazón dolorido. Acompañóle el emperador hasta la abadía de Mariabrunn, y dos horas después de haberse ausentado de ella Pío VI, José dispuso su clausura, para demostrar la ninguna influencia que la visita del Papa había ejercido en su ánimo.

Su intervención arbitraria en los usos y libertades de los estados que regía acarreó males de consideración. Bélgica rehusó pagar los impuestos y se declaró independiente. En Hungría hubo levantamientos populares, y el emperador se vió obligado á derogar las órdenes que había dictado, introduciendo cambios en aquel reino. Cundió el disgusto; amenazó la revolución por todas partes. Agobiado José por estas contrariedades, su salud y su ánimo decayeron. Pocos días antes de morir escribió de su puño y letra: «Me conozco bien: estoy convencido de la sinceridad de mis propósitos y confío en que, cuando haya muerto, ha de juzgárfeme imparcialmente»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Un ilustre contemporáneo de José II, Herder, escribe con motivo de su muerte: «Nueve años antes de subir al trono había sido venerado como instrumento de Dios, esperándose de él todo lo más grande, todo lo más famoso, casi lo imposible, ahora le han conducido al sepulcro como víctima expiatoria de la época. Ningún emperador, ningún mortal trabajó ni desplegó tanta actividad como él; ninguno sufrió como él la desgracia, no sólo de tener que renunciar al logro de sus

El juicio imparcial que José pedía ha sido emitido por todos los historiadores. Nadie duda de la bondad de sus intenciones: nadie cree tampoco que tuviese el juicio bastante sólido para llevarlas á la práctica con prudencia. Murió en 1790, después de haber reinado 45 años. Como no dejara descendencia, le sucedió su hermano Leopoldo, que había sido hasta entonces gran duque de Toscana.

Leopoldo subió al vacilante trono, que estaba cercado de peligros. Sus vastos dominios eran presa de sorda fermentación ó de guerra declarada, por efecto de las reformas prematuras ó poco juiciosas de José. Sin embargo, aunque reinó pocos años, con su moderación y su prudencia pudo calmar la agitación general y restablecer la paz y la confianza. Respetóse en su tiempo todo lo bueno que había hecho José, y se rectificaron los errores en que había incurrido.

planes, ante la muerte, que le sorprendió en los mejores años de su vida, sino de haber tenido que destruir en los últimos momentos, y cuando estaba concluída, la obra á la cual había consagrado todos los trabajos y cuidados de su existencia».

El emperador había tenido el pensamiento de romper abiertamente con Roma, proponiéndose, sin embargo, conservar incólumes el dogma y la organización eclesiástica interior; pero los consejos del diplomático español Azara le hicieron desistir de su proyecto. Azara, en efecto, hubo de manifestarle que las grandes variaciones en las creencias religiosas sólo eran posibles cuando las maduraba el tiempo ó se presentaban como fruto del deseo expresa y paulatinamente manifestado por la mayoría de la nación; que debía meditar si la lucha y el dispendio que ésta traería consigo valían la pena de emprenderla, y que Prusia no dejaría, con el asentimiento de Alemania, de aprovecharse de los sucesos.—(N. del T.)

## CAPÍTULO LIV

### PRESENTASE EL GENIO EN ESCENA

**L**os últimos años del siglo XVIII son un período de gran renacimiento literario. En la época del *rococco*, la general afectación invadía y dominaba el campo de la literatura; pero ahora se verifica un cambio notable, apareciendo escritores de verdadero genio, que elevan y depuran el gusto y se crean un nombre imperecedero en la historia del arte. El primero en romper con las extravagancias del estilo *rococco* fué Gotthold Lessing—(1729-1781), quien, por más que al principio tratase de cultivar la medicina y la teología, estaba destinado á consagrar su talento á la bella literatura. Ridiculizó la imitación de los escritores franceses, excitando á sus compatriotas á que buscasen la originalidad en el pensamiento y el estilo. Llamando la atención hacia el genio de Kant y Winckelman y combatiendo los procedimientos de Wieland y Klopstock <sup>1</sup>, quería que el sentimentalismo no contaminase la religión ni la frivolidad rebajara el arte. Escribió

<sup>1</sup> Wieland imita á los escritores franceses, aunque sobrepuja con frecuencia á sus modelos; su *Oberon* es considerado por algunos casi como un verdadero poema épico. Escribió novelas filosóficas á la manera de Voltaire, poesías y cuentos ó historias caballerescas. Muy instruído, supo sacar partido de la ciencia de la antigüedad para dar en-

*Minna de Barnhelm*, comedia no libre del todo de la afectación que condenaba, y *Emilia Galotti*, tragedia en que reproduce la historia de Virginia, aunque los personajes son modernos. Su *Laocoonte* es una disertación crítica en el terreno de la poesía y la pintura, que ha ejercido y ejerce todavía vasta influencia en los dominios del arte. *Nathan der Weise* es otra creación vigorosa de su genio independiente, donde, bajo la forma de una historia dramática, expone su filosofía religiosa <sup>1</sup>.

canto á sus composiciones, y en sus versos adquiere la lengua alemana flexibilidad, armonía y gracia.

Klopstock sigue á los ingleses; Milton y Young son sus autores favoritos. Profundamente religioso y dotado de elevada inspiración, escribió la *Mesiada*, poema que abunda en bellezas de primer orden. Se hallaba tan penetrado de los sentimientos que expresaba que, estando agonizante, repetía, para exhortarse á sí mismo á morir cristianamente, los versos conmovedores en que había descrito, en el poema que acabamos de citar, la muerte de María, la hermana de Lázaro y Marta, episodio donde se había propuesto pintar los últimos momentos del justo.—(N. del T.)

1 Los principales personajes de *Nathan el Sabio* son un turco, un templario y un judío. Sin duda inspiró á Lessing este drama el cuento de *los tres anillos* de Bocaccio, pero no por eso es menos original la obra del autor alemán. El turco es el sultán Saladino, de ánimo grande y esforzado; el templario un joven, severo como lo exige su estado religioso, y el judío, un anciano, Nathan, que ha adquirido cuantiosa fortuna en el comercio, y se distingue por sus generosos sentimientos y su elevación de miras. Nathan comprende todas las creencias sinceras y ve á Dios en el corazón de todo hombre virtuoso. En cierta ocasión se le quiere arrebatár á Nathan una joven á la que ha servido de padre, y que como tal, ha educado desde su más tierna edad; el dolor abrumba al anciano, y para resistir á la injusticia que con él va á cometerse, refiere cómo la niña vino á su poder.

Los cristianos habían entrado en Gaza é inmolado á todos los judíos; aquella noche Nathan vió perecer á su mujer y á sus siete hijos; Nathan pasó tres días prosternado en el polvo, jurando odio implacable á los cristianos, pero poco á poco recobró la tranquilidad exclamando al fin: «hay, sin embargo, un Dios; cúmplase su voluntad». En este momento visitó un sacerdote á Nathan, rogándole que recogiese una niña cristiana, huérfana desde su nacimiento; Nathan la adoptó. Esta es la

Lessing, antes de morir, vió aparecer á los dos escritores más grandes de Alemania y que han dado su gloria más espléndida á este periodo, Juan Wolfgang



JUAN WOLFGANG VON GOETHE Á LOS 30 AÑOS.

(Según un retrato por May).

von Goethe (1749-1832) y Juan Cristóbal Federico Schiller (1759-1805). El primero sólo cede á nuestro

niña que tratan de arrebatarle. Reprochan á Nathan haber educado á Rebeca, que así se llama la joven, en la religión judía; él se defiende y sólo pide seguir haciendo bien á la huérfana. En todas estas escenas juega un papel importante el caballero templario.

Al fin del drama se descubre que este último y la huérfana son hermanos, y ambos sobrinos del sultán Saladino.

La tendencia filosófica de esta obra, á la cual todo se subordina, perjudica algo á su mérito literario, sobresaliendo más por la pintura de los caracteres que por el interés de las situaciones.—(N. del T.)

Shakespeare como poeta, y era hombre de genio extraordinario, aunque viciado por intensa vanidad. Hijo de un caballero de fortuna, habia recibido educaci6n esmeradísima, y por sus vastos conocimientos y agradables maneras, sus conciudadanos esperaban grandes cosas de él. Esto no obstante produjo general sorpresa el estreno de su drama *G6tz de Berlichingen*, en 1773, al que sigui6 al otro a6o una novela famosa, *Los amores del joven Werther*. La literatura estaba intoxicada con el espiritu romántico, y Alemania entr6 de lleno en un periodo de convulsi6n intelectual, llamado *Sturm und Drang* 6 periodo de esfuerzo y violencia. El protagonista del drama es el héroe de la *mano de hierro*, fiero bar6n del siglo xvi, que vivia en pugna con la ley: al argumento de la novela le sirven de trama las desgraciadas pasiones del autor y las de un estudiante cuya melanc6lica historia habia sabido Goethe. *Los amores del joven Werther* respiraban un sentimentalismo insipido, pero habia en esta obra descripciones admirables; el lenguaje era maravilloso, y el conjunto se armonizaba tan bien con el anhelo vago y quejumbroso de la 6poca, que, como dice Carlyle: «el coraz6n y la voz de Europa respondieron rápida y unánimemente al llamamiento del autor.» La novela fué leida ávidamente por jóvenes y viejos, y hubo pobres locos que quisieron imitar el ejemplo de Werther y se suicidaron para excitar la piedad, que tan generosamente se prodigaba al héroe imaginado por Goethe.

Invitado por el gran Duque, Carlos Augusto, Goethe se traslad6 en 1775 á Weimar, donde más adelante trab6 conocimiento con Schiller, á quien profesaba afecto tan vivo á causa de su puro y honrado

genio y noble alma, que solía decir que aquel periodo había sido como «una nueva primavera de su vida». En la pequeña ciudad de Weimar, donde no había industria ni comercio, Goethe fué objeto de una especie de culto, sobre todo por parte de las mujeres. Además, los grandes hombres de la nación acudieron á Weimar, agrupándose en torno de Goethe, y la afortunada población vino á ser como la Atenas alemana. El poeta se entregó al principio á los goces que le ofrecía la ciudad, pero después consagróse con afán al estudio, aunque durante algunos años fué muy poco lo que publicó. Sin embargo, sus vigiliias, viajes y variada experiencia de la vida dieron al fin sus frutos, y escribió multitud de novelas, poemas, dramas, leyendas, etc., que le valieron la admiración universal. Entre sus grandes obras figuran el drama romántico *Egmont*; la tragedia *Ifigenia en Tauride*;—la melancólica fantasía *Torcuato Tasso* y el poema idílico *Hermán y Dorotea*.

Si el genio de Goethe no hubiese creado ese admirable poema que se llama *Fausto*, donde en tono melódico, con verbo, entusiasmo, misterio y respeto, pinta el desencanto de la inteligencia, habria tenido su expresión más acabada en los cantos y baladas, espontáneos destellos de su entendimiento, bajo la influencia de múltiples impresiones. Ya encanten por su sencillez, ya sorprendan por lo grotescos ó maravillosos, ya admiren por su arrogancia, palpitan en estos cantos y baladas verdaderos sentimientos humanos «casados con versos inmortales.» El genio de Goethe fue reconocido en Inglaterra no menos que en su patria, y al acercarse su último cumpleaños, quince escritores, entre los cuales se contaban Scott, Southey, Carlyle y Procter le felicitaban y enviaban un

sello, donde se habían hecho grabar las palabras *Ohne Hast, Ohne Rast*—sin prisa, sin descanso—tomadas de uno de los poemas de Goethe. Ningún contemporáneo ha ejercido influencia tan grande en la literatura, y ningún escritor alemán puede comparár-



JUAN CRISTÓBAL FEDERICO SCHILLER Á LOS 30 AÑOS.  
(Según un retrato por L. v. Simonawitz).

sele en esta relación. Carlyle dice que Goethe y Napoleón fueron los dos hombres más grandes de su tiempo, y añade que la grandeza de Goethe «es, por su valor intrínseco, incuestionablemente superior á la del insigne capitán.»

Schiller es en diferente concepto el reverso de la

medalla de su contemporáneo de más edad. Menos favorecido por las circunstancias que Goethe, tuvo que prepararse él mismo á hurtadillas para cultivar las letras. Á la temprana edad de 19 años escribió un drama que más adelante publicó con el título de *Los Bandidos*, siendo extraordinario el efecto que produjo en el mundo literario por su elocuencia apasionada y fascinadora; dicese que indujo á algunas personas de fortuna á dedicarse al bandolerismo por afición. No visitó á Weimar hasta los 28 años, y cuando él y Goethe conversaron por primera vez, sus caracteres se repelieron naturalmente. En esta ocasión escribió Schiller á un amigo suyo, diciéndole que entre personas que veían las cosas bajo prismas tan distintos, no era posible que hubiese intimidad verdadera. No obstante, á pesar de la antipatia con que se miraban, su amistad se cimentó sólidamente, como ya se ha insinuado, y fué provechosa para Alemania. Dominaba el uno con la tiranía de la inteligencia; reinaba el otro por la amabilidad del sentimiento.

Entre los dramas de Schiller se cuentan *Wallenstein*, en tres partes, de cinco actos cada una, harto extenso para ser representado; *Maria Stuart*, *La Doncella de Orleans*, *La Desposada de Messina* y *Guillermo Tell*. Sin embargo, aunque Schiller goce de merecido renombre como autor dramático, probablemente es más conocido por sus canciones y poesías, entre las cuales la *Canción de la Campana*, el *Buzo* y *Rodolfo de Habsburgo*, son tal vez las más populares. Schiller refleja el ideal generoso de su tiempo, y quiere impulsar á los hombres á amarse y someterlos al suave yugo del bien, la belleza y la verdad. Al morir prematuramente, pues sólo tenía aún 55 años, Goethe exclamó: «Perdiendo á mi amigo

he perdido la mitad de mi ser.» Treinta y siete años después también él exhalaba tranquilamente el último aliento diciendo: «¡Más luz!», palabras que algunos han querido interpretar como si expresaran el



GUILLERMO DE HUMBOLDT.  
(Dibujo de P. E. Stroehling).

anhelo del gran poeta de hallar un mundo mejor que aquel que abandonaba.

Mientras Goethe y Schiller tenían en sus manos el cetro de la literatura, rodeábanles muchos discípulos é imitadores, como asimismo otros pensadores originales que hacían progresar las diferentes ramas del saber. Humboldt y Ritter cultivaban la ciencia

geográfica; Herder y los hermanos Schlegel profundizaban la historia y la crítica; Ranke y Niebuhr abrían nuevos horizontes á la historia; Schleiermacher y Neander escudriñaban los secretos de la teología; Juan Pablo Richter se remontaba á las misteriosas alturas del trascendentalismo; y Hoffman, Fouqué y Tieck se enseñoreaban del mundo de la fantasía.

La música que en el periodo del rococo prometía ser un gran arte, recibió ahora un impulso extraordinario; algunos genios musicales que rivalizan con los primeros que haya habido, como Mozart, Glück, Haydn y Beethoven, pertenecen á esta época. Todos escribieron música religiosa, y es de Haydn la hermosa composición titulada *La Creación*; Glück compuso óperas eligiendo temas clásicos; Mozart se inspiró en asuntos populares, y Beethoven no escribió más que *Leonor* ó *Fidelio*. La música de Mozart se distingue por su melodía exquisita, pero carece del melancólico encanto que caracteriza á la de Beethoven, Mozart murió á los 35 años; el pobre Beethoven, sordo y abatido por la desgracia, arrastró una existencia miserable en su ancianidad. Con estos compositores la orquesta adquirió una importancia que antes no tenía. Händel, el gran maestro de la generación precedente, sólo poseía nociones del poder y propiedades de los diferentes instrumentos, mas ahora se empieza á ver el partido que de ellos podía sacarse, y se escriben partes para cada uno, que se subordinan á la unidad del conjunto, bajo la impresión de una idea común, pero sin anularse ni confundirse. Puede decirse propiamente, que en esta época se desenvuelve la música de orquesta.

## CAPÍTULO LV

### LA REVOLUCIÓN FRANCESA



Luis XIV le sucedió en el trono de Francia su nieto Luis XV, á la edad de cinco años y medio. El duque de Orleans, como primer principe de la sangre, fué nombrado regente durante la minoridad del rey. Hombre el duque de costumbres relajadas, el mal ejemplo que diera no tardó en ser imitado por la corte. La deuda nacional adquirió en su tiempo y por efecto de su poco prudente administración proporciones peligrosas. El mal aspecto de los negocios públicos no mejoró al alcanzar Luis su mayor edad. El joven rey no se curaba más que de divertirse, abandonando las riendas del gobierno en manos de sus ministros y favoritos.

Por este tiempo se desató la moda de ser, ó aparentar ser vicioso, y de burlarse de la religión y la moralidad, y con este motivo, muchos autores manejaron su pluma como una piqueta contra las creencias tradicionales, ridiculizando el cristianismo, el clero y la virtud.

Además de esto repartiáanse libros y folletos entre el pueblo, descubriéndole las flaquezas del gobierno y demostrándole la necesidad de abolir los abusos é introducir reformas. Los vicios de la corte, su extra-

vagancia, el aumento de la deuda nacional, y la pesada carga de los impuestos que gravitaba sobre el pueblo, eran causa de que éste aceptase sin vacilar la enseñanza que se le ofrecía. La nobleza y el clero conservaban aún sus extraordinarios privilegios. Sus bienes no pagaban tributo y, por tanto, los gastos públicos se costeaban á expensas de campesinos é industriales. Envolvía esto una irritante injusticia. La nobleza la habia reparado voluntariamente en Inglaterra, hacia muchos años, pero en Francia y Alemania seguía en pie, como en plena época feudal.

Sin embargo, lo que más influyó para hacer fermentar el espíritu público, fué el ejemplo de las colonias inglesas del Norte de América que, en 1783, se separaron de la madre patria, erigiéndose en república.

Francia, en efecto, deseosa de debilitar á su antigua rival, habia enviado numerosos voluntarios á América, que pelearon contra los Ingleses y difundieron á su regreso las nuevas ideas de libertad y su entusiasmo por la forma republicana, estableciendo un paralelo entre la enérgica virtud de las nuevas instituciones en los Estados Unidos y la decrepita corrupción de la monarquía francesa.

De tal cúmulo de causas nació en lo que se llamaba *tercer estado*—el mismo pueblo—odio intenso y amargo rencor contra los nobles y el clero, que estaban libres de las cargas públicas, y contra la corona que sancionaba abuso tan intolerable.

En medio de la agitación así producida, vino á ocupar el trono de Francia Luis XVI, casado con Maria Antonieta, hija de Maria Teresa y hermana de José II. La exaltación de Luis XVI fué acogida con grandes demostraciones de alegría por el pueblo, que esperaba aliviase su suerte y restableciera la prosperidad

nacional. Luis, hombre bien intencionado, de costumbres intachables, lleno el corazón de amor á su pueblo, y deseoso de ser un gobernante justo y bueno, carecía, sin embargo, de la inteligencia y las dotes de carácter indispensables para poder extirpar males, cuyas raíces eran tan hondas, siguiendo una línea de conducta enérgica y resuelta. La reina era aficionada á las diversiones y mantenía viva con su ejemplo la ligereza en las costumbres de la corte. No tenía más que 15 años cuando se casó, y en Versalles la rodeaban cortesanos frívolos y amigos del placer, que le ocultaban la verdad y le impedían formarse idea exacta del estado real de los asuntos. Contaba sólo 19 años cuando su esposo se ciñó la corona. Era buena y amaba tiernamente á sus hijos y al rey; pero su hermosura y las adulaciones constantes de que era objeto, quizás la desvanecieron algo la cabeza.

La situación se empeoraba por momentos. El tesoro era saqueado por los que debían cuidar de él; los impuestos no bastaban á cubrir el *déficit*, y el rey, reducido á la necesidad de declarar á la Hacienda en quiebra, acudió en demanda de auxilio á la nobleza que, como libre hasta aquí de pagar tributos, había acumulado grandes riquezas. La aristocracia, ciega acerca de sus propios intereses, permaneció sorda á la voz del rey, obligando á Luis á recurrir al tercer estado.

En su consecuencia, pues, convocó el rey en 1789 una asamblea general, donde los representantes enviados por la clase media no sólo igualaban en número á la aristocracia, sino que aventajaban á sus rivales por su capacidad y energía. Ante la manifestación de la nobleza y el clero de no querer compartir las cargas públicas y aun de negarse á tomar

asiento al lado de los comunes, los diputados del tercer estado se separaron de ellos, constituyéndose en asamblea nacional.

Muchos nobles y la mayoría de los individuos del clero, comprendiendo la justicia de las pretensiones del pueblo se unieron á él, cediendo sus privilegios. Los miembros de la nueva asamblea reunieron-se en el local del juego de pelota del palacio de Versalles, jurando no separarse hasta haber dado una nueva constitución á la monarquía. De aquí el nombre de constituyente con que dicha asamblea se conoce.

Distinguiéronse en estos acontecimientos, principalmente el conde de Mirabeau, el abate Sieyès y el conde de Laffayette.

Las noticias de lo sucedido produjeron violenta agitación en París, y el pueblo intervino directa y resueltamente en la contienda. El 14 de Julio de 1789, la muchedumbre amotinada atacó la Bastilla, antigua y formidable fortaleza de París, destinada á prisión de Estado, tomola por asalto y la redujo á escombros. Pocos días después, turbas de hombres armados y de mujeres se dirigieron á Versalles, invadieron el palacio real, después de haber matado algunos guardias, y obligaron al rey á seguirles á París. La asamblea nacional también se trasladó á esta población. Envalentonada por sus primeros éxitos, la asamblea acometió la obra de transformar por completo el Estado, y á fin de llenar el objeto para que habia sido reunida, declaró á la aristocracia sujeta á pagar tributos, y vendió las enormes propiedades de la Iglesia. Borráronse distinciones y privilegios, proclamándose iguales á todos los Franceses. No se contentaron con esto. Declararon que el pueblo

era el único y verdadero soberano, y el rey el primer servidor de la nación.

Al primer asomo de revolución emigraron los dos hermanos del rey y buen número de nobles. En las provincias alzaronse en armas los aldeanos, prendieron fuego á los castillos y quemaron los archivos, donde los nobles guardaban sus ejecutorias y títulos de propiedad. La asamblea prosiguió su obra. Dividió á Francia en 83 departamentos y publicó una declaración de los derechos del hombre, aunque omitiendo decir nada acerca de sus deberes. La situación revestía á cada momento aspecto más alarmante. La real familia viendo que debía temer por su seguridad, intentó huir, pero, detenida en Varennes, sus miembros fueron conducidos á Paris en concepto de prisioneros (23 de Julio de 1791).

La tempestad revolucionaria se habia desencadenado por completo. El 9 de Octubre las turbas penetraron en las Tullerías, á media noche, degollaron á los bravos suizos que quisieron cerrarles el paso y pidieron la deposición del monarca. Éste y su familia pudieron evitar el caer en manos de aquellos salvajes, y se refugiaron en el local donde estaba reunida la asamblea nacional, á las nueve de la mañana del día 10. La asamblea declaró al rey suspenso en sus funciones y lo encerró en el Temple, lo mismo que á su familia. Las personas adictas al rey fueron también detenidas y reducidas á prisión.

Leopoldo II, emperador de Austria, y Federico Guillermo II, rey de Prusia, se preparaban para la guerra, que no tardó en estallar. Federico Guillermo, á la cabeza de 50.000 prusianos y 30.000 austriacos, traspasa la frontera y se apodera de Longwy, avanzando sobre Verdun y la Champaña. Estas noticias

enfurecen al populacho de Paris. Los jacobinos — nombre con que los revolucionarios se designaban á si mismos por el lugar donde celebraban sus reuniones — gritan que los enemigos más peligrosos del pueblo no eran los Alemanes que estaban en Verdun, sino los nobles que se hallaban en las prisiones de Paris. Instigada por este medio, la soez muchedumbre entra violentamente en los calabozos donde se custodiaba á los detenidos y sacrifica sin piedad á multitud de infelices. La matanza duró cuatro días, habiendo empezado el 2 de Septiembre, el mismo día en que se elegía á Robespierre miembro de la Convención nacional, como se llamó á la tercera asamblea. Horrores semejantes á los de Paris se perpetraron en Lyon, Rheims, Meaux y Versailles.

Con objeio de proteger las fronteras y llevar la guerra al territorio enemigo, la asamblea ordenó á los ejércitos franceses que avanzasen; cumpliendo éstos las órdenes recibidas, invadieron á su vez los Países Bajos y derrotaron á los Austriacos en Jemmapes. Los soldados republicanos entraron en Bruselas, saquearon las ciudades flamencas, y en seguida proclamaron los principios de libertad é igualdad y los derechos del hombre. Otro ejército francés avanzó hasta el Rhin y protegió á Maguncia.

La alianza de los soberanos alemanes apresuró el trágico fin de Luis XVI. La Convención condenó á muerte al monarca, y llevóse á cabo la ejecución de la sentencia el 21 de Enero de 1793.

Después de haberse despedido tiernamente de su esposa é hijos, Luis XVI subió al cadalso con dignidad y resignación cristiana. Al llegar á la plataforma, avanzó hasta el antepecho y dijo: «Franceses, no soy culpable de los crímenes que me imputan.

Perdono á los que me han condenado á muerte, y ruego á Dios que no pida cuentas á Francia de la sangre que vais á derramar.» Su discurso fué cortado por el redoble de los tambores. Presentó sus manos para que se las atasen, sin hacer el menor conato de resistencia, y cuando el abate Edgeworth, su confesor, pronunció las palabras: «Hijo de San Luis, subid al cielo», segó su cuello la terrible cuchilla. Hubo entonces un gran movimiento en la muchedumbre; muchos de los circunstantes rompiendo el cordón de tropas que rodeaba el patibulo, empaparon sus pañuelos en la sangre real. Así murió Luis XVI. Necker, que habia sido primer ministro con él, le juzga en los siguientes términos: «Era un soberano bueno hasta la medula de los huesos. Amaba á su pueblo como un padre ama á sus hijos. No vacilaba nunca en cumplir lo que creía que era su deber. Estaba pronto á atender á todos en sus desgracias. Desató los lazos de la servidumbre que aun aprisionaban á los campesinos, y abolió las irritantes cargas feudales. Hizo cesar la tortura y puso las prisiones bajo su personal vigilancia, estableciendo en ellas el orden y el decoro. Reintegró á los protestantes en la posesión de sus derechos de ciudadanos. Dedicó su vida entera á hacer bien. Padeció, no por culpa de sus propios pecados, sino por culpa de los pecados de sus antecesores. Su pueblo estaba ciego en los últimos años de su reinado, olvidó todo lo que le debía, y permitió á sus enemigos que hicieran con él lo que quisiesen. Luis XVI fué martir de sus virtudes.»

Á la ejecución de Luis XVI siguió la de la reina, verificada en Octubre. Fué conducida al patibulo en una carreta, atadas las manos á la espalda. Tenia poco más de 38 años cuando murió.

## CAPÍTULO LVI

### EL HOMBRE DE CÓRCEGA



LA noticia de la muerte del rey se supo en Europa con horror é indignación, y en la misma Francia muchas ciudades y la provincia de la Vendée, se levantaron en armas contra la Convención nacional. La mayor parte de los estados europeos celebraron una alianza contra la república francesa (primera coalición 1793), y sus ejércitos se aproximaron á la frontera. Á no haber sido por las rivalidades que dividian á los soberanos, y la poca competencia de los generales, en breve hubiese sido destruida la naciente república. El duque de Coburgo mandaba en Holanda el cuerpo principal del ejército austriaco, reforzado por Ingleses y Daneses. Con ayuda de éstos expulsó á los franceses del territorio que habian invadido, pero en vez de marchar sobre Paris, se detuvo en los Países Bajos, publicando manifiestos y poniendo sitio á Dunkerque. El duque de Brunswick, que capitaneaba á los Prusianos, recuperó á Maguncia, pero debido á los celos que inspiró al rey de Prusia la unión de Ingleses y Austriacos, se le prohibió que fuese más lejos.

En la primavera del año siguiente, el emperador

Francisco II visitó los Países Bajos, abrigando la intención de avanzar en línea recta hasta París. Este proyecto de fácil ejecución el año anterior, era ya irrealizable. Los Franceses habían reunido sus ejércitos para proteger la frontera, y los Prusianos se habían retirado llenos de enojo. Los Franceses se burlaban de sus enemigos, diciendo: «Los aliados andan siempre distraídos y han llegado un año después.»

En presencia del peligro que amenazaba á la república, se había establecido en París en 16 de Abril un comité de salvación pública, que era dueño absoluto de las vidas, libertad y bienes de los ciudadanos. Condenaba á muerte á quien quería, y lo dirigia Robespierre, hombre de carácter frio y sanguinario.

Las ejecuciones no cesaban un punto. Nadie estaba seguro. Los miembros más moderados de la Convención (los girondinos) fueron arrastrados á la guillotina. La sangre corrió á torrentes, no sólo en París sino en las principales ciudades de Francia. Cualquier persona era detenida á la menor sospecha, y una vez arrestada, su sentencia de muerte era inevitable.

La república consagró todas sus fuerzas á rechazar á los ejércitos enemigos. Los Ingleses fueron batidos en Tolón; los Españoles, que habían cruzado los Pirineos, los repasaron. Hoche derrotó á los Prusianos y Jourdan á los Austriacos. Los Prusianos celosos de los Austriacos, se salieron de la alianza y concluyeron un tratado de paz con la república, por el que cedían ignominiosamente á Francia toda la orilla izquierda del Rhin. Bélgica fué sometida y anexionada á Francia; Holanda formó una república bajo el protectorado de la francesa. Inglaterra permaneció inerte. Sólo Austria se mantuvo firme. Los France-

ses atraviesan el Rhin é invaden la Suabia; son aco- metidos por el archiduque Carlos, y le derrotan apo- derándose de Stuttgart y Francfort. Los Austriacos, sin embargo, consiguen destrozarlos en otra batalla, y los campesinos, provistos de toda clase de armas, les persiguen y acosan en su retirada.

Por estos días, el reinado del terror había llegado á su colmo en París. Robespierre había vertido tanta sangre, condenando á muerte á todo el que se le había opuesto y no perdonando ni á los mismos repu- blicanos que no se prestaban á ser meros instrumen- tos suyos, que al fin, sus propios parciales, temien- do por sus vidas, y los revolucionarios más modera- dos se unieron contra él. Le acusaron, formóse una mayoría para condenarle, y fué arrastrado á la gui- llotina, con una quijada rota, por haber intentado suicidarse al oír su sentencia; murió cobardemente.

Se ensaya entonces una nueva constitución, y se nombran cinco hombres como directores. Entre los muchos grandes generales que aparecen en Francia en este periodo, corresponde el primer lugar á Napo- león Bonaparte. Napoleón era corso, natural de Ajaccio, é hijo de un abogado. Desde niño demostró extraordinaria afición á los estudios militares. Á los 16 años entró en el arma de artillería, en París, como subteniente; á los 26 se le confiaba el mando del ejército de Italia. Encontró al ejército en situa- ción lastimosa; los soldados carecían de alimentos, de vestidos; no se les pagaba; el descontento y el desorden cundían en las filas. Napoleón, sin embar- go, no era hombre capaz de desalentarse. «Solda- dos», les dijo, «tenéis hambre, estáis desnudos, vi- vis miserablemente en medio de estériles rocas. Voy á conducirlos á las comarcas más fértiles del mundo.

Grandes ciudades, llenas de riquezas, provincias enteras, caerán en vuestro poder; en ellas hallaréis todo lo que os hace falta, gloria, tesoros, descanso. Soldados del ejército, con esta perspectiva, ¿desfallecerán vuestros corazones? No, seguramente no. Adelante.» Y, en efecto, en brevisimo plazo, con sorprendente rapidez, conquistó la mayor parte de Italia, convirtiendo en repúblicas los territorios que sometía. Los ejércitos austriacos, dirigidos por inhábiles generales, eran incapaces de hacer frente á un genio consumado como Napoleón, aunque en los mismos días el valeroso archiduque Carlos, hermano del emperador Francisco II, derrotaba, como hemos dicho, á los Franceses en Württemberg y la Selva Negra, y les obligaba á repasar el Rhin.

En Enero de 1797, el general austriaco Alvinzi sufría una espantosa derrota en Italia, con pérdida de 20.000 prisioneros, y otro general, Wurmser, tenía que capitular en Mantua con 21.000 hombres.

Tan pronto como la nieve comenzara á fundirse en los Alpes, Bonaparte se dispuso á avanzar hacia el Isonzo, á atravesar los Alpes y á caer sobre Viena. Alarmado el emperador, llamó al archiduque Carlos, pero éste no tenía otras fuerzas que llevar al combate, que los restos dispersos del ejército de Alvinzi. «Hasta aquí», dijo Napoleón, «he tenido que pelear con ejércitos sin generales; ahora, debo combatir con un general sin ejército.»

Libróse una batalla en medio de las montañas en Tarvis, la cual se llamó después la batalla de encima de las nubes, por la elevación del sitio donde se peleó. El archiduque, con un puñado de húsares húngaros, defendió un desfiladero contra 16.000 franceses, no abandonando el campo hasta ver que

sólo le quedaban ocho hombres. Retiróse á Glogau, donde reunió 5.000 soldados, y otra vez quiso atajar el paso al enemigo; lucharon los Austriacos con tanto heroísmo que únicamente sobrevivieron 250 combatientes.

Mas ahora venia en ayuda del archiduque su ejército del Rhin, á quien habia conducido á la victoria. La república de Venecia habia contraído alianza con Austria, y Napoleón estaba amenazado por su retaguardia. Los bravos campesinos tiroleses empuñaron las armas y rechazaron á los Franceses que trataban de avanzar. El archiduque esperaba encerrar á Bonaparte en las montañas y aplastarle. Pero con locura inconcebible, los consejeros del emperador en Viena fueron causa de que se desaprovechase esta única oportunidad. Tenian tanto miedo de que avanzase Bonaparte, que cuando éste, que comprendia lo comprometido de su situación, hizo proposiciones de paz, con objeto solamente de ganar tiempo, pues no podia sospechar que los ministros austriacos fuesen á aceptarlas, las acogieron gozosos, no disimulando su vehemente deseo de proseguir las negociaciones. Al ver Napoleón la clase de hombres timoratos con que tenia que habérselas, adoptó un tono arrogante y provocativo. El plenipotenciario de Austria era el conde Cobenzl, que habia estado durante mucho tiempo al servicio de la emperatriz de Rusia, y traído á Bonaparte un hermoso y riquísimo vaso, regalo de Catalina. Cobenzl era un autor dramático, lleno de gracia, y cuando algún grave asunto de Estado le salia mal, inmediatamente escribia una comedia cuajada de ingeniosos chistes.

«Cobenzl», le dijo la emperatriz en una de estas ocasiones, «supongo que querrás hacernos morir de

risa antes que los Franceses entren en Viena.» Tal era el hombre enviado á Udine á tratar con Napoleón. La situación de éste era más apurada de lo que Cobenzl suponía, porque el Directorio tenía celos de él y rehusaba mandarle nuevos refuerzos. Además comprendía perfectamente que no podría aventurarse más lejos en los Alpes, cuyos pasos estaban guardados por intrépidos montañeses, prontos á aplastar á sus soldados bajo el peso de las rocas, que les bastaría empujar para hacerlas rodar sobre ellos, y donde detrás de cada piedra y de cada árbol había un hábil tirador, dispuesto á tomar por blanco á sus oficiales. Sin embargo no se intimidó, y cuando Cobenzl opuso algunos reparos á una de sus exigencias, cogió el vaso de porcelana, regalo de la emperatriz de Rusia y lo estrelló contra el suelo, exclamando: «Ó aceptáis lo que propongo ó haré añicos vuestra preciosa monarquía, lo mismo que esta copa.»

Cobenzl sentía hartó temor para resistirse á nada. En su consecuencia se convino y firmó un tratado, llamado el *Tratado de Campo Formio* en 17 de Octubre de 1797. Por él, cedía el emperador á Francia toda la orilla izquierda del Rhin, Flandes y las provincias lombardas, adquiriendo, en cambio, el territorio de Venecia y el archiepiscopado de Salzburgo. Esta concesión de Bonaparte revelaba que era un hábil político, pues le convenía atizar por todos los medios posibles el fuego de la discordia entre Austria y Prusia. Así como entre los niños basta que uno consiga una rebanada de pan ó un pedacillo de jamón más que otro, para que éste se sienta despechado, lo mismo ocurre con las naciones. Prusia habría de consumirse de odio y envidia al ver á Austria en posesión de una plaza mercantil tan importante como

Venecia y en lo sucesivo no era de esperar ningún esfuerzo aunado de las dos potencias contra el común enemigo.

Cuando en Paris se conocieron los términos del tratado, los republicanos franceses juzgaron la cesión de Venecia á Austria casi del mismo modo que Prusia. Napoleón les calmó diciéndoles: «Bah, no es más que un hueso». No tardaron en verse los resultados de la previsión de Bonaparte. Los Prusianos se entraron por la Franconia, ocupando á Nuremberg y otras ciudades; invadieron la Westphalia, se la anexionaron y provocaron al Hesse-Cassel para apoderarse de parte de Schaumburg-Lippe. El mismo año murió Federico Guillermo II, sucediéndole su hijo Federico Guillermo III, el cual observó la misma vergonzosa linea de conducta, sirviendo la causa de Francia contra el único campeón del nombre y honor de Alemania, el emperador de Austria. Mientras la corte de Viena se adormecía en la paz, los Franceses sometían á Suiza y la convertían en una república bajo su protección, derribando así esta gran barrera que protegía las fronteras austriacas por el lado de Francia. La paz convenida con Napoleón en Campo-Formio debía ser ratificada por todos los estados interesados, y á este fin había de reunirse un congreso en Rastadt, la antigua residencia de los margraves de Baden. Hay en Rastadt un palacio de piedra rojiza y en él celebraron sus sesiones los plenipotenciarios de los diferentes países, discutiendo los términos de la paz, desde 1797 hasta Abril de 1799, en que el Congreso se disolvió, sin poder llegar á ningún acuerdo definitivo, como vamos á referir.

Los enviados franceses exigían en primer término

que se aceptase en un todo el tratado de Campo-Formio, aunque consentian en que, para indemnizar á los príncipes alemanes, éstos se incautasen de los estados eclesiasticos que quedaban, como los arzobispados de Maguncia y Colonia y los obispados de Münster, Würzburgo, Bamberg, Eichstädt, etc.; pero, á su vez, no contentos con la orilla izquierda ú occidental del Rhin, pedian que se les cediese algunas plazas en la opuesta.

Mientras las negociaciones seguian su curso, Francia reunia hombres y material de guerra para continuar la lucha. Su principal plenipotenciario en Rastadt era Talleyrand, antiguo obispo, en quien, sin embargo, habian hecho poca mella las enseñanzas del cristianismo. Era hombre de talentos extraordinarios y astuto como una zorra. Podia pasarse sin dormir y cuando le interrogaban acerca de la causa de este extraño fenómeno, mostraba su pulso que latia, permanecia en reposo durante breves segundos y volvía á latir, diciendo que su naturaleza reparaba sus fuerzas en estos momentos de pausa. Había con él otros tres enviados, Robert, Bonnier y De Bry, que pertenecian á la hez del populacho, groseros, insolentes y rapaces. Los príncipes alemanes, deseosos de atraerse el apoyo de estos enviados, trataron de sobornarlos con regalos y presentes, pero los belitres se embolsaron el dinero é insultaron á los príncipes por su locura.

En 1.º de Marzo, pendientes aún las negociaciones, los Franceses atraviesan el Rhin al mando de Jourdán é invaden el territorio de Württemberg. El experto y valeroso archiduque Carlos salió á su encuentro y los derrotó, obligando á Jourdán á repasar el Rhin por Strasburgo, donde deja su ejército mientras él

se encamina á Paris. La insolencia de los enviados y sus insultantes peticiones en Rastadt despertaron la cólera del pueblo. Estalló un tumulto en Viena y los amotinados arrancaron la bandera tricolor, que flotaba en la casa del embajador francés, arrojándola á las llamas. El Congreso de Rastadt se separó precipitadamente. Cuando los enviados iban de retirada, algunos jinetes que les esperaban ocultos en la espesura de una selva, atacaron el carruaje y mataron á dos de ellos.

Sólo Inglaterra habia desafiado hasta ahora impunemente la enemiga de los Franceses. Con objeto, pues, de perjudicar al comercio inglés y amenazar las posesiones asiáticas de Inglaterra, envióse á Napoleón con un ejército á Egipto. La victoria siguió las banderas francesas en tierra firme, pero en el mar, la flota inglesa, al mando de Nelson, venció y destruyó por completo la escuadra contraria en la bahía de Abukir.

Interin Bonaparte estaba en Egipto, los ejércitos franceses experimentaban graves desastres en el Rhin y en Suiza. El Directorio, además, estaba trabajado por hondas disensiones.

Bonaparte confia el mando del ejército de Egipto á Kleber, cruza el Mediterráneo, sin ser visto por los Ingleses, desembarca en Francia, es nombrado generalísimo de todos los ejércitos, derroca el gobierno existente con ayuda de sus soldados y él y otros dos asumen por iniciativa suya el titulo de cónsules. Todo esto ocurría en 1799, el mismo año que Inglaterra, Rusia y Austria formaban la segunda coalición contra Francia.

Fanatizadas por Napoleón las tropas francesas, ganan victoria tras victoria. Cruza Napoleón los Al-

pes á la cabeza de un nuevo ejército, antes que los Austriacos supiesen siquiera que se habia movido, pues por efecto de aquella inconcebible locura que predominaba en los consejos del emperador de Austria, el archiduque Carlos habia sido privado de la jefatura y enviado á Bohemia, dándose el mando de las fuerzas al mariscal Kay. Napoleón aparece repentinamente en Lombardia y en 14 de Junio del año 1800 obtiene una victoria decisiva en Marengo, obligando á los Austriacos á entregar las armas. Italia entera vuelve á caer en poder de los Franceses, y obrando con la misma torpeza de siempre, en vez de llamar al archiduque Carlos, se pone al frente del ejército austriaco al archiduque Juan, joven de 18 años de edad, que carecia de experiencia y de genio. Los imperiales dirigidos por este imberbe general, sufrieron la espantosa derrota de Hohenlinden, más memorable aun que la de Marengo por sus consecuencias militares. Los restos dispersos del ejército se retiraron, presa del pánico, detrás del rio Inn; 10.000 prisioneros y 100 cañones fueron el primer fruto de este gran triunfo de las armas francesas. Mas ahora al cabo se impuso la voz de la nación. ¿Dónde estaba el archiduque Carlos? ¿Por qué no se le llamaba? Diósele, pues, la orden de que saliese de Bohemia. Voló el archiduque en medio de su antiguo ejército, pero en lugar de aquellos aguerridos batallones que habia conducido frecuentemente á la victoria, sólo encontró una masa confusa de infanteria, caballeria y artilleria que obstruia el camino, llena de terror, perdida la disciplina; entonces lágrimas amargas surcaron sus mejillas. En vano quiso ordenar un tanto aquella muchedumbre desmoralizada; su desorganización era tan grande que su

misma voz fué desoida. Para colmo de males, los Franceses persiguieron á los Austriacos fugitivos, atacando su retaguardia y matándoles 2.000 hombres, con lo que el desorden fué completo. Pocos dias después se supo que el ejército austriaco había sido derrotado otra vez en Italia al pasar el Mincio. Tantos desastres repetidos inclinaron á Austria á la paz, que fué firmada en Luneville, el 9 de Febrero de 1801, cediéndose á Francia de nuevo toda la orilla izquierda del Rhin, y reconociéndose las pequeñas repúblicas establecidas por los Franceses en Italia, Suiza y Holanda. Las ciudades libres fueron todas privadas de sus privilegios, excepto seis; se abolieron los principados eclesiásticos y á muchos de los soberanos seculares se les «mediatizó», es decir, perdieron su autoridad, aunque permitiéndoles conservar sus títulos.

## CAPÍTULO LVII

### NAPOLEÓN EMPERADOR

(1804.)



GOBERNANDO como cónsul, Napoleón dió pruebas de discreción y energia. Con sabias leyes y medidas benéficas alentó la pública prosperidad en el país, procurando cicatrizar las heridas que habian causado guerras tan prolongadas. La revolución habia abolido el cristianismo, colgado ó guillotinado á los sacerdotes y cerrado las iglesias al culto católico. Napoleón, de acuerdo con el Papa, restableció el ejercicio de la religión cristiana, reorganizando la Iglesia francesa, al mismo tiempo que otorgaba completa libertad de conciencia á los protestantes é infieles. Los obispos debian ser pagados por el Estado, en compensación de los bienes que se les confiscaran, y lo mismo el clero, pues los diezmos quedaban definitivamente suprimidos. Los monasterios y conventos no habian de volverse á abrir, fundándose en cambio nuevas escuelas y dictándose otras disposiciones para fomentar la educación. Con objeto de favorecer el comercio se construyeron caminos y canales. Con esta conducta ganóse Napoleón el favor del pueblo, que

recordaba horrorizado la tiranía republicana y respiraba con libertad bajo el mando prudente del primer cónsul. Además, los ruidosos triunfos de Napoleón halagaban la vanidad nacional. Todas estas circunstancias determinaron á Bonaparte á poner sus ojos en más elevado puesto y resolvióse á erigir á Francia en imperio y renovar los esplendores de la monarquía de Carlomagno. El 18 de Mayo de 1804 abolía la república francesa y era elegido emperador hereditario de Francia; y el 2 de Diciembre del mismo año le ungió y coronaba el papa Pio VII, á quien obligara á venir á París á tal propósito. Se resucitaron en este acto las ceremonias usadas en la coronación de Carlomagno. En Marzo de 1805 derrocaba las repúblicas italianas, ciñéndose la corona de hierro de la Lombardia. En una palabra, concibió el grande y atrevido proyecto de convertir la Europa entera en un vasto imperio, regido por reyes y príncipes que reconociesen su supremacía.

Por este tiempo envió un ejército á Hannover que ocupó, previa oferta de no intervenir, hecha por Prusia, que esperaba se le cediese dicho estado en recompensa de su actitud. Inglaterra persuadió á Austria, Rusia y Suecia á unirse contra Francia, con lo que formóse la *tercera coalición* en el expresado año de 1805. Prusia, para baldón suyo, siguió encerrada en su neutralidad, presenciando imperturbable la desolación de la madre patria, á causa de los celos que Austria le inspirara.

Napoleón á su vez se puso al frente de un ejército y avanzó á Ulm. Había en esta población 60.000 austriacos al mando del general Mack, hombre incompetente, que, sobrecogido de espanto á la aparición del enemigo, se rindió sin intentar defenderse. Doce

mil hombres, sin embargo, al frente de los cuales estaba el archiduque Fernando, trataron atrevidamente de abrirse paso, pero su infantería y la mayor parte de su caballería fué acuchillada ó hecha prisionera, no salvándose más que algunos centenares de hombres que se refugiaron en Bohemia. ¿Dónde se hallaba el archiduque? Donde menos falta hacia, en Italia, no por culpa propia sino á causa de la ciega estupidez de los consejeros del emperador. Napoleón, con su habitual celeridad, se dirigió en línea recta con su principal cuerpo de ejército á Viena, mientras enviaba algunos destacamentos al Tirol, para tener en jaque al ejército contrario, entrando en aquella capital en Noviembre, antes que el archiduque Carlos, que habia sido llamado á toda prisa, tuviese tiempo de acudir en su auxilio. Reanimó, sin embargo, el decaído valor de los vencidos el saber que el emperador Alejandro I de Rusia se aproximaba, á la cabeza de un ejército, á través de la Moravia. Francisco II juntó todos los restos dispersos de sus tropas que pudo y se unió á Alejandro. Ambos emperadores instaron con vehemencia al rey de Prusia para que renunciase á su antipatriótica alianza con Francia, entonces que era el momento oportuno de procurar el aniquilamiento del enemigo, no sólo de Alemania sino de Europa entera. Sus gestiones fueron inútiles. Prusia, como hemos dicho, esperaba el Hannover en premio de su neutralidad. El 2 de Diciembre de 1805, libróse una famosa batalla, donde estuvieron presentes los tres emperadores de la cristiandad, en Austerlitz, no lejos de Brünn; en ella obtuvo Napoleón uno de sus triunfos más gloriosos.

Prusia entró á partir inmediatamente el fruto de

la victoria con Francia y obtuvo el Hannover, cediendo en cambio á su aliada Cléveris, Anspach y Neufchâtel. Los Austriacos, agotadas sus fuerzas,



NAPOLÉON I Y SU HIJO EL REY DE ROMA.

eran incapaces de continuar la lucha, y se vieron precisados á aceptar el tratado de paz de Presburgo, que les imponía enormes sacrificios. Austria, en efecto, perdía por este tratado Venecia, el Tirol y el

Breisgau, territorio que se extiende entre la Selva Negra y el Rin.

En su excursión oriental Napoleón había obligado á los duques de Baviera, Württemberg y Baden á una acción común contra los Austriacos. Napoleón recompensó ahora su alianza, elevando á Baviera y Württemberg á reinos, exaltando al duque de Baden á Gran Duque y permitiéndole que se anexionase los territorios austriacos adyacentes.

El 12 de Julio de 1806, diez y seis estados alemanes, entre los cuales se contaban Baviera, Baden, Württemberg y Hessen-Darmstad, se separaban formalmente del imperio germánico, verificando su sumisión al emperador de los Franceses. Así se formó la confederación del Rin. Napoleón, deseoso de aumentar su propio esplendor, erigió las nuevas provincias dependientes de Francia en reinos y principados, que repartió entre sus parientes y favoritos. Á su hermano José le nombró rey de Nápoles; á su hermano Luis, rey de Holanda; á su hijastro Eugenio Beauharnais, virrey de Italia; á su cuñado Murat, antiguo soldado, gran duque de Berg; á su primer ayudante, Berthier, principe de Neufchâtel.

El 6 de Agosto de 1806, el emperador Francisco José abdicaba la corona imperial de Alemania, anunciando la disolución del Imperio aleman en un discurso comovedor, lleno de elevados sentimientos. El último de los emperadores alemanes se había mostrado en las vicisitudes de aquella porfiada contienda, digno de sus grandes antecesores, sacrificándolo todo para salvar la honra é independendencia de Alemania, hasta que, abandonado por la mayor parte de los principes, le era imposible proseguir la lucha.

Dos años antes, Francisco II había asumido el ti-

tulo de emperador de Austria, es decir, de la monarquía oriental, que aun rige la casa de Hapsburgo.

Llégale ahora su turno á Prusia, la cual comprende al fin que habia traicionado sus propios intereses, no auxiliando á Austria. Napoleón se apodera de la fortaleza prusiana de Wesel é insiste en que se forme una confederación septentrional, semejante á la del Rin, que habia de reconocer su protectorado. Luisa, la hermosa reina de Prusia, princesa mecklenburguesa, era la única persona que habia previsto el término de aquellas componendas antipatrióticas y excitado al monarca á desnudar su espada contra el conquistador. Ahora redobló sus instancias. El emperador Alejandro de Rusia fué á Berlin y unió sus ruegos á los de la reina. Prusia entera vió la vergüenza que la cubria y apercibióse á la lucha. La guerra fué al cabo declarada. Pero el espíritu de Federico el Grande no animaba ya al ejército que él habia creado. Los Prusianos fueron derrotados en Jena y después en Auerstadt. Rusia, que habia empuñado las armas, al mismo tiempo, experimentaba también sangrientos reveses en Eylau y Friedland. Napoleón no se detuvo y entró en Berlin, donde fué recibido, no como en Viena con sorda cólera, sino con ruidosas demostraciones de alegría. Hombres de alto rango iban detrás de la multitud, excitándola para que se animase y diciendo: «¡Por amor de Dios! dad vivas entusiastas. Gritad: ¡Viva el emperador! ó tendremos que sentir.» Muchos vecinos se apresuraron á denunciar espontáneamente los sitios donde habia querido ponerse á buen recaudo los efectos y dinero públicos. «No sé», dijo Napoleón, «si regocijarme por mi éxito ó sentirme avergonzado de este pueblo.» La noble y hermosa reina fué tratada con

la insolencia más grosera por Bonaparte, que sabia con qué energía y calor habia alentado á su esposo á la guerra. Visitó el vencedor la tumba de Federico el Grande, sugiriéndole su contemplación las expresiones del más insultante desprecio contra su infortunado descendiente.

En el transcurso de aquel otoño é invierno, las fortalezas prusianas cayeron unas tras otras en poder de Napoleón, algunas por imposibilidad de resistirse, pero la mayor parte debido á la incapacidad de sus comandantes.

Al fin, en 9 de Junio de 1807 celebraron una entrevista en Tilsit los soberanos de Francia, Rusia y Prusia, ajustándose la paz. Prusia perdía la mitad de su territorio, convertido por Bonaparte en reino de Westphalia, al frente del cual puso á su hermano Jerónimo.

En 1809 Austria lanzóse otra vez á la pelea. Desde los primeros desastres habia propuesto el archiduque Carlos que se reorganizase bajo mejor pie el ejército. Ahora, al fin, su opinión se habia seguido; pero Austria tenia en contra suya á Francia, Baviera con el resto de la Confederación del Rhin y Sajonia. En cinco batallas, dadas en cinco dias consecutivos, Napoleón derrotó al archiduque, y el gran conquistador entró otra vez en Viena. Mas el bravo archiduque no cedia y volvió á la carga con tropas de refresco que trajo de Bohemia. Libróse una batalla en Aspern, que duró dos dias, el 21 y 22 de Mayo, y Napoleón fué vencido por primera vez. Por espacio de algún tiempo, se vigilaron mutuamente ambos ejércitos; al cabo el 5 de Julio atacó Napoleón á los Austriacos en Wagram, no lejos de Aspern. Pelearon unos y otros denodadamente; el valor de los Austriacos rayó en

heroísmo. Cogieron doce estandartes y águilas doradas y la victoria habria coronado sus esfuerzos á haber acudido con tiempo la reserva, mandada por el archiduque Juan, el cual, por efecto de su poca actividad, se retrasó dos horas.

Austria, después de la derrota de Wagram, no tuvo más remedio que negociar la *paz de Viena*, en la que se le impusieron nuevos sacrificios, pues hubo de ceder á Carniola, Trieste y la Dalmacia á Francia y Salzburgo y otros territorios alpinos á Baviera. Durante esta heroica lucha de Austria contra el tirano, Prusia volvió á permanecer inactiva.

## CAPÍTULO LVIII

### LOS HÉROES DEL TIROL

(1809.)



ESTE periodo corresponde una de las empresas más heroicas y gloriosas de la historia moderna; nos referimos al levantamiento de los patriotas tirolesees contra Franceses y Bávaros, al mando de Andrés Hofer, un mesonero, Speckbacher, un cazador, y Aspinger, un fraile.

Hofer tenia una pequeña taberna en el valle de Passeyr, que se abre en el más dilatado del Adige en Merán. La taberna estaba situada en un lugar llamado «Arenas», de donde provenia que Hofer fuese más bien conocido con el nombre familiar del «mesonero de las Arenas». Era un hombre alto, esbelto, de ojos vivos, de color gris, cabello negro, y barba larga y espesa que le llegaba casi á la cintura. Su andar era mesurado y grave, su voz, de timbre claro y agradable, la expresión de sus facciones simpática y serena. Sin tener pretensiones de elocuente, poseia el dón de hablar al corazón de los hombres y ganarse su confianza. Vestía el pintoresco traje del valle natal—chaqueta oscura, chaleco escarlata, cruzado

por anchas abrazaderas verde esmeralda, calzones negros de piel de gamuza, y un cinturón también negro bordado.

Cubria su cabeza un gorro ó sombrero alto, negro,



ANDRÉS HOFER.

de pelo de cabra, con anchas alas, ceñido por un doble cordón de seda roja. Usaba medias azules, y pendía de su cuello un pequeño Crucifijo. Si vais alguna vez á Merán podéis contemplar este vistoso traje en los campesinos que acuden los domingos al mercado.

Cuando Austria entabló nuevamente la lucha,

en 1809, contra Francia y sus aliados alemanes, no tenía tropas regulares que enviar al Tirol, y hubo de confiar su defensa á los mismos campesinos que, antes de celebrarse el tratado de Campo-Formio, habian demostrado ya que podian pasarse sin ayuda. En la resistencia que entonces ofrecieron se habian distinguido en primer término Hofer y Speckbacher.

El 7 de Abril, pequeñas tiras de papel, donde sólo habia escritas las palabras «es la hora», circulaban profusamente á través del Tirol. Además, se vió que, arrastrados por las turbias aguas del rio Inn, giraban á impulsos de la corriente pedazos de madera donde se habian clavado rojos pabellones. Los campesinos comprendieron la señal, cogieron sus armas, y toda la región montañesa se levantó como un solo hombre contra el enemigo. En el lado Sur del paso de Brenner—la via principal que va de Innsbruck á Italia—en el verde lecho de un lago desecado, se eleva la bonita y antigua ciudad de Sterzing. Las montañas cierran el horizonte en todos sentidos, y por encima del valle de Ridnaun los ojos contemplan las gloriosas cadenas de helados picos. Por este sitio avanzaban los Bávaros, dirigiéndose por el Sur á Brixen, donde habia otra fuerza bávara. Pero cuando se adelantaban por en medio de la llanura, los Tirolese, al mando de Hofer, se precipitaron de las alturas circunvecinas, atacándoles con gran denuedo. Esta fué la vez primera que los campesinos se batieron en campo abierto. Los Bávaros formaron un cuadro, y una lluvia de plomo cayó sobre los campesinos. Éstos vacilaron. Entonces, una muchacha, dando gritos de triunfo, empujó en dirección del enemigo un carro cargado de heno. Otros compatriotas suyos impelieron otros dos carros. Colocáronse los

Tirolese en línea detrás de los carros é hicieron un fuego mortífero sobre la masa del enemigo; el heno les servía de muralla. Los Báváros cejaron, rompiéronse sus filas, y en este instante, los Tirolese, saltando por encima de los montones de heno, les acometieron con impetu, y los hicieron prisioneros, conduciéndolos á un castillo situado en una altura inmediata que domina el llano.

Procuraron en seguida los bravos campesinos borrar las huellas de la batalla, porque se supo que otro destacamento de Franceses y Báváros avanzaba por el valle desde Brixen. Hofer hizo que los habitantes de la ciudad le prometiesen no decir nada de lo ocurrido, y cuando las fuerzas unidas se presentaron y manifestaron su asombro por no encontrar á los otros báváros, que habian recibido órdenes de esperarles en aquel punto, se les contestó con el más absoluto silencio. Al día siguiente reanudaron su marcha, mas no bien penetraron entre las rocas y los pinos, se vieron sorprendidos por una lluvia de balas y peñascos; sus pérdidas fueron terribles y se revolaban con espanto, incapaces de alcanzar y desalojar al enemigo. El 11 de Mayo invadía el Tirol una fuerza francesa al mando del general Lefebvre y otra bávara con Devey; pero ya habian los valientes tirolese asaltado á Innsbruck y tomado á Hall, donde encontraron grandes depósitos de efectos militares, y Speckbacher limpiaba de enemigos el valle del Inn, y el Sur del Tirol era libertado por Hofer.

El mismo 11 de Mayo, otro destacamento bávaro, capitaneado por Wrede se adelantaba desde Salzburgo al Tirol al través del paso de Strub. Este es un barranco largo y sombrío limitado por rocas abruptas. El camino va haciendo zig zags por entre negruz-

cos pinos cortando elevados promontorios; en el fondo corre un bramador torrente. Aquel año se celebraba la fiesta de la Ascensión el citado día 11 de Mayo. Brillaba el sol en todo su esplendor; *la gentianella* esmaltaba de azul las faldas de los montes y el delicado aroma de los primeros claveles embalsamaba el ambiente. Pronto debía matizar los campos el rojo oscuro de la sangre. Guardando el desfilaro había 350 campesinos con dos pequeños cañones de á seis y á distancia de algunas millas un general austriaco con tropas regulares, el cual como tantos otros antiguos generales al servicio de Austria en esta época, parecia sumido en constante sopor, con lo que se embrollaba en un dédalo de confusiones, como el que no sabe qué partido tomar, cuando la ocasión de hacer algo se le ofrecia. Napoleón dijo de estos generales con verdad: «están dormidos cuando parecen despiertos.» Wrede disponia de 14.000 hombres, bien armados y disciplinados y de varios cañones. Al ver que el paso estaba defendido, Wrede quiso ahuyentar á los campesinos con una descarga de fusilería y les amenazó con sus gruesos cañones. Los Tirolese no parecieron prestar atención ni contestaron. Wrede entonces ordenó un ataque. Á un tiempo mismo llamearon las dos pequeñas piezas de artillería que tenian los Tirolese y los certeros disparos de sus fusiles llevaron la muerte á las filas enemigas; los Bávaros que habian intentado desalojar á los Tirolese de sus inexpugnables posiciones, bajaron arremolinados; el resto retrocedió y los heridos cayeron rodando en el fondo del abismo donde rugia el torrente. El combate continuó por espacio de cinco horas; inutilizóse uno de los pequeños cañones de los Tirolese; los Bávaros habian avanzado ocho veces

siendo rechazados otras tantas y empezaban á faltarlles las municiones. Dispusieron, pues, un noveno ataque y, simultáneamente, otra fuerza enviada por otro paso que daba la vuelta á la montaña, atacaba por la espalda á los valientes campesinos. La batalla acabó entonces, degollando los Bávaros inhumanamente á los voluntarios heridos que encontraron en aquel camino, defendido por ellos con tanto heroísmo. Los Tiroleses dejaron el suelo cubierto de cadáveres; sólo escaparon unos pocos; pero habian matado mas de 1.500 invasores.

Se recordará que por este tiempo Napoleón estaba en Viena, habiendo clavado su garra en el corazón de Austria. El archiduque Carlos se habia retirado á Bohemia, después de haber librado cinco batallas en cinco días consecutivos, empeñado inútilmente en detener la marcha victoriosa de Napoleón. Austria se hallaba en situación tan angustiosa que no podia prestar ningún auxilio á los pobres tiroleses; lejos de ello se veía obligada á llamar á los pocos regimientos de tropas regulares que entre ellos tenia. Los campesinos debian fiarlo todo á su propio esfuerzo. Innsbruck, su capital, estaba en poder de los Bávaros. Se propusieron recobrarla y el 29 de Mayo riñóse una de las batallas más memorables de esta guerra, la batalla de Berg Isel, en la cual los intrépidos tiroleses derrotaron é hicieron abandonar la ciudad á las bien organizadoras huestes de los invasores. Al Sur precisamente de Innsbruck el camino de Italia corre por un terreno llano, como milla y media poco más ó menos, atravesando una extensa abadía, llamada Wilten, y después, se encuentra la altura de Berg Isel que tiene que vencer. En esta altura, ocupando el camino de Brenner, se habian re-

unido los Tirolese al mando de sus tres jefes, Hofer, Speckbacher y Haspinger. Los Bávaros dominaban no sólo á Innsbruck, sino toda la orilla izquierda del Inn, hasta Hall y Volders, esto es, seis ó nueve millas rio abajo. Speckbacher les cerró el paso en este sitio, lo que equivale á decir que él y sus hombres formaban el ala derecha del ejército patriota. Los Bávaros cruzaron simultáneamente el Inn por Hall y Volders. Speckbacher les atacó inmediatamente en Volders y los rechazó; después, dejando un destacamento que destruyese el puente, voló á Hall; algunas tropas regulares se batian con los Bávaros, que también fueron puestos en fuga. Durante el combate una joven recorría las filas de los Austriacos y Tirolese, con un tonelito de vino en la cabeza y un cubilete en la mano, dando de beber á los soldados. Una bala de fusil horadó el tonel y el vino corrió por las mejillas y cuello de la muchacha. «¡Pronto, pronto!» gritó ésta, «venid á beber, mis valientes, antes que otra bala acabe con el vino y la cantinera.» Speckbacher se habia precipitado al puente, cuando vió á su lado á su hijo, adolescente de pocos años; el intrépido niño queria permanecer en el sitio más peligroso de la pelea, junto á su padre. Speckbacher tuvo que darle un par de bofetones y reprenderle severamente para lograr que se retirase; todavía, sin embargo, se le vió entretenido en coger las balas que caian en torno suyo y guardarlas para dárselas á su padre. Tres cargas dió el bravo Speckbacher; al fin vino un cuerpo de reserva y los Bávaros fueron arrollados; entonces Speckbacher se dirigió con su gente al centro, á Berg Isel, donde se batia Hofer. Aquí se luchaba furiosamente y la victoria que al cabo se obtuvo fué debida al fraile Haspinger. Llevaba éste el hábito de su or-

den, sujeto á la cintura con un cordón, los pies desnudos y sandalias. Iba con la cabeza descubierta y tenia el pelo rojo y una barba larga y espesa del mismo color. No usaba más armas que un bastón y ostentaba en el pecho una crucecita negra. Encima de Berg Isel hay dos aldeas, Mutters y Natters, que estaban en poder de los Bávaros. Pues bien, después de dos horas de incesante pelear, el enemigo era desalojado de ellas y perseguido hasta la llanura. Mas esto no habria sucedido sin Haspinger. Advirtiendo, en efecto, que los Tiroleses flaqueaban comenzando á dar señales de pronta fuga, el animoso capuchino se puso en medio de ellos, enarbolando su bastón y gritando: «Adiós, adiós, hermanos míos, voy á acusaros de cobardía ante el trono del Altísimo.» Los Tiroleses sintieron vergüenza y volvieron á la carga. Las balas llovian en torno de su jefe; ninguna, empero, le tocó. Un soldado bávaro se abalanzó á él con la bayoneta calada y profiriendo un juramento. El fraile hizo saltar el fusil de sus manos con su bastón alpino. No se habria librado, sin embargo, de sus iras, si un fusilero, viendo el peligro en que su jefe estaba, no hubiese hecho fuego al bávaro, por encima del mismo hombro de Haspinger, tanto que chamuscó la larga barba del padre. Los Tiroleses dando gritos de triunfo, se precipitaron entonces sobre el enemigo, arrojándolo al Inn. Victoriosos los campesinos en la izquierda y la derecha, pudo Hofer hacer avanzar el centro, y los Bávaros, derrotados en todas partes, se refugiaron precipitadamente en la ciudad. Los campesinos habian agotado sus municiones, por lo que debieron abstenerse de continuar su gloriosa victoria; no obstante, aquella misma noche los Bávaros salian de la ciudad con el resto de su ejército.

Después de la batalla de Wagram, Austria tuvo que consentir en una tregua, ajustándose luego la paz de Viena, por la que el Tirol era cedido á Baviera. Esto se estipulaba en Znaym el 7 de Julio. El Tirol, no obstante, rehusó obstinadamente ser anexionado á Baviera y siguió luchando.

El general Lefebvre, que había sido molinero en sus mocedades y elevádose al rango de feld-mariscal de Francia y duque de Danzig, título que le confiriera Napoleón, fué enviado al Tirol, al frente de un numeroso ejército de Franceses, Bávaros y Sajones, para vencer la resistencia de los valientes patriotas. Ocupó á Innsbruck y avanzó por el desfiladero de Brenner hasta Sterzing, dirigiéndose á Brixen y Botzen. Se proponía pacificar el Sur del Tirol. Al mismo tiempo, se dirigía otro ejército al valle del Inn, con orden de cruzar el desfiladero de Finstermünz, por encima de Landeck, seguir el curso del Adige y unirse á Lefebvre en Botzen.

Los primeros que iban eran los Sajones. Se les dejó avanzar é internarse en un estrecho desfiladero llamado el Sack, donde hay un puente de madera, sobre un abismo, cerca de una gran masa de rocas que se levanta encima del camino. Los Tirolese atravesaron el puente y le prendieron fuego al sentir aproximarse á los Sajones, y cuando éstos se detenia vacilando acerca del camino que debían tomar, se oyó un ruido sordo, en seguida un rugido y de pronto cayó sobre ellos un alud de rocas y piedras desde los barrancos inmediatos. Mil hombres, entre ellos 44 oficiales, perdieron allí la vida. Al tener noticia el duque de Danzig de este revés, montó en cólera y dió al resto de sus tropas la orden de marcha. Se había alojado en Sterzing, en la pequeña posada

de «el Nail», y le había puesto de mal humor la pobre comida que se le había servido. «No importa», dijo á la posadera, «hoy me aguarda una espléndida comida en Brixen.» Mas los intrépidos campesinos le aguardaban en el Sack, recibiendo las primeras columnas de su ejército con un fuego tan nutrido y mortífero y arrojando tantos peñascos al camino que los invasores tuvieron que retroceder á Sterzing en medio de la mayor confusión. Al volver á entrar en la posada el duque de Danzig, colérico, humillado, rendido, encontró en la puerta á la dueña, y ésta, cuya mirada centelleaba, le preguntó al saludarle: «Espero que vuestra gracia esté satisfecho de la espléndida comida que hoy le aguardaba.» El ejército que debía seguir el camino de Finstermünz experimentaba un desastre semejante, y los restos dispersos de ambos hubieron de retirarse al valle del Inn. Aquí, en Innsbruck, Lefebvre, el duque, concentró 25.000 hombres, 1.000 caballos y 40 piezas de artillería. Con estas fuerzas, seguro de la victoria, atacó á los valientes Tirolese. Libróse otra batalla en Berg Isel; otra vez pelearon allí los campesinos, mandados por Hofer, Speckbacher y el fraile, y un nuevo triunfo vino á coronar su arrojo. Los Tirolese no tuvieron más que 132 heridos y 50 muertos; en cambio, hicieron 6.000 prisioneros y mataron 4.000 hombres al enemigo. Lefebvre se retiró.

Firmada la paz de Viena, ratificóse la cesión del Tirol. Austria no podía defenderlo; la guerra había agotado sus fuerzas y recursos. Los Tirolese á pesar de esto, no se amedrentaron. Envióse tropas de refresco para subyugar á aquellos indómitos montañeses. Siguió la lucha encarnizada y sangrienta, pero contra la enorme superioridad del número, de nada

servia el valor. Franceses y Bávaros ocuparon militarmente las vías principales y todas las poblaciones, no dejando á los patriotas más recurso que la sumisión. Riñóse otra batalla en Berg Isel; ahora sin embargo, el heroísmo de los Tiroleses fué infructuoso. Al fin un antiguo amigo vendió á Hofer á los Franceses, y Bonaparte, para eterno baldón suyo, dió á sangre fría la orden de que lo fusilaran. Más adelante, Speckbacher fué recompensado por el emperador de Austria, y también lo habria sido Haspinger si el humilde fraile hubiese condescendido á recibir algo de sus manos <sup>1</sup>.

1 El autor que encomia justamente el heroísmo de los patriotas tiroleses, nada dice del ejemplo dado por los Españoles. Debemos atribuir su silencio á que no entra en el plan de esta obra el trazar un cuadro completo de las guerras napoleónicas; no obstante, el levantamiento de España contra la dominación extranjera, mostrando á los pueblos el camino que debían seguir para reivindicar su independencia, es un hecho de tal magnitud é importancia é influyó tanto en la suerte de Napoleón, que no puede dejarse de mencionar, por lo menos, en cualquier relato que al ensoberbecimiento y caída del gran conquistador se refiera.—(N. del T.)

## CAPÍTULO LIX

### LA EXPEDICIÓN Á MOSCOW

(1812.)



DESPUÉS de la derrota de Prusianos y Austriacos, el poder de Napoleón parecia irresistible. Sólo Inglaterra se atrevia á desafiarlo. La gran escuadra inglesa perseguia y derrotaba los navios franceses, y el Emperador no perdonaba medio de causar daño á su enemiga. Prohibió el tráfico con la Gran Bretaña y la venta de mercancías inglesas. Ideó, además, el bloqueo continental, es decir, que Europa debia cerrar todos sus puertos á los buques ingleses; pensaba asi dar un golpe de muerte al comercio é industria de su temible rival; sin embargo, el Emperador Alejandro de Rusia rehusó asociarse á esta medida; en su consecuencia, el dictador francés determinó declararle la guerra.

Napoleón hizo grandes preparativos para asegurar el éxito de su gigantesca empresa, y cruzó la frontera rusa, al frente de 600.000 hombres en el verano de 1812. Mas antes de invadir el territorio ruso, convocó á todos los soberanos alemanes en Dresde,

dándoles cuenta de sus proyectos con tanta insolencia que se atrajo la antipatía hasta de sus más ardientes partidarios. Saltarónseles las lágrimas á la emperatriz de Austria y á la reina de Prusia, y príncipes y reyes se mordían los labios con rabia en vista de las pequeñas humillaciones y groseras afrentas que su poderoso, aunque momentáneo, señor les imponía. El ejército organizado por Napoleón contra Rusia se componía principalmente de tropas alemanas, mezcladas hábilmente con las francesas, de modo que ni los mismos alemanes sabían cuál era su número. Austriacos, Prusianos, Sajones, Hessianos, Bávaros, Württembergueses, Badeneses, Suizos, Flamencos y hasta Portugueses, Españoles, é Italianos, figuraban en el gran ejército, llamado á blanquear con sus huesos las llanuras de Rusia. Á fin de defender su retaguardia, Napoleón guarneció las fortalezas próximas con regimientos franceses y los prusianos que llevaba consigo á Rusia, iban mandados también por oficiales del ejército francés. Sesenta mil franceses quedaban en Prusia, mientras los hijos de esta nación eran arrastrados á derramar su sangre por el conquistador. Ahora lloraba amargamente Prusia las consecuencias de su pasada bajeza.

Ningún enemigo se opuso á los invasores. Los Rusos se retiraban sin hacer resistencia ante Napoleón, dejándole internarse en las áridas llanuras.

El 7 de Septiembre, después de dos meses de marcha, el ejército se encontró delante de las cúpulas y torres de Moscow. Reinaba una calma misteriosa en la antigua corte de los czares. No se veía que nadie acudiese con las llaves de la ciudad y las arrojase á los pies del invasor; no asomaba á las puertas ningún tropel de curiosos, ávidos de contemplar al gran

conquistador. Moscow estaba desierta. Napolón estableció sus cuarteles en el Kremlin, el antiguo palacio de los czares. Elévanse de pronto grandes llamas en distintos barrios de la ciudad; un viento de otoño propaga rápidamente el incendio y en breves horas Moscow ofrece el aspecto de un inmenso mar de fuego. Las tentativas que se hacen para extinguir la general conflagración son inútiles; arde el mismo Kremlin.

Los Rusos habian hacinado materias combustibles dentro de sus casas y prendidoles fuego, sacrificando así su gloriosa ciudad á su patriótico deseo de destruir el ejército francés.

El orgullo opresor de Napoleón fué ahora causa de su ruina. En lugar de conducir sus tropas á las fértiles tierras del Sur en busca de buenos cuarteles de invierno, se detuvo en las cenizas de Moscow hasta mediados de Octubre, esperando todos los días que el emperador de Rusia viniera humildemente á él á implorar la paz. Mas como nadie venia y oyera soplar los primeros vientos del invierno y viese que empezaban á caer los primeros copos de nieve, se decidió á enviar proposiciones de paz á Alejandro. No obtuvo respuesta. Parecia que él y su ejército estaban incomunicados con el resto del mundo. Sin embargo, desaparece de repente aquella inacción. Su caballeria es sorprendida y derrotada con grandes pérdidas. El frio es cada vez más intenso; hiélanse los ríos y manantiales; nieva sin cesar. Napoleón comprende al cabo que tiene delante un enemigo al que no puede derrotar ni insultar; este enemigo es el invierno. Ordena, pues, la retirada; pero ya era demasiado tarde. El invierno de 1811 habia sido muy benigno. El de 1812, por el contrario, se anticipó y

fué riguroso como pocos. El ejército francés era molestado en su retirada por los cosacos que, armados de sus largas lanzas, parecían revolotear en torno suyo como mosquitos, enfureciéndole y atormentándole. Las provisiones faltaron. Los caballos morían á millares. Las armas se caían de las manos yertas y entumecidas de los soldados. El gran ejército quedó reducido á una muchedumbre hambrienta, exánime, espantada. Hombres que parecían espectros, pálidos, con los ojos hundidos, vestidos de extraños y miserables despojos, como pieles de animales y prendas de traje de mujer, para preservarse del frío, con largas y ásperas barbas, arrastraban sus piernas sobre el hielo, se peleaban por un caballo muerto y caían bajo montones de nieve para no volverse á levantar. Muchos caían en manos de los campesinos rusos que los desnudaban y arrojaban á los ventisqueros. Cuando aquellos restos miserables del gran ejército llegaron al Beresina, que debían atravesar, había habido un deshielo y sobre las ondas del río flotaban grandes témpanos rotos. Al mismo tiempo, los Rusos aparecían en sus orillas y cebaban su venganza en los Franceses, atravesándoles con sus lanzas, acuchillándolos con sus sables, ametrallándoles con sus cañones. Se construyeron rápidamente dos puentes y sobre ellos se precipitó en tropel la multitud aterrada de fugitivos, formando un montón informe, saltando unos sobre otros. Cedieron los parapetos y muchos cayeron al río. Otros eran derribados de sus caballos y aplastados por las ruedas de los cañones. En fin, para completar el desastre, los puentes se rompieron y la corriente de seres humanos, empujada por los que venían detrás, fué lanzada á las frías aguas del Beresina, pereciendo entre sus

olas. Los que no lograron ganar la orilla opuesta, fueron hechos prisioneros.

El 5 de Diciembre, Napoleón abandonaba su ejército, huyendo en un trineo. Con su huida acabó de perderse la disciplina; soldados, oficiales y generales sólo pensaron en su propia salvación. Del gran ejército enviado á Rusia no repasó la frontera sino una vigésima parte. La poderosa hueste del conquistador había sido totalmente aniquilada <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En la desastrosa retirada de Rusia, el mariscal Ney se manifestó superior á los demás; yendo á la retaguardia no daba muestra de cansancio ni de desaliento; tan pronto echado sobre la nieve estudiaba mapas; tan pronto dispersaba las nubes de caballería ligera que intentaban envolverte; sucesivamente general y soldado, desenvainando la espada y disparando el fusil, se salvó llevando consigo á algunos militares de valientes, á quienes sólo su ejemplo pudo sostener y animar.—(N. del T.)

## CAPÍTULO LX

### CAE NAPOLEÓN Y LEVÁNTASE ALEMANIA



EUROPA miró el inesperado desastre del ejército napoleónico como un signo providencial que anunciaba la hora de la emancipación. En Febrero de 1813 el rey de Prusia celebró una entrevista con Alejandro de Rusia, de cuyas resultas contrajeron alianza los dos Estados. Berlín seguía en poder de los Franceses; mas ahora había renacido el patriotismo y la nación se manifestaba resuelta á sacudir el odiado yugo del insolente extranjero y á reparar la deshonra pasada, apresurándose á poner vidas y propiedades al servicio del exhausto y empobrecido erario. Toda la población apta fué puesta sobre las armas. Los corazones palpitaban de orgullo y esperanza. El rey y el emperador dirigieron una proclama á Alemania, excitándola á levantarse contra el común enemigo. Dióse aviso á Napoleón de la tormenta que se conjuraba. «Bah», exclamó, «los Alemanes no pueden luchar como los Españoles». Sin embargo, levantó un ejército francés, fuerte de 300.000 hombres, que impusiera respeto á la confederación del Rhin, cuyos principes armaron nuevamente millares de soldados para ir con el tirano en contra de sus hermanos del

Norte. Sólo el Mecklemburgo se puso al lado de Prusia. Austria había quedado harto postrada para



FEDERICO GUILLERMO III, REY DE PRUSIA.  
(Según un retrato del año 1798 por Ploetz y Hornemann.)

poder volver tan pronto al combate. Mas ahora iba á entablarse un duelo, capaz de alegrar el corazón

de los menos patriotas. Como ocurre á veces en la vida ordinaria que un contratiempo ó una humillación, hiriendo á un hombre de buenas cualidades que, sin embargo, ha observado hasta entonces una conducta indigna, parece espolearle, curarle de los defectos que denigraban su carácter y enderezar su vida por rumbos nobles y rectos, tal se vió en Prusia. Animado por un solo impulso el pueblo prusiano se apercibió á la guerra. El país se transformó en un gran arsenal. Empuñaron denodadamente las armas, adolescentes casi niños, viejos de cabellos grises, padres de familia, comerciantes, propietarios, artesanos, hombres consagrados á las profesiones liberales, hasta jóvenes vestidos de hombres; todo el mundo quería coger un fusil y manejar un sable en defensa de la madre patria. El que no podia alistarse en las filas, aprontaba su dinero. Quien carecia de recursos, contribuía con su trabajo. Ninguno quería quedarse rezagado en la gran empresa. La población masculina fué convertida en un ejército. Habia tropas regulares y fuerzas francas. Entre estas últimas los cazadores de Lützow se ganaron renombre glorioso en aquellos dias de general heroismo. Napoleón avanzó hasta el corazón de Alemania y entraba en Sajonia, antes que los Prusianos pudiesen acudir á detenerle. Alejandro vino en auxilio de Prusia; pero los ejércitos aliados fueron derrotados por Napoleón en las sangrientas jornadas de Lützen y de Bautzen.

El emperador de Austria ofreció su mediación, enviando á su primer ministro, Metternich, á conferenciar con Bonaparte. «¡Ah! dijo Napoleón, viene usted á mediar; entonces Austria no está á mi lado!» En seguida añadió con insolencia: «¿Cuánto dinero le ha dado á Vd. Inglaterra para tomar su partido?»

Tiró luego al suelo su sombrero para ver si Metternich se humillaba á recogerlo. Metternich miró al sombrero, después á Napoleón é hizo un mohín con los labios. Bonaparte le volvió la espalda. La guerra



MAYOR VON SCHILL.

á Austria estaba declarada. Las fuerzas combinadas de Rusos y Prusianos se dirigieron inmediatamente á Bohemia, donde se les unió el emperador de Austria á la cabeza de un ejército. Dióse el mando del ejército de Bohemia al príncipe de Schwarzenberg;

otro ejército debía defender la Silesia, capitaneado por Blücher, y un tercero, el del Norte, en Berlin, lo acaudillaba Bernardotte, francés de origen y antiguo general de Napoleón, elegido para suceder al rey difunto de Suecia, muerto sin hijos.

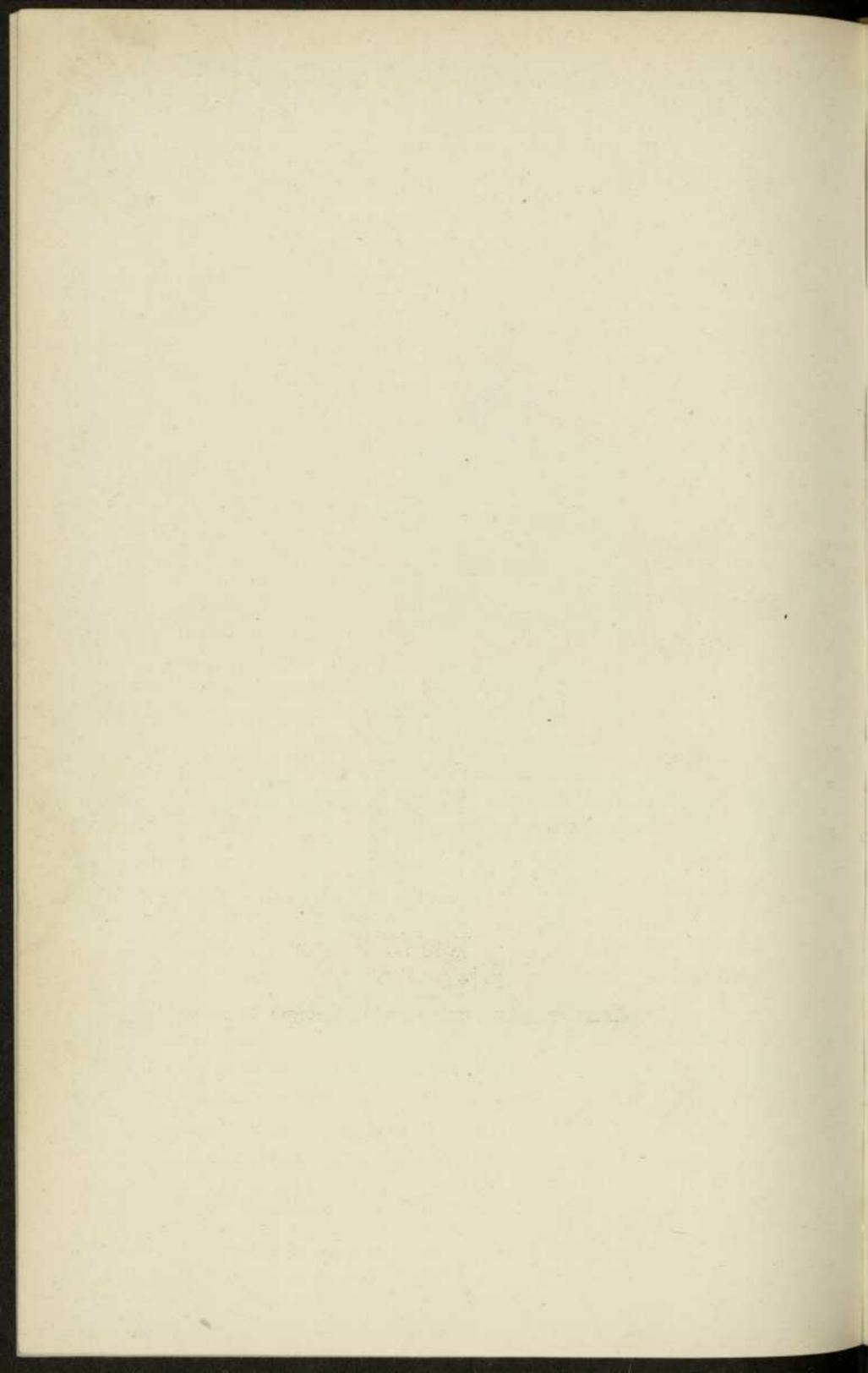
El 23 de Agosto hubo una sangrienta colisión en Gross-Beeren entre una división prusiana del Norte y los Franceses. Los poco disciplinados campesinos que componían la división prusiana se precipitaron sobre el enemigo, derribando batallones enteros con las culatas de sus mosquetes, mientras Bernardotte y sus suecos presenciaban inmóviles el combate. Los Franceses perdieron 2.400 prisioneros. Blücher en Silesia obtenía otro triunfo tres días después. Habiendo atacado á los Franceses al cruzar el Neisse, les precipitaba después de esfuerzos desesperados en el río, crecido por efecto de las últimas lluvias. Los mosquetes de los soldados estaban inservibles á causa de la humedad, y Blücher, sacando su sable de debajo del capote, avanzó hacia el enemigo gritando: «¡Adelante!» Miles de Franceses perecieron al filo de los sables ó atravesados por las bayonetas ó roto el cráneo á culatazos. Los vencedores se apoderaron de 103 cañones y 18.000 prisioneros. El general en jefe de las fuerzas francesas huyó casi solo y se presentó á Napoleón en Dresde. «Señor, dijo el derrotado general, vuestro ejército ya no existe». Concedióse á Blücher el título de príncipe, pero sus soldados preferían llamarle el «General Adelante». Se libró esta batalla en Wahlstatt, no lejos de Liegnitz.

Sin embargo, el mismo día 26 de Agosto Napoleón había derrotado á los aliados con grandes pérdidas delante de Dresde; pero esta era la última victoria que debía ganar en Alemania.



ESTATUA DE LUCHER EN BERLIN.  
(De Chr. Rauch).

*Ra*



## CAPÍTULO LXI

### LA BATALLA DE LAS NACIONES

(1813.)

**L**os generales del Imperio eran batidos en todas partes y empujados á Dresde, donde Bonaparte permanecía, esperando el momento propicio de destruir á los aliados. Pronto, empero, tenia que lamentar una contradicción. El ejército bávaro se negaba á batirse por él, pasándose al campo donde se defendía la honra é integridad de la patria y dirigiéndose al Main con objeto de cortar el paso á Napoleón, si intentaba retirarse. Cuando la noticia de esta defección se supo en Dresde, en el ejército principal de Napoleón, las tropas alemanas que formaban parte de él, comenzaron á vacilar, y al ordenárseles que marcharan á Berlin, se amotinaron. Apoderóse entonces del gran conquistador el melancólico presentimiento de su próxima caída y estuvo algunos días irresoluto. Después se reanimó. El 16 de Octubre de 1813 dió comienzo la gran batalla de Leipzig, que los Alemanes llaman «la batalla de las Naciones», á causa de los diferentes pueblos que allí estuvieron representados y de las numerosas fuerzas que en ella tomaron parte. Duró

el combate los días 16, 17, 18 y 19, registrando la historia pocas batallas tan grandes, pocas acciones de guerra tan largas, porfiadas y sangrientas. El ejército de Napoleón se elevaba á 200.000 hombres y el de los aliados á 300.000, pero el primer día no contaron más que con otros 200.000 porque el ejército del Norte estaba en Halle, con Bernardotte, que sentía pocos deseos de pelear contra su antiguo jefe Napoleón.

Voy á intentar dar una idea de esta gran batalla de las Naciones. Leipzig está situada en una llanura, donde se unen dos ríos, el Elster y el Pleisse, que reciben allí mismo las aguas de dos arroyos, el Luppe y el Partha, recorriendo después un corto trayecto hasta precipitarse en el Saale, por encima del Halle. Al Este se encuentra el camino real de Dresde, por donde se aproximaba Napoleón; al Sur la carretera por donde avanzaba el ejército de Silesia. Esta última sigue el curso del Pleisse, á través de un monte bajo de desnudos alisos. Al Occidente hay otros dos caminos; uno que conduce al Saale, por Weissenfels—dirección Suroeste; otro que viene de Halle—dirección Noroeste. Por el de Halle se acercaba, de mala gana en verdad, el ejército del Norte, al mando de Bernardotte. El emperador de Austria, el de Rusia y el rey de Prusia estaban con el ejército de Bohemia, que era el más importante de todos. Acompañaban á Napoleón el rey de Sajonia y Murat, rey de Nápoles. Cuando los aliados estuvieron cerca de Leipzig formaron una media luna, cuya ala izquierda se apoyaba en el Luppe y la derecha en la orilla oriental del Pleisse.—Por otra parte, el ejército de Silesia se situaba en el camino de Leipzig á Halle, y al del Norte que estaba en este último punto, se

le ordenaba que viniese prontamente y se uniera á él, movimiento que no se apresuró á ejecutar. El pensamiento era cortar la retirada á Napoleón y obligarle á retroceder á Dresde ó, mejor dicho, empujarle hacia el Norte.

El combate empezó á las ocho de la mañana; tronaron mil cañones; el humo cubrió el extenso campo de batalla. Napoleón se habia colocado con su principal cuerpo de ejército, cortando el camino del Sur, que atraviesa las ciudades de Wachau y Probstheida. El príncipe polaco Poniatowsky estaba con su gente entre el Luppe y el Elster y una tercera división, al mando de Marmont, en el camino de Halle. El primer encuentro, que fué terrible, se verificó en Wachau, donde se peleó hasta las dos de la tarde; en él intervinieron principalmente los Rusos; pero casi al mismo tiempo estallaba la lucha en Lindenau, Connewitz y Möckern; se combatia, pues, por todas partes al rededor de Leipzig, excepto por el Norte y el Este.

Ningún resultado decisivo obtenian los contendientes en Lindenau y Connewitz, y Napoleón reunió sus fuerzas para lanzarlas como un ariete contra el ala derecha de los aliados; estos flaquearon y retrocedieron. Oyóse entonces sobre el fragor de los cañones y el ruido de la fusilería el alegre repiqueteo de las campanas de todas las iglesias de Leipzig. Napoleón habia mandado que las echasen á vuelo, creyendo que la victoria estaba ganada. Un correo salia también al galope por la puerta del Elster, con el encargo de llevar á Paris la noticia de triunfo. Pero precisamente en este instante llegaron las reservas rusas por el camino del Sur. Los cosacos cargaron á los Franceses que avanzaban. El ejército aliado se

rehizo y el enemigo fué arrollado. Napoleón observó todo el día el curso de la acción desde una colina; los tres soberanos aliados seguían también sus peripecias desde otra colina cerca de Wachau. Hubo un momento en que estuvieron casi cortados, cuando de pronto cambió el aspecto de la acción. Simultáneamente, Blücher, cansado de esperar á los Suecos y á su jefe, que parecía deseoso de retardarse, atacaba á los Franceses, encerrándolos en Leipzig. Sobrevino la noche; cesó el estampido de la artillería y los aliados siguieron ocupando sus posiciones, mientras el ejército napoleónico se replegaba detrás de Leipzig, como para defender los caminos de Dresde y el Norte. Cuando Napoleón creyó que la victoria se declaraba en favor suyo, exclamó con orgullosa alegría: «el mundo es nuestro». Después, cuando la oscuridad extendió sus sombras, sintió que su suerte le abandonaba; sin embargo, su animoso espíritu no decayó.

Al día siguiente no hubo más que sangrientas escaramuzas. Napoleón, no obstante, considerando que su situación era peligrosa, dió orden de mantener expedito á todo trance el camino de Weissenfels por donde podía huir á Francia. Además pidió á los aliados una tregua que le fué negada. El 18 se reanudó la batalla con nueva furia. Mas ahora habían llegado al fin los Suecos y el ejército del Norte, con más otra división rusa y numerosas fuerzas austriacas. El ejército francés había disminuido por efecto de las pérdidas sufridas; el de los aliados, en cambio, se presentaba más fuerte que antes.

Napoleón determinó retirarse y concentró su ejército hacia el Sur. Los aliados entonces extendieron su ala derecha, interceptando el camino de Dresde,

donde estaban los Sajones. La principal columna de las fuerzas aliadas avanzó desde Wachau à Probstheida, llevándose à los Franceses por delante. En



LA PUERTA DE GRIMMA EN LEIPZIG EN 20 DE OCTUBRE DE 1813 DESPUÉS DE LA BATALLA DE LEIPZIG.

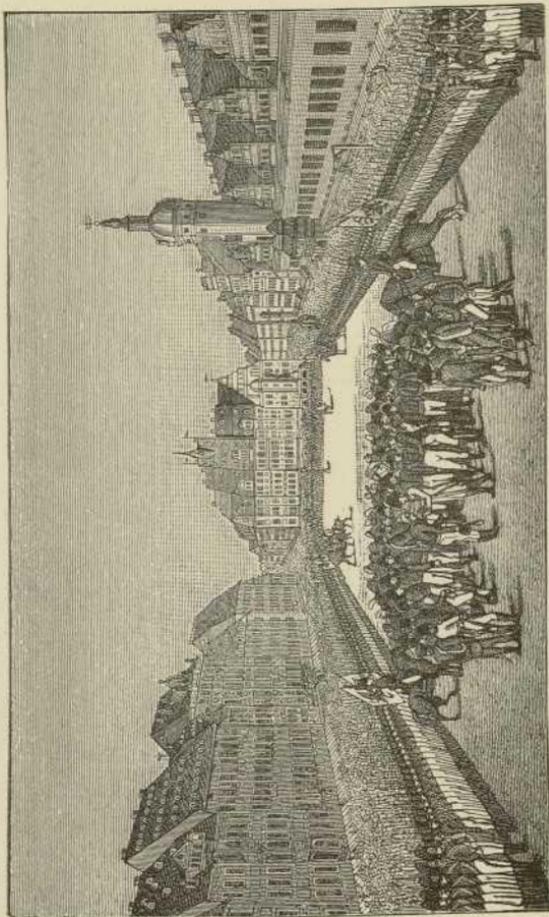
este crítico momento los Sajones y la caballería de Württemberg desertaron de las filas napoleónicas, pasándose à los aliados. Abierta la brecha en el ejér-

cito invasor, siguióse una lucha espantosa en Schönefeld, que los Franceses lograron conservar. Pero el círculo de hierro se estrechaba más cada vez al rededor de Leipzig. Sólo quedaba libre el camino de Weissenfels. Volvió á correr la noche su tupido velo sobre el sangriento campo de batalla, y Napoleón la pasó en Leipzig, donde habia reunido su ejército, excepto las avanzadas, haciendo los preparativos necesarios para emprender la marcha á la mañana siguiente.

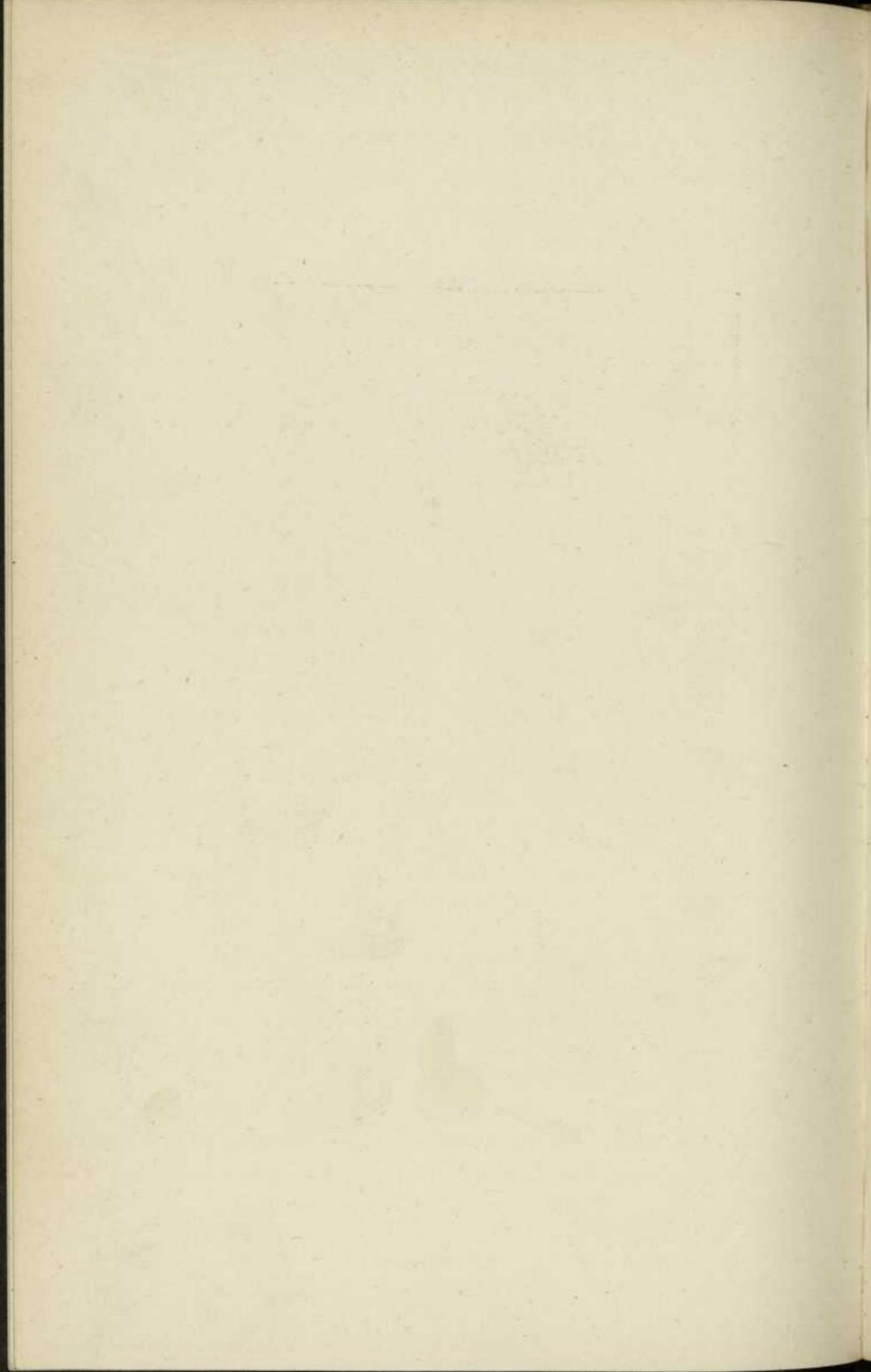
Al rayar el alba del nuevo dia, avanzaron los aliados. La metralla barrió las calles. Napoleón estaba perdido; así lo comprendió y abandonaba la ciudad al mismo tiempo que los vencedores entraban por el lado opuesto. En verdad, es dudoso que hubiera podido salvarse á no á haber sido por la bravura de sus generales Macdonald y principe Poniatowsky que cubrieron su retirada. Después que hubo pasado el Elster, mandó destruir el puente, dejando en la otra orilla 25.000 de los suyos. El principe Poniatowsky metió su caballo en las ondas del rio para cruzarlo á nado, mas habia mucho lodo y murió ahogado. El rey de Sajonia que habia permanecido fiel á Napoleón hasta última hora cayó prisionero.

La retirada del gran conquistador fué un verdadero desastre. En la batalla de Leipzig los Franceses perdieron 78.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, 300 cañones y 1.000 banderas. Las pérdidas de los aliados fueron también considerables.

Así terminó esta gloriosa jornada. Alemania entera se sintió transportada de alegría. El yugo de la servidumbre extranjera estaba roto. Alemania nada tenia ya que temer de los Franceses.



REUNIÓN DE LOS TRES MONARCAS: ALEJANDRO I, FRANCISCO I Y FEDERICO GUILLERMO III  
DESPUÉS DE LA ENTRADA EN LEIPZIG EN EL MERCADO DE DICHA CIUDAD.



## CAPÍTULO LXII

### NAPOLEÓN REPRIMIDO

(1814.)



Los principes aliados celebraron consejo en Frankfort para tratar de la paz general, conviniendo en ofrecer á Napoleón el Rhin, los Alpes, los Pirineos y el mar, como fronteras de su imperio. Pero Napoleón, en su orgullo, aun no domado, rehusó estas proposiciones y la guerra hubo de continuar. El dia 1.º de Enero de 1814, Blücher, el mariscal «Adelante» atravesó el Rhin por Mannheim y Coblenza. El principal cuerpo de ejército de los aliados lo había atravesado pocos dias antes por Basilea, y otra división prusiana, que mandaba Bülow, lo pasó también en Holanda. Disolvióse la confederación del Rhin; Italia, Suiza, Holanda se separaron de Francia; Baviera se había anticipado á hacer lo mismo. Jerónimo, á quien su hermano nombraba rey de Westphalia, hizo su equipaje y escapó. José, el rey de España, huyó también, y Wellington amenazaba á Napoleón por los Pirineos.

Blücher obtuvo varios triunfos, y la paz fué ofrecida de nuevo á Napoleón. No la aceptó. Con su celeridad

de costumbre voló de una parte á otra, derrotando separadamente á los ejércitos invasores. La fortuna parecía sonreírle de nuevo. Sin embargo, el círculo formado en torno suyo se estrechaba, y tras breve resistencia, las fuerzas aliadas entraron en París. Decretóse la deposición de Bonaparte, y se proclamó rey al hermano de Luis XVI. Todos los esfuerzos hechos por Napoleón á fin de conservar para sí y su familia algunos de los honores adquiridos fueron infructuosos. Sus generales le abandonaron. No tuvo más remedio que abdicar la corona, aunque se le permitió retener el título de emperador y se le cedió la pequeña isla de Elba, como principado soberano.

A pesar de los enormes perjuicios y terribles pérdidas que Alemania había sufrido, no exigió ninguna compensación, obrando con rara generosidad. Tal fué la *primera paz de París* (1814). Convocóse en seguida un congreso en Viena para regular las relaciones entre los estados alemanes.

Los soberanos de Prusia y Rusia y los generales victoriosos visitaron á Londres, donde todos, y más especialmente Blücher, fueron recibidos con grandes aclamaciones y pruebas de consideración y respeto.

En el otoño de 1814 reuniéronse en Viena, según se había acordado, los príncipes europeos y sus principales ministros; pero pronto los celos y las rivalidades sembraron la cizaña entre ellos. Allí estaba Talleyrand. Este hombre astuto y poco escrupuloso había servido á la república y á Napoleón, y ahora era adicto á la monarquía restaurada, pronto siempre á rendir parias al poderoso del día. Había ido á Viena á ofrecer sus pérfidos consejos á los vencedores y atizaba hábilmente la discordia entre ellos. Sobrevinieron disputas, que Napoleón supo en su

destierro, y, de improviso, el 1.º de Marzo de 1815, desembarcaba en las costas de Francia el destronado emperador. La nación en masa le acogió con entusiasmo. Las tropas enviadas contra él se le unieron, y el 20 del mismo mes de Marzo verificaba su entrada en París. Luis XVIII, abandonado por el ejército, huyó á los Países Bajos. Murat, el cuñado de Napoleón, se sublevaba al mismo tiempo en Nápoles y avanzaba por la alta Italia contra los Austriacos; pero los demás aliados antiguos de Bonaparte, convencidos de que su caída era inevitable, se negaron á celebrar nuevos pactos con él. Los soberanos, reunidos en Viena, acallaron sus miserables disputas, para concertar una acción común contra el fugitivo de Elba. Las tentativas de Napoleón, encaminadas á ganarlos, fueron rechazadas con desdén. Declararon á Bonaparte fuera de la ley y levantaron más de 1.000.000 de hombres.

Francia no abandonó á su emperador que, reuniendo 150.000 hombres, encaminóse á Bélgica, donde un ejército inglés, al mando de Wellington, y otro prusiano, capitaneado por Blücher, se disponían á atravesar la frontera.

El 16 de Junio Napoleón derrotaba á Blücher en Ligni, haciéndole sufrir grandes pérdidas; pero el mismo día, el ala izquierda de su ejército, dirigida por el mariscal Ney, era batida por los Ingleses en Quatre-Bras. Los Prusianos se retiraron al Havre, perseguidos por 35.000 franceses, y Wellington, atrincherándose en la posición que habia elegido cerca de Waterloo, esperó á Bonaparte.

Hay en Bruselas, en una galería de pinturas, un cuadro, cuyo autor es un tal Wiertz, que representa alegóricamente el campo de Waterloo. Vese en este

cuadro un gran león negro que está destrozando á un águila. El águila viene á simbolizar el poder guerrero de Francia, y el león negro el de los Países Bajos. En verdad, toda la parte tomada por los Belgas en esta memorable jornada fué el huir á las primeras descargas, hasta el punto que los Ingleses tuvieron que abrir sus filas para que escapáran por entre ellas los asustados hombrecillos. En la magna batalla del 18 de Junio pereció la flor de los soldados franceses; el ejército británico resistió como una roca sus vanos y desesperados esfuerzos. La acción duró desde el medio día hasta las ocho de la noche. Blücher y sus prusianos se apresuraron para acudir á tiempo al teatro de la lucha; pero, teniendo que atravesar terrenos casi intransitables por efecto de las últimas lluvias, que habían sido torrenciales, cuando el núcleo de sus fuerzas se presentó, la batalla estaba ya ganada. Emprendieron, sin embargo, la persecución de los vencidos, completando así la obra empezada por los Ingleses. El ejército francés se convirtió en una muchedumbre espantada de fugitivos, incapaz de rehacerse. Napoleón fué á París para abdicar por segunda vez. Después, fracasada su tentativa de huir á América, se entregó al capitán Maitland, comandante del *Bellerephon*, de la marina inglesa.

Por acuerdo de las grandes potencias Napoleón fué confinado, bajo la custodia de Inglaterra <sup>1</sup>, en el islote de Santa Elena, donde murió el 5 de Mayo de 1821. Entretanto, Murat, derrotado por los Austriacos en Tolentino, era hecho prisionero y fusilado

<sup>1</sup> Inglaterra obró con poca generosidad tratando á Napoleón como á un vulgar delincuente. Su conducta ha merecido la reprobación unánime de todos los historiadores imparciales.—(N. del T.)

por haber querido excitar al populacho á la insurrección.

Obtenida la victoria de Waterloo, los aliados entraron otra vez en la capital de Francia, Luis XVIII fué repuesto en el trono y se firmó la *segunda paz de París*. Ahora se trató á Francia con menos generosidad que antes. Gran parte de la orilla izquierda del Rhin fué devuelta á Alemania, y la nación vencida tuvo que pagar una indemnización de 700.000.000 de francos.

En la nueva repartición de Europa, acordada en el Congreso de Viena, Austria recibió la Lombardia y Venecia, y otra vez volvieron á pertenecerle la Dalmacia y el Tirol. Así, después de 23 años de guerras, la monarquía austriaca ganaba aparentemente en poder, habiendo conseguido, en cambio de sus remotas y poco provechosas posesiones de los Países Bajos, territorios que la unian á Italia. El antiguo Imperio germánico fué reemplazado por una confederación germánica, formada de 39 estados y regida por una Dieta ó Parlamento permanente, donde todos ellos tenían representación, y que había de reunirse en Frankfort <sup>1</sup>. Sajonia, Württemberg y Baviera, que

<sup>1</sup> El jurisconsulto ruso, Federico de Martens, notable expositor de derecho internacional, estima que la confederación germánica, tal como fué organizada en 1815, ha sido hasta ahora el tipo más perfecto de esa forma de gobierno por la manera como respetaba la independencia particular de cada estado.

Las bases de la unión se establecieron en el tratado de París de 1814, y el Congreso de Viena elaboró, de acuerdo con ellas, la ley constitutiva de la confederación.

Componíase ésta de 39 estados, que después quedaron reducidos á 33. Los estados confederados se garantizaban recíprocamente sus territorios respectivos que formaban parte de la confederación, los cuales eran tan sólo los habitados por pobladores de origen alemán. Se excluyeron, de consiguiente, las posesiones italianas, húngaras y eslavas de Austria y entre los territorios prusianos, el gran ducado de Posen, la Prusia

habían sido elevados á reinos por Napoleón, conservaron esta categoría; pero los hermanos, parientes y generales de Bonaparte, que éste encumbrara al rango de reyes y príncipes, fueron despojados de la dignidad que su protector les confiriera. Sólo se sostuvo uno de sus mariscales, Bernardotte, elegido rey de Suecia, que no le debía su puesto y á quien él profesaba odio singular.

oriental y la Prusia occidental. Figuraban como miembros de la confederación el rey de Dinamarca en concepto de duque de Holstein y de Lauemburgo y el rey de Holanda por el Luxemburgo y el Limburgo.

La Dieta de la confederación tenía dos órganos: el *consejo permanente* (engerer Rath) y la asamblea general (Plenum). En ambos casos la presidencia correspondía á Austria.

La decadencia de esta potencia, el engrandecimiento de Prusia y el no ser el lazo que la confederación establecía bastante fuerte para sobreponerse á las rivalidades y celos que separaban á los estados alemanes explica el por qué dicho organismo, no obstante su perfección relativa, fué impotente para resolver el arduo problema de la unidad alemana.—(N. del T.)

## CAPÍTULO LXIII

### ALEMANIA PELEA POR LA LIBERTAD

**D**ESPUÉS de la caída de Napoleón, las relaciones entre los príncipes y sus súbditos debían experimentar un gran cambio, que los primeros no se manifestaron prontos en reconocer. La revolución francesa había conmovido extraordinariamente todos los entendimientos en Europa, y los hombres aspiraban á gozar de mayor libertad y á emanciparse de las enfadosas y depresivas restricciones de la Edad Media.

En Alemania, en tiempos anteriores, el pueblo tomaba parte muy extensa y activa en el gobierno. Los pequeños estados tenían todos sus parlamentos, compuestos de la nobleza, es decir, la clase elevada, el clero y los representantes del pueblo.

Pero después de las grandes guerras producidas por la Reforma y especialmente de la guerra de los Treinta Años, arruinada la pequeña nobleza, las instituciones parlamentarias que existían en la Edad Media habían caído en desuso. Los príncipes ejercían un poder absoluto; multiplicaban los tributos á su antojo; se empeñaban en sangrientas guerras y eran árbitros de imponer á sus súbditos leyes y creencias,

sin que el pueblo pudiera hacer otra cosa que obedecer y pagar. Mas la libertad que Francia habia proclamado, su famosa declaración de los derechos del hombre, sus diatribas contra los reyes, hallaban eco en Alemania como en las demás naciones de Europa, y los pueblos comprendieron que era justo se les consultara en los asuntos concernientes á su bienestar y no se les tratase como á esclavos. Sin embargo, los reyes, príncipes y emperadores, que se ocupaban en rehacer el mapa de Europa, no tenían la intención de ser muy pródigos en concesiones á los pueblos, deseando antes bien que las relaciones entre ellos y sus súbditos fuesen las mismas que antes de entablar las grandes guerras del periodo que acababa de cerrarse.

Alejandro de Rusia, Francisco de Austria y Federico III de Prusia formaron la «Santa Alianza», prometiéndose mutuo auxilio, restablecer la religión, la paz y la justicia en sus territorios y regir á sus pueblos como padres. Por desgracia tenían una idea equivocada del poder paternal, confundiéndolo con la autoridad despótica, y en su consecuencia, lejos de promover la prosperidad y dar libertades á sus súbditos, los miraron como idiotas, desprovistos de inteligencia, ó como si esperasen encontrar en ellos la docilidad de escolares.

Guillermo, duque de Hessen-Cassel, dijo: «He estado soñando siete años, ahora olvidaré esta pesadilla», y procuró restablecer las cosas exactamente sobre su antiguo pie. En el Congreso de Viena los príncipes habían dicho que darian constituciones á sus pueblos; más ahora, repuestos ó asegurados en sus tronos, ninguno se curó de cumplir sus promesas. Esto produjo muchas desilusiones. El pueblo se manifes-

taba descontento y clamaba porque se planteasen las reformas ofrecidas. Los estudiantes, sobre todo, eran entusiastas defensores de la libertad y de las constituciones y formaron «hermandades» ó clubs para propagar las nuevas ideas. Los jóvenes vestían chaqueta corta de color negro, gastaban altas botas, adornaban su cuello con collares colgantes, usaban daga y bebían jarros de cerveza en honor de la libertad. Eligieron por simbolo una cinta tricolor, roja, negra y amarilla. En 1817 celebraron una gran reunión en Wartburgo en conmemoración de Lutero, donde dieron rienda suelta á sus sentimientos, expresando el odio que les inspiraban el formalismo y las restricciones impuestas por el gobierno. Encendieron una gran hoguera y arrojaron en ella varios instrumentos de tortura que simbolizaban el siglo XVIII. Estos síntomas eran sumamente graves, pero el gobierno parecia no darles importancia; no obstante, cuando poco tiempo después Kotzebue, autor dramático que se habia permitido ridicularizar algunas costumbres alemanas, era asesinado, el poder comenzó á preocuparse de la situación, ordenó á la policía que vigilase las universidades, cerró los clubs y dispuso algunos arrestos.

El pueblo pedia no sólo el establecimiento de Cámaras sino también la publicidad en la administración de justicia, con el juicio por jurados. El procedimiento seguido en los tribunales era secreto, poco escrupuloso y á veces arbitrario. Se cometían abusos, se incurria en errores que desprestigiaban á la justicia. Así, por ejemplo, en 1820, un carpintero y un pintor eran asesinados en Dresde y la policía prendía á un inocente y le sujetaba al suplicio de la rueda, torturándole á fin de obligarle á confesar. Para librarse

del tormento, el desgraciado se declaró culpable y ya iba á ser ejecutado cuando se demostró su inocencia. En 1830, en Rostock, un aprendiz de carpintero acusó á su maestro de haber asesinado á su mujer. Se tuvo en la cárcel al carpintero por espacio de nueve años, y al cabo de ellos se supo que el asesino era el aprendiz. El mismo año se asesinaba en Oldemburgo al embajador danés, y á los criados, que eran inocentes, se les encerraba en un calabozo, donde permanecieron seis años, siendo victimas de tan malos tratamientos que enfermaron física y moralmente. El pueblo estaba disgustado, con razón, por la manera como se administraba justicia. Habia otra causa de queja, que consistia en la censura á que se sujetaba la imprenta. No podia publicarse ni venderse ningún libro, ni salir á luz un periódico sin antes ser revisado por funcionarios, cuya misión era leerlo y autorizarlo ó no. Recuerdo á este propósito que hallándome yo en Alemania, mi padre tuvo necesidad de comprar *Las Memorias* del barón de Trenck, que habia estado preso muchos años de orden del rey de Prusia. El dueño de la libreria donde entramos nos contestó que estaba prohibida la venta de dicha obra; sin embargo, hizo á mi padre seña para que esperara, y cuando no quedaba nadie en la tienda, llevóle á un sótano y allí sacó el libro de un estante secreto. Y esto era lo que sucedia; vendianse los libros prohibidos, pero su compra originaba grandes molestias y desembolsos, y si se sorprendia al librero en falta, se le formaba causa criminal.

Reinaba tan honda agitación en los espíritus, que algunos pequeños principes cedieron y otorgaron constituciones á sus súbditos. En Julio de 1830 estalló una nueva revolución en Francia; Carlos X, que

había sucedido á Luis XVIII, era arrojado del trono que vino á ocupar Luis Felipe, su pariente. Este cambio no dejó de producir influencia en Alemania, donde hubo serios disturbios. El pueblo pedía más libertad, instituciones más benéficas, una forma de gobierno menos opresora; rehusaba seguir siendo tratado como menor de edad, mas no se organizó para la lucha y sólo pudo recabar la concesión de reformas poco importantes. Austria y Prusia además, se mantuvieron en la intransigencia más completa.

En 1837 murió Guillermo IV de Inglaterra sin sucesión masculina. Desde Jorge I los reyes de la Gran Bretaña habían sido electores de Hannover, mas ahora tenía que romperse la unión, y Ernesto Augusto, hermano de Guillermo IV, ascendió al trono hannoveriano. En 1833 se había otorgado una constitución á Hannover. Ernesto Augusto la abolió. El descontento fué general en dicho reino, cuyos habitantes apelaron á la Dieta de la confederación. Ésta, sin embargo, se declaró incompetente y con tal motivo desvaneciése la confianza que inspiraba.

Únicamente data de este periodo una buena institución y es el Zollverein, ó unión aduanera alemana. Hasta ahora, los artículos producidos en cada pequeño principado, estaban sujetos á pagar derechos de entrada cuando se importaban en otro. La consecuencia era que el contrabando prosperase y los estados invirtiesen buena parte de sus escasos recursos en vigilar la frontera. Además el comercio se resentía terriblemente por efecto de los gravámenes impuestos á la importación y exportación. Movidos de estas consideraciones varios estados se convi-

nieron con Prusia, estableciéndose el Zollverein, que tenía por base la supresión de las aduanas en las fronteras de los países concertados. No obstante, Austria y algunos estados del Norte se negaron á adherirse.

## CAPÍTULO LXIV

### OTRA REVOLUCIÓN

(1848.)

**L**uis Felipe, elevado al trono de Francia por la revolución de Julio, olvidó sus promesas de gobernar liberalmente. El bienestar de su propia familia triunfó en el de sus deberes para con sus súbditos. Pensó sin duda, que como un acaso de la fortuna le había encumbrado, otro podía derribarle, y juzgando que esto no era muy improbable, determinó hacer su agosto, como vulgarmente se dice, interin las circunstancias le eran propicias. La conducta del rey le enajenó las simpatías de los Franceses, que se levantaron contra él, como se habían levantado contra Carlos X, en Febrero de 1848. Luis Felipe huyó á Inglaterra; Francia se erigió en república, y Luis Napoleón, sobrino de Napoleón I, era elegido en Diciembre del mismo año primer presidente de ella.

En 2 de Diciembre de 1851, Luis Napoleón disolvía por medio de la fuerza la Asamblea nacional asumiendo la dictadura, y al año justo se proclamaba emperador con el título de Napoleón III.

Nuestros lectores preguntarán sin duda, quien fué

el segundo Napoleón. Vamos á satisfacer su natural curiosidad. Deseoso Napoleón I, cuando estaba en el pináculo de su gloria, de ocultar en lo posible lo humilde de su origen y suplir la falta de una prosapia ilustre, se divorció de su mujer Josefina y obligó al emperador de Austria á darle en matrimonio á su hija María Luisa. De esta unión nació un hijo en 1811. Napoleón, al tener que abdicar otra vez en la batalla de Waterloo, se esforzó porque se reconociese á su hijo como sucesor suyo, con el título de Napoleón II. Sus pretensiones fueron vanas como sabemos. El hijo de Napoleón murió de consunción á los 21 años de edad. Al proclamarse Luis Napoleón tercero de este nombre, obraba como si el pobre muchacho se hubiese ceñido la corona imperial, y él ignorase los reyes que habian gobernado realmente á Francia y la decisión de Europa.

Luis Napoleón, el nuevo emperador, era el tercer hijo de Luis, hermano del gran Napoleón y rey de Holanda algún tiempo por la voluntad de su hermano.

La revolución francesa de 1848 fué un acontecimiento que revistió importancia europea, repercutiendo especialmente en Alemania. En breve plazo la conmoción fué extraordinaria en todos los estados alemanes y el pueblo pidió atrevidamente y con tono amenazador cuatro cosas: 1.ª, libertad de expresar su pensamiento de palabra y por escrito en todo lo concerniente al gobierno del país (libertad de palabra y de imprenta); 2.ª servicio militar universal, derecho de usar armas y derecho á reunirse y asociarse libremente; 3.ª juicio por jurados y publicidad del procedimiento; 4.ª, abolición de la Dieta de la confederación y reorganización constitucional de todos los estados. La mayor parte de los principes ce-

dieron por el temor de experimentar la misma suerte que Luis Felipe. Sólo el emperador de Austria y el rey de Prusia se mantuvieron inflexibles.

El pueblo de estos reinos empuñó las armas desesperado y en Viena y Berlin hubo sangrientas insurrecciones que terminaron con el triunfo del ejército. El emperador Fernando, sin embargo, tuvo que abandonar su capital y refugiarse en Innsbruck, donde abdicó en favor de su sobrino Francisco José que prometió hacer reformas. También el rey de Prusia, después de resistirse mucho y de haber gran efusión de sangre en Berlin, se vió precisado á dar una constitución á su pueblo.

Los Alemanes pedian asimismo que se convocase un Parlamento general, destinado á asentar sobre nuevas bases el régimen de la madre patria. Se reunieron, pues, en Frankfort 600 representantes del pueblo, cuya misión era establecer las bases generales y convocar una Dieta constitucional—ó asamblea nacional—habiendo de elegirse un diputado por cada 50.000 habitantes. El 28 de Mayo de 1848 se reunió en Frankfort la Asamblea Nacional, celebrando sus sesiones en la iglesia protestante de San Pablo. Nombró un gobierno provisional, del cual eligió presidente y protector al archiduque Juan de Austria. Habiase llegado á las conclusiones siguientes: Hay que dar un nuevo código, aplicable á toda Alemania, debe reconstituirse el Imperio alemán en forma de federación, con una sola Cámara de representantes. Federico Guillermo IV, rey de Prusia, fué elegido emperador, mas él rehusó el ofrecimiento, diciendo al enterarse de su designación: «Ignoran que en Alemania hay principes todavía, y que yo no soy más que uno de tantos.»

Después de esto, estallaron de nuevo grandes desórdenes, sobre todo, en el Sur. Los campesinos empuñaron las armas; unos pedían una cosa, otros otra diferente. Los estudiantes peleaban por la libertad



GUILLERMO I, REY DE PRUSIA.

de la prensa; los campesinos porque se libertase á sus fincas de las hipotecas con que las habian gravado los judios. Todas estas insurrecciones fueron sofocadas por el ejército. Las tentativas hechas para dotar á Alemania de una constitución general fracasaron por completo, y en Mayo de 1851 volvia á

reunirse la antigua Dieta de la confederación. Los gobiernos recobraban otra vez su superioridad; pero la revolución no había sido infructuosa; el pueblo se había en gran parte emancipado. Sin embargo, á lo que realmente se aspiraba era á la unidad, y éste era un deseo prematuro todavía.

## CAPÍTULO LXV

### UNA GUERRA POR CAUSA DE DOS DUCADOS

**L**os dos ducados de Schleswig-Holstein estaban sometidos al rey de Dinamarca; mas parte de sus habitantes eran Alemanes, y éstos y los Dinamarqueses vivían en continua lucha, acudiendo los primeros á sus compatriotas en solicitud de auxilio contra sus vecinos. En 1848 la población alemana de los ducados quiso expulsar á los Dinamarqueses que habia en ellos y declararse libre de la corona de Dinamarca; pero esta tentativa fracasó. En 1851 estallaron nuevos disturbios. En 1863, por la muerte de Federico VII, que no dejaba hijos, la corona de Dinamarca pasó á Cristian IX; el rey de Prusia, sin embargo, no quiso reconocer la validez de esta sucesión en lo concerniente á los ducados, declarando que la soberanía de los mismos le correspondia á Federico de Augustemburgo, el cual descendía de un hijo menor de Alejandro, duque de Sonderburgo, antecesor también de Cristian IX, el nuevo rey de Dinamarca. Los Dinamarqueses no se resignaron á desprenderse voluntariamente de tan extensa porción de su territorio y sobrevino la guerra. Austria se unió

á Prusia porque la anexión de los ducados á Alemania era popular y no entraba en sus miras el permitir á la otra gran potencia germana que la realizara por si sola. Atacaron, pues, los dos colosos á la



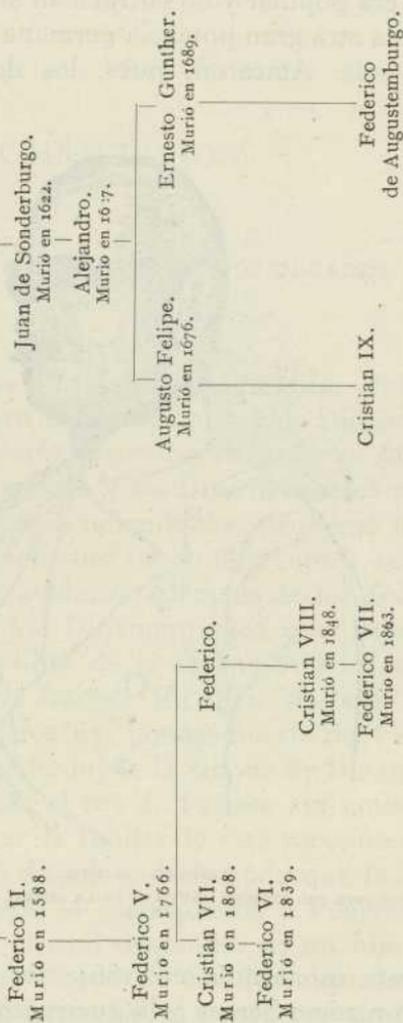
GENERAL WRANGEL,  
COMANDANTE DEL EJÉRCITO PRUSIANO EN LA GUERRA CONTRA DANEMARK.

diminuta monarquía en 1864; los Dinamarqueses pelearon como héroes y la guerra continuó en 1865. Sin embargo, abrumados por la enorme desproporción en recursos y número de soldados, los bravos Dinamarqueses sucumbieron.

## CRISTIÁN III

Rey de Dinamarca, duque de Schleswig-Holstein.

Murió en 1559.



Pero terminada la guerra, Prusia reveló claramente su propósito de incorporar los ducados á su territorio, no á la confederación. Cosa era esta que Austria no podía sufrir; en su consecuencia, estalló la guerra entre Prusia y Austria en 1866. Prusia se alió con Italia, cuyas tropas se aprestaron á ocupar las posesiones que Austria tenía en la península. Los Austriacos derrotaron al ejército italiano en Eustazza. La suerte, empero, les fué adversa en Alemania. Peleaban al lado de Austria, Sajonia, Baviera, Württemberg, Hessen y Hannover. El principal ejército prusiano se entró con extraordinaria rapidez por Bohemia, temeroso de que los aliados meridionales de Austria no se dirigiesen al Norte de Hannover, cortasen el reino por mitad y amenazasen á Berlín. Los Prusianos tenían tres ejércitos; los tres debían internarse en Bohemia y verificar aquí su misión. Estos ejércitos eran el del Elba, al mando del rey; el primer ejército, capitaneado por el príncipe Federico Carlos, y el tercer ejército, á cuyo frente iba el príncipe real. El ejército del Elba avanzó á través de Sajonia por Dresde; el primer ejército estaba en Lusatia, en Reichenberg; el segundo en Silesia; el tercero en Hessen. Los tres se encaminaban á Gitschin.

El ejército austriaco, al mando de Benedek, se encontraba en Königgrätz, en la Bohemia oriental. Ahora bien, si nuestros lectores dirigen una mirada al mapa, verán que al Norte de Bohemia se elevan por todas partes altas montañas que sólo dejan tres pasos practicables. Los Austriacos, por tanto, pudieron detener al ejército principal en las montañas, desbaratarlo, ó al menos, dejarlo mal parado; caer en seguida como un martillo sobre el primero y deshacerle, y dirigirse después contra el tercero y aplas-

tarlo. Mas ahora se repetia lo ocurrido en las guerras napoleónicas; los generales austriacos parecian medio dormidos, y nunca hacian cosa á derechas en los momentos oportunos. Benedek se dirigió en verdad contra el primer ejército; mas era ya demasiado tarde, y al saber que el enemigo habia atravesado la cordillera, retrocedió, dando tiempo á los Prusianos para concentrarse.

El ejército del Elba y el primero se reunieron en Münchengrätz, derrotaron un ejército austriaco y le arrojaron de Gitschin á Königgrätz, donde Benedek estaba restregándose los ojos, esperando el momento de empezar.

Los Prusianos prosiguieron su movimiento y el ejército del Elba ocupó á Smidar y otro á Horzitz, mientras el principe real con su gente avanzaba y se apoderaba de Gradlitz.

El camino real de Königgrätz cruza el Bistritz, rio de poco caudal, que corre á través de un terreno cenagoso, formando muchos charcos y lagunas. Al Norte de Königgrätz hay otro riachuelo, semejante al Bistritz, que desagua en el Elba á través de varios pantanos. Pero hacia Chlum, Nedelist y Lippa el terreno es sólido y elevado y aqui colocó Benedek su artillería.

Los Prusianos se adelantaron desde Smidar contra el ala izquierda de los Austriacos y desde Horzitz contra el centro, mientras el principe real debia atacar el ala derecha del enemigo. La batalla empezó el 3 de Julio, á las siete de la mañana, con el avance simultáneo del ejército del Elba y del primer ejército hacia el Bistritz. En Sadowa hay un bosque, donde el combate fué terrible. La artillería austriaca diezmaba á los Prusianos que, lejos de retroceder,

seguían adelante, pero el enemigo los recibía con nutridas descargas y tan exhaustas estaban sus fuerzas al medio día que hubieron de retirarse. Entretanto no llegaba el príncipe real; obligado á atravesar un terreno pantanoso iba sumamente despacio. Por segunda vez desaprovechó Benedek la oportu-



EL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ DE AUSTRIA.

nidad que se le presentaba de derrotar á los Prusianos. Debiera haber reunido sus fuerzas y haberse precipitado impetuosamente sobre el enemigo, cansado y vacilante. Sin embargo, no hizo nada y dejó reponerse á los Prusianos, contentándose con restregarse las manos, pensando que las cosas no iban mal del todo. Los Prusianos para distraerle caño-

neaban sus posiciones. Así se pasaron dos horas. De pronto suena el estrépito de la artillería por el Norte. Era la señal de que el príncipe Federico se presentaba en escena, salvaba el arroyo y acometía el ala derecha y el flanco de Benedek. En seguida entran en acción las tropas de refresco de los otros dos ejércitos y el rey llama á las reservas en su auxilio. Al mismo tiempo el príncipe real se apodera de Chlum, la llave de la posición austriaca; la batalla estaba ganada.

Se había peleado por ambas partes con gran denuedo; pero los Austriacos luchaban con dos desventajas; la impericia de su general y la inferioridad de sus fusiles. Los Prusianos iban armados de los fusiles llamados de aguja, que se cargan por la culata y se disparan con gran rapidez, siendo superiores por estas causas á los fusiles del modelo antiguo que llevaban los Austriacos.

Después de esta gran batalla que los Ingleses y Franceses conocen con el nombre de batalla de Sadowa (Sādowa no Sadōwa como equivocadamente se pronuncia) y los Alemānes con el de Königgratz, los Prusianos se dirigieron á Viena, alcanzando el Marchfeld antes que el emperador Francisco José entrase en negociaciones de paz.

Al fin firmóse ésta en Praga el 23 de Agosto y por consecuencias de ella adquirió Prusia preponderancia abrumadora en Alemania.

Los Prusianos habían derrotado también á los hannoverianos en Langensalza, invadido á marchas forzadas el Hessen-Cassel y apoderándose de la persona del duque. Con la paz de Praga operóse un gran cambio en Alemania. Quedó disuelta la confederación germánica. Prusia se anexionó el Hannover, el Hessen

Cassel y Nassau, lo mismo que los dos ducados de Schleswig-Holstein; Austria, Württemberg y Baden tuvieron que pagar una contribución de guerra y Baviera y Hessen-Darmstadt ceder parte de sus territorios al vencedor.

Los estados situados al Norte del río Main formaban la confederación del Norte al frente de la cual figuraba Prusia, y los del Sur otra confederación aparte. Austria era excluida de ambas y además perdía Venecia, que se incorporaba a Italia. Alemania, pues, se dividía en tres partes, pero Prusia era tan prepotente que la confederación del Sur no podía resistir su voluntad. Marchaban, por lo tanto, rápidamente las cosas a la unión del Norte y el Sur, que no tardaría en ser un hecho.

## CAPÍTULO LXVI

### LUCHA TERRIBLE CON FRANCIA

(1870-1871.)

L trono de España estaba vacante y el príncipe Leopoldo de Hohenzollern había sido designado como candidato á él. Este hecho excitó profundamente los ánimos en Francia. Se recordaban las guerras sostenidas por Francisco I contra Carlos V á causa de haber este último reunido en sus sienes las dos coronas de España y Alemania.

Temerosa de que se preparase una combinación de fuerzas que la anulase como la operada anteriormente entre Prusia é Italia en daño del imperio austriaco, alarmábase Francia ante la perspectiva de que otro príncipe alemán rigiera los destinos de la nación vecina. Aumentó la agitación hasta el punto de obligar al emperador Napoleón á resolverse por la guerra <sup>1</sup>.

1 El autor supone á Napoleón III arrastrado por las pasiones populares á declarar la guerra á Alemania. Sin embargo, aunque el carácter impresionable de los Franceses secundara las miras del emperador, éste tenía en la guerra un interés de familia, el de asegurar la posesión de la corona á su heredero. Había renacido vigoroso en Francia el espíritu democrático; en París eran derrotados en las elecciones generales los candidatos imperialistas; el entierro de Víctor Noir había estado

La candidatura del príncipe Hohenzollern habia sido retirada al saberse en Alemania el disgusto con que fuera acogida en Francia, mas esto no satisfizo á los Franceses y Napoleón hubo de ceder á la vehemencia de las pasiones y lanzarse impremeditadamente á la lucha.

El rey Guillermo de Prusia estaba en Ems de vacaciones y sus primeros ministros hallábanse también en el campo descansando de las fatigas del gobierno. El embajador francés Benedetti visitó al rey, el cual, viendo que la guerra era inevitable, regresó en seguida á Berlin, y llamó á sus ministros. El 16 de Julio reuniase el consejo federal del Norte y resolvía prepararse para la guerra. El 19 se convocaba la Dieta imperial, formada de los representantes de todos los estados del Norte y el Sur y acordaba por unanimidad hacer causa común con Prusia. Esta determinación sorprendió sobremanera al gobierno francés, que esperaba que la Alemania del Sur permaneciese neutral. La unión del Sur y el Norte creaba un vasto poder contra Francia, cuyas fuerzas y recursos apenas igualaban á los de la confederación septentrional.

á punto de provocar una revolución; sólo, pues, en la victoria, en el prestigio de los triunfos militares, el gran talismán de los Bonaparte, veía Napoleón probabilidades de consolidar su dinastía.

Por otra parte, tampoco cabe decir que á Prusia le cogiese tan de sorpresa la guerra como en el párrafo siguiente parece indicarse en el texto. Prusia venía persiguiendo la unidad de Alemania con tesón infatigable; la guerra de Dinamarca, y sobre todo, la guerra de Austria, le habían allanado considerablemente el camino. No obstante, no se le ocultaba á Prusia que mientras no abatiese á Francia, sus proyectos eran irrealizables. De aquí que la guerra con esta nación fuera un hecho previsto y calculado tiempo hacia por Bismark y el rey Guillermo y para el cual todo estaba dispuesto, como no había de tardar en demostrarse.—(N. del T.)

Declarada la guerra, hubo el temor de que el ejér-



PRINCE FEDERICO CARLOS  
EN LA CAMPAÑA DE 1870.

cito francés atravesase la frontera antes de que el alemán se movilizara, es decir, estuviese reunido para entrar en campaña. Conforme, en efecto, á todas las tradiciones, los Franceses debian tomar la ofensiva; asi habia sido en tiempos de Luis XIV; asi habia ocurrido en las guerras del primer Napoleón; pero no podia repetirse ahora el mismo hecho; el ejército francés no estaba preparado. He aquí la primera falta del gobierno francés; declarar la guerra sin contar aún con los medios de empezarla. El ejército francés habia en verdad marchado á la frontera, pero carecia de viveres y municiones. Se

había adoptado el plan siguiente: situar 150.000 hombres en Metz, 100.000 en Strasburgo y 50.000 de reserva en Chalons; los ejércitos reunidos de Metz y Strasburgo debían luego cruzar el Rhin, atravesar el Palatinado bávaro y avanzar sobre Frankfort, por Rastadt, donde se libraría una gran batalla al ejército del Norte, y derrotado éste, se esperaba que la Alemania del Sur, Austria y Dinamarca empuñasen las armas como aliadas de Francia.

Sin embargo, nada estaba listo. Los soldados permanecieron inactivos, esperando provisiones de boca y guerra y vestuario durante quince días. En el entretanto, todos los ferrocarriles alemanes conducían tropas á la frontera, pero ni un solo soldado se enviaba que no fuese perfectamente equipado. Al expirar la segunda semana, el ejército alemán amenazaba á Francia por todos los puntos de la frontera.

Había, de hecho, tres ejércitos alemanes. El primero al mando del general Steinmetz, formaba el ala izquierda y se estacionó en el Mosela, en Tréveris; el segundo, capitaneado por el príncipe Federico Carlos, ocupaba el Palatinado rhinniano; el tercero, que acaudillaba el príncipe real de Prusia, se extendía por la orilla derecha del Rhin, desde Mannheim hasta Rastadt. Entre los tres sumaban 447.000 hombres. Detrás de ellos había en Alemania una reserva de 188.000 hombres, pronta á marchar; una segunda de 160.000 y otra tercera de 226.000 para cubrir las bajas producidas por la guerra. El 28 de Julio, el emperador francés, acompañado de su hijo, muchacho de 14 años, iba á Metz á hacerse cargo del mando; y el 2 de Agosto atacaba á Saarbrücken, donde sólo había 1.300 hombres, y les obligaba á abandonar sus posiciones, aunque se retiraron en buen or-

den y sin ser perseguidos ni ocupar los Franceses á Saarbrücken.

Ahora les tocó á los Alemanes avanzar. El pensa-



GENERAL MOLTKE.

miento de Moltke, que dirigia las operaciones, era: dejar que los ejércitos marcharan separadamente y se concentraran para pelear. Así se ganó, como se recordará, la batalla de Leipzig y con la misma tác-

tica se había obtenido pocos años antes la victoria de Sadowa.

Algo más abajo de Rastadt desagua el Lauter en el Rhin por el Occidente. El tercer ejército se adelantó el 4 de Agosto y cruzó el Lauter, que era en-



MARISCAL MAC-MAHON.

(Según una fotografía del año 1870.)

tonces la frontera. En Weissenburg trabó batalla con los Franceses y después de cinco horas de combate los derrotó. Estos franceses no constituían el ejército principal, sino una división avanzada; en cambio, Mac-Mahon, el general francés que estaba detrás con el grueso de las fuerzas debía haber comprendido que los Alemanes que se habían batido en

Weissenburg no eran una división, sino todo un ejército. No lo conoció, sin embargo. Ignoraba cómo y dónde estaban distribuidas las tropas alemanas. El ejército del príncipe imperial avanzó á su vez, encontró á los Franceses en Wörth y obtuvo una brillante victoria, con pérdida por parte de los Alemanes de 10.642. Las de los Franceses no se conocen exactamente; pero no debieron ser inferiores. Los Franceses lucharon con gran valor, sucumbiendo sólo á la fuerza del número. Este triunfo abrió á los Alemanes el paso de los Vosgos y el camino de Nancy.

El mismo día ganaban otra batalla en Spichern, como á tres millas de Saarbrücken, el primero y segundo ejército que se habian unido. El general Frossard, que mandaba á los Franceses, ocupaba unas alturas rodeadas por todas partes de profundos bosques. El asalto de estas alturas fué uno de los lances más sangrientos y empeñados que hubo en todo el curso de la guerra. La falta de una dirección acertada determinó la derrota de los Franceses; durante la batalla permanecieron con los brazos cruzados varias divisiones del ejército de Frossard. Las alturas fueron tomadas por los Alemanes al anochecer y Frossard se retiró, protegido por el fuego de su artillería, hacia Oettingen. Las tres divisiones del ejército alemán pisaban ya el suelo francés, avanzando simultáneamente desde el cuartel general que dejaban á retaguardia. El tercer ejército cruzaba los Vosgos. El día 10 se expedía un telegrama desde Saarbrücken, donde estaba el cuartel general, diciendo: «el ejército francés se retira hacia el Mosela por todos lados, perseguido por nuestra caballería». Reconocióse ahora nuevamente el valor é importancia de la caballería

como arma de guerra. Iba delante del principal cuerpo de ejército, recogiendo noticias acerca de los movimientos del enemigo y haciendo formar conjeturas equivocadas respecto á las ejecutadas por los Alemanes. Barria extensos territorios, atacaba y aprehendia transportes y convoyes de provisiones, reunia viveres y exigia impuestos. Llamábasela cuando iba á librarse alguna batalla y estaba en seguida en su puesto, pronta á tomar parte eficaz en el combate.

El 14 de Agosto se hallaba al Este de Metz el primer ejército, mandado por Steinmetz, y los naturales revelaban al general que las tropas francesas, a campadas



KRONPRINZ FEDERICO GUILLERMO  
EN LA CAMPAÑA DE 1870

en la orilla derecha del Mosela, estaban levantando sus reales.

Las mandaba ahora en jefe el mariscal Bazaine, porque el emperador había regresado precipitadamente á Paris, donde hervian las pasiones con motivo de las victorias obtenidas por los Alemanes y la



MARISCAL BAZAINE.

marcha progresiva del enemigo. Napoleón dió á Bazaine la orden de retirarse á Chalons, donde estaba la reserva y se habían refugiado los restos del ejército de Mac-Mahon. En su consecuencia el mariscal echó puentes sobre el Mosela el día 13, envió parte de su acompañamiento á Gravelotte é intentó seguirle al otro día con todo su ejército, dejando sólo en

Metz las fuerzas suficientes para defender la plaza. Los Alemanes, sin embargo, viendo que los Franceses se retiraban, les atacaron el día 14 en la aldea de Colombey.

Procuraré dar una idea de la posición de Metz, para que puedan comprenderse los acontecimientos que van á seguir.

Metz era la capital de la antigua Lotharingia ó Lorena, y está bañada por el Mosela, que corre aquí en un valle espacioso, de tres á cuatro millas de ancho. Una serie de collados, muy próximos al río, limitan el curso de éste por el lado oriental, y al Occidente hay otra serie que se aleja mucho de él, y presenta abruptas crestas; precisamente por Metz las dos eminencias van paralelas. Metz se levanta sobre una colina en la orilla oriental del río, que es su margen derecha, pero el terreno sigue subiendo más allá, aunque no á gran altura. En la orilla occidental las colinas son más elevadas, y una de ellas, coronada por un fuerte, frente por frente á Metz, está lindando con el río. La cadena de collados que corre al Sur y al Norte del valle del Mosela se halla rota en varios puntos por algunos ríos. Á unas nueve ó diez millas al Sur de Metz afluye al Mosela el Gorze, por el Suroeste, y tres millas más acá el Mance, en Ars-sur-Moselle.

El camino de Metz á Verdun y Chalons es una antigua via romana. Da la vuelta á la eminencia, donde está el fuerte de San Quintin, frente á Metz. y cruza en seguida las tierras altas y los dos ríos, el Gorze y el Mance; hay un tercer río también al Sur-Oeste, cuyas aguas recibe el Mosela, justamente al pie del collado y fuerte de San Quintin. Ahora bien, el mariscal Bazaine habia, según hemos dicho,

recibió la orden de retirarse desde Metz á Chalons, por Verdun, é iniciaba este movimiento cuando la caballería alemana, que le espiaba sin descanso, descubrió su plan. El primer ejército alemán atacó entonces la retaguardia de los Franceses. La batalla duró siete horas. Los Franceses ocupaban las alturas que hay entre Grizy y Savigni teniendo su centro en Colombey. Vencidos y arrojados aquéllos sobre Metz, los Alemanes acampaban por la tarde en las posiciones conquistadas. La gran importancia de esta acción era aplazar la retirada de Bazaine durante dos días y dar tiempo á que el segundo ejército llegara y cruzase el Mosela á algunas millas más arriba de Metz.

Y ahora debemos esforzarnos por reseñar fielmente los movimientos que se sucedieron, con el último de los cuales hay pocos comparables en la historia. Tan pronto como el rey tuvo conocimiento de la victoria de Colombey, ordenó al segundo ejército que atravesase el Mosela por el sitio en que se le une el Gorze y que avanzara por el valle de este rio, ocupando el contiguo camino romano que va á Verdun, para cortar la retirada á Bazaine. El Mosela es cruzado á las tres de la tarde del día 15, es decir, al otro día de la batalla de Colombey, y el segundo ejército se adelanta hasta Vionville. Se vió entonces que los Franceses ocupaban la meseta ó terraza que hay entre Mars-la-Tour y Rezonville y el valle del Gorze con las colinas que le separan del Mance. El día 16 por la mañana dió comienzo la batalla, avanzando el tercer cuerpo de ejército por entre Vionville y Flavigni. Durante cinco horas peleó este valiente cuerpo contra fuerzas superiores hasta que vino á relevarle el décimo cuerpo, con el príncipe Federico Carlos, ó «el príncipe rojo», como se le llamaba á causa de su

barba roja. Donde se luchaba con más tesón era en el ala izquierda, compuesta en su mayor parte de caballería, que trataba de envolver el flanco de la francesa por Mars-la-Tour. Había empeñados en este combate cerca de 5.000 caballos, por uno y otro lado. Al fin vencieron los Alemanes. También en el ala derecha quedó el campo por ellos, y los Franceses, desalojados de sus posiciones, ganaban las colinas que separan las cuencas del Gorze y el Mance. Con este triunfo los Alemanes interceptaban el camino de Chalons y les era imposible á los Franceses el retirarse.

Al día siguiente los Franceses retrocedían á la serie de collados que hay entre Metz y el Mance. La posición era muy fuerte y los Franceses aumentaron sus defensas naturales, abriendo fosos y levantando trincheras y terraplenes. El ala izquierda de los Franceses se apoyaba en el Mosela, en Vaux, y la derecha estaba en S. Marie-aux-Chenes en el camino principal que va de Metz á Longuyón y Sedán.

Los Alemanes avanzaron hacia Gravelotte. El primer ejército sostuvo la batalla en este punto el día 18. Los Sajones y la guardia fueron enviados hacia el lado Norte para atacar á los Franceses por su flanco, en Santa María. También el ala izquierda sufrió la arremetida de los Alemanes en Vaux. El centro defendía á Gravelotte, posición demasiado fuerte para que pudiese prosperar un ataque dirigido de frente.

La lucha fué más tenaz y encarnizada que en ninguna otra parte en Santa María y San Privat, donde los Alemanes consiguieron envolver el ala enemiga, poniéndola al cabo en completa derrota y obligándola á huir á Metz. El ala izquierda, sin embargo, guardó sus posiciones toda la noche, pero á la mañana siguiente se retiraba también á Metz. Al mismo tiem-

po la caballería alemana cortaba el ferrocarril del Norte que va á Thionville, por manera que el ejército francés quedaba encerrado en Metz.

Los Alemanes dieron nueva distribución á sus fuerzas. Hasta aquí habian tenido tres ejércitos; ahora formaron otro nuevo, llamado el ejército del Meuse, que se compuso de tropas pertenecientes á los otros tres y de las reservas que comenzaban á llegar. El primer ejército y el segundo continuaron al mando del «príncipe Rojo» siendo su misión el impedir que Bazaine saliese de la trampa donde estaba cogido, y el tercero y cuarto se dirigian en busca de Mac-Mahon, que suponian estaba con los restos de su primer ejército y las reservas en Chalons. No se perdió un momento. El 19, al otro dia de la batalla de Gravelotte, los ejércitos tercero y cuarto se pusieron en marcha.

La caballería descubrió entonces que Chalons estaba desierto. El general francés habia ido hacia el Norte. ¿Cuál era su objeto? ¿Iba de retirada á Paris ú operaba un movimiento de flanco para atacar á los Alemanes que avanzaban? La caballería se dispersó en todas direcciones como una nube de mosquitos y pronto se supo dónde estaba Mac-Mahon. No habia ido á Paris; se habia retirado á Rheims. Los Alemanes aceleraron su marcha. Mac-Mahon se encaminó á Retbel, al Noreste. Su propósito era ya manifiesto. Iba hacia el Mosela para libertar á Bazaine, encerrado en Metz. Si hubiese desplegado más actividad, tal vez habria podido realizar su intento; pero perdió diez preciosos dias en avanzar lentamente desde Rheims á Beaumont, sobre el Meuse, plazo suficiente para que los Alemanes le alcanzasen y desbarataran su plan.

Los Alemanes, sin darse momento de reposo, se dirigieron hacia el Norte, y enviaron destacamentos del ejército que cercaba á Metz para detener á Mac-Mahon, si pasaba desde el Meuse al valle del Mosela.

El 28 de Agosto, Mac-Mahon estaba entre Vouzières y Stenay, sobre el Meuse. Los Alemanes se presentaron por el Sur, produciendo gran desaliento en los Franceses, que retrocedieron. El 30 fueron asaltados Beaumont y las alturas que hay detrás, y Mac-Mahon tuvo que retirarse más allá del río, á Carignan, y al otro día á Sedán, donde quiso probar fortuna, aunque vió claramente que ni por la pericia en el mando, ni por la calidad de los soldados, podía medir sus fuerzas con los Alemanes. Como es fácil advertir, dirigiendo una ojeada al mapa, Mac-Mahon no había sabido evitar que lo arrinconasen, y ahora iba á repetirse en Sedán con Napoleón III lo sucedido en Leipzig á Napoleón I. Los Alemanes se concentraron por todos lados, no dejando libre más que el que mira á la frontera belga. Después fueron estrechando poco á poco su círculo de hierro, empujando delante de sí á los Franceses. Mac-Mahon recibió una herida al empezar la batalla y el general Wimpffen se encargó del mando. Importaba poco, empero, que fuese uno ú otro el general en jefe; no había nadie capaz de salvar á aquél ejército, encerrado como el de Bazaine en Metz, en una verdadera ratonera. Los Franceses se precipitaron en Sedán, incapaces de oponer seria resistencia, recibiendo el fuego de 500 cañones. Entonces el emperador Napoleón, que estaba en la ciudad, viendo que no había recurso ninguno, mandó enarbolar la bandera blanca. Uno de sus ayudantes llevó al rey Guillermo una carta donde el emperador decía: «Como no he muer-

to á la cabeza de mis soldados, entrego mi espada á V. M.»

El rey contestó que recibiría la espada y enviaria un oficial provisto de plenos poderes, para tratar de la capitulación. Al día siguiente (2 de Septiembre) por la mañana, Napoleón dejó á Sedán para avistarse con el canciller alemán. La entrevista se verificó en la casa de un pobre tejedor, en Donchery, mas no llegaron á ningún resultado decisivo por negarse Napoleón á entrar en negociaciones de paz. Entonces el rey Guillermo mandó alojar á su prisionero en Bellevue, cerca de Frenois. Las condiciones de la capitulación las ajustaron el ministro de la Guerra Moltke, y el general Wimpffen. El ejército se entregaba como prisionero de guerra. Los oficiales que empeñasen su palabra de no volver á hacer armas contra los Alemanes en el resto de la guerra debían quedar libres. Los Alemanes se incautaban de todas las armas, estandartes y material de guerra que habia en Sedán. De este modo cayeron en poder de los Alemanes 50 generales, 5.000 oficiales, 83.000 hombres, 558 cañones y 6.000 caballos. Antes habian hecho ya cerca de 30.000 prisioneros; 3.000 se habian salvado cruzando la frontera belga, donde fueron desarmados, y en los hospitales y casas habia 14.000 heridos. En pocas horas habia sido aniquilado un ejército de 135.000 hombres. El emperador fué enviado al castillo de Wilhelmshöhe, cerca de Cassel, donde los duques de Hessen-Cassel iban á pasar los veranos.

Y ahora, considérese la rapidez con que se habian obtenido tan magníficos resultados. El 4 de Agosto verificaba su primer movimiento de avance el ejército alemán, cruzando el Lauter, y el 1.º de Septiembre

se libraba la batalla de Sedán. El 2 de Agosto atacaba Napoleón á Saarbrück, disparándose los primeros cañonazos en esta guerra y desnudándose la espada por primera vez. El 2 del mes siguiente él y su ejército eran prisioneros de guerra de los Alemanes. Á la noticia de la derrota y rendición de Sedán estalló una revolución en París. El 4 de Septiembre se proclamaba la república, nombrándose un gobierno de «defensa nacional», compuesto en su mayor parte de abogados, ignorantes en absoluto en cosas de guerra. Las esperanzas de paz fundadas en la entrega de Napoleón, se desvanecieron. La guerra debía proseguir hasta el fin. Los Alemanes no se durmieron. Al dia siguiente entraban en Rheims y el 15 estaban delante de París, que rodearon como una media luna. París se halla defendido por gran número de fuertes que coronan las alturas vecinas, habiendo un espacio libre entre ellas y las murallas de la ciudad. Esto permitió á los Franceses hacer salidas; sin embargo, ninguna fué coronada por el éxito. Llegan nuevos refuerzos á los Alemanes y París queda sitiado por completo; ya no pueden recibir viveres ni auxilios del exterior. El 5 de Octubre el rey de Prusia estableció su cuartel general en el palacio de Versalles.

No fué posible al principio apretar el cerco de París, porque los Alemanes no tenían tren de batir, esto es, artillería pesada y demás material necesario para el bombardeo. Por tanto, el ejército adoptó provisionalmente una actitud puramente defensiva, limitándose á rechazar las salidas intentadas por los Franceses.

Entregáronse en la Alsacia varias ciudades fortificadas. Strasburgo se había defendido heroica-

mente, però después de un terrible bombardeo abría sus puertas á los sitiadores el 27 de Septiembre. Marsal, Vitry, Toul, Soissons, Schlettsadt, capitularon. En fin, el mariscal Bazaine se rendía en Metz el 27 de Octubre. Los vencedores se apoderaron ahora de tres mariscales de Francia, 6.000 generales y oficiales, 173.000 hombres, y 1.340 cañones. El segundo ejército francés estaba destruido, y el príncipe Federico Carlos quedaba libre para dirigir á otra parte sus operaciones.

Algunos miembros del nuevo gobierno republicano habían huido á Tours antes de la llegada de los Alemanes frente á Paris. Sitiada la capital de Francia, Gambetta, otro de los individuos del gobierno, abogado del Mediodía de Francia, por cuyas venas corría sangre italiana, hombre de claro talento y con muy alta opinion de sí mismo escapaba en un globo y se unía á sus compañeros de Tours, asumiendo una verdadera dictadura. Llamó á las armas á todos los hombres útiles, ordenó traer de todas partes material de guerra y equipó y vistió á los nuevos soldados. No es difícil comprender cuán absurdo era el pensar que estos soldados bisoños fuesen capaces de afrontar á tropas tan aguerridas y disciplinadas como las alemanas, pero debemos reconocer el heroísmo de aquellos hombres que, después de haber visto aniquilados dos formidables ejércitos, se negaban á ceder. Las consecuencias, sin embargo, fueron terribles para Francia, que agotó sus recursos y vióse próxima á su total ruina.

Formóse en el Loira un numeroso ejército al mando de Aurelles de Paladines, que habría podido intentar algo provechoso si Gambetta no se hubiese interpuesto y tratado de dominar la autoridad del

general en jefe. Los Alemanes le atacaron, cuando amenazaba al ejército sitiador de París, derrotándole en Orleans y Beauné. Aurelles de Paladines habia aceptado la batalla contra su voluntad, cediendo á las órdenes del dictador. Después de su derrota, resignó el mando, y el ejército del Loira se dividió en dos. Uno al mando de Bourbaki, se concentró en Bourges. Otro, cuya dirección confiése á Chanzy, se corrió á Beauzency, entre Orleans y Blois. Los Alemanes no tardaron en ver que el último de estos dos ejércitos era el más numeroso y el principe Federico Carlos fué á su encuentro, batiéndole y obligándole á retroceder hasta Vendome. El gobierno de Tours, no encontrándose ya seguro, se trasladó á Burdeos. Chanzy entonces se retiró al Mans, y el último dia de este año terrible trató de revolverse contra el ejército del principe Federico Carlos que le perseguia, pero fué arrollado.

Se habia organizado otro ejército en el Norte de Francia, al mando de Faidherbe: enviaron contra él los Alemanes á su primer ejército, que dirigia el general Manteuffel, el cual alcanzó á los Franceses en Amiens, el 27 de Noviembre, y los derrotó, haciéndoles retirarse en desorden á Arras y Lille.

Hallábase en Rouen otra división del ejército del Norte: Manteuffel la bate y dispersa, ocupando la ciudad expresada, y en seguida retrocede para dar el último golpe á Faidherbe, á quien derrotó en Hallue y Bapaume; una nueva batalla reñida en San Quintin completa la ruina del ejército de Faidherbe. Esta última batalla se libró el 18 de Enero. El mismo dia el general Trochu, que mandaba en París, hizo una salida para romper el sitio, mas fué rechazado con grandes pérdidas.

Por consiguiente habian abortado todas las tentativas de libertar á Paris, atacando á los sitiadores por retaguardia.

Gambetta ideó ahora un nuevo plan de opera-



GENERAL EDWIN VON MANTEUFFEL.

ciones. Determinó llevar la guerra al territorio enemigo, y obligar á los Alemanes de este modo á levantar el sitio de Paris y á retroceder para defender la patria amenazada. Entre Vesoul y Basilea hay una plaza fortificada casi inexpugnable, Belfort, que no se había aún rendido, aunque sufría largo asedio.

Gambetta resolvió que Bourbaki, marchase á libertar á Belfort y después cruzase el Rhin é invadiese el territorio de Baden y Württemberg.

Los Alemanes no tardaron en descubrir cuál era el plan de Gambetta. En su consecuencia formaron para perseguir á Bourbaki un nuevo ejército llamado el ejército del Sur, que confiaron á Manteuffel, el cual había sido llamado del Norte después de la batalla de San Quintin. En el entretanto el príncipe Federico Carlos había batido á Chanzy en el Meuse haciéndole 20.000 prisioneros é inutilizándole para lo sucesivo. Los restos de este ejército huyeron desordenadamente á Luval y Mayenne, perseguidos por los Alemanes. Chanzy no pudo volver á levantar cabeza; su ejército estaba disuelto lo mismo que el de Faidherbe.

El general alemán Werder estaba en las provincias del Este, á la cabeza de un ejército, empeñado en los sitios de Belfort y Langres. Tan pronto como se enteró de la marcha de Bourbaki, salió á su encuentro, dándole vista en Hericourt. No tenía más que 35.000 hombres, mientras los Franceses sumaban 100.000. Además alzabase Belfort á retaguardia de los Alemanes, que podían temer ser atacados por la espalda. Á pesar de todo por espacio de tres días, que fueron el 15, 16 y 17 de Enero, los Alemanes sostuvieron empeñada acción con los Franceses. El tiempo estaba sumamente frío; la nieve cubría el suelo; los Franceses se retiraron el 28. El pequeño ejército alemán había derrotado otro francés tres veces mayor. Cuando el rey Guillermo se enteró de esta victoria, dijo: «Es uno de los hechos más memorables que registrará la historia».

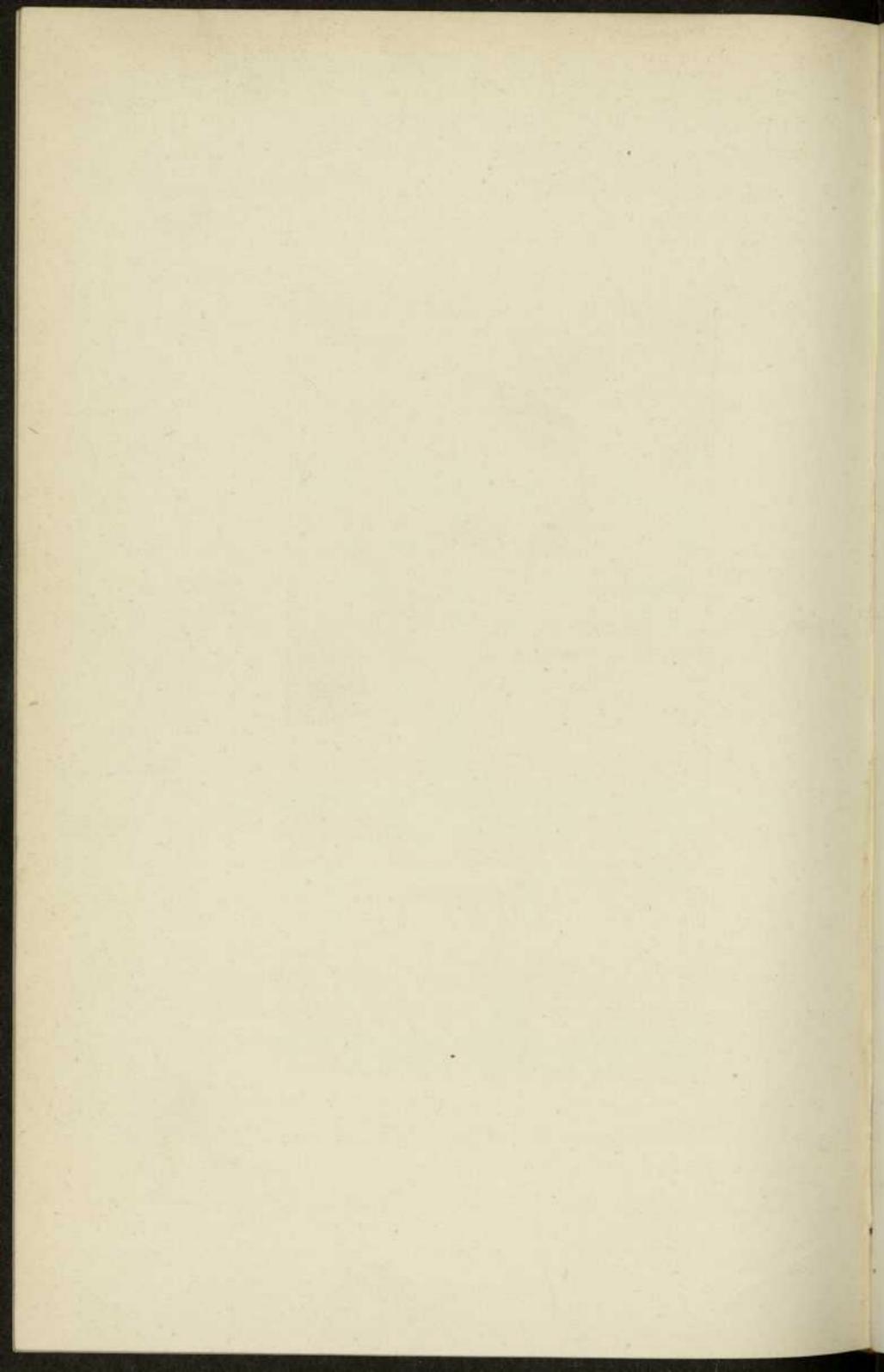
Manteuffel avanzó ahora á marchas forzadas, y

Gambetta intervino otra vez modificando los planes de Bourbaki. Corrido éste de su desgracia é irritado por la conducta de Gambetta quiso poner término á sus dias, pero la herida que se infirió, aunque grave, no fué mortal. Le reemplazó el general Clinchant; mas todo era vano. Lo único que el ejército francés pudo hacer, fué retirarse á Besanzón y desde Besanzón á la frontera suiza, que cruzó, siendo desarmado y disuelto. Aniquilado este otro ejército, Francia no contaba ya para defenderse más que con las tropas encerradas en Paris. No habia medio de prolongar la resistencia. El 24 de Febrero se ajustaban los preliminares de la paz, que se concluía el 15 del siguiente. Francia cedía la Alsacia y parte de la Lorena (la Lotharingia) con Metz, obligándose además á pagar una enorme contribución de guerra, é interin ésta no se abonase, los Alemanes ocuparían en prenda parte del territorio francés y algunos de los fuertes de Paris. Debía también convocarse un congreso en Bruselas para resolver ciertas dificultades.

La mayor parte del ejército vencedor regresó después de esto á Alemania y el 28 de Marzo se reunía en Bruselas el congreso de la paz. Tuvo, sin embargo, que aplazar sus tareas por haber estallado en Paris una nueva revolución. La Commune se enseñorea de la capital y de varios de los fuertes no ocupados por los Alemanes, erigiéndose en gobierno independiente. El gobierno republicano se vió obligado á sitiarse á Paris y á bombardearlo, mientras los Alemanes asistian como testigos á aquella lucha fratricida, mirando cómo los parisienses «se cocían en su propia salsa», según la frase de Bismark. Cuando los comunistas vieron que la ciudad habia sido to-



LOS GUERREROS VOLVIENDO DE LA CAMPAÑA.  
Bajo relieve del monumento nacional en el Niederwald de Juan Schilling.



mada, trataron de prender fuego á todas las iglesias y edificios públicos, como si trataran de sepultarse bajo sus ruinas.

Hasta el 10 de Mayo no se ajustó definitivamente la paz en Frankfort, reproduciéndose en lo esencial las bases convenidas en Marzo anterior.

## CAPÍTULO LXVII

### EL NUEVO IMPERIO

**L**a victoria había sido obra de Alemania entera; estaba borrado el antagonismo entre el Sur y el Norte; los corazones se unían en una aspiración común.

Parecía entrar ya en los designios de la Providencia el que la lección de lo pasado, escrita y vuelta á escribir cien veces con sangre, y siempre desatendida, fuese clara é inteligible para todos. La unidad: he aquí la palabra mágica, el talismán maravilloso de que dependía la grandeza de Alemania. Las miserias de Alemania habían sido debidas siempre á los celos y rivalidades de los pequeños principes. Ahora, Dios había dado la victoria á los Alemanes, sobre el poder que fuera su más temible enemigo sólo por haberse unido: la mano que sembrara la ruina y la desolación en sus campos estaba desarmada; las tropas alemanas habían sido irresistibles: todo se debía á la unión.

Los diferentes estados alemanes, puestos de acuerdo, ofrecieron la corona imperial al rey de Prusia. El 1.º de Enero de 1871 se dió una proclama declarando restaurado el Imperio alemán y el 18 del mis-

mo mes, el rey Guillermo era saludado como empe-



LA GERMANIA.

(Del monumento nacional en el Niederwald de Juan Schilling.)

rador en el palacio de Versalles por los representan-

tes de todos los estados. Paris capitulaba el 28 y en el último tercio del mes siguiente se convenian los preliminares de la paz, firmada definitivamente el 10 de Mayo, en Frankfort. La reincorporación de la Alsacia y la Lorena alemana al Imperio era una necesidad militar, á causa de sus capitales fortificadas Metz y Strasburgo, y venia además á satisfacer un deseo unánime del pueblo germano.

La primera Dieta alemana se reunió en Berlin, el 21 de Marzo del expresado año de 1871. El Imperio alemán consta hoy de 26 estados. Veintidós tienen una constitucion monárquica y son reinos, grandes ducados, ducados y principados; hay tres ciudades libres y el pais imperial ó Alsacia-Lorena, sometido directamente al gobierno central.

El viajero que antes recorría el Rhin debía proveerse de moneda prusiana en Aix ó Colonia y cambiarla por moneda del Sur en Maguncia. En Colonia habia *thaler*, *groschen* y *pfennig*. Doce *pfennig* componian un *groschen* de plata y treinta *groschen* de plata un *thaler*. En Maguncia el sistema monetario era distinto, usándose las *kreutzer* y los *florines*. Un florin tenia sesenta *kreutzer*. En Hamburgo las monedas diferian de las anteriores. Habia el *shilling* y el marco. Diez y seis *shillings* equivalian á un marco y el valor del *shilling* era igual á 10 céntimos. Ahora rige un solo sistema monetario en toda Alemania, exceptuando á Austria. Diez *pfennig* componen un marco, cuyo valor es próximamente el del *shilling* inglés. Esta es una gran ventaja. Las leyes también se han simplificado, revistiendo tendencia y carácter semejantes en los diferentes estados, y éstos son tan sólo parte de los bienes, producidos por la unidad. Nuestros lectores recordarán sin duda

la antigua fábula del padre, los hijos y el haz de varas.

Cogida suelta cada vara se rompía fácilmente: en cambio el haz desafiaba los mayores esfuerzos. Las varas dispersas que componían la nación alemana han formado al cabo un haz; Dios quiera que no vuelvan á separarse,

Hay una canción alemana muy popular que está inspirada en esta idea:

«¿Cuál es la patria alemana?

¿Es Prusia?

¿Es Suabia?

¿Son las riberas del Rhin donde cuelgan las uvas?

¿Son las costas del Báltico donde silban las gaviotas?

Grande, más grande es la patria alemana.

«¿Cuál es la patria alemana?

¿Es Baviera?

¿Es Sajonia?

¿Es la región pantanosa donde crecen los juncos?

¿Es la comarca en que trabajan los mineros?

Grande, más grande es la patria alemana.

«¿Cuál es la patria alemana?

¿Es Pomerania?

¿Es Westphalia?

¿Es la playa donde el mar azul baña la blanca arena?

¿Es la tierra en que el impetuoso Danubio rueda sus

[olas?

Grande, más grande es la patria alemana?»

La canción dice en seguida que la patria alemana está donde se habla el alemán, donde se entonan canciones alemanas, y se aborrece la perfidia extranjera y hay un bien común y un común amor á todo lo que es grande y noble y justo <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Muerto el emperador Guillermo le sucedió su hijo Federico Guillermo, cuyo es el retrato que se publica en el texto; Federico Guillermo murió al poco tiempo, víctima de penosa enfermedad, malogrand



KRONPRINZ FEDERICO GUILLERMO.

(Según una fotografía antes de su último viaje á Inglaterra en 1887.)

He dicho antes que la historia alemana patentiza cuán gran cosa es la unidad, verdad que enseña con tanta sencillez el apólogo del haz de varas. Otra lección se desprende también de ella, á la cual le es aplicable asimismo una fábula, la del perro que soltó el pedazo de pan por correr tras la sombra del mismo. Los emperadores alemanes, en efecto, atraídos por la vana sombra del Imperio romano, desaprovecharon la ocasión de consolidar la nación alemana, dotándola de un gobierno firme y estable. Por este obstinado afán de perseguir un fantasma, el Imperio arrastró existencia tan azarosa y Alemania era un cuerpo tan falto de cohesión que Napoleón I la redujo á un estado de impotencia casi irremediable. Muchos siglos tardó Alemania en convencerse de su error; al fin lo hubo de comprender, pero más ha necesitado todavía para penetrarse de la sencilla verdad de que en la unión está la fuerza.

Pero no debe suponerse que Alemania haya resuelto ya todos los problemas y que conoce el camino que conduce á la prosperidad. Ha aprendido, si, dos cosas, pero ignora aún otras muchas. Ha resuelto algunos problemas, mas quedan otros erizados de dificultades y amenazas.

Á fin de mantener la unión y poder adquiridos, Alemania es hoy un campamento. Todos los hombres capaces de empuñar las armas son soldados. Deben vestir el uniforme y servir por espacio de tres años en el ejército activo, dispensándose dos únicamente á los jóvenes que siguen una carrera literaria

las esperanzas que su rectitud y tendencias liberales habían hecho concebir. Por estas dos muertes, ocupa hoy el trono de Alemania Guillermo, hijo del segundo en quien se supone miras menos pacíficas que en su padre y antecesor.—(N. del T.)

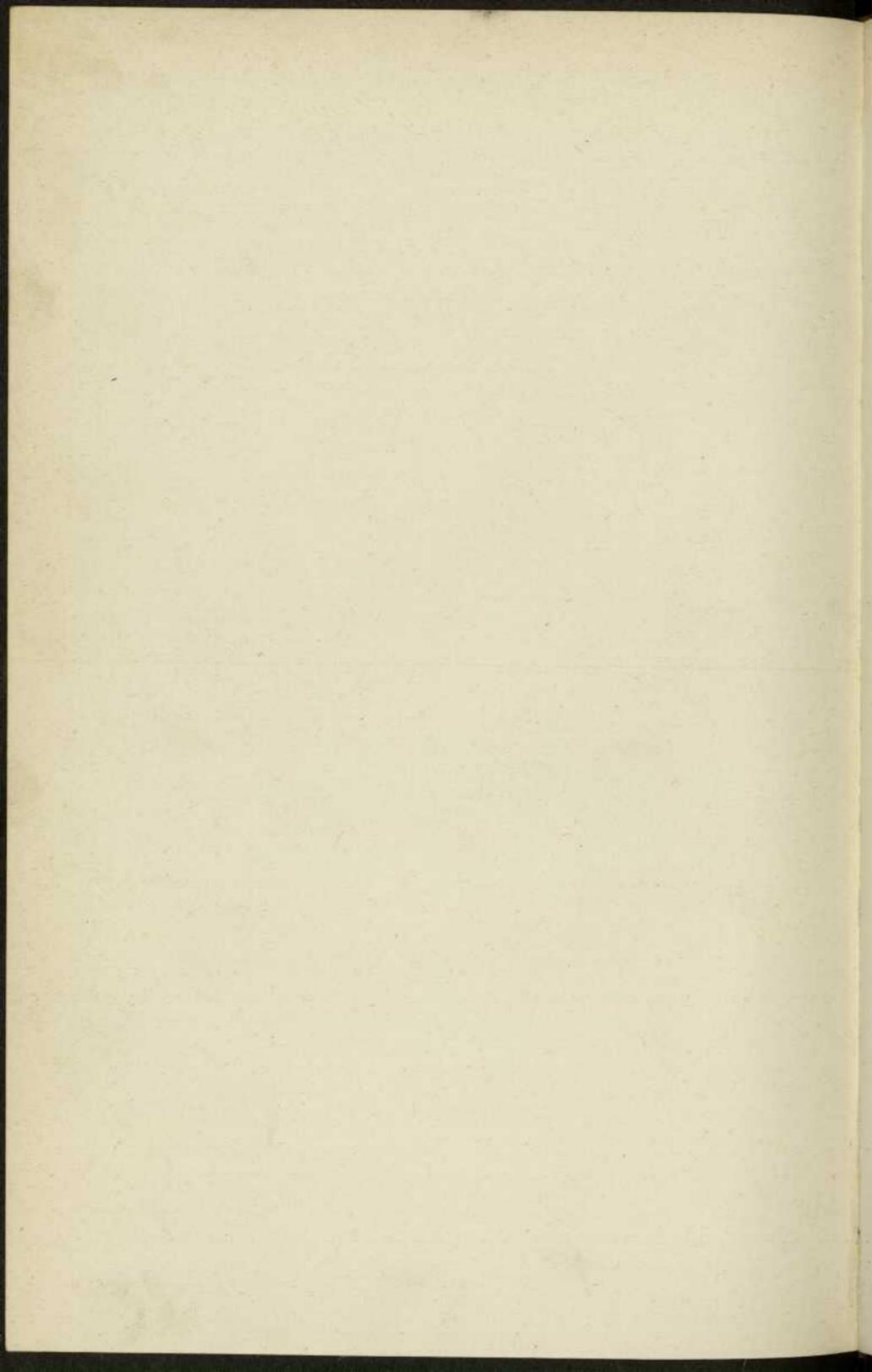
ó científica y pueden acreditar mediante un examen riguroso que su instrucción militares completa. Ahora bien, este sistema tiene ventajas indurables, no sólo en lo concerniente á la nación, sino también desde el punto de vista de los individuos. Los jóvenes obreros y campesinos reciben una educación que los transforma en hombres diestros é inteligentes, porque en Alemania se atiende, tanto á instruir al soldado, como á incalcularle hábitos militares. De este modo, toda la población masculina se acostumbra á la disciplina, á la subordinación y adquiere el sentimiento de la interdependencia. Però, por otra parte, semejante estado de cosas impone sacrificios enormes y abrumadores al país. Los mejores años de la juventud, aquellos en que es más fácil aprender un oficio ó profesión, se pierden en los cuarteles. Además, hay que exigir tributos crecidísimos para alimentar, vestir y equipar un ejército tan numeroso. Muchos prefieren huir á América ó á Inglaterra antes que servir los tres años en la milicia, y las deserciones aumentan tanto, que preocupan seriamente á las autoridades.

En fin, el ejemplo de Alemania ha sido imitado por Francia, Austria, Rusia, Italia, por manera que el continente europeo gime hoy bajo el peso de una carga insoportable y ninguna nación se atreve á sacudirla de sus hombros, temerosa de que las demás se prevalgan en daño suyo de la superioridad de sus fuerzas.

Vemos, pues, que aunque el Imperio alemán se nos presenta como un poder colosal, es también un poder ruinoso para sus súbditos, y si la nación ha salido airosa de gravísimas dificultades, otras no menores levántanse hoy en su camino. Cuál será el resultado



GUILLEMO II.



definitivo no es posible adivinarlo, pero en este mundo no se obtienen ventajas en una dirección determinada sin que pérdidas equivalentes vengan á compensarlas en otra dirección. Todavía tiene el género humano muchas cosas que aprender, y no hay que olvidar que la lección la recibe con frecuencia á costa de lágrimas y sangre. Cuando se ha incurrido en algún error, la experiencia acaba por ponerlo de manifiesto; rectificase entonces el juicio, y se emprende otro camino. La gran ventaja del estudio de la historia consiste en evidenciar los extravíos de las generaciones pasadas y en enseñarnos á precavernos de otros semejantes.

---

The first of these is the fact that the  
 country was not a united kingdom  
 at the time of the conquest. It was  
 divided into many small states,  
 each of which was ruled by its  
 own king. The most powerful of  
 these were the Saxons, the  
 Angles, the Jutes, and the  
 Danes. The Saxons were the  
 most numerous and the most  
 powerful. They were the  
 first to settle in the country  
 and they were the first to  
 build a kingdom. The Angles  
 were the next to settle and  
 they were the next to build  
 a kingdom. The Jutes were  
 the third to settle and they  
 were the third to build a  
 kingdom. The Danes were the  
 last to settle and they were  
 the last to build a kingdom.

## INDICE

### A

- Abdicación (segunda) de Napoleón I, 380.
- Adalberto, arzobispo de Brema (la gran corte de), 97.
- Accio derrota á los Hunnos, 31.
- Águila de dos cabezas, 110.
- Agricultura (la) alentada por Federico el Grande, 300.
- Aix (Dieta de Carlomagno en), 59.
- Aix (paz de), 290.
- Alba (el duque de) en los Países Bajos, 235.
- Albertina y Ernestina (casas), 230.
- Alberto de Brandemburgo, 155.
- Alberto invade á Suiza, 155.
- Alejandro de Rusia visita á Berlín, 347.
- Alemanes (los) se levantan en tiempo de Clodoveo y son derrotados, 44.
- Alemanes (los); por qué se llaman así, 33.
- Alianza» (la «Santa), 384.
- Alpes (los); los cruza Napoleón, 339.
- Alsacia cedida á Francia, 260.
- Alsacia y Lorena cedidas á Alemania, 422.
- Alta y baja Alemania, 202.
- Anabaptistas (los) en Münster, 219.
- Anglos; dónde vivían, 12.
- Anno, arzobispo de Colonia, 96.
- Ariovisto pelea contra César, 17.
- Arquitectura de las ciudades alemanas, 199.
- Asamblea nacional (la) en Francia, 327.
- Asamblea nacional en Frankfort, 391.
- Aspern (batalla de), 348.
- Atila aparece, 30.
- Atila desposa á Kriemhild, 30.
- Atila levanta su campo de Buda, 30.
- Atila muere, 32.
- Augsburgo (batalla de), 88.
- Augsburgo (belleza de), 87.
- Augsburgo protegida de los Húngaros, 88.
- Augsburgo se rinde á Maurício, 232.
- Augusto informado de que su ejército ha sido destruído, 21.
- Aureliano visita á Clotilde, 41.
- Aurelles de Paladines (el general), 418.
- Austerlitz (victoria de Napoleón en), 344.
- Austria derrotada en Praga y Leuthen, 298.
- Austria devastada por los Turcos, 266.
- Austria en conmoción, 275.
- Austria (guerra de Napoleón contra), 338.
- Austria obligada á evacuar el Tirol, 345.

- Austria se levanta, 287.  
 Austria toma las armas contra Napoleón, 348.  
 Austria y Prusia atacan á Dinamarca, 395.  
 Austria y Prusia contra Francia, 347.

## B

- Barones (cómo poseían sus tierras), 75.  
 Barones (ocupaciones de los), 76.  
 Barbarroja, Federico, 120.  
 Batalla de «Encima de las nubes», 334.  
 Basilea (concilio de), 166.  
 Bastilla (asalto de la), 327.  
 Baviera dada á Otto de Wittelsbach, 122.  
 Bazaine en Metz, 418.  
 Bazaine se rinde en Metz, 410.  
 Bélgica anexionada á Francia, 332.  
 Bélgica se declara independiente, 313.  
 Belgrado libertada por los campesinos al mando de Capistran, 19.  
 Benedeck (el general), 398.  
 Berg Isel ocupada por los Tiroleses, 355.  
 Berg Isel (segunda batalla en), 356.  
 Berg Isel (tercera batalla en), 359.  
 Berlín (recepción de Napoleón en), 347.  
 Bernadotte en la batalla de Leipzig, 372.  
 Bernadotte (situación de) después de la caída de Napoleón, 382.  
 Berta (la reina) hila, 83.  
 Berta se casa con Enrique IV, 100.  
 Biblia (la) impresa, 185.  
 Biblia (traducciones de la), 204.  
 Bigamia autorizada por la ley, 262.  
 Bingen (Enrique IV confinado en el castillo de), 106.  
 Bismarck (entrevista con Napoleón III, prisionero), 416.  
 Bizantinos (los) depuestos por el papa León, 49.  
 Blanca Sforza de Milán, esposa de Maximiliano, 176.  
 Blenheim (batalla de), 275.  
 Blücher avanza, 370.  
 Blücher contra Napoleón, 370.  
 Blücher derrotado en Ligny, 379.  
 Blücher en la batalla de Leipzig, 374.  
 Blücher se presenta en el campo de batalla de Waterloo, 380.  
 Boekelson Juan, sastre de Leiden, 219.  
 Bohemia (tolerancia en), 242.  
 Bonifacio, arzobispo de Maguncia, 50.  
 Bonifacio muerto por los paganos, 54.  
 Borgoñones (patria de los), 12.  
 Bourbaki perseguido por Manteuffel, 419.  
 Bourbaki quiere suicidarse, 422.  
 Brandemburgo (elector de), 267.  
 Brema (arzobispo de), 97.  
 Brenner (desfiladero de), 33.  
 Brescia sitiada, 158.  
 Brod (terribles atrocidades en), 165.  
 Buda, lugar de acción del poema de los Niebelungen, 148.  
 Bula (la) de León X quemada por Lutero, 206.  
 Bula de oro, 160.  
 Buren (Federico de), 115.  
 Burkhard de Suabia, 88.

## C

- Caballería (orden de la), 85.  
 Calixtinos (los), 164.

- Calmukos (los), 27.  
 Calvinistas y luteranos en guerra, 234.  
 Calvino y Lutero (hostilidad entre), 224.  
 Campesinos alemanes (los), 392.  
 Campesinos del Tirol (conducta de los), 353.  
 Campesinos (los) en armas, 211.  
 Campesinos en los Alpes Retios, 169.  
 Campesinos (levantamiento de los), 392.  
 Campesinos (plan de José II acerca de los), 311.  
 Campo-Formio (tratado de), 336.  
 Canosa (visita de Enrique IV á), 104.  
 Carlos el Gordo depuesto, 79.  
 Carlos Martel, hijo de Pipino, 48.  
 Carlos V (carácter de), 205.  
 Carlos V (grandeza de), 205.  
 Carlos V (muerte de), 234.  
 Carlos VII (breve reinado de), 288.  
 Castillos arruinados, 138.  
 Castillos saqueados por los campesinos, 140.  
 Catolicismo (los campesinos se levantan contra el), 211.  
 Catolicismo obligatorio en Bohemia, 242.  
 Catos (los), 12.  
 Cazador salvaje (el), 14.  
 César derrota á los marcomanos, 17.  
 Cimbrós y Teutones (los) invaden á Italia, 1.  
 Cisma en la Iglesia, 162.  
 Ciudades (construcción de), 105.  
 Ciudades (las) adquieren influencias, 149.  
 Ciudades (importancia de las), 149.  
 Civilización empezada por Winifred (Bonifacio), 53.  
 Clermont (concilio de), 111.  
 Clero (el) ridiculizado en Francia, 324.  
 Clinchant derrotado, 422.  
 Clinchant reemplaza á Bourbaki, 422.  
 Clodoveo bautizado, 46.  
 Clodoveo muere en París, 47.  
 Clodoveo, rey de los franceses, 37.  
 Clodoveo ruega al Dios de Clotilde, 44.  
 Clotilde pedida por Clodoveo, 41.  
 Coalición (primera), 331.  
 Coalición (segunda), 339.  
 Coalición (tercera), 343.  
 Colonia (fábrica de papel en), 184.  
 Colonia y Maguncia (arzobispos de), 95.  
 Comercio, 63.  
 Columbano (San) en Borgoña, 51.  
 Commune (la) en París, 422.  
 Confederación del Norte, 403.  
 Conradino, emperador, 134.  
 Conrado de Hohenstauffen es elegido rey, 82.  
 Conrado es elegido rey, 116.  
 Conrado II, primero de los reyes Salios, 94.  
 Constantino erige el cristianismo en religión del imperio, 67.  
 Constanza (concilio de), 162.  
 Constanza de Aragón se casa con Federico II, 125.  
 Constituciones prometidas, 384.  
 Cosacos (los) en la batalla de las naciones, 375.  
 Cristian de Dinamarca, 243.  
 Cristianismo (el) llevado á Alemania, 51.

CH

- Chalons (derrota de los Hunnos en), 31.  
 Chalons tomada por Lotario, 72.  
 Chamilly en el puente de Basilea, 264.  
 Childerico III recluido en un monasterio, 49.

## D

- Danubio (navegación del), 63.  
 Darmstad reconstruído, 307.  
 Desiderio, el rey lombardo, 58.  
 Detmolt (terrible batalla de), 58.  
 Dettingen (batalla de), 288.  
 Diablo (las murallas del), 26.  
 Dialectos alemanes, 203.  
 Dieta imperial en Ratisbona, 261.  
 Donar, Dios del trueno, 15.  
 Dresde (príncipes congregados por Napoleón en), 362.  
 Ducados (los) de Schleswig-Holstein, 394.

## E

- Edicto del Imperio contra la liga de Smalkalda, 228.  
 Egipto invadido por Napoleón, 339.  
 Ejército (el) de «Salta y corre.», 298.  
 Elba, isla cedida á Napoleón, 378.  
 Elector de Sajonia, 230.  
 Elector (el) de Sajonia protesta contra el edicto de la Dieta de Spira, 225.  
 Elector (el gran), 266.  
 Electores (número de), 160.  
 «Enoch y Elías» en Múnster, 219.  
 Enrique II llamado el Santo, 93.  
 Enrique IV (Hohenstauffen), 94.  
 Enrique IV (infancia de), 94.  
 Enrique IV en Roma, 105.  
 Enrique IV (humillación de) en Canosa, 104.  
 Enrique IV (matrimonio de), 100.  
 Enrique V desposa á Matilde de Inglaterra, 108.  
 Enrique de Luxemburgo es elegido emperador, 158.  
 Enrique el Pajarero es elegido rey, 83.  
 Enrique el León irritado, 122.

- Enrique el León pelea contra Otton IV, 126.  
 Enzo, último de los Hohenstauffen, 132.  
 Ermengarda (la emperatriz), 71.  
 España, 273.  
 Eugenio, príncipe, 266.  
 Europa emancipada de la tiranía de Napoleón, 380.  
 Europa (nueva división de), 381.  
 Evangelio (el) predicado en Alemania, 51.

## F

- Faidherbe (el general) en el Norte de Francia, 419.  
 Fausto, poema de Goethe, 186.  
 Fausto (historia de), 185.  
 Fe (salvación por la), 44.  
 Federico de Austria, hijo de Alberto I, 167.  
 Federico Guillermo, el gran elector, 269.  
 Federico Guillermo III ocupa el trono, 337.  
 Federico Guillermo IV de Prusia es elegido emperador, 391.  
 Federico II (nacimiento de), 124.  
 Federico II excomulgado, 129.  
 Federico II de Prusia, su retrato, 301.  
 Federico el Grande huye del campo de batalla, 286.  
 Federico el Grande (intrigas de), 289.  
 Federico el Grande (muerte de), 296.  
 Felipe II, rey de España y de los Países Bajos, 234.  
 Felipe II persigue á los protestantes, 235.  
 Federico III de Hapsburgo (largo reinado de), 167.  
 Ferbellin (batalla de), 270.

- Fernando de Austria abandona su capital, 391.  
 Feudalismo (el), 76.  
 Flamencos (los) se rebelan contra la casa de Hapsburgo, 172.  
 Florian Geyer, 213.  
 Fontenay (batalla en), 74.  
 Frankfort (reunión de), 377.  
 Frankfort (Parlamento en), 391.  
 Frankfort (paz firmada en), 423.  
 Franceses (los) devastan otra vez las provincias del Rin, 298.  
 Franceses (los) enemigos de Alemania, 404.  
 Francia (cultura en), 303.  
 Francia declara la guerra prematuramente, 403.  
 Francia (desastroso estado de), 326.  
 Francia humillada por Prusia, 277.  
 Francia imitada por Alemania, 305.  
 Francia, razón de este nombre, 36.  
 Francia (revoluciones en), 329.  
 Francisco de Waldeck inclinado al luteranismo, 217.  
 Francisco José de Austria promete reformas, 351.  
 Francisco II anuncia la disolución del imperio, 347.  
 Francos (territorios de los), 33.  
 Frierstad quemado, 252.  
 Frisios (ciclo de los romances), 147.  
 Fritz (el palatino) se rebela, 170.  
 Fust y Schöffner ayudan á Guttenberg, 185.
- G**
- Gabor Bethlem se subleva en Hungría, 240.  
 Gall (San) se establece en Suiza, 52.  
 Gambetta se escapa de París, 418.  
 Gebhard de Spira humilla á Enrique IV, 107.  
 Gebhard de Waldburg; arzobispo de Colonia, 235.  
 Georgeborn (construcción de), 305.  
 Germana (la Confederación), 381.  
 Germania (perturbaciones de) en tiempo de Enrique IV, 104.  
 Germania (descripción de), 9.  
 Germania devastada por los emperadores rivales, 73.  
 Germania (divisiones de), 8.  
 Germania en conmoción, 27.  
 Germania independiente de Francia, 74.  
 Germania influida por Francia, 289.  
 Germania libre de Francia, 376.  
 Germania libre de los romanos, 21.  
 Germania pierde parte de su territorio por tratados sucesivos, 267.  
 Germania ve que el Papa es su enemigo, 101.  
 Germania vencida por los Hunnos, 28.  
 Gessler en Uri, 155.  
 Girondinos ejecutados, 332.  
 Gobierno (catecismo de), 311.  
 Godofredo de Bouillon capitanea la primera cruzada, 112.  
 Godos (situación de los), 13.  
 Goethe, 317.  
 Goethe apreciado en Inglaterra, 319.  
 Goetz, el de la mano de Hierro, 214.  
 Graubünden (confederación de), 169.  
 Gravelotte (batalla de), 413.  
 Gregorio VII cita al emperador en Roma, 101.  
 Gregorio VII depuesto por Enrique IV, 105.  
 Gregorio IX ve á Federico II partir á la cruzada, 128.  
 Grisonés, razón de su nombre, 169.  
 Gross-Beeren (batalla en), 370.  
 Guerra de la sucesión austriaca, 284.  
 Guerra de los Siete Años, 297.  
 Guerra de los Treinta Años, 238.  
 Guerra de los Treinta Años (consecuencias de la), 261.  
 Guerra entre Prusia y Austria, 283.

Guerras silesianas (las tres), 284.  
 Guillermo de Prusia es coronado en Versalles, 421.  
 Guillermo IV (muerte de), 387.  
 Gundebaldo, rey de Borgoña, 39.  
 Gundebaldo sometido, 42.  
 Gunderico y Kriemhild, 146.  
 Gustavo Adolfo acude en auxilio de los protestantes, 249.  
 Gustavo Adolfo derrota á Tilly, 253.  
 Gustavo (muerte de), 256.  
 Gustavo Adolfo (retrato de), 252.  
 Gustavo se retira de Nuremberg, 253.  
 Gustavo Adolfo se une á la liga protestante, 249.  
 Guttenberg (Juan) impresor, 185.

## H

Habitaciones en los primeros tiempos, 195.  
 Hammerstein (castillo de), 106.  
 Hapsburgo (casa de), 151.  
 Hapsburgo (la familia de), 153.  
 Hapsburgos (ambición de los), 155.  
 Hatto, arzobispo de Maguncia, 82.  
 Heidelberg (el castillo de), 170.  
 Heidelberg (la liga católica en), 248.  
 Hermandad del Evangelio (la), 211.  
 Hermann, jefe de los cheruscos, cautivo en Roma, 17.  
 Historia (ventajas del estudio de la), 18.  
 Hofer (Andreas), el héroe del Tirolo, 351.  
 Hofer fusilado por Napoleón, 360.  
 Hohenlinden (batalla de), 340.  
 Hohenstaufen, la altura así llamada, 105.  
 Hohenstaufen (la dinastía de), 116.  
 Hohenstaufen (los), 117.  
 Hohenzollern (descripción de), 267.  
 Hombre (derechos del), 384.

Húngaros derrotados en Augsburgo, 90.  
 Húngaros (medidas defensivas adoptadas contra los), 84.  
 Hungría, antes Dacia, 30.  
 Hunnos (los) se presentan en Alemania, 27.  
 Hunnos (tumbas de los), 9.  
 Hunnos (los) vencidos, 31.  
 Hunniade (Juan), rey de Hungría, 170.  
 Huss (Juan) el reformador, 162.  
 Huss (martirio de), 164.

## I

Ida sale de Weinsberg, llevando á su esposo á cuestras, 118.  
 idea imperial (la), 128.  
 Iglesia de Occidente (desórdenes en la), 162.  
 Iglesia despojada, 209.  
 Imperio (disolución del), 347.  
 Imperio (división del), 59.  
 Imperio; el antiguo imperio alemán reemplazado por una confederación germánica, 381.  
 Imperio; fantasma perseguido, 126.  
 Imperio (idea del sacro romano), 67.  
 Imperio (el) organizado por Maximiliano, 178.  
 Imperio (termina la gloria del), 139.  
 Imprenta (invención de la), 185.  
 Independencia germánica debida á Hermann, 21.  
 Indulgencias ofrecidas por dinero, 189.  
 Inés de Mansfeld, 225.  
 Inés la emperatriz en Kaiserwertl, 96.  
 Inés, reina de Hungría (crueldad de), 157.  
 Inglaterra (dialectos de), 204.  
 Inglaterra (reyes de), 387.

Innsbruck en poder de los bávaros, 355.  
 Innsbruck ocupado por Lefebvre, 358.  
 Innsbruck tomada por Mauricio, 232  
 Irene, emperatriz, 68.  
 Irlandeses (los) predicán el Evangelio en Alemania, 51.  
 Isel (el monte) ocupado por patriotas, 355.  
 Italia (el príncipe Eugenio en), 275.

## J

Jacobinos (los) en París, 329.  
 Jemmappes los Austriacos derrotados en), 329.  
 Jena (derrota de los Prusianos en), 347.  
 Jerusalén asaltada y tomada por los cruzados, 112.  
 Jerusalén (entrada de Federico II en), 129.  
 Jesuitas (los) y José II, 312.  
 José II; un buen príncipe, 309.  
 José II (muerte de), 314.  
 Jorge de Pojebrad en Bohemia, 170.  
 Jorge II de Inglaterra, vencedor en Dettingen, 288.  
 Juana, hija de Fernando é Isabel, 181.  
 Juana (la reina) destrozada por los perros de Wenceslao, 162.  
 Juicio por jurados, 385.  
 Judith (la emperatriz), 72.

## K

Klopstock y Wieland, 315.  
 Knipperdolling, el sastre, 216.  
 Kyffhäuser (leyenda acerca de la montaña), 123.  
 Königgrätz (situación de), 39<sup>o</sup>.

Kotzebue (asesinato de), 385.  
 Kyburg (el conde) detiene á los Húngaros, 88.

## L

Laurin el enano, 145.  
 Lech (Tilly es derrotado en una batalla en el), 251.  
 Lefebvre (el general), 353.  
 Lefebvre vencido, 358.  
 Leipzig (batalla de), 371.  
 León III corona á Carlomagno, 64.  
 León X excomulga á Lutero, 206.  
 Leopoldo de Hohenzollern, 402.  
 Leopoldo de Toscana es elegido rey, 314.  
 Leopoldo es elegido emperador, 263.  
 Lessing combate el sentimentalismo, 315.  
 Libertad en Francia (ideas de), 325.  
 Libertad reclamada, 386.  
 Leyendas alemanas (las antiguas), 144.  
 Libres y esclavos, 9.  
 Liga católica y unión protestante, 236.  
 Liga hanseática, 150.  
 Ligni (batalla en), 379.  
 Literatura en el siglo xviii, 315.  
 Literatura en los tiempos primeros, 144.  
 Lombardas (los Welfen son apoyados por las ciudades), 122.  
 Lombardía (Napoleón en), 340.  
 Lombardos (ciclo de romances), 145.  
 Lombardos (primera residencia de los), 35.  
 Lombardos (los) someten á Italia, 68.  
 Louvois, ministro de la Guerra en Francia, 264.  
 Luisa de Prusia, enemiga de Napoleón I 347.

Luis el Bávano, 159.  
 Luis el Germano, 73.  
 Luis Felipe huye á Inglaterra, 389.  
 Luis Felipe olvida sus buenos propósitos, 389.  
 Luis, hijo de Carlomagno, 65.  
 Luis y Federico reinan juntamente, 159.  
 Luis XIV edifica á Versailles, 305.  
 Luis XIV trata de sobornar al príncipe Eugenio, 272.  
 Luis XVI detenido, 328.  
 Luis XVI ejecutado, 330.  
 Luis XVIII huye á Holanda, 379.  
 Luneville (paz de), 343.  
 Lupfen (condesa de), 211.  
 Lutero (Martín) en la Dieta de Worms, 209.  
 Lutero (conmemoración de), 385.  
 Lutero contra los campesinos, 215.  
 Lutero escribe al arzobispo de Maguncia, 191.  
 Lutero excomulgado por el Papa, 206.  
 Lutero hostil á Calvino, 224.  
 Lutero (protectores de), 207.  
 Lutero; su influencia en el dialecto alemán, 204.  
 Lützen (batalla en), 368.  
 Lützen (victoria de Napoleón en), 368.

### M

Mac-Mahón arrinconado, 415.  
 Madera (casas de), 195.  
 Magdeburgo (terribles escenas en), 250.  
 Madgyares (los) invaden á Hungría, 79.  
 Maguncia y Colonia (arzobispos de), 95.  
 Malplaquet (batalla de), 277.

Mannheim, capital en vez de Heidelberg, 306.  
 Marcomanos (los), 12.  
 Margraves, condes de la marca, 59.  
 María Antonieta, 325.  
 María Antonieta ejecutada, 330.  
 María de Borgoña, esposa de Maximiliano, 172.  
 María Teresa (carácter de), 284.  
 María Teresa huye á Hungría, 287.  
 María Teresa soberana de Austria, 282.  
 Maridos llevados por sus mujeres, 118.  
 Mario derrota á los teutones, 5.  
 Marlborough y el príncipe Eugenio, 275.  
 Martinitz y Slawata, 235.  
 Matanzas en París, 329.  
 Mauricio de Sajonia rehusa unirse á la liga de Smalkalda, 230.  
 Mauricio se declara en favor de los protestantes, 231.  
 Mauricio se levanta contra el emperador, 232.  
 Maximiliano de Baviera ataca á Praga, 241.  
 Maximiliano el Hermoso, 171.  
 Mayordomos de palacio (el poder de los), 49.  
 Meissen (el margrave de), 97.  
 Melanchthon y la confesión de Augsburgo, 226.  
 Merovingios (los); su debilidad, 48.  
 Merseburgo (gran batalla en), 85.  
 Merseburgo (los imperialistas batidos en), 251.  
 Metternich; su entrevista con Napoleón, 368.  
 Metz (batalla de), 412.  
 Meyerbeer (la ópera «El Profeta» de), 216.  
 Miguel, el ángel de la victoria, 85.  
 Mincio (derrota de los Austriacos en el), 341.

- Modas en la época del rococo, 279.  
 Moltke dirige la guerra franco-prusiana, 406.  
 Moltke (el general) después de Sedán, 416.  
 Molwitz (batalla de), 286.  
 Morat (batalla de), 157.  
 Morgarten (batalla de), 157.  
 Moros (Carlomagno pelea contra los), 57.  
 Moscow (entrada de Napoleón en), 362.  
 Mostachos; cuándo empiezan á usarse, 281.  
 Mühlberg (batalla de), 228.  
 Mühlendorf (batalla de), 159.  
 Münster, en Westphalia, 216.  
 Münster tomada después de un largo asedio, 223.  
 Murat en la batalla de Leipzig, 372.  
 Murat en Tolentino, 380.  
 Música (nacimiento de la), 60.  
 Música y educación en tiempo de Carlomagno, 60.  
 Música (la) impulsada á su perfección, 323.

## N

- Napoleón, 333.  
 Napoleón abandona á su ejército, 365.  
 Napoleón amenazado por Wellington, 377.  
 Napoleón como reorganizador, 342.  
 Napoleón coronado emperador por el Papa, 343.  
 Napoleón derrotado en Aspern, 348.  
 Napoleón en el apogeo de su poder, 361.  
 Napoleón en Moscow, 363.  
 Napoleón entra en Francia otra vez, 379.  
 Napoleón (insolencia de), 369.  
 Napoleón invade á Italia, 340.

- Napoleón invade á Prusia, 347.  
 Napoleón invade á Rusia, 362.  
 Napoleón puesto fuera de la ley, 370.  
 Napoleón reparte los estados entre sus parientes, 347.  
 Napoleón reúne á los príncipes, 361.  
 Napoleón se retira de Leipzig, 374.  
 Napoleón II ¿quién es? 390.  
 Napoleón III, 389.  
 Napoleón III declara la guerra á Prusia, 404.  
 Napoleón III prisionero, 416.  
 Naciones (batalla de las), 371.  
 Negra Hoffmann (la), 213.  
 Ney (el mariscal) en Quatre Brax, 379.  
 Niebelungen (poema de los), 145.  
 Nobles (los) eligen á los reyes, 96.  
 Nobles (poder de los), 126.  
 Nobleza (la) abatida, 126.  
 Nobleza francesa (la) se niega á compartir las cargas públicas, 326.  
 Normandos (incursiones de los), 78.  
 Northburga, la joven campesina, 16.  
 Nuremburgo (situación de), 199.

## O

- Obispos (poder de los), 188.  
 Obispos (los) príncipes seculares, 189.  
 Orquesta (desenvolvimiento de la), 323.  
 Ordenes religiosas (el trabajo impuesto á las), 311.  
 Ottocar de Bohemia derrotado cerca de Viena, 153.  
 Otton el Grande (carácter de), 90.  
 Otton I (estado de), 92.  
 Otton II (corte de), 92.  
 Otton IV pelea contra Enrique el León, 126.  
 Oudenarde (batalla de), 277.

## P

- Pablo IV se pone enfrente de Carlos V, 233.
- Pacificaciones de Nimwegen, Ryswick y Utrecht, 265.
- Palestina conquistada por los Seljucidas, 111.
- Papa (el) contra Alemania, 104.
- Papa (el) enemigo de Alemania, 101.
- Papa (el) favorece á Pipino, 49.
- Papa (el) necesitado de dinero, 189.
- Papas (los) alarmados por las pretensiones de los emperadores, 108.
- Papas (los) contra los emperadores, 188.
- Papal (soberanía), 50.
- Papel (marcas de fábrica del), 183.
- París bombardeado por los Franceses, 422.
- París (Clodoveo muere en), 47.
- París (sitio de), 417.
- Patata (cultivo obligatorio de la), 300.
- Paz de París (primera), 378.
- Paz de París (segunda), 381.
- Paz de Viena, 358.
- Pedro el ermitaño predica la primera cruzada, 111.
- Piedra (casas de), 196.
- Pío II y las ciudades alemanas, 109.
- Pío VI alarmado por las medidas de José II, 312.
- Pipino el Breve, mayordomo de palacio, 49.
- Pipino triunfa de sus enemigos, 49.
- Pipino (muerte de), 50.
- Población (la) decrece durante la guerra de los Treinta Años, 261.
- Poemas alemanes (los antiguos), 62.
- Poesía cultivada, 144.
- Pomerania ocupada, 35.
- Pomerania ocupada por los eslavos, 36.

- Poniatowski en la batalla de Leipzig, 373.
- Posaderos (los nobles), 143.
- Praga atacada por Maximiliano de Baviera, 241.
- Praga (batalla de), 241.
- Praga bloqueada, 288.
- Praga (castillo imperial en), 237.
- Praga (los hussitas en), 164.
- Praga (paz de), 400.
- Pragmática Sanción (la), 282.
- Pressburgo (paz de), 345.
- Príncipes independientes, 261.
- Príncipes y ciudades, 140.
- Propiedad territorial, 75.
- Protestante (la liga) reemplaza á la unión, 227.
- Protestantes (los príncipes) debilitados por las discusiones, 228.
- Protestantes (los) en Münster, 220.
- Protestantes (los) erigen nuevas iglesias, 217.
- Protestantes; razón de este nombre, 225.
- Protestantismo (origen del), 225.
- Prusia castigada, 348.
- Prusia (fuerzas de), 366.
- Prusia obligada á la guerra, 368.
- Prusia se apodera de los ducados, 288.
- Prusia sufre reveses, 347.
- Prusia un gran arsenal, 368.

## R

- Ramillies (batalla de), 277.
- Rastadt (convención de), 337.
- Ratisbona sitiada, 257.
- Rastadt (tratado de), 278.
- Reformas de José II, 310.
- Reichstag (el), 261.
- Reinado del Terror (fin del), 333.
- Religión de los Germanes en los tiempos primitivos, 13.

- Religi6n (se prohíben las innovaciones en la), 226.
- Remigio, obispo de Reims, 38.
- Remigio enseña á Clodoveo, 38.
- Revelaciones de los anabaptistas, 219.
- Reims (entrada de los Alemanes en), 417.
- Reims (saqueo de la catedral de), 138.
- Rheinsberg (vida de Federico II en el castillo de), 296.
- Rhin (la confederaci6n del), 346.
- Rhin (disoluci6n de la confederaci6n del), 377.
- Robespierre es elegido miembro de la Asamblea nacional, 332.
- Robespierre guillotinado, 333.
- Rococo (definici6n del estilo), 279.
- Rodolfo de Hapsburgo, 151.
- Rodolfo de Suabia; su derrota por Enrique IV, 104.
- Rohsbacher, 213.
- Romances borgoñones, 145.
- Romanos derrotados por los teutones, 2.
- Rossbach (batalla de), 298.
- Rottman predica contra el catolicismo, 217.
- S**
- Saarbrücken (acci6n de), 405.
- Saber (el) despreciado por Federico Guillermo I, 291.
- Sadowa (batalla de), 399.
- Salios (los francos), 37.
- Saladino (cruzada contra), 123.
- Sarracenos (los) derrotados por Carlos Martel, 49.
- Sarracenos (guerras contra los), 112.
- Sajones bautizados á la fuerza, 57.
- Sajones (campañas de Carlomagno contra los), 56.
- Sajones (residencia de los), 12.
- Sajones (situaci6n de los), 14.
- Sajones (término de la dinastía de los), 93.
- Sajonia assolada por los hussitas, 165.
- Sajonia (el elector de), 207.
- Santa Alianza (la), 384.
- Santa Elena (isla de), 380.
- Schlick (consejo de Gaspar), 167.
- Schiller (Crist6bal Federico), 317.
- Schiller (obras de), 321.
- Sedán (Napole6n III en), 415.
- Seidlitz (gran carga de), 299.
- Sicambros, la tribu de Clodoveo, 46.
- Siervos (los) en los tiempos primitivos, 13.
- Siete aros (la guerra de los), 297.
- Sigiberto rey de los francos y puarios, 47.
- Sigifredo asesinado, 30.
- Sigismundo recluye á Wenceslao, 162.
- Slavos (los) en el Sur de Alemania, 57.
- Slavos (los) en Pomerania, 36.
- Slawata y Martinitz, 237.
- Sobieski, rey de Polonia, 266.
- Soissons, capital de Clodoveo, 38.
- Speckbacher, el héroe tirolés, 356.
- Spicheren (terrible batalla en), 408.
- Spira (dieta en), 225.
- Strasburgo bombardeada, 418.
- Strasburgo cae en poder de los Franceses, 265.
- Strub (desfiladero de), 353.
- Suabia (dinastía imperial en), 116.
- Suabia (duque de), 114.
- Suabia invadida por los Franceses, 333.
- Suecos (crueldades de los), 250.
- Suecos (los) rechazados por el Gran Elector, 270.
- Suevos ó Suabios (residencia de los)

Suiza (lenguas que se hablan en), 2.  
 Suiza no puede mantener á sus habitantes, 2.  
 Suiza sometida por los Franceses, 327.  
 Suizos, determinan ser libres, 157.

## T

Tácito elogia á Hermann, 25.  
 Talleyrand en el Congreso de Viena, Talleyrand en Rastadt, 338.  
 Tell (historia de), 155.  
 Tell; por qué se le llamaba así, 156.  
 Teodorico ocupa á Italia, 34.  
 Tercer estado (el), 325.  
 Teutoburg (la selva), 19.  
 Teutónicos (Gran maestre de los caballeros), 209.  
 Tassilo de Baviera, 59.  
 Thusnelda (la esposa de Hermann), 22.  
 Tilly (Juan Tzerclaes, conde de) 243.  
 Tilsit (conferencias en), 348.  
 Tirol es cedido á Baviera, 359.  
 Tirol (guerra en el), 352.  
 Tirol (héroes del), 350.  
 Tiroleseles (los) vencedores, 353.  
 Tolbiac (batalla de), 44.  
 Tormento (el) en el siglo xix, 385.  
 Tours, refugio de Gambetta, 418.  
 Tratado de Campo-Formio, 336.  
 Tregua de Dios (la), 140.  
 Trenck (memorias del barón de), 386.  
 Trento (concilio de), 228.  
 Tribur (deposición de Carlos el Gordo en), 79.  
 Tribur (Dieta en), 99.  
 Tributo pagado á los Húngaros, 84.  
 Tributos, facultad de exigirlos, 142.  
 Trochú hace una salida contra los Alemanes, 410.

Trovadores (los), 144.  
 Turcos (los) amenazan á Alemania, 169.  
 Turcos (los) excitados por Luis XIV, 265.  
 Turcos (los) invaden la Hungría, 266.  
 Turcos (los) inspiran temor, 269.  
 Turcos (los) molestan á Carlos V, 231.  
 Turcos (los) rechazados por el príncipe Eugenio, 271.

## U

Ulm es tomada por Napoleón, 343.  
 Ulfilas traduce la Biblia al godo, 34.  
 Ulrico, obispo de Augsburgo, 88.  
 Ulrico, conde de Linzgau es llevado prisionero, 79.  
 Ulrico (regreso de), 80.  
 Unidad (ventajas de la), 429.  
 Urbano II favorece las cruzadas, 111.  
 Uri (Gessler, gobernador de), 155.  
 Utrecht (tratado de), 266.

## V

Varo es enviado á Alemania, 19.  
 Vasallos (poder creciente de los), 81.  
 Vendée (levantamiento en la), 331.  
 Verdun (tratado en), 74.  
 Versalles ocupado por los Prusianos, 417.  
 Viciosas modas en Francia, 224.  
 Violencia de Federico II, 291.  
 Viena (belleza de), 200.  
 Viena cercada por los Turcos, 266.  
 Viena (congreso de), 381.  
 Viena (Napoleón entra en), 348.  
 Viena (paz de), 340.

Viena (paz de), 359.  
 Viena sitiada por los Bohemios,  
 240.  
 Vosgos (los), 276.

**W**

Wagram (batalla de), 349.  
 Wahlstadt (batalla de), 370.  
 Waibling (familia de), 116.  
 Wallenstein (Alberto de), 244.  
 Wallenstein llamado por Fernando,  
 252.  
 Wallenstein, magnificencia con que  
 vivía, 253.  
 Wallenstein privado del mando,  
 248.  
 Wallenstein se retira á Bohemia,  
 248.  
 Wallenstein es asesinado, 258.  
 Wartburgo (la conmemoración de  
 Lutero en), 385.  
 Waterloo (batalla de), 380.  
 Waterloo (pintura alegórica de),  
 379.  
 Weinsberg contra los Welfen, 117.  
 Weinsberg (escenas en), 213.  
 Weinsberg (matanza en), 214.  
 Welf, conde de Baviera, 76.  
 Welfen (los) de Baviera, 117.  
 Welfen (los) pacificados, 120.

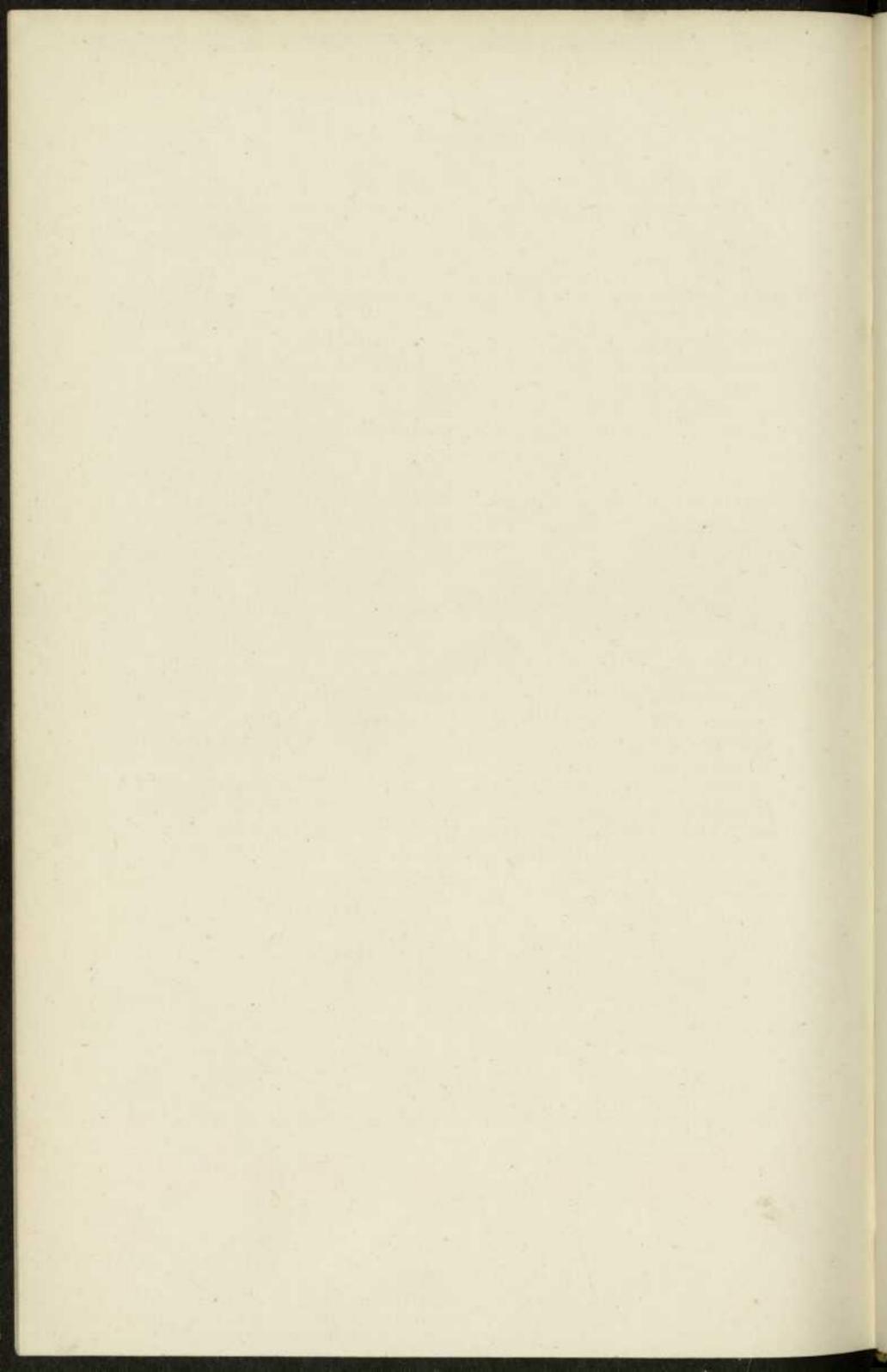
Wellington amenaza á Napoleón,  
 377.  
 Weimar, la Atenas alemana, 319.  
 Wellington espera á Napoleón, 379.  
 Wenceslao y sus locuras, 161.  
 Werder (gran habilidad de), 421.  
 Wesel tomada por Napoleón, 347.  
 Wieland y Klopstock, 315.  
 Wilhelmshöhe (castillo de), 416.  
 Wimpffen en Sedán, 415.  
 Winifredo (San), 53.  
 Wittenberg (iglesias destruidas en),  
 209.  
 Wittekind el sajón, 56.  
 Wittekind es bautizado, 58.  
 Worms (convención de obispos en),  
 101.  
 Worms (dietas de), 178.  
 Wörth (los Franceses derrotados en),  
 408.  
 Wrede (el general), 354.  
 Wuotan, dios de los Teutones, 3.  
 Württemberg (entrada de los Fran-  
 ceses en), 334.  
 Würzburgo (palacio de), 308.

**Z**

Ziska (Juan, conde de), 164.  
 Zöllverein (el), 387.  
 Zuínglio en Zürich, 224.







## ILUSTRACIONES

	Págs.
Mario.....	3
La batalla de los Cimbros.....	4
Representación de un jinete germánico al servicio romano.....	6
Una aldea germánica.....	10
Colono sajón y prisionero slavo.....	12
Consejo de guerra germánico.....	14
Alfileres y pulseras germánicas.....	15
Julio César.....	18
Reconstrucción de un puente sobre el Rhin.....	19
Balista de sitio del tiempo de César.....	20
Destrucción de una aldea germánica por los Romanos.....	23
Balista de campaña cargada.....	25
Germano preso.....	29
Reconstrucción de la muralla del Rhin.....	31
Ornamentos de una Biblia.....	34
Inscripción conmemorativa de Mario Celio.....	35
Trinchera germánica atacada por soldados romanos.....	40
Soldado suevo á los pies del caballo de un soldado romano...	42
Sacerdotisas germánicas siguiendo al ejército.....	43
Germanos de la guardia imperial.....	45
Lápida sepulcral de un soldado de caballería de la nación tubia..	46
La investidura de un obispo por el rey.....	50
Firma de Carlomagno.....	58
Los emperadores Lotario y Carlos el Calvo.....	73
Enrique II y Cunegunda.....	80
Bendición de Oton II y de su esposa por Cristo.....	89
Enrique II recibe por la gracia de Dios la corona.....	91
Oton III en el trono.....	95
La residencia imperial en Goslar donde nació Enrique IV.....	98
Enrique IV en su trono.....	99
La tapa sepulcral de Rodolfo de Suabia.....	103

El joven Conrado hijo de Enrique IV.....	105
Manzana imperial.....	107
Enrique V recibe las insignias imperiales.....	109
Rey Arturo.....	112
Templario.....	113
Caballero en toda su armadura.....	116
El duque Enrique IV.....	118
Lápida con la figura de Federico Barbarroja.....	121
Sello imperial de Oton IV.....	125
Munumento construído por Enrique el León en Brunswic....	127
Moneda de plata.....	129
Caballero y señora.....	130
Aldeanos construyendo su aldea.....	131
Conrado de Turingia vestido de templario.....	141
Caballero con su séquito.....	142
Aldeanos arando en el siglo xiii.....	148
Lápida sepulcral de Rodolfo de Habsburgo.....	152
Interior de las cátedras de Speier.....	153
La coronación del Emperador Segismundo.....	161
Auto de fe de Juan Huss.....	163
Zisca.....	164
El sitio de Neuss por Carlos el Atrevido.....	168
De la catedral de Gurk.....	177
Pintura del claustro de San Jorge.....	180
Faja de un libro de A. Eisenholdt.....	184
El arte del grabado en cobre.....	185
Coronación de la Santísima Virgen María.....	188
Ornamento del altar del claustro de Neuburg.....	190
Pintura del techo del claustro de San Miguel.....	193
La catedral de Worms.....	197
Felipe Melanchton.....	208
Campesinos del siglo xvi.....	212
El municipio de Münster.....	218
El elector Federico el Generoso de Sajonia.....	227
Sepulcro del arzobispo de Aspelt.....	229
Repertorio de Koenigslutter.....	233
Parte occidental de la catedral en Maguncia.....	239
Jinete del tiempo de la guerra de los Treinta Años.....	247
Relieve en el piso municipal de Nuremberg.....	254
Medalla que representa las segundas nupcias de Federico Guillermo.....	268
Buques de guerra de Federico Guillermo el Gran Elector....	269
Armario de los tres reyes santos.....	277

	Fárs.
Portal de la catedral de Colonia.....	280
Federico el Grande después de la guerra de los Siete Años.....	283
María Teresa.....	285
Granadero de Federico Guillermo.....	293
Mirador del castillo de Torgau.....	295
Juan Wolfgang Goethe.....	317
Juan Cristóbal Schiller.....	320
Guillermo de Humboldt.....	322
Napoleón I y su hijo el rey de Roma.....	345
Andrés Hofer.....	351
Federico Guillermo III, rey de Prusia.....	367
Mayor von Schill.....	369
La puerta de Grimma en Leipzig después de la batalla de las naciones.....	375
Guillermo I, rey de Prusia.....	392
General Wrangel.....	395
El emperador Francisco José de Austria.....	399
Príncipe Federico Carlos.....	404
General Moltke.....	406
Mariscal Mac-Mahon.....	407
Kronprinz Federico Guillermo.....	409
Mariscal Bazaine.....	410
General Edwin von Manteuffel.....	420
La Germania.....	425
Kronprinz Federico Guillermo.....	428



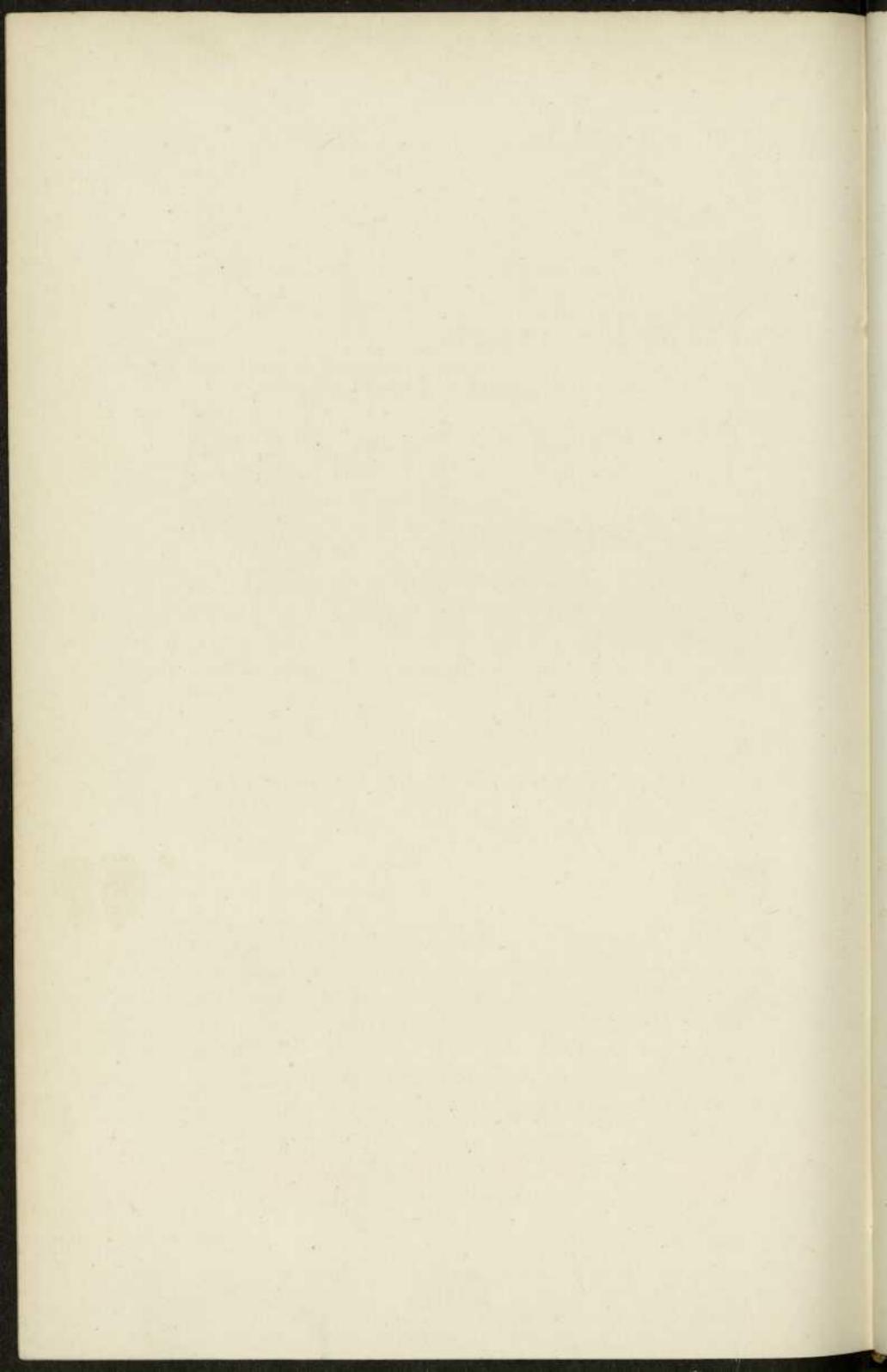
## LÁMINAS SUELTAS

	Págs.
Busto de un germano.	Portada.
Estatua triunfal de una mujer germana...	16
Augusto.....	26
Carlomagno dedica la catedral de Múnster á la Virgen.....	66
Oton III.....	92
Reconstrucción de la residencia de Federico Barbarroja en Kaiserswerth.....	122
Alberto de Wallenstein.....	244
Estatua del Gran Elector.....	266
Estatua de Blücher en Berlín.....	370
Reunión de los tres monarcas, Alejandro I, Francisco I y Federico Guillermo III en Leipzig.....	376
Los guerreros volviendo de la campaña.....	412
Guillermo II.	Final.

# INDEX

1	Introduction
2	Chapter I
3	Chapter II
4	Chapter III
5	Chapter IV
6	Chapter V
7	Chapter VI
8	Chapter VII
9	Chapter VIII
10	Chapter IX
11	Chapter X
12	Chapter XI
13	Chapter XII
14	Chapter XIII
15	Chapter XIV
16	Chapter XV
17	Chapter XVI
18	Chapter XVII
19	Chapter XVIII
20	Chapter XIX
21	Chapter XX
22	Chapter XXI
23	Chapter XXII
24	Chapter XXIII
25	Chapter XXIV
26	Chapter XXV
27	Chapter XXVI
28	Chapter XXVII
29	Chapter XXVIII
30	Chapter XXIX
31	Chapter XXX
32	Chapter XXXI
33	Chapter XXXII
34	Chapter XXXIII
35	Chapter XXXIV
36	Chapter XXXV
37	Chapter XXXVI
38	Chapter XXXVII
39	Chapter XXXVIII
40	Chapter XXXIX
41	Chapter XL
42	Chapter XLI
43	Chapter XLII
44	Chapter XLIII
45	Chapter XLIV
46	Chapter XLV
47	Chapter XLVI
48	Chapter XLVII
49	Chapter XLVIII
50	Chapter XLIX
51	Chapter L
52	Chapter LI
53	Chapter LII
54	Chapter LIII
55	Chapter LIV
56	Chapter LV
57	Chapter LVI
58	Chapter LVII
59	Chapter LVIII
60	Chapter LIX
61	Chapter LX
62	Chapter LXI
63	Chapter LXII
64	Chapter LXIII
65	Chapter LXIV
66	Chapter LXV
67	Chapter LXVI
68	Chapter LXVII
69	Chapter LXVIII
70	Chapter LXIX
71	Chapter LXX
72	Chapter LXXI
73	Chapter LXXII
74	Chapter LXXIII
75	Chapter LXXIV
76	Chapter LXXV
77	Chapter LXXVI
78	Chapter LXXVII
79	Chapter LXXVIII
80	Chapter LXXIX
81	Chapter LXXX
82	Chapter LXXXI
83	Chapter LXXXII
84	Chapter LXXXIII
85	Chapter LXXXIV
86	Chapter LXXXV
87	Chapter LXXXVI
88	Chapter LXXXVII
89	Chapter LXXXVIII
90	Chapter LXXXIX
91	Chapter LXXXX
92	Chapter LXXXXI
93	Chapter LXXXXII
94	Chapter LXXXXIII
95	Chapter LXXXXIV
96	Chapter LXXXXV
97	Chapter LXXXXVI
98	Chapter LXXXXVII
99	Chapter LXXXXVIII
100	Chapter LXXXXIX
101	Chapter LXXXXX
102	Chapter LXXXXXI
103	Chapter LXXXXXII
104	Chapter LXXXXXIII
105	Chapter LXXXXXIV
106	Chapter LXXXXXV
107	Chapter LXXXXXVI
108	Chapter LXXXXXVII
109	Chapter LXXXXXVIII
110	Chapter LXXXXXIX
111	Chapter LXXXXXX
112	Chapter LXXXXXXI
113	Chapter LXXXXXXII
114	Chapter LXXXXXXIII
115	Chapter LXXXXXXIV
116	Chapter LXXXXXXV
117	Chapter LXXXXXXVI
118	Chapter LXXXXXXVII
119	Chapter LXXXXXXVIII
120	Chapter LXXXXXXIX
121	Chapter LXXXXXXX
122	Chapter LXXXXXXXI
123	Chapter LXXXXXXXII
124	Chapter LXXXXXXXIII
125	Chapter LXXXXXXXIV
126	Chapter LXXXXXXXV
127	Chapter LXXXXXXXVI
128	Chapter LXXXXXXXVII
129	Chapter LXXXXXXXVIII
130	Chapter LXXXXXXXIX
131	Chapter LXXXXXXXI
132	Chapter LXXXXXXXII
133	Chapter LXXXXXXXIII
134	Chapter LXXXXXXXIV
135	Chapter LXXXXXXXV
136	Chapter LXXXXXXXVI
137	Chapter LXXXXXXXVII
138	Chapter LXXXXXXXVIII
139	Chapter LXXXXXXXIX
140	Chapter LXXXXXXXI
141	Chapter LXXXXXXXII
142	Chapter LXXXXXXXIII
143	Chapter LXXXXXXXIV
144	Chapter LXXXXXXXV
145	Chapter LXXXXXXXVI
146	Chapter LXXXXXXXVII
147	Chapter LXXXXXXXVIII
148	Chapter LXXXXXXXIX
149	Chapter LXXXXXXXI
150	Chapter LXXXXXXXII
151	Chapter LXXXXXXXIII
152	Chapter LXXXXXXXIV
153	Chapter LXXXXXXXV
154	Chapter LXXXXXXXVI
155	Chapter LXXXXXXXVII
156	Chapter LXXXXXXXVIII
157	Chapter LXXXXXXXIX
158	Chapter LXXXXXXXI
159	Chapter LXXXXXXXII
160	Chapter LXXXXXXXIII
161	Chapter LXXXXXXXIV
162	Chapter LXXXXXXXV
163	Chapter LXXXXXXXVI
164	Chapter LXXXXXXXVII
165	Chapter LXXXXXXXVIII
166	Chapter LXXXXXXXIX
167	Chapter LXXXXXXXI
168	Chapter LXXXXXXXII
169	Chapter LXXXXXXXIII
170	Chapter LXXXXXXXIV
171	Chapter LXXXXXXXV
172	Chapter LXXXXXXXVI
173	Chapter LXXXXXXXVII
174	Chapter LXXXXXXXVIII
175	Chapter LXXXXXXXIX
176	Chapter LXXXXXXXI
177	Chapter LXXXXXXXII
178	Chapter LXXXXXXXIII
179	Chapter LXXXXXXXIV
180	Chapter LXXXXXXXV
181	Chapter LXXXXXXXVI
182	Chapter LXXXXXXXVII
183	Chapter LXXXXXXXVIII
184	Chapter LXXXXXXXIX
185	Chapter LXXXXXXXI
186	Chapter LXXXXXXXII
187	Chapter LXXXXXXXIII
188	Chapter LXXXXXXXIV
189	Chapter LXXXXXXXV
190	Chapter LXXXXXXXVI
191	Chapter LXXXXXXXVII
192	Chapter LXXXXXXXVIII
193	Chapter LXXXXXXXIX
194	Chapter LXXXXXXXI
195	Chapter LXXXXXXXII
196	Chapter LXXXXXXXIII
197	Chapter LXXXXXXXIV
198	Chapter LXXXXXXXV
199	Chapter LXXXXXXXVI
200	Chapter LXXXXXXXVII
201	Chapter LXXXXXXXVIII
202	Chapter LXXXXXXXIX
203	Chapter LXXXXXXXI
204	Chapter LXXXXXXXII
205	Chapter LXXXXXXXIII
206	Chapter LXXXXXXXIV
207	Chapter LXXXXXXXV
208	Chapter LXXXXXXXVI
209	Chapter LXXXXXXXVII
210	Chapter LXXXXXXXVIII
211	Chapter LXXXXXXXIX
212	Chapter LXXXXXXXI
213	Chapter LXXXXXXXII
214	Chapter LXXXXXXXIII
215	Chapter LXXXXXXXIV
216	Chapter LXXXXXXXV
217	Chapter LXXXXXXXVI
218	Chapter LXXXXXXXVII
219	Chapter LXXXXXXXVIII
220	Chapter LXXXXXXXIX
221	Chapter LXXXXXXXI
222	Chapter LXXXXXXXII
223	Chapter LXXXXXXXIII
224	Chapter LXXXXXXXIV
225	Chapter LXXXXXXXV
226	Chapter LXXXXXXXVI
227	Chapter LXXXXXXXVII
228	Chapter LXXXXXXXVIII
229	Chapter LXXXXXXXIX
230	Chapter LXXXXXXXI
231	Chapter LXXXXXXXII
232	Chapter LXXXXXXXIII
233	Chapter LXXXXXXXIV
234	Chapter LXXXXXXXV
235	Chapter LXXXXXXXVI
236	Chapter LXXXXXXXVII
237	Chapter LXXXXXXXVIII
238	Chapter LXXXXXXXIX
239	Chapter LXXXXXXXI
240	Chapter LXXXXXXXII
241	Chapter LXXXXXXXIII
242	Chapter LXXXXXXXIV
243	Chapter LXXXXXXXV
244	Chapter LXXXXXXXVI
245	Chapter LXXXXXXXVII
246	Chapter LXXXXXXXVIII
247	Chapter LXXXXXXXIX
248	Chapter LXXXXXXXI
249	Chapter LXXXXXXXII
250	Chapter LXXXXXXXIII
251	Chapter LXXXXXXXIV
252	Chapter LXXXXXXXV
253	Chapter LXXXXXXXVI
254	Chapter LXXXXXXXVII
255	Chapter LXXXXXXXVIII
256	Chapter LXXXXXXXIX
257	Chapter LXXXXXXXI
258	Chapter LXXXXXXXII
259	Chapter LXXXXXXXIII
260	Chapter LXXXXXXXIV
261	Chapter LXXXXXXXV
262	Chapter LXXXXXXXVI
263	Chapter LXXXXXXXVII
264	Chapter LXXXXXXXVIII
265	Chapter LXXXXXXXIX
266	Chapter LXXXXXXXI
267	Chapter LXXXXXXXII
268	Chapter LXXXXXXXIII
269	Chapter LXXXXXXXIV
270	Chapter LXXXXXXXV
271	Chapter LXXXXXXXVI
272	Chapter LXXXXXXXVII
273	Chapter LXXXXXXXVIII
274	Chapter LXXXXXXXIX
275	Chapter LXXXXXXXI
276	Chapter LXXXXXXXII
277	Chapter LXXXXXXXIII
278	Chapter LXXXXXXXIV
279	Chapter LXXXXXXXV
280	Chapter LXXXXXXXVI
281	Chapter LXXXXXXXVII
282	Chapter LXXXXXXXVIII
283	Chapter LXXXXXXXIX
284	Chapter LXXXXXXXI
285	Chapter LXXXXXXXII
286	Chapter LXXXXXXXIII
287	Chapter LXXXXXXXIV
288	Chapter LXXXXXXXV
289	Chapter LXXXXXXXVI
290	Chapter LXXXXXXXVII
291	Chapter LXXXXXXXVIII
292	Chapter LXXXXXXXIX
293	Chapter LXXXXXXXI
294	Chapter LXXXXXXXII
295	Chapter LXXXXXXXIII
296	Chapter LXXXXXXXIV
297	Chapter LXXXXXXXV
298	Chapter LXXXXXXXVI
299	Chapter LXXXXXXXVII
300	Chapter LXXXXXXXVIII
301	Chapter LXXXXXXXIX
302	Chapter LXXXXXXXI
303	Chapter LXXXXXXXII
304	Chapter LXXXXXXXIII
305	Chapter LXXXXXXXIV
306	Chapter LXXXXXXXV
307	Chapter LXXXXXXXVI
308	Chapter LXXXXXXXVII
309	Chapter LXXXXXXXVIII
310	Chapter LXXXXXXXIX
311	Chapter LXXXXXXXI
312	Chapter LXXXXXXXII
313	Chapter LXXXXXXXIII
314	Chapter LXXXXXXXIV
315	Chapter LXXXXXXXV
316	Chapter LXXXXXXXVI
317	Chapter LXXXXXXXVII
318	Chapter LXXXXXXXVIII
319	Chapter LXXXXXXXIX
320	Chapter LXXXXXXXI
321	Chapter LXXXXXXXII
322	Chapter LXXXXXXXIII
323	Chapter LXXXXXXXIV
324	Chapter LXXXXXXXV
325	Chapter LXXXXXXXVI
326	Chapter LXXXXXXXVII
327	Chapter LXXXXXXXVIII
328	Chapter LXXXXXXXIX
329	Chapter LXXXXXXXI
330	Chapter LXXXXXXXII
331	Chapter LXXXXXXXIII
332	Chapter LXXXXXXXIV
333	Chapter LXXXXXXXV
334	Chapter LXXXXXXXVI
335	Chapter LXXXXXXXVII
336	Chapter LXXXXXXXVIII
337	Chapter LXXXXXXXIX
338	Chapter LXXXXXXXI
339	Chapter LXXXXXXXII
340	Chapter LXXXXXXXIII
341	Chapter LXXXXXXXIV
342	Chapter LXXXXXXXV
343	Chapter LXXXXXXXVI
344	Chapter LXXXXXXXVII
345	Chapter LXXXXXXXVIII
346	Chapter LXXXXXXXIX
347	Chapter LXXXXXXXI
348	Chapter LXXXXXXXII
349	Chapter LXXXXXXXIII
350	Chapter LXXXXXXXIV
351	Chapter LXXXXXXXV
352	Chapter LXXXXXXXVI
353	Chapter LXXXXXXXVII
354	Chapter LXXXXXXXVIII
355	Chapter LXXXXXXXIX
356	Chapter LXXXXXXXI
357	Chapter LXXXXXXXII
358	Chapter LXXXXXXXIII
359	Chapter LXXXXXXXIV
360	Chapter LXXXXXXXV
361	Chapter LXXXXXXXVI
362	Chapter LXXXXXXXVII
363	Chapter LXXXXXXXVIII
364	Chapter LXXXXXXXIX
365	Chapter LXXXXXXXI
366	Chapter LXXXXXXXII
367	Chapter LXXXXXXXIII
368	Chapter LXXXXXXXIV
369	Chapter LXXXXXXXV
370	Chapter LXXXXXXXVI
371	Chapter LXXXXXXXVII
372	Chapter LXXXXXXXVIII
373	Chapter LXXXXXXXIX
374	Chapter LXXXXXXXI
375	Chapter LXXXXXXXII
376	Chapter LXXXXXXXIII
377	Chapter LXXXXXXXIV
378	Chapter LXXXXXXXV
379	Chapter LXXXXXXXVI
380	Chapter LXXXXXXXVII
381	Chapter LXXXXXXXVIII
382	Chapter LXXXXXXXIX
383	Chapter LXXXXXXXI
384	Chapter LXXXXXXXII
385	Chapter LXXXXXXXIII
386	Chapter LXXXXXXXIV
387	Chapter LXXXXXXXV
388	Chapter LXXXXXXXVI
389	Chapter LXXXXXXXVII
390	Chapter LXXXXXXXVIII
391	Chapter LXXXXXXXIX
392	Chapter LXXXXXXXI
393	Chapter LXXXXXXXII
394	Chapter LXXXXXXXIII
395	Chapter LXXXXXXXIV
396	Chapter LXXXXXXXV
397	Chapter LXXXXXXXVI
398	Chapter LXXXXXXXVII
399	Chapter LXXXXXXXVIII
400	Chapter LXXXXXXXIX





# HISTORIA DE LAS NACIONES

POR

ARTURO GILMAN, J. K. HOSMER, S. BARING-GOULD,  
A. J. CHURCH, J. P. MAHAFFY, STANLEY LANE-POOLE,  
G. RAWLINSON, A. YAMBÉRY, J. E. THOROLD ROGERS,  
HELEN ZIMMERN, G. MCOU, EMILY LAWLESS,  
HENRY BRADLEY, ZÉNÄIDE RAGOZIN.

Y

OTROS EMINENTES ESCRITORES

ILUSTRADA CON PROFUSIÓN DE GRABADOS, LAMINAS Y MAPAS



Las obras que forman la importante colección de la HISTORIA DE LAS NACIONES pueden considerarse con razón como la síntesis y el complemento de cuantos trabajos se han llevado á cabo en el presente siglo. Sus autores han compilado en breves páginas la ciencia de voluminosos libros y las investigaciones de muchos sabios, logrando así poner al alcance de todas las inteligencias estos estudios de verdadera vulgarización, útiles y necesarios para cuantos con frecuencia no tienen tiempo ni ocasión de dedicarse á más profundos trabajos. Además, los autores de estos volúmenes han conseguido

abrir nuevos y dilatados horizontes al estudio de la Historia.

La HISTORIA DE LAS NACIONES es al mismo tiempo una obra verdaderamente internacional, pues el Editor inglés realizó su propósito de que contribuyesen á ella escritores ingleses, irlandeses, norteamericanos, franceses, húngaros, alemanes y rusos, nacionalidades dignamente representadas en los diversos estudios que la constituyen, y que hoy el Editor español amplía y generaliza.

En esta especie de galería de cuadros históricos aparecerán ante los ojos del lector, así los pueblos antiguos como las principales naciones que han predominado y marchado al frente de la humanidad.

Cada volumen, ilustrado profusamente con mapas, grabados intercalados en el texto y láminas sueltas, contendrá la historia completa de una nación, de un pueblo ó de una época, formando un todo independiente.

Hemos realizado el anterior propósito, de cuyos resultados formarán cabal idea los lectores de las obras hasta ahora publicadas, que son las siguientes:

**El Antiguo Egipto**, por Jorge Rawlinson, por Jorge Rawlinson, catedrático de Historia antigua en la Universidad de Oxford, versión española por D. Eduardo Toda, correspondiente de la Real Academia de la Historia. Obra ilustrada con más de 130 grabados. (Agotada. En prensa la 2.<sup>a</sup> edición.)

El profesor Rawlinson ha añadido un valioso tomo á la importantísima serie histórica que viene publicándose.—*Spectator*.

La obra *El Antiguo Egipto* es interesantísima por la erudición con que en ella se trata la cultura de aquel país.—*La Iberia*.

El libro de Rawlinson, traducido por el ilustre egiptólogo señor Toda, constituye un precioso y acabado estudio de la historia, artes y costumbres del antiguo Imperio de los Faraones, según los últimos descubrimientos que han modificado nuestras antes imperfectas y falsas nociones sobre aquella antiquísima civilización.—*La Justicia*.

**Cartago**, por el profesor Alfredo J. Church, catedrático de Latin en la Universidad de Londres; versión española por el Excmo. Sr. D. Francisco Fernández y González, catedrático en la Universidad de Madrid é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

La obra se distingue por la admirable lucidez de su estilo.—*Observer*.

Es un magistral bosquejo histórico en el cual no faltan, sin embargo, detalles hermosísimos en sus más importantes capítulos.—*Guardián*.

Si el nombre de Church es una garantía de la bondad de la obra, el del Sr. Fernández y González asegura la fidelidad de la traducción, y da verdadero valor á las notas y ampliaciones.—*La Regencia*.

**Los Sarracenos** DESDE LOS MÁS REMOTOS TIEMPOS HASTA LA CAÍDA DE BAGDAD, por Arturo Gilman; traducida y anotada por D. Francisco Guillén Robles, individuo de número de la Real Academia de la Historia y correspondiente de la de San Fernando.

El libro de Mr. Gilman será evidentemente leído por gran número de personas á las cuales sería imposible estudiar las numerosas obras que se ocupan de los Sarracenos.—*Journal des Débats*.

La Biblioteca histórica que publica en Madrid *El Progreso Editorial*, acaba de enriquecerse con una obra de verdadera importancia. Nos referimos á la *Historia de los Sarracenos* desde los más remotos tiempos hasta la caída de Bagdad, escrita por Arturo Gilman y traducida al castellano por D. F. Guillén Robles. La edición es muy lujosa, según lo atestigua la hermosa impresión del libro y los soberbios grabados y planos que acompaña al texto.—*El Liberal*.

**Caldea** DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA EL ORIGEN DE ASIRIA, por Zénaïde A. Ragozin, de la Sociedad Etnológica de París, autora de *Asiria, Me-*

*dia*, etc., obra ilustrada con más de 125 grabados; versión española por el Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, Director y catedrático de la Escuela superior de Diplomática é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

La obra que analizamos ofrece un interés verdaderamente fascinador y notable habilidad, pues en ella se revela la rara combinación de aspectos comprensivos de las cuestiones que abarca, con la abundancia de datos, expuestos de manera que sus detalles son asequibles á todas las capacidades.—*Scottish Leader*.

El trabajo que damos á conocer es el mejor que hasta ahora ha visto la luz pública.—*Academy*.

**Los Godos**, por Enrique Bradley; versión española corregida y con advertencia, notas y apéndices por D. Juan Ortega y Rubio, catedrático de Historia en la Universidad de Valladolid é individuo correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

En la obra de Mr. Bradley encontrarán guía seguro todos aquellos que tienen interés por estudiar la trágica historia de los Godos.—*Spectator*.

Podemos recomendar sin escrúpulo alguno esta obra.—*Tablet* (diario católico).

Á pesar de su poca extensión, contiene este libro muchos detalles, que prueban que es obra de un escritor, capaz por todos conceptos, de llevar á cabo la empresa que se ha propuesto realizar.—*Saturday Review*.

El relato está bien dividido, es atractivo, y ajustado, en un todo, á la realidad.—*Revue historique*.

**Asiria** DESDE EL ENGRANDECIMIENTO DEL IMPERIO HASTA LA CAÍDA DE NÍNIVE (continuación de *Caldea*), por Zénaïda A. Ragozin, de la Sociedad Etnológica de París; de la Sociedad Oriental americana; del Ateneo

Oriental de París. Vertida del inglés por Siro García del Mazo, con prólogo y notas por Manuel Sales y Ferré, catedrático de Historia universal en la Universidad de Sevilla,

#### OPINIÓN NOTABILÍSIMA

El profesor Sayce, conocido como una de las autoridades más notables en esta materia, se expresa en una carta dirigida á la Casa editorial inglesa en la forma siguiente: En manos del ilustre autor de *Asiria* la vida de este pueblo ha llegado á ser una realidad. En el volumen que nos ocupa, encontrará tanto el público en general como los asiriólogos en particular, una obra encantadora é interesante por todos conceptos.

**Hungría** DESDE SUS ORÍGENES HASTA NUESTROS DÍAS.  
Por Arminio Vambéry, profesor de la Universidad de Buda-Pest; versión española por D. José de Caso, profesor en la Universidad de Madrid y en la Institución Libre de Enseñanza.

La narración está hecha con verdadero fervor patriótico y con más deseo de despertar las simpatías que de satisfacer las investigaciones críticas de lo pasado; con lenguaje tan animado como lleno de entusiasmo nacional, por lo cual la obra que damos á conocer agrada é instruye de un modo admirable.— *Notion* (New York).

Tan apropiado encontramos el asunto, como al escritor en la popular Historia de Hungría publicada por M. Vambéry.— *Saint-James's Gazette*.

Es uno de los volúmenes más interesantes de tan útil Biblioteca.— *Times*.

**Alemania**, por S. Baring Gould, autor de los *Mitos curiosos de la Edad Media*, versión española por D. Siro García del Mazo.

Mr. Baring-Gould hace su variada narración con tanta inteligencia y perspicacia, que puede ser considerado como dueño absoluto del asunto.— *Globe*.

Obtendrá éxito seguro.—*Athenacum*.

El nombre ilustre de Baring-Gould basta por sí sólo para garantizar la bondad de la obra que con el título de *Alemania* ofrecemos al público.

Para conocer con todos sus detalles la interesante historia de esta famosa nación, se haría preciso adquirir multitud de obras, lo cual traería consigo cuantiosos desembolsos; sin embargo, con la publicación que ofrecemos se evita este inconveniente.

Aseguramos esto, porque el historiador más concienzudo no podrá encontrar en el libro á que nos referimos ni el menor detalle expuesto bajo una base falsa ni la más pequeña omisión en todo aquello que se relacione con el pueblo germano.

## EN PRENSA

**Media y Babilonia**, por Zenaïda A. Ragozin; versión española anotada por D. Manuel Sales Ferré, catedrático de Historia en la Universidad de Sevilla.

**Holanda**, por J. E. Thorold Rogers; versión española por D. M. Juderías Bender.

**Los Corsarios**, por Stanley Lane-Poole; versión española por el Marqués de Olivart.

**Los Judíos** EN LA EDAD ANTIGUA, MEDIA Y MODERNA, por Jaime K. Hosmer; versión española, ampliación y notas por D. Eduardo Toda, correspondiente de la Real Academia de la Historia.

**Persia**, SU PASADO Y SU PRESENTE, por S. G. W. Benjamin, Embajador que ha sido de los Estados Unidos en Persia; versión española por D. Manuel Sales Ferré, catedrático de Historia de la Universidad de Sevilla.

## EN PREPARACIÓN

**Fenicia,** por Jorge Rawlinson, autor de *El Antiguo Egipto*.

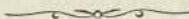
**El Imperio de Alejandro,** por Juan Pentland, autor de *La Historia de Grecia desde Homero hasta Menandro*.

Á estas obras seguirán las que llevan por título

**Turquía,** por Stanley Lane-Poole.

**Los Normandos,** por Sarah Orne Fewett.

y otras que no creemos necesario enumerar, porque anunciaremos su publicación oportunamente.



# MITOLOGÍA POPULAR

POR

DON MANUEL CUBAS

Esta obra es tan necesaria al artista como al escritor, tan imprescindible al estudiante como al maestro, y muy útil en general (aunque con lo mencionado basta para demostrarlo) para todas aquellas personas pertenecientes á diferentes clases sociales que buscan en la lectura de un libro curioso agradable pasatiempo ó la necesaria ilustración.

En lenguaje claro y sencillo, comprensible por demás para las personas más obtusas, explica el autor el origen de la mitología, sus dioses, hechos y costumbres, y todo aquello que se refiere al interesante título de la obra que ofrecemos.

La publicación de una *Mitología Popular* completa se imponía, y nosotros, atendiendo á esta necesidad, la hemos publicado sin perdonar gasto ni sacrificio alguno.

Esta obra forma un tomo en 8.º prolongado, con más de 100 grabados, representando los dioses de las diferentes mitologías, usos y costumbres, armas y, para terminar, todo aquello de que se trata en el texto; por manera, que el lector ve representado ante sus ojos, con verdadera propiedad, aquello que lee, y el efecto resulta doblemente provechoso para su ilustración y divertimento.

## PRECIO DE LA OBRA

En rústica.....	Ptas. 4
Artísticamente encuadrada.....	» 5

# NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

LA TIERRA Y LOS HOMBRES

POR

ELISEO RECLUS

TRADUCCIÓN POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO COELLO

Y POR EL

ILMO. SR. D. MARTÍN FERREIRO

Esta obra, cuyo segundo título LA TIERRA Y LOS HOMBRES es el que más fielmente corresponde á su interesante contenido, ha adquirido en poco tiempo fama universal, como lo pregona el hecho por demás elocuente de estar apareciendo, á la vez que la española, las traducciones rusa, inglesa é italiana.

Publicase por entregas de **ocho páginas** de todo lujo, que iguala y supera en ocasiones al de la edición francesa, cuesta **25 céntimos de peseta** en toda España. Los señores suscriptores reciben semanalmente un cuaderno de cuatro entregas, ó sea **32 páginas**, por el precio de **UNA PESETA**.

Además de los dibujos, mapas y planos intercalados con profusión en el texto, se repartirán por separado algunos mapas en colores y láminas sueltas, tiradas en papel especial. Esta Casa Editorial facilitará á los suscriptores, por un precio módico, las cubiertas para la encuadernación, cuyo dibujo ha terminado ya el renombrado artista Sr. Mélida.

**Puntos de suscripción.**—MADRID: En las principales librerías y centros de suscripción, y en la Administración de EL PROGRESO EDITORIAL, *calle de la Reina, núm. 35*.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR: En casa de nuestros Corresponsales, ó bien dirigiéndose á esta Administración.

# HISTORIA DE ROMA

desde los orígenes itálicos hasta la caída del Imperio de Occidente

ORIGINAL DE

FRANCISCO BERTOLINI

ILUSTRADA POR LUIS POGGIAGHI

OBRA PREMIADA

POR EL CONSEJO SUPERIOR DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA DE ITALIA

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

SALVADOR LÓPFZ GUIJARRO

Esmeradamente traducida, se recomienda al público por reunir tres condiciones difíciles de conciliar: su importancia científica extraordinaria, el lujo de la edición y lo módico de su coste. Se publica por entregas de ocho páginas, de esmerada impresión y elegante papel. Esta obra aparece profusamente ilustrada con magníficos grabados intercalados en el texto y tirados separadamente.

El precio de cada entrega es el de **medio real**.

Semanalmente se repartirá un cuaderno de cuatro entregas, ó sean 32 páginas; pero á los señores suscriptores que lo deseen se les servirá dos cuadernos semanales.

Cada grabado ó lámina suelta se computará por ocho páginas de texto.

También podrá hacerse la suscripción por tomos, para los tres de que ha de constar la obra.

Esta Casa facilitará por un precio módico, á los señores suscriptores que lo soliciten, las cubiertas ó tapas adecuadas

para la encuadernación de los tomos, artísticamente ejecutadas con arreglo al dibujo hecho expresamente por el reputado artista Sr. Riudavets.

#### PRECIO DE LA OBRA

En rústica.....	Ptas. 31
Artísticamente encuadernada... ..	» 40

#### PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

*Madrid:* En las principales librerías y centros de suscripción y en la Administración de *El Progreso Editorial*, calle de la Reina, número 35.

*Provincias y Ultramar:* En casa de nuestros Corresponsales, ó bien dirigiéndose á esta Administración.

---

**LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN Y LA CONDICIÓN PRIMITIVA DEL HOMBRE** (estado intelectual y social de los salvajes), por Sir John Lubbock, miembro del Parlamento y de la Sociedad Real de Londres. Traducción de la cuarta edición inglesa por José de Caso, profesor de Filosofía en la Universidad Central y en la Institución Libre de Enseñanza.

El precio de esta obra, de cerca de 500 páginas en 4.º é ilustrada con excelentes grabados, es de **nueve pesetas** en rústica y **diez** artísticamente encuadernada.

---

**ANALES DE LAS CIENCIAS MÉDICAS.** Resumen y examen crítico de los progresos y trabajos de interés é importancia relativos á los nuevos tratamientos de las enfermedades. — 1887 y 1888.

*Colaboradores:* Sres. J. Mitchell Bruce, T. Bryant, F. H. Champneyr, A. Cooper, Sidney Coupland, Dyce Duckworth, G. P. Field, J. F. Goodhart, R. Harrison, D. Berry

Hart, R. Maguire, S. P. Phillips, R. Douglas Powell, H. Power, C. H. Ralfe, B. Ross, W. G. Smith, F. Treves, W. J. Walsham.

Versión española del Dr. D. Avelino Benavente. Cada tomo en 8.º, **cinco pesetas** en Madrid y **5,50** en provincias.

Publicados los volúmenes correspondientes á 1887, 1888 y 1889. En preparación los correspondientes á 1890 y 1891.

**BIBLIOTECA CLÁSICA DEL CATOLICISMO, LOS SANTOS PADRES DE LA IGLESIA Y ESCRITORES ECLESIASTICOS GRIEGOS Y LATINOS**, traducción literal al castellano de todas sus inmortales obras, calcada sobre las mejores ediciones admitidas por la Iglesia y publicada con la censura y aprobación de la Autoridad eclesiástica, por una sociedad de teólogos y humanistas, bajo la dirección de D. Antonio Agustín García, teólogo, licenciado en Derecho civil y canónico y abogado del ilustre Colegio de Madrid.

Se publica por cuadernos de 24 páginas al precio de **veinticinco céntimos de peseta** el cuaderno. También puede hacerse la suscripción por tomos.

Están publicadas las Obras de San Clemente Romano y el primer tomo de las de San Hermás.

En publicación, obras de San Dionisio Areopagita.

PRECIO DE CADA TOMO

En rústica.....	Ptas. 5
Encuadrado.....	» 6,50

**Á TRAVÉS DEL EGIPTO**, por D. Eduardo Toda, individuo correspondiente de la Academia de la Historia.

Un solo tomo en 4.º mayor impreso con gran lujo, con profusión de notabilísimos dibujos hechos por el reputado

artista Sr. Riudavets, fotograbados por Thomas, Joarizti y Laporta, y tomados de fotografías y apuntes del natural traídos por el mismo autor, estampados en variedad de tintas. El libro es un estudio amenísimo de aquel país.

Se publica la obra por cuadernos de 24 páginas, siendo el precio del cuaderno **una peseta**.

#### PRECIO DEL TOMO

En rústica.....	Ptas. 20
Artísticamente encuadernado.....	» 25

**ANTROPOLOGÍA**, introducción al estudio del hombre y de la civilización, por Edward Tylor, traducida del inglés por D. Antonio Machado y Álvarez, doctor en filosofía y letras, é individuo de la Junta Directiva de la Folk-Lore Society.

Un tomo de más de 500 páginas con multitud de grabados en el texto, y un prólogo especial del autor para la edición española.

Precio: **nueve pesetas** en rústica y **diez** artísticamente encuadernada.

**CLÍNICA DE LAS ENFERMEDADES DEL TUBO DIGESTIVO.**—1.<sup>a</sup> parte: Fisiología de la digestión.  
2.<sup>a</sup> parte: Enfermedades del estómago, por el Dr. C. Ewald. Versión española del Dr. D. Eduardo Moreno, médico-director, por oposición, de aguas minerales, Presidente de la Comisión de publicaciones de la Sociedad Hidrológica, laureado de la Ginecológica, corresponsal de la de Hidrología médica de París, etc.

Esta obra, que tan poderosamente ha llamado la atención en diferentes países eminentemente científicos donde ha sido traducida, consta de tres tomos. Omitimos todo género de elogios respecto de la *Clinica de las Enfermedades del tubo digestivo*, porque se recomienda por sí sola, y

por lo tanto, como único elogio puede dedicársela el siguiente.

Esta publicación resulta provechosa para la humanidad en general, y lo prueba el haber demandado nuestros más distinguidos profesores de medicina su traducción á nuestro idioma.

La fidelidad de la traducción está suficientemente garantida con la firma del distinguido Dr. D. Eduardo Moreno.

Respecto de las condiciones materiales de la edición sólo diremos, que ésta supera en lujo y elegancia á las publicadas en el extranjero.

#### PRECIO

En rústica.....	Ptas. 5
Encuadernado.....	» 6

**DEVOCIONARIOS.**—Ejercicios devotos escritos por San Alfonso María de Ligorio y recopilados por los Reverendos Padres Redentoristas.

Estos Devocionarios han alcanzado en poco tiempo gran popularidad, como lo demuestra los innumerables pedidos que recibimos constantemente, tanto de la Península como de América.

Su adquisición está al alcance de todas las fortunas, como podrá verse en los precios que insertamos á continuación.

	EN RÚSTICA	ENCUADER. <sup>o</sup>
	Ptas. Cets.	Ptas. Cets.
1. <sup>a</sup> Clase ordinaria, sin lámina. Encuadernación en piel y tela.....	1,50	2
2. <sup>a</sup> Clase ordinaria, con lámina litografiada en negro.. Encuadernación en piel y cortes dorados....	1,75	3,50
3. <sup>a</sup> Clase fina, con lámina al cromo. Encuadernación en chagrines y cortes dorados.....	2	8
4. <sup>a</sup> Clase fina, con lámina al cromo. Encuadernación en piel de Australia y cortes dorados.....	2	10

NOTA. Están en preparación otros ejemplares de más lujo, tanto en su impresión como en su encuadernación.

**EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EXEGÉTICA DE LA TEORÍA DE LOS PROCEDIMIENTOS CONTENCIOSO-ADMINISTRATIVOS DE ESPAÑA Y SUS POSESIONES DE ULTRAMAR**, por el Excmo. é Ilmo. Señor D. Nicolás de Paso y Delgado, Senador del Reino, Consejero de Estado, Fiscal que ha sido de lo contencioso de este alto Cuerpo, antiguo catedrático de término de la Facultad de Derecho y Rector que fué de la Universidad de Granada, etc.

## PRECIO DEL TOMO

En rústica.....	Ptas. 7
Encuadernado.....	» 8

**LA VIDA DEL DERECHO EN SUS RELACIONES**

**CON LA VIDA SOCIAL.** Estudio comparado de Filosofía del Derecho por Giuseppe Carle, profesor de Filosofía del Derecho en la real Universidad de Turin. Versión española de D. Hermenegildo Giner de los Ríos, doctor de la Facultad de Filosofía y Letras, catedrático de Instituto y profesor en la Institución libre de Enseñanza.—Dos tomos en 8.º de 400 á 500 páginas.

## PRECIO DEL TOMO

En rústica.....	Ptas. 5
Encuadernado.....	» 6

**LAS FRONTERAS DE LA LOCURA**, por el Dr. A. Cullerre, individuo correspondiente de la Sociedad Médico-psicológica de París; versión española por D. Antonio Atienza y Medrano, abogado del ilustre Colegio de Madrid y ex profesor en la Institución libre de Enseñanza.

## PRECIO DEL TOMO

En rústica.....	Ptas. 4
Encuadernado.....	« 5

HISTORIA GENERAL  
**DE ESPAÑA**

ESCRITA POR INDIVIDUOS DE NÚMERO

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

bajo la dirección del

**EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO**

DIRECTOR DE LA MISMA ACADEMIA

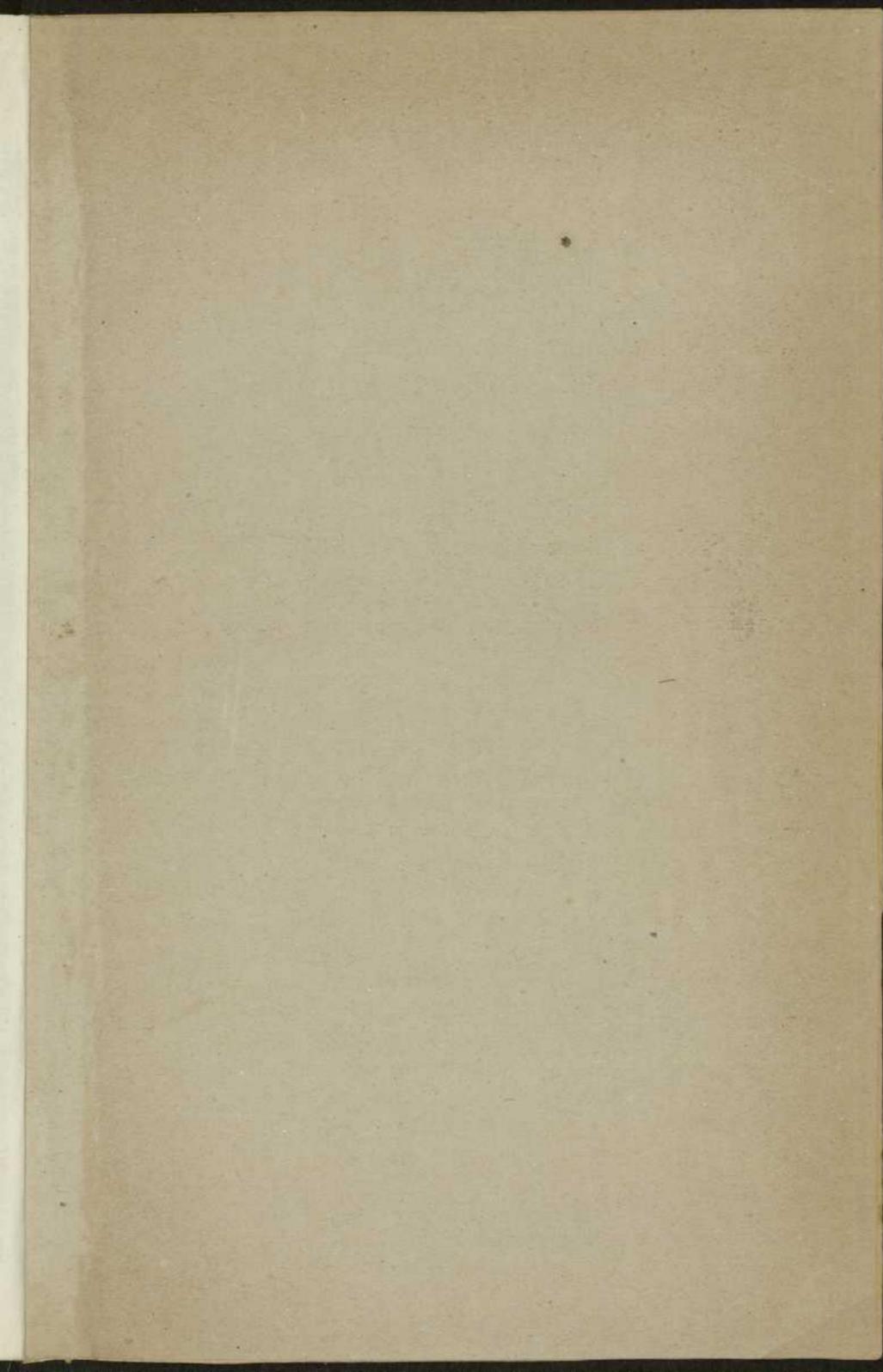
---

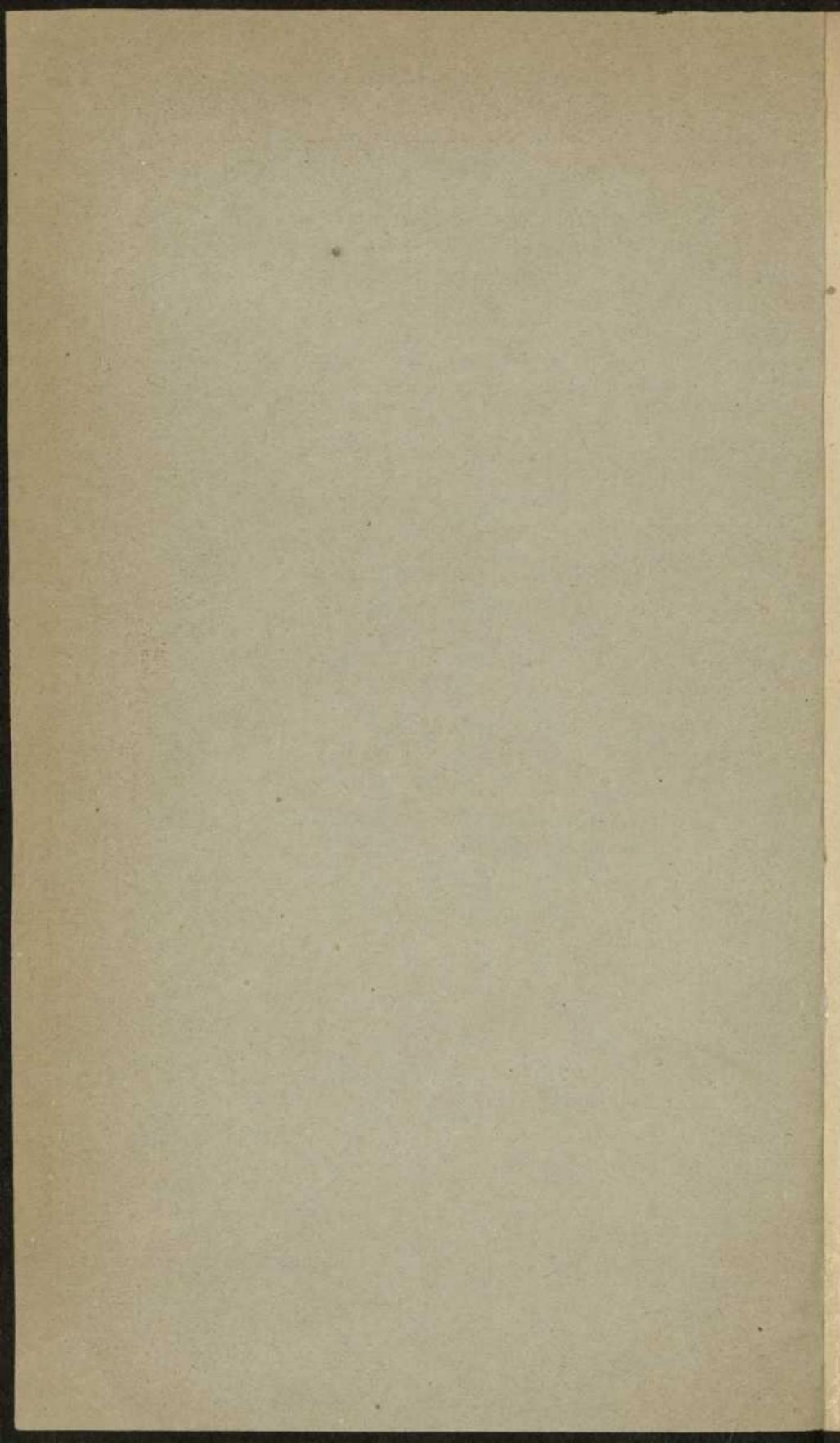
**CONDICIONES DE LA PUBLICACIÓN**

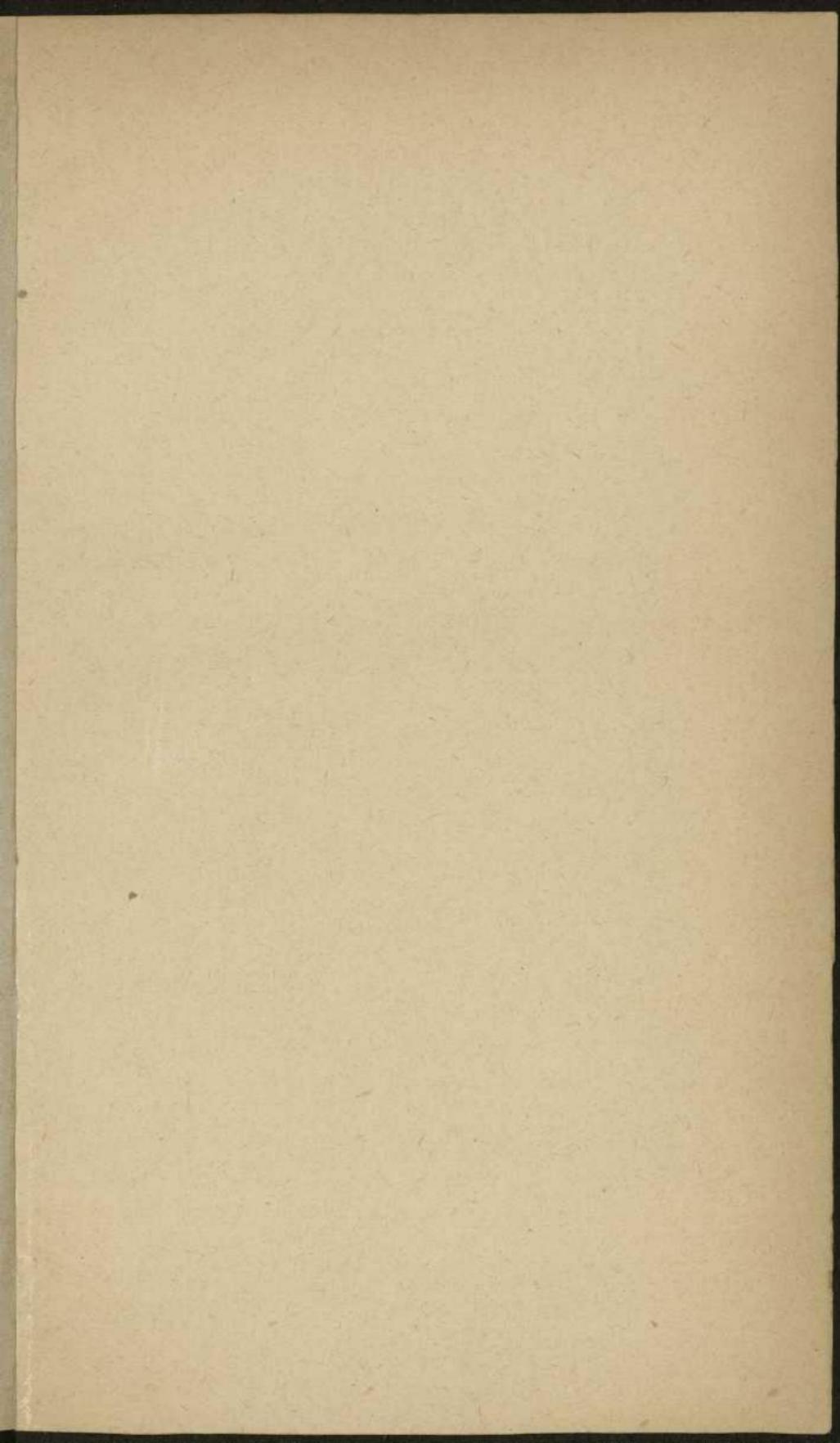
Poco hay que decir de sus condiciones científicas. El conocimiento cada vez más exacto y completo de las fuentes y el nuevo concepto de la Historia, reducida hasta ahora entre nosotros á la historia externa ó política, han demostrado la urgente necesidad de rehacer la de nuestro país, acometiendo el estudio de las costumbres, tradiciones, lengua, religión, monumentos, artes, industrias, etc., cuanto se comprende hoy bajo la denominación de historia interna de un pueblo.

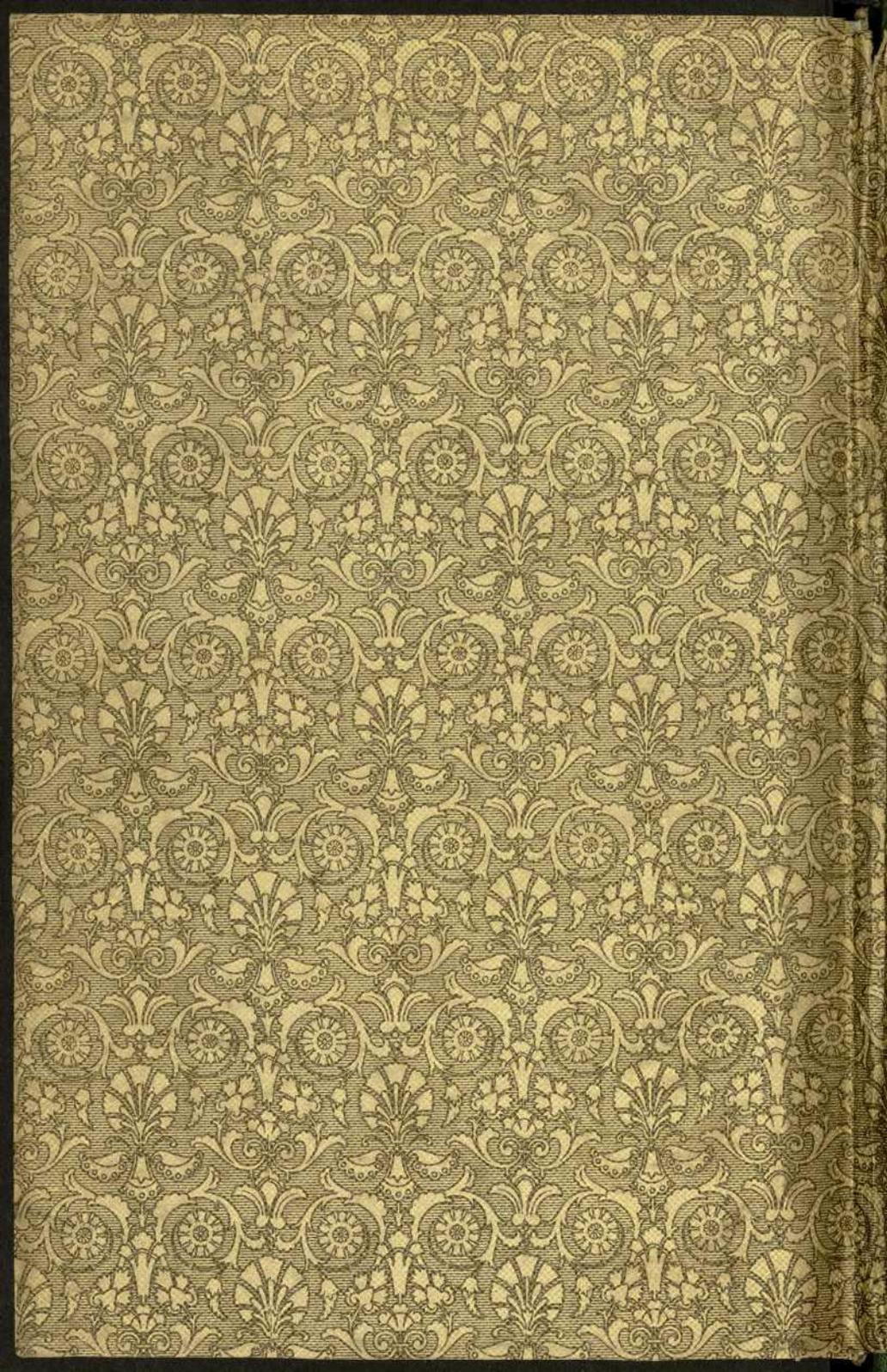
Á satisfacer esta necesidad responde la publicación de la HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, que anunciamos al público, y cuyo valor como obra científica garantizan la respetabilidad de la Corporación que ha tomado á su cargo la empresa, y el nombre ilustre de su Director D. Antonio Cánovas del Castillo.

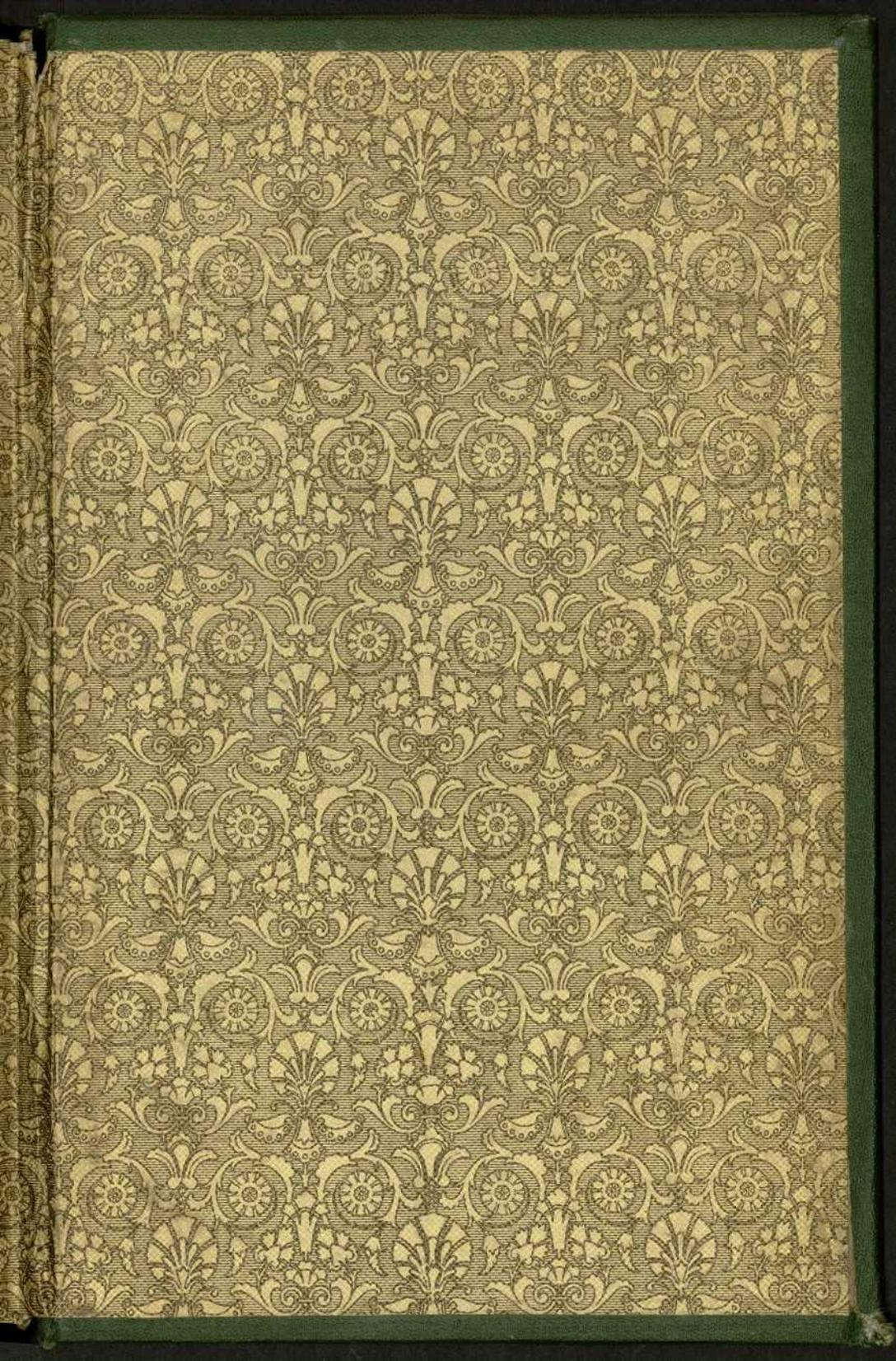
La obra va ilustrada con grabados, y ha empezado á publicarse por cuadernos al precio de **UNA PESETA**, constando cada uno de **40** páginas de texto.













HISTORIA  
DE  
KAS  
NACTOPEB



BÄRING-GOULD.

14.908